AUGUSTO CESPEDES

EL DICTADOR SUICIDA

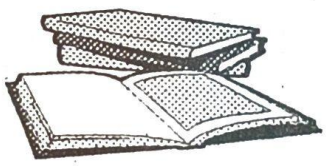
LIBRERIA EDITORIAL "G.U.M."
LA PAZ - BOLIVIA

El Dictador Suicida

Augusto Céspedes

EL DICTADOR SUICIDA

(40 AÑOS DE HISTORIA DE BOLIVIA)



LIBRERÍA EDITORIAL "G.U.M."
LA PAZ — BOLIVIA

La Presente edición
es propiedad del Editor.
Quedan reservados todos
los derechos de acuerdo a Ley.
Están prohibidas y penadas por ley
la reproducción y la difusión
totales o parciales de esta obra,
en cualquier forma, por medios
mecánicos o electrónicos,
inclusive por fotocopias, grabación
magnetofónica y cualquier otro sistema
de almacenamiento de información,
sin previo consentimiento
escrito del editor,
ya que el mismo es un delito
tipificado en el Código Penal.
Capítulo X, Art. 362.

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

Impresores: Librería Editorial **"G.U.M."**
Calle Puerto Rico No. 1135 Miraflores
Telf. 2221938. Fax. 02-2221938
editorialgum@gmail.com
La Paz - Bolivia

A la señora
Adriana Patzi Iturri de Céspedes
Valerosa y sufrida madre
De políticos,
Homenaje filial

GUÍA AUTOCRÍTICA PARA EL LECTOR

Esta es una historia tendenciosa y complicada.

Pensada cuando el pueblo boliviano golpeaba los diques que le aislaban de la vida, y escrita cuando los hubo derribado con la onda de su sangre, retiene aún en su modo las disonancias y la movilidad del pasado oleaje.

La inicié con la idea de hacer una historia de Bolivia de los primeros cuarenta años del siglo, cuya originalidad radicaría en que nadie hasta ahora la escribió. Salió más original aún porque, como condensación dialéctica del proceso que rigió a Bolivia en ese período, se insertó en su desarrollo la política de la oligarquía, cuya intimidad económica debí inquirir para lograr una explicación de cierta singularidad del proceso boliviano.

* * *

Oligarquía, plutocracia, rosca, son términos frecuentemente empleados en el presente relato, como sinónimos. Pero la palabra clave es rosca, neologismo o americanismo del patente boliviana en el que se clasificó desde 1930 al grupo de nativos y extranjeros que, desde dentro del país, ayudaban al Supe restado minero para que lo despojara, a cambio de tener empleos y manejar ciertos negocios.

Sectores en igual función existen en todas partes. La singularidad de la Rosca boliviana consistió en la escasez de disponibilidades financieras y éticas que le cedía el Supe restado. El gran explotador redujo la plutocracia nacional, cuantitativamente, a círculo tan pequeño, a tan enana minoría de personas en función rotativa, que le hizo perder también calidad de oligarquía o de burguesía, desgranándola a Rosca deprimida de una nación proletaria.

Por lo demás, el drama de Bolivia es semejante al de todas las naciones proletarias de América.

* * *

Es, al propio tiempo, una obra leal con la verdad objetiva. Su subjetivismo hipercrítico no la ha complicado en la falsificación de hechos. Los hechos referidos son verídicos y aunque, en pocos casos, no se cita exactamente, no es porque no exista, sino por la dificultad de verificarla desde Italia en su fuente precisa. Me será grato esclarecer las dudas que se me planteen al respecto por los papelistas agnósticos.

Inmutable lo sucedido, su interpretación es la de un político revolucionario que ha sido testigo y a veces actor, en mínima parte, del suceder. Goethe decía "Sobre historia sólo puede juzgar quien haya vivido la historia en sí mismo?. Con tal salvoconducto, he revitalizado mi antigua actitud polémica para ingresar yo mismo en algunas de estas páginas, y para dictaminar sobre hechos y hombres, con criterio de nacionalista militante. La historia que se escribe políticamente es siempre un poco acción y lucha.

* * *

Pocas de la opiniones que hoy aparecen en este libro no son idénticas a otras que, en años pasados, escribí como periodista sobre ciertas ideas o personajes. Quien las lea verá que tampoco son opuestas a aquéllas, sino dichas de un modo más completo, como producto de un juicio madurado con la experiencia, sin desviación del eje vertical en que se apoya toda mi modesta obra de escritor y político revolucionario.

Finalmente: alguna contumelia que aquí figura contra personajes ya ausentes del escenario nacional, se justifica, no tanto en el antecedente de haberlos combatido cuando estaban en el poder del dinero y de la fuerza, sino la imposibilidad de evitar que entren en mi historia de acuerdo al turno en que cumplieron su destinos.

A. C.

Roma, 1956.

PRIMERA PARTE
ANTINACIÓN Y ANTICULTURA

CAPÍTULO I

LAS COORDENADAS DEL LIBERALISMO

Domingo de elecciones.— "Millonarios y beatos".— Conservadores y liberales chilenófilos.— El Brasil y la goma del Acre.— Montes monta y manda.— Fusilamiento de Martín Lanza.— Cesión del Litoral a Chile.— Contrato Speyer.— Los liberales, y las comunidades indígenas.— Súbita muerte de Guachalla, presidente electo.— Patiño y Montes.

"Tengo la firme convicción que estamos preparando en este negociado la transformación rápida de todo el ser de Bolivia".

Félix Avelino Aramayo

Un hombre avanza por la media calle contra una multitud que viene. Tiene un revólver, levanta la mano y se oyen balazos. Todos huyen. De allá vuelan piedras y el hombre reaparece, entre caballos, con el rostro ensangrentado y los brazos colgando , en medio de otros dos que lo ayudan a caminar. Esa es una visión de mi lejana, aunque no dorada, infancia.

El colombiano Eustasio Rivera escribe que en su juventud jugó el corazón al azar y se lo ganó la Violencia. Diría yo que en mi infancia el corazón me fue ganado por la Política. Me llamaban precozmente a este juego todo mi ambiente familiar (mi padre había sido diputado liberal y era periodista) como el espectáculo local que ofrecía Cochabamba, ciudad criolla del centro geográfico de la América del Sur. Vivía allá mi pueblo, como un musgo adherido a la falda azul de la serranía, empapado de política, acaso porque era la residencia del jefe opositor Daniel Salamanca, enemigo capital del presidente Ismael Montes.

Tenía yo once o doce años cuando pedí a mi padre que me llevara consigo a presenciar una elección popular en que los dos partidos

(Republicano, de oposición, y Liberal, de gobierno) se disputarían la mayoría para elegir diputados al Congreso.

Con semanas de anticipación al cívico evento, la paz aldeana se evaporaba al calor de los ánimos. Ambos partidos reunían sus "clubs", de los que brotaban en demostraciones de fuerza callejera la "juventud" y los artesanos. En las noches, quebraban la quietud de la calle las voces aguardentosas de los republicanos vitoreando a Salamanca. Respondían las voces igualmente enronquecidas de los liberales vivando a Montes, con los respectivos "mueras" a la inversa. Borroso de rencor y mal castellano, el pequeño diario republicano alimentaba la irritación de los espíritus y los choques entre grupos rivales se hacían frecuentes especialmente en los barrios de Coracota, Curtiduría y el **Alfa-ccatu,** donde los candidatos concurrían a beber con sus adherentes, Se tenía por evidente que la oposición era más numerosa.

Mi padre, que no me permitía otras distracciones más inocentes, se prestó en cambio a satisfacer mi curiosidad. Llevado de su mano, a las 10 de la mañana de un domingo de sol, fui el único niño que pasó entre los guardias civiles, caballeros y cholos, que en grupos nerviosos y movedizos ocupaban las bocacalles de la plaza "14 de Septiembre". Las galerías coloniales amparaban del sol. Cobijado bajo una galería, subido a un banco, a poco presencié los primeros choques individuales entre los campeones de cada bando. Eran por igual mestizos desocupados u honorables artesanos que trabajaban durante la semana para salir a pelear el domingo. Distinguí entre ellos a los más célebres trompeadores de entonces: el fiero Alcocer, el Magín, el Cuchillo, el Senzano, el Cristalvaso y otros, que para los chicos poseían un prestigio de titanes mitológicos. Los gobiernistas llevaban la iniciativa de la agresividad. Los caballeros eran dispensados de los golpes, pero de cuando en cuando, se empleaba contra algún respetable personaje, el lockeo, consistente en darle en la cara, malsalva, con un viejo sombrero enhollinado. La víctima con el rostro tiznado quedaba estéticamente inhabilitada.

Conforme al reglamento, se escribía el voto en pequeñas mesas colocadas en plena vía y se lo llevaba hasta las ánforas colocadas en otras mesas, bajo las galerías, rodeadas por los jurados. En ese recorrido, los entreveros se sucedieron durante una hora, pero llegó un momento en que los dirigentes opositores comprobaron que sus adictos, individualmente ultrajados con la complicidad de la Policía, alcanzaban un número intolerable. Decidieron entonces hacer un repliegue fuera de la plaza y reorganizarse a fin de protegerse en formación. "Se están reuniendo en lo de Tambo" —fue la noticia trasmitida a las galerías. A

poco se oyó un ronco y sostenido vocerío que anunciaba su aproximación y se les vio ingresar por la esquina de la Catedral, en masa. Llegaban desafiantes, con una bandera por delante, hacia la Municipalidad.

Casi simultáneamente, de esa misma galería, se destacó un pequeño grupo de la "juventud liberal", a cuya vanguardia marchaba un liberal muy conocido por su intrepidez: el **Pavo** Villarroel. Este, seguido por la "juventud", se adelantó hacia la masa que gritaba: "¡Viva Salamanca! ¡Abajo el **Cobretacho!**" y a unos diez metros de aquélla se plantó en media calle. Sacó su revólver y lanzando la consigna de "¡Viva Montes!" disparó seis tiros al aire, casi sobre las cabezas de los republicanos. Protegido por mi padre, que me aseguró detrás de una columna, vi volar las piedras con que respondieron los republicanos. Una piedra perdida, después de desarrollar su parábola, rodó sobre las losas de la galería a mis pies. Escuché más disparos y, de pronto, resonó el pavimento de la plaza con los cascos de los cabellejos que montaban polizontes. Cual cosacos criollos, con nervios de toro en la mano, repartieron generosamente golpes sobre los republicanos, entre tanto que los matones de a pie cooperaban a la dispersión con patadas y puñetazos. Me pareció sobrenatural que los jardines de la plaza, en los que estaba prohibido a los chicos poner siquiera el pie, fueran hollados por la escuálida caballería que perseguía a los republicanos en fuga por entre rosales y pensamientos. Cercados algunos se metieron hasta la rodilla en el pequeño lago, venciendo su aversión al agua. Sus perseguidores, a pesar de su furia, no se animaron a hacer lo mismo. Otros republicanos se habían refugiado en la Catedral al lado sud de la plaza, pero la violencia gubernamental sobrepasó los límites del sagrado para continuar pateando republicanos asilados. Por otra parte, vi que a Villarroel, con la cara sangrante de una pedrada, lo arrastraban para curarlo en la farmacia de Anchorena.

Cumplida la operación de limpieza, quedó la plaza tranquila. Los electores liberales pudieron entonces votar varias veces, no obstante que habían quedado aún en las mesas receptoras, muy pálidos, algunos jurados opositores, en el puesto del deber.

Ganaron los candidatos del gobierno aquella elección, típicamente liberal, puesto que resultaba semejante a las que siempre se habían hecho en Bolivia al amparo de la Constitución liberal promulgada en 1880. Su alto grado de violencia respondía a una crisis de irritación consiguiente al odio declarado a Montes por la oposición encabezada por Salamanca.

* * *

Las elecciones liberales nada tenían que ver con la Constitución liberal. Bolivia tampoco. Republicana, democrática y representativa, nacida en el centro del continente, estaba reducida a nación mediterránea, a consecuencia de la gran guerra perdida con Chile. Se comunicaba 'y se comunica— con el mar sólo por ferrocarril. Cochabamba, al centro de Bolivia, no tenía aún ferrocarril. Solamente algunos cochabambinos animosos habían hecho transportar, a lomo de mula, rieles y ruedas para construir una línea interna de tranvías.

No obstante su aislamiento, ocupaba Bolivia, sin saberlo, una situación importante en el mundo como productor de minerales, especialmente en ese momento que era el de la Primera Guerra Mundial.

Antecedentes: después de la guerra con Chile, se reorganizó el país formalmente con la Constitución de 1880, sustituyendo el golpe cuartelero con la elección popular para formar el Poder Ejecutivo. Fuera de toda duda que no fue en ningún momento la elección, sino el dinero extraído de la explotación de las minas de plata, lo que sostuvo en el poder a los presidentes desde 1880 a 1899 en que gobernó el Partido Constitucional. Cuando los liberales ganaron la elección presidencial de 1892, el presidente Aniceto Arce desterró a los diputados liberales y entregó la presidencia a Mariano Baptista. En el hecho y en el nombre del Partido Constitucionalista cambió a Partido Conservador. La tendencia conservadora le fue acoplada por su ideólogo, el gran orador Baptista, que no disponiendo de dinero como disponían sus correligionarios, compensó su falta de riqueza personal y el vacío de la europeizante ideología de la oligarquía colonialista, con la substanciación política del credo católico. Los otros presidentes eran también católicos, pero ante todo, millonarios. Baptista, solamente católico, distribuyó su fe entre la Iglesia y los potentados, y aureoló de metafísica la plata de las minas. De modo tal, el Partido Conservador fue un **"Partido de millonarios y beatos, que nació en Huanchaca y murió en los Cruceros"**, según la definición de Man Césped[1], definición que por su diáfana profundidad parece dar razón a Heine, cuando dice que la historia deberían escribirla los poetas y no los historiadores. En efecto, como significado, en **"millonarios y beatos"** Está definida la casta económica y políticamente. Como historia, Huanchaca fue en el siglo XIX la segunda mina de plata del mundo, apenas superada por la de Brooken Hill, en Australia. Uno de sus propietarios, Aniceto Arce, nervio y alma del gobierno conservador, sucedió en la

(1) "Camacho el General", artículo de "EL DIARIO", 1931.

presidencia a su compadre Gregorio Pacheco, socio en aquella mina y en otras. La explotación de Huanchaca creó al Partido Conservador[2]. Baptista, cuando no pronunciaba discursos, era empleado de las compañías mineras. Finalmente, "los Cruceros" son los puntos del altiplano de Oruro donde el coronel Pando, ayudado por los indios, derrotó definitivamente a las tropas de la aristocracia de la plata y se apoderó del gobierno.

El Partido Liberal había alzado la bandera **federal** y utilizado a los indios para desorganizar el partido Conservador. Conseguido el gobierno, aprobó la Constitución **unitaria** y el cacique indio Willca, que recordó sus promesas a los liberales fue fusilado. La revolución nada tenía de federal ni de social. No la promovía una pugna entre sistemas de producción o de distribución de la riqueza entre clases sociales, sino apenas la contradicción regional entre las clases dirigentes de la semicolonia. La ciudad de La Paz, antigua rival de la capital Sucre, puso en acción su valor étnico superior, sobre la decadencia de la oligarquía chuquisaqueña que se arruinaba junto con la caída de la plata.

Aparte el beaterío de conservadores y el laicismo de liberales, ambos partidos se identificaban en la misma negación de la sustancia nacional. Coincidió la ocupación del poder por los liberales con la explotación del estaño, nuevo metal exportable, pero ese hecho no es suficiente para explicar su conquista del gobierno. Su dependencia del estaño se estableció ya en el poder. Era simplemente un partido más joven. El mecanismo explotador del estaño hubiera empleado igualmente a los beatos y no a los librepensadores, si aquellos no se hubieran gastado en el ejercicio de 15 años de oligarquía. A unos y otros, conservadores como liberales, sólo les estaba permitido moverse en el ámbito de la dependencia colonial. No existía entre ambos ninguna diferencia sustancial. La división entre la clase dominante, hasta fines del siglo pasado, obedeció tan sólo ciertos desplazamientos de fuerzas políticas, dependientes de la misma clase, en un juego que dio lugar después a otras divisiones y conjunciones. Fue ya en el gobierno que se definió el Partido Liberal, aprovechando de la situación que le dio el poder, para relacionarse directamente con el capitalismo extranjero y constituirse en su agente.

* * *

(2) En esa y otras minas, los conservadores eran socios de capitalistas anglo-chilenos.

Identificados en su incapacidad para crear una política originariamente boliviana, conservadores y liberales siguieron también en su actitud internacional una misma inspiración extranjera. Una vez que Chile, en función del capitalismo inglés, ocupó con la guerra el Litoral, las salitreras y las guaneras, los conservadores propusieron la paz. Su líder supremo era Aniceto Arce, asociado a los negocios de Chile, más exactamente un subagente del capitalismo británico que operaba a través de Chile. Arce, siendo vicepresidente de la República de Bolivia, y cuando aún no se había firmado la tregua con el invasor, concretó su tendencia en la consigna: **"Bolivia debe andar a la vanguardia de las conquistas de Chile",** o sea, con Chile contra el Perú, en cuyas riquezas del Sud habían puesto también su mira los capitales británicos. Esa declaración le valió el destierro, porque ofendía gravemente el sentimiento nacional. No fue a la vanguardia de ninguna conquista externa, pero en lo interno, siendo presidente, en 1891, Arce reconoció la beligerancia de la revolución chilena contra Balmaceda.

El Partido Liberal combatió en la oposición la tendencia chilenista, pero cuando llegó al poder sufrió una súbita mutación y se hizo chilenófilo.

Los conservadores crearon en el ejercicio del mando un prestigio de casta oligárquica, a la que proporcionaba cierto brillo la imitación de modas parisinas, extrañamente deformadas por su refracción en el ambiente de aldea que respiraban las ciudades de Bolivia, a pesar de la "culta Atenas", el "petit Paris", o sea, Sucre. Subalternizados por aquella pseudoaristocracia, los liberales (gente de la clase media, militares y abogadillos) la condenaron por negar libertades al país. Cuando llegaron al gobierno, el sector que poseía una concepción más activa del mando, encabezado por Pando y Montes, no se ocupó de las libertades, sino de los intereses emergentes de los tratados con Chile y el Brasil y del contrato ferrocarrilero Speyer, mientras una minoría se quedó pensando en los principios. Dicha minoría se llamó "puritana", adjetivo que le correspondía no sólo si ingenua calidad doctrinal, sino porque no estaba ligada por intereses a los tratados y contratos firmados por el gobierno.

* * *

Los liberales puritanos se inspiraban en las platónicas idealidades del programa del general Camacho, fundador del partido. Pero la interpretación más cierta del liberalismo fue practicada por Pando, Montes y los auténticos liberales, bajo la inspiración del pensamiento capitalista, sintetizado en Félix Avelino Aramayo. Este millonario minero que se declaró

"afiliado al partido Liberal que ha traído al poder nuevos ideales y nuevos hombres" y que "abrazó con entusiasmo los primeros propósitos del gobierno", trazó las verdaderas coordenadas de la política liberal cuando afirmó, en 1903, que el programa del general Pando:

> "Se reduce a un gran pensamiento regenerador: **definir el período geográfico de la República,** es decir, poner término a las cuestiones de límites y de restricciones comerciales y aplicar todos los recursos disponibles del Erario y todos los elementos provenientes de combinaciones internacionales al desenvolvimiento de las riquezas públicas, es decir a la apertura de caminos que pongan nuestros productos al alcance del extranjero y que atraigan inmigración de capitales, para que los poderosos elementos naturales que poseemos puedan dar frutos". "No es posible —añadía— poner en práctica este doble pensamiento sin sacrificar a su fondo primordial y complejo algunas aspiraciones extremas del patriotismo"[1].

Esta tendencia centrípeta que buscaba sólo en el extranjero la fuerza para plasmar Bolivia, inspiró toda la política liberal partiendo por "definir el período geográfico de la República".

El primer presidente liberal Pando, inició su gobierno con el problema de la penetración brasileña en el Acre, estimulada por los intereses gumíferos que desconocieron la soberanía de Bolivia en aquel territorio y se levantaron en armas. La goma, en que el Acre y todo el noreste boliviano eran riquísimos, alcanzaba precios cada vez más elevados. El Brasil, en 1867, había obtenido del tirano Melgarejo una delimitación con Bolivia en que "ganó más de 100.000 kilómetros cuadrados de territorio sobre las estipulaciones de 1750 y 1777", y "obtuvo de Bolivia todo lo que propuso y todo lo que pidió", según palabras del ex ministro de Relaciones Exteriores Cerqueira, en el congreso brasileño de 1900. Pero ese tratado había dejado dentro de Bolivia el territorio del Acre, del cual Brasil se acordó cuando la cotización del caucho marcó altos índices, para empezar una política de penetración mediante los pobladores y empresarios brasileños, aprovechando de su privilegiada situación de dueño de la desembocadura de los ríos por donde salía la goma boliviana. Los caucheros brasileños organizaron la revolución separatista, en 1899, debiendo el gobierno de Bolivia realizar titánicos esfuerzos para mandar expediciones que tardaban cuatro y cinco meses en llegar a su destino, al través de la selva, para dominar la rebelión. Entre tanto el gobierno estadual del Amazonas negaba el derecho de libre tránsito por el río Acre, y el de Mato Grosso por no ser menos, imponía gravámenes a la goma

---

(1) F.A. Aramayo, "La cuestión del Acre y la Legación de Bolivia en Londres", 1903.

del Beni que salía por el Madera, de modo que la goma boliviana pagaba por impuesto 23 por ciento al gobernador del Mato Grosso y 23 al del Amazonas.

En este proceso, el ministro de Bolivia en Londres, Félix Avelino Aramayo, gestionó la organización de una compañía norteamericana para que se encargase de la explotación, administración y colonización de la región del Acre. "Se trataba —dice Aramayo— de introducir un elemento neutral, suficientemente rico, poderoso e influyente para que pudiera amparar la justicia y hacer respetar la ley dentro del territorio boliviano, donde las autoridades nacionales se hallaban impotentes ante las acechanzas del gobierno de Manaos".

Atribuía Aramayo virtudes milagrosas a dicha compañía extranjera, llamada "Bolivian Syndicate: y afirmaba su firme convicción "de que habían sido circunstancias excepcionales, verdaderamente providenciales" las que le permitieron ponerse en contacto con los "capitalistas y empresarios de primera talla" y "banqueros poderosos y de gran prestigio" que súbitamente se manifestaron dispuestos a invertir sus capitales en Bolivia. "Cuando logré ajustar el contrato —afirmaba Aramayo, presentándolo ante el Congreso boliviano en 1901— me llené de íntima satisfacción y desde ese momento no tuve otro pensamiento que el de venir a compartir con mis compatriotas mis esperanzas e inquietudes. No habrá un solo boliviano, me dije, que no vea en este contrato, la salvación de la patria. La aprobación de lo pactado ha de ser unánime".

Dos diputados: mi padre, Pablo Céspedes y José María Camacho, hijo del fundador del Partido Liberal, dieron un dictamen en contra de lo pactado. Las observaciones de los opositores a la concesión eran de diversa índole, pero en general se referían al exceso de atribuciones que se reconocía a la compañía y a su no muy garantizada solvencia, no obstante que Aramayo exhibió una nota del secretario de Estado, John Hay, al ministro norteamericano en La Paz, en que recomendaba al representante del sindicato, Mr. Whitridge y le aseguraba que "el Sindicato está formado de hombres de la más alta posición y de gran fortuna", anotando que entre ellos figuraba Mr. Elmin Roosevelt, primo del Presidente Teodoro Roosevelt.

En el exterior, la Cancillería brasileña, al conocer la tramitación de la concesión en el Acre, propagó la acusación de que se trataba de una entrega al imperialismo norteamericano, peligrosa para Sud América, propaganda que Aramayo refutó en los siguientes términos: **"Cuando llevados por un sentimientalismo e inconsciente criticaban algunos**

escritores sudamericanos el contrato del Acre, acusándolo de haber abierto camino al imperialismo yankee, nos preguntábamos: ¿qué es lo que quieren quienes de ese modo discurren? ¿Cómo entienden el progreso sin inmigración, sin franquicias y sin medios de transportes? Temen al imperialismo yankee y no temen al imperialismo brasileño. Comentan la doctrina de Monroe como significado "América para los americanos del norte" y no ven que el sistema invasor y excluyente observado por el Brasil con sus vecinos, demuestra bien claro que su divisa es: América del Sud para los brasileños".

Bien se ve ahora que Aramayo rechazaba el imperialismo en su sentido de invasión u ocupación armada, pero lo admitía sin cuidado en sus formas financieras y contractuales.

Aprobada por el Congreso la concesión, únicamente sirvió para dos fines, completamente opuestos a las previsiones de Aramayo y del gobierno liberal. El primero, que el Brasil la tomara como pretexto para desahuciar oficialmente el tratado de limites de 1867 y declarar litigioso el territorio del Acre, negando a Bolivia el derecho de hacer concesiones en dicho territorio. Segundo, para que el Brasil, privadamente, sobornara a todos los gentleman de alta posición y gran fortuna, incluso Roosevelt, que formaban el Sindicato, haciéndoles renunciar a la concesión boliviana mediante la coima de 110.000 libras.

Los documentos en que constan estos actos constituyen el anverso y el reverso de la más grande extorsión cometida en América. El primero es una circular en que el Canciller Río Branco declara que la concesión al Bolivian Syndícate es **"semejante a las concesiones de Africa e indigna de nuestro continente" y que "el Brasil ha dado hasta el presente una interpretación muy lata del tratado de 1867", "pero habiendo el gobierno de Bolivia enajenado a favor de un sindicato extranjero los derechos concedidos en el territorio del Acre, el Brasil ha creído de su deber sostener la verdadera interpretación del tratado y defender en consecuencia, como frontera, el paralelo 10° 20° que corre de la boca del río Beni hacia el oeste, hasta encontrar el territorio peruano".** De este modo el Brasil con su "verdadera interpretación" cambiaba la línea Madera-Yavari, que durante 36 años no le había parecido mal, trazada en dirección oblicua noroeste, y la transformaba en una paralela hacia el oeste, haciéndola describir una curva de 45° y cercenando a Bolivia 190.000 kilómetros más de territorio. La línea Madera-Yavari, que Río Branco negaba, según Carlos de Carvalho, ex-Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, **"completó la demarcación de ambos países, y**

sobre ella fueron coordinados desde entonces todos los mapas del Brasil, de Bolivia y de América del Sud, no habiendo un solo brasileño, con elemental estudio de la corografía del Brasil, que no tenga fijada en la memoria y siempre ante los ojos esa recta inclinada, tan nítida y tan de relieve en todos los mapas del Imperio y de la República".

El reverso curialesco de la declaración de Río Branco se encuentra en el acta notarial, suscrita en New York por los gentlemen del Sindicato, entre ellos, el primo del Presidente Roosevelt, en las que expresan que **"en consideración al pago de 110.000 libras esterlinas** (valor de la coima) **renunciamos y abandonamos todos los derechos, títulos, intereses y reclamos de cualquier naturaleza acordados por el gobierno de Bolivia en el Acre".** El entregador del talegazo fue Nathan Rothschild, prestamista del Brasil.

De ese modo, el primer ensayo del gobierno liberal "para transformar el Acre en fértiles colonias, con barcos que surcasen sus ríos, con ferrocarriles, caminos de herradura y carreteras, etc", no sirvió sino para que aquellos financistas "de primera talla" embolsillaran 110.000 libras, sin haberse movido de sus escritorios.

La ciega confianza en las virtudes del extranjero ha llevado muchas veces a Bolivia a este declive de engaños. Igual pasó con la estafa del empréstito Church y la concesión Meiggs, el siglo pasado y, ochenta años después, una última muestra de la supervivencia del sistema de ganar por servicios no prestados, mediante el ejercicio solemne de "cuentos del tío" internacionales, la ha dado otro sindicato de New York, llamado Mercantile, cuyos hábiles trucadores, sin moverse tampoco de sus escritorios, y sin vender ni un gramo de estaño, han cobrado al gobierno de Paz Estensoro más de un millón de dólares a título de "comisión" en 1952.

* * *

A la declaración oficial del Canciller Río Branco y a la piratería fluvial sobre la goma boliviana, se sumó la expedición de una banda de filibusteros encabezados por Plácido de Castro, Gentil Norberto y Rodrigo de Carvallo que, con base en Caquetá, desde territorio brasileño, iniciaron la segunda campaña de independencia del Acre. Entonces, el Presidente Pando y el Ministro de Guerra Montes, en persona (asegurándose previamente con el destierro del vicepresidente Pérez Velasco), organizaron y encabezaron la última expedición al Acre. Las enormes dificultades por vencer en la travesía obstruida por la selva, las fiebres, el

beriberi y los ríos; la necesidad de conducir con mano experta las fuerzas de voluntarios y reclutados que se trasladaban a pie hasta las aguas navegables en parte, para seguir nuevamente a pie hasta el corazón de los gomales usurpados (cerca de 2.000 kilómetros de travesía) y la acción bélica contra las fuerzas aprovisionadas y armadas desde el Brasil, requerían la capacidad y la experiencia de esos dos eminentes conductores: Pando y Montes.

A la noticia de la salida del general Pando, de La Paz, la cancillería brasileña anunció la movilización naval y militar en los territorios de Amazonas y Mato Grosso, y notifico al gobierno boliviano que sus expediciones no deberían traspasar el paralelo 10° 20' y que consideraba de su deber "no permitir que sean maltratados o exterminados nuestros compatriotas (brasileños) levantados contra una nación extranjera y señores de todo el país". Interpretando a su manera el pedido del gobierno boliviano para que el Brasil respondiera de la pacificación, es decir, que dejara de fomentar la invasión filibustera, Río Branco expresó que "para satisfacer dicho deseo... "Mandaremos tropas al territorio disputado que al mismo tiempo protejan a los habitantes", por no decir a los bandoleros autonomistas. Con semejante acicate los filibusteros asaltaron y tomaron Puerto Acre, que se rindió después de una heroica resistencia, siendo los bolivianos casiprisioneros conducidos a Manaos, por orden de Plácido de otro.

Frente a tal situación, el gobierno boliviano había echado sus cartas, decidido a pelear. "El general Pando había traspuesto el desierto a la cabeza de un pequeño ejército aguerrido y bien disciplinado. Se hallaba frente al enemigo y empezaban las operaciones". Pero esta actitud cambio súbitamente, de manera increíble. La cancillería boliviana en La Paz, a cargo de Heliodoro Villazón, suscribió inesperadamente "un modus vivendi", que significaba aceptar todas las imposiciones del Brasil, empezando por detener la marcha de Pando en el río Orthon; reconocer que el Acre sería administrado por el Brasil, y aún más: ¡que las rentas de la producción de goma al Sud del paralelo 10° 20', serían divididas por mitad entre Brasil y Bolivia!

Aramayo, en su citado folleto, expresa que el **modus vivendi** "no modificó en ningún sentido favorable la situación creada por las circunstancias". "Empieza —dice— por reconocer derechos donde no hay ninguno y amarra las manos del Presidente y de su ejército, exponiéndolo a una retirada ignominiosa, entregándonos a merced del que aún no era nuestro vencedor". Afirma su confianza en que el general Pando "si no se

hubiese visto maniatado ante las cláusulas del modus vivendi, habría hecho flamear el estandarte nacional por todo el Acre". "esta convicción se basa —añadía— no sólo en datos precisos sino también en la opinión unánime de los extranjeros que residen en aquellas regiones". El general Silveira, gobernador militar del Amazonas, "declaró que si el aviso del modus vivendi no hubiese llegado tan oportunamente a ambos campamentos, la derrota y dispersión de los revolucionarios de Plácido de Castro habría sido tan desastrosa como inevitable".

Sugestionado por las amenazas, el gobierno boliviano se sometió al arreglo directo. La proposición de compra del territorio fue aceptada y se llegó a poco al tratado definitivo, firmado en Petrópolis, en que se convino una nueva delimitación y dos millones de libras de indemnización a Bolivia, a cambio de 190.000 kilómetros cuadrados del Acre. Dichos millones significaban menos de los ingresos que obtenía el gobierno del Brasil en un solo año por la goma de ese territorio. De este modo cruel, y con el Acre sembrado de cadáveres de expedicionarios bolivianos caídos en tres años de campaña, se cumplió la primera etapa de la definición "del período geográfico de la República" encarrillándose desde entonces la verdadera política del liberalismo, lo que podía llamarse su modus vivendi, cuya ejecución principal le tocó a Ismael Montes.

* * *

Desde la iniciación del Partido Liberal en el gobierno, la figura de Pando fue rápidamente substituída por la de Ismael Montes, cuya personalidad reunía, como en un amalgama del tipo caudillesco latinoamericano, dos profesiones: militar y abogado. Indiferentemente se le nombraba con cualquiera de ambos títulos: general Montes o doctor Montes, singular duplicidad que le otorgó eficacia de mando sobre la nación.

Montes vinculó su persona a los atributos de austeridad y energía desde que actuaba como oficial en la guerra del Pacífico hasta la revolución federal, en la que figuró como doctor y coronel, para surgir al Ministerio de la Guerra del Presidente Pando.

Elegido Presidente consolidó aún más la fama de su energía, con actos de fría severidad, como la negativa al pedido de indulto del legendario caudillo Martín Lanza, uno de los guerrilleros que en la revolución federal tomó Cochabamba con sus "ligeros". Camarada de Montes, convertido más tarde en su enemigo, Lanza era un caudillo local, cuya filiación correspondía a la barbarie nativa, opuesta a la civilización liberal representada por Montes. Hacendado criollo, violento y seductor,

conquistaba simpatías por todas partes. Sus correrías en que mezclaba rivalidades políticas y pugnas personales le hicieron aparecer como responsable directo del homicidio del subprefecto Jenaro Quintanilla[1] en Quillacollo. Más tarde, en Cochabamba intentó sublevar un regimiento a cuyas puertas (esquina Junín-Perú) se presentó a las 9 de la noche, disparando como señal tres tiros de revólver. Cayó en una trampa, porque desde adentro le dispararon al bulto, hiriéndolo con una bala que pasó sobre su corazón en el momento del sístole. Arrastrándose llegó precisamente hasta las puertas de la casa de la familia Quintanilla, distante una cuadra. Apresado, recibió curación y después, por orden de Montes, Ministro de Guerra, se le trasladó a La Paz. En los silenciosos parajes de la Cuesta Colorada, se produjo otro hecho dramático. Se le dijo que sus "ligeros" intentaron libertarlo atacando a la escolta y que en el entrevero Lanza resultó nuevamente herido a bala. La oposición atribuyó a Montes haberle hecho aplicar la "ley de fuga"

El caso motivó en el parlamento una interpelación al Ministro Montes, a cargo del diputado Darío Montaño, cuñado de Lanza. En el exaltado debate, a una sindicación de Montaño sobre la ingerencia del Ministro en los Fiscales para encubrir el misterioso evento de la cuesta Colorada, Montes no hizo sino replicar: "¡Miente ese canalla!" Envuelto en una red de acusaciones (el asesinato de Quintanilla, insubordinación en la campaña del Acre y subversión armada) Lanza fue condenado a muerte. Su popularidad movilizó a todas las clases sociales de La Paz, que no comprendían cómo se podía condenar a Lanza por un simple homicidio ni por una vulgar subversión. El derecho consuetudinario de Bolivia concedía el indulto por tales hechos a las personas que, como Lanza pertenecían a la casta dominante de terratenientes y políticos.

La opinión pública no pudo lograr que Montes, ya Presidente, usase la facultad de gracia. Ante la incredulidad colectiva y casi de sorpresa, Lanza fue sacado del Panóptico a las 5 de la mañana y fusilado en la muralla vecina al templo de San Pedro. Poco a poco se fue reuniendo el pueblo hasta que, horas después, una masa enfurecida atropelló los cordones de soldados que impedían el ingreso a la plaza, se apoderó del cadáver y lo llevó en hombros por las calles hasta la puerta del Palacio Quemado. Allá adentro se encontraba Montes y los clamores de la gente le señalaron con epítetos sangrientos. Pero su fría dureza aumentó desde entonces su respetabilidad.

* * *

(1) Padre del General Carlos Quintanilla.

A la presión brasileña se añadía la argolla del pacto de tregua firmado en 1884 con Chile, cuya diplomacia usaba un lenguaje prusiano. si bien obedecía al imperialismo británico. Cuando el Canciller boliviano Heliodoro Villazón dirigió una nota en la que acumulaba razones para demostrar lo que suponía a Bolivia la pérdida del Litoral, el Ministro de Chile en Bolivia Abraham Koening, respondió:

> "Que el Litoral es rico y vale millones, ya lo sabíamos. Por eso nos interesa, que si nada valiera no tendríamos interés en su conservación. Nuestro derecho proviene de la victoria, la ley suprema de las naciones. Chile ha ocupado el Litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que Alemania anexó la Alsacia y la Lorena y con el mismo título con que los Estados Unidos de la América del Norte han tomado Puerto Rico".

Hubo de cumplirse, ante tan categórica diplomacia, otra etapa del programa para "definir el período geográfico de la República". Aramayo tuvo también ocasión de actuar en el asunto con Chile, pues, al pasar por Santiago, "sin hallarse autorizado en forma oficial", llegó a convenir las "bases de un tratado definitivo en términos que eran de la aprobación del gobierno", y "le aconsejó su inmediata ejecución", según declara en el folleto anteriormente citado.

Sobre dichas bases, urgidas en el gobierno de Pando, se fomuló el tratado de paz de 1904, en que el gobierno de Montes reconoció la cesión del Litoral boliviano a Chile y recibió dos millones de libras de indemnización y el compromiso de Chile para construir el ferrocarril Arica-La Paz.

Tal solución significaba aplicar la tesis de Aramayo: "afrontar valientemente la situación y salvar lo que nos queda". Las experiencias con el Brasil y con Chile debían crear así en el liberalismo el convencimiento de que las concesiones al extranjero eran inseparables de la suerte de Bolivia y que, entonces, lo único que restaba era sacar de las cesiones territoriales el dinero necesario para hacer progresar lo que quedaba del país. Nuestra lamentable inermidad hallaría en el hartazgo de las naciones vecinas, la garantía de un mínimum de existencia para Bolivia.

Pero lo hechos fueron más allá de esas presunciones. La política de sometimiento al capitalismo anglo-chileno, iniciada por Melgarejo y proclamada por Aniceto Arce, prosperó en el liberalismo con actos y planes que hacían peligrar la independencia de la nación boliviana. En 1931, Bautista Saavedra publicó en "la República", dos notas dirigidas en 1910 por nuestro Ministro en Chile, Alberto Gutiérrez, al Canciller Sánchez Bustamante, en las que denunciaba haber descubierto **"una proposición**

que importaba la desaparición de Bolivia como personalidad autónoma". Dicha proposición había sido hecha por el Presidente Montes, en 1909, a Jorge Prieto Echaurren, con el encargo de que la transmitiera a alguna persona que la pusiera en conocimiento del Presidente de Chile, y consistía en un plan de unificación de Bolivia con Chile. La persona indicada fue el Ministro de Hacienda de Chile. Manuel Salinas, que recibió una carta de Echaurren y la comunicó a su gobierno, habiendo sido la carta **"leída en Consejo de Ministros, ampliamente comentada por los hombres dirigentes de este país (Chile), consultaba a eminencias políticas alejadas del gobierno y servido de base y de pretexto para las insinuaciones del Ministro de Relaciones Exteriores"**, señor Edwards, quien llamó a su despacho al Ministro boliviano Gutiérrez, y le expuso la idea **"de formar una sola entidad política, como en el caso de Austria y Hungría".**

Gutiérrez, alarmadísimo,, se anticipó a desmentir que Montes gubiera propuesto semejante plan, cuya consecuencia inmediata sería el efecto que había hecho "en las intenciones y planes de los políticos de Chile", quienes podrían tomarla como–"un objetivo determinado de su política". Gutiérrez viajó a La paz para hablar con el Canciller Sánchez Bustamante y con Montes, y de regreso en Santiago, dejó constancia de sus gestiones en nota de 17 de mayo de 1910, dirigida al primero (la misma que fue publicada por Saavedra, en 1931). En dicha nota expresa:

> "En los primeros días del mes de agosto del año pasado, cuando se presentaba tan difícil y complicada la situación internacional y se sentía cierta inquietud por el régimen constitucional en el gobierno de Bolivia, el señor Jorge Prieto Echaurren, gerente de la compañía chilena de Alcoholes y amigo personal del señor Montes, todavía en ejercicio de la Presidencia de la República, escribió por encargo de este último, una carta a alguna persona que pudiera comunicar su contenido al Presidente de Chile, señor Montt, proponiendo la idea de unificación de ambas nacionalidades. La palabra unificación es del señor Montes. Acá en Chile se emplea la palabra anexión, que corresponde mejor al hecho político proyectado.
>
> "Pocos días después de mi llegada a Santiago, el señor Manuel Salinas que no era aún Ministro de Hacienda, me habló en tono misterioso del gran proyecto de que le hablara a nombre del Presidente Montes, la carta del señor Prieto Echaurren. Yo demostré extrañeza del asunto y del plan, y el señor Salinas comprendió sin duda que no estaba yo iniciado en el secreto ni participaba en tales opiniones. Hice esfuerzos infructuosos para que me explicara el asunto; se encerró el señor Salinas en la más absoluta reserva.
>
> "En parecidos términos me habló, algunos días después , el senador don Carlos Aldunate Solar. Descubriendo, como el señor Salinas, mi inocencia en el complot, guardó para sí el secreto. Por los preámbulos que ambos emplearon, comprendo que se trataba de una maquinación monstruosa.

Algunas personas más me hablaron en parecido tono del proyecto, hasta que los señores Carlos G. Avalos, que está ahora en Oruro, y don Joaquín Walker Martínez, me revelaron en toda su desnudez la enormidad de la proposición del señor Montes. No necesito describir la indignación y la protesta con que acogí tales revelaciones.

"En estas circunstancias me trasladé a Bolivia, en uso de licencia, y en mi primera entrevista con Ud. Le impuse del incidente, revelación que Ud. Acogió con tanta indignación como yo mismo. Entretanto, era importante tratar de desautorizar esa especie y propuse a Ud. que fuera llamado el señor Montes al Ministerio para ponerse de acuerdo con él sobre la forma de esa desautorización. Después de cambiar varias apreciaciones, convinimos en que yo visitaría al señor Montes, y hablaría con él sobre este particular, facilitándole los medios y recursos para su vindicación. En efecto, busqué al señor Montes, el día 30 de noviembre del año pasado. Le hice la reseña anterior y me dijo en respuesta que no había pedido al señor Prieto que hablara de la anexión de Bolivia a Chile sino de la unificación de ambas nacionalidades.

"Le observé que en el hecho ambas cosas o palabras importaban un mismo hecho: la cancelación de la autonomía boliviana, la desaparición de Bolivia como pueblo libre e independiente. Pedí al señor Montes que se esforzara por desautorizar esa iniciativa que no honraba al país. "Se lo pido, le agregué textualmente, por Ud., por el país y por mí mismo, que me he anticipado a protestar contra las imputaciones referidas". El señor Montes me dijo que hablaría con el señor Prieto sobre la manera de desvanecer la mala impresión que, le aseguré, había dejado tal iniciativa de su persona en la opinión de los estadistas chilenos que la conocían.

"Di cuenta a Ud. del resultado de esa entrevista, y sin más incidente, ni haber tenido ocasión de conversar otra vez con el señor Montes sobre la materia, ni haber sido correspondida por éste mi visita, regresé a Santiago a mediados de febrero".

Fue poco después de que el Canciller chileno Edwards reiteró explícitamente a Gutiérrez la idea de la unión de Chile y Bolivia, "como en el caso de Austria y Hungría", tratándola como "un tema académico y abstracto". Pero tal tema académico coincidía con la iniciativa de Montes, comunicaba por medio de Prieto y Salinas, al gobierno chileno.

* * *

Aun aceptando los tratados con el Brasil y Chile como duro imperativo de la fuerza, el liberalismo no resguardó el saldo que ellos dejaron a la nación mutilada. La idea del progreso se cristalizó en el liberalismo como atributo exclusivo del poder extranjero. Perdió de tal manera la visión de las posibilidades nacionales, que consideró a Bolivia incapaz de conseguir capitales propios, sino vendiendo su territorio.

Este era el criterio de los grandes mineros que, como Aramayo, no dejaban que la opinión pública o el gobierno volviesen los ojos hacia las minas como a fuentes de producción de capital. **"Desde hace medio**

siglo —decía Aramayo— **hemos luchado por inducir a capitalistas ingleses, alemanes, franceses o americanos a que inviertan sus capitales en nuestras empresas industriales más favorecidas, en la construcción de vías férreas bien garantizadas, en la colonización de nuestras tierras más fértiles, en el establecimiento de bancos de seguro rendimiento y en préstamos al Estado...".**

Esta alucinada búsqueda de capitales en el extranjero, hizo que Montes y los liberales se olvidaran por completo del estaño nativo, como fuente de recursos para el país. Agotados o perdidos el salitre, la plata y el caucho, florecían desde 1898 las riquísimas vetas de estaño, cuya demanda era creciente. La altísima ley del mineral, especialmente en las minas de Simón Patiño, redundaba en costos bajísimos, lo que explica a su vez la velocidad de torbellino con que creció su fortuna.

Las minas estaban ubicadas en zonas a las que no podía alcanzar la invasión de filibusteros. Empero, el liberalismo se encargó de despachar esas riquezas afuera, simplificando la nación al esquema de una factoría de Simón Patiño, cuyo primer capataz fue el doctor Montes. Durante otro medio siglo más, el gobierno de Bolivia mendigó capitales ingleses, alemanes, franceses y americanos, mientras que con su riqueza mineral podía más bien ofrecerlos y explotarlos —como en efecto sucedió— en cantidades fabulosas. Son varios **miles de millones de dólares** los que produjeron las minas de Bolivia y que salieron definitivamente de Bolivia.

Cumpliendo el programa de Aramayo: "aplicar todos los elementos provenientes de combinaciones internacionales a la apertura de caminos que pongan nuestros productos al alcance del extranjero", los millones de libras esterlinas obtenidos por las "combinaciones" o ventas del Acre y del Litoral, se aplicaron a financiar los ferrocarriles que los mineros utilizarían para llevar su producción a la costa, sin beneficio para el país. El contrato de financiamiento y construcción de los ferrocarriles, firmado con Speyer y el National City Bank of New York, queda como muestra del precio que pagan los países atrasados para alcanzar a ser bien explotados por los muy evolucionados. Con maniobras contractuales, con abuso de la impericia de los negociadores, y obviamente, con uso del soborno, los Speyer consiguieron que se les aceptase la formación de una compañía, la Bolivian Railway, con **tres mil dólares** de capital pagado[1], la misma

(1) Este no es un record. En 1892 se fundó la Improvement Co. De New York con 2.000 dólares de capital para arreglar las deudas de Santo Domingo, a la que con trucos de consolidación y conversión, hizo crecer en 2.566.000 libras más ("El Contrato", por Francisco Henriquez Carvajal). Santo Domingo se libró de su deuda externa en 1947.

que emitió acciones de las que el gobierno tomó el 50 por ciento en bonos, con garantía de segunda hipoteca sobre las ferrovías a construir. El Estado, que invirtió cuatro millones de libras y aseguró una garantía del 5 por ciento al capital de los banqueros, espera hasta ahora que los ferrocarriles se libren de la primera hipoteca.

Los principales impugnadores de la forma del contrato Speyer, fueron Daniel Salamanca, Rafael Urquidi y Félix Avelino Aramayo. En cambio, al colocarse los primeros rieles en Oruro, los exPresidentes Arce y Baptista felicitaron públicamente a Montes.

En el plano jurídico, el Partido Liberal se ocupó de modernizar la legislación con algunas reformas civiles: la libertad de cultos, la educación laica, la secularización de ciertos bienes monásticos (Montes hizo desocupar con la fuerza pública a los mercedarios de su convento, entre las maldiciones de las beatas), y el matrimonio civil, promulgado por Villazón, cuyo gobierno constituyó propiamente un interinato entre las dos presidencias de Montes. Este organizó también el ejército con la institución del Servicio Militar Obligatorio y la abolición de los azotes en los cuarteles. El látigo, rito de los católicos conservadores, quedó para uso particular de gamonales y terratenientes del Oriente y, excepcionalmente del Altiplano.

* * *

Mientras Bolivia enviaba inocentemente sus saquillas de estaño al mercado internacional, no quedaba a los liberales montistas más que el beneficiarse con los recursos restantes en el país. Esos recursos eran el presupuesto fiscal y los indios. La exportación minera pagada , por todo impuesto, el 3 por ciento, y, en el mejor año, el presupuesto nacional del primer período de Montes alcanzó a 13 millones de bolivianos. Este pequeño haber abastecía para nutrir a poca gente. Pero los altos personajes tenían la visión panorámica de las tierras pertenecientes a los indios.

Los conservadores habían explotado al nativo, igual que sus románticos antepasados los "rojos". Los liberales encumbrados en el poder gracias a la cooperación de las hordas autóctonas, inspiraron su política agraria en la del más notable usurpador de las comunidades indígenas, el tirano Mariano Melgarejo.. Cuando el general Melgarejo, después de seis años de sanguinaria satrapía, cayó en la última revolución que se le hizo, la asamblea de próceres que se reunió para reorganizar el país (1872) anuló todos los actos de aquel régimen oprobioso. Empero, estableció recursos tan curialescos para anular la ley que dispuso la venta

en subasta pública de las tierras de propiedad secular de las comunidades indígenas, que éstas no pudieron recobrar más dichas tierras. Los únicos concurrentes a la subasta habían sido los oligarcas que rodeaban y que no rodeaban a Melgarejo, de modo que el despojo del tirano quedó legalmente consagrado por los próceres libertarios.

Los despojos no llegaron a agotar las tierras comunitarias. Restaba bastante espacio para que los caciques liberales aplicaran su concepción agrarista, especialmente en las orillas del Lago Titicaca, fértiles en papa, cebada, quinua e indios. El presidente Montes, combinando la ciencia jurídica con la fuerza de soldados y gendarmes, se hizo vender la península de Taraco, una de las más ricas y populosas comunidades del país. Los indios comunitarios pasaron, con la tierra, a propiedad del Presidente.

Ciertos jefes del regimiento "Abaroa", de guarnición en el puerto lacustre de Guaqui, establecieron el sistema de ahuyentar a los indios vecinos para apoderarse de sus parcelas, en un proceso que fue ampliando cada vez más el objeto de la usurpación, a partir de la base militar. Los propietarios blancoides y mestizos ejercían sobre los indios un derecho de justicia privada y, cuando esa no bastaba frente a sublevaciones, el regimiento "Abaroa" operaba en expediciones punitivas, uniendo el interés privado de los coroneles al principio del orden público. Las matanzas de indios consumadas bajo el régimen liberal, como las que se ejecutaron antes, desde la época de Linares, después en el gobierno de Saavedra y posteriormente en los gobiernos democráticos de Salamanca, Hertzog y Urriolagoitia, obedecieron siempre a la estrategia de clase, sin diferencias partidistas.

Montes debía dejar la presidencia en 1908. Aunque hasta ese momento los resultados del contrato Speyer alcanzaban solamente a 96 kilómetros del ferrocarril Guaqui-La Paz y a 57 de Viacha a Ayo-Ayo, leyó ante el Congreso este mensaje en primerísima persona.

> "Las aspiraciones humanas se hallan infelizmente limitadas en su ejecución práctica, por mil factores extraños. He iniciado la reconstrucción de Bolivia, mediante la construcción de una red de ferrocarriles; he levantado la cultura nacional dando amplios y dilatados horizontes a la instrucción pública, por medio de la cual inicié también la emancipación del indio; he formado el crédito nacional y he hecho de la milicia una institución y del Ejército lo que debe ser: el guardián de los intereses y de las instituciones de la República dentro y fuera de sus fronteras... espero el fallo inapelable de la historia".

La literatura oficial suplantó con ese estilo grandilocuentes —creando el mito de la "gran era liberal" — la verdad del atraso del país estrangulado por la industria extractiva.

* * *

Prematuramente pedía Montes el fallo de la historia para su obra presidencial. El presidente electo Fernando Eloy Guachalla falleció pocos días antes de tomar el mando. Guachalla, liberal alejado de la contienda política por su ausencia en Europa, tuvo además de su partido el apoyo de los conservadores cuyo jefe, Luis Paz, le testimonió públicamente su adhesión. Guachalla representaba para los puritanos y para toda la posición inorgánica, una liberación del montismo. Su muerte, seguida a un vulgar resfrío, dio lugar a las murmuraciones de los enemigos de Montes sobre una misteriosa causa. Se le habló de un crimen pasional, pero se cultivó con mejor empeño la versión del crimen político por medio del veneno. Esta versión y la falta de una investigación científica, catalogaron la muerte de Guachalla entre las misteriosas de la historia de Bolivia. Lo cierto es que el montismo salió ganando inesperadamente. El gobierno que huía de sus manos, como por arte de encantamiento volvía a ellas.

La mayoría del Congreso consideró discutible el derecho del vicepresidente electo Eufronio Viscarra para ocupar la primera magistratura, y decidió dejarla un año más en manos de Montes, cuya falta de derecho era indiscutible. El caudillo continuó en el Palacio hasta 1909, en que estregó la presidencia al nuevo elegido Heliodoro Villazón, de tan sólida ortodoxia montista que no le pasó nada y vivió hasta los 92 años. La oposición inorgánica, entre tanto, acumuló pasiones y rencores que dieron frutos como el duelo entre los senadores Fernández Molina, puritano, y Trigo Achá montista, motivado en el debate por el ascenso de Montes al grado de general. Trigo Achá mató a su contendor. En otra ocasión, Zenón Saavedra, hermano de Bautista, agredió a bastonazos en plena calle Ayacucho al presidente del Congreso, doctor José Carrasco, rompiéndole la cabeza. A carrasco, fundador de "El Diario: y autor de "Estudios Constitucionales", le agredió también el diputado católico Abel Iturralde, singular personalidad de burgués que durante 30 años se tomó el trabajo de defender la cosa pública. Carrasco captaba odios por su adhesión a Montes, pero más tarde se apartó visiblemente de éste.

Ascendido a general, Montes reasumió su calidad de abogado. En el litigio de Simón Patiño contra Artigue por la mina "La Salvadora" absolvió una consulta de aquél, recibiendo el honorario de mil libras. Después, en forma normal, percibió mensualmente el sueldo de 1.000 Bs. (de 19 peniques) que le pagó Patiño durante el gobierno Villazón, conforme se publicó en la apología de Casto Rojas titulada **"El doctor Montes y la política liberal".**

CAPÍTULO II

LA DEMOCRACIA HUAYRA-LEVA

Vida y milagros del Banco de la Nación.— La alta usura y el Partido Republicano.— Montes y Salamanca, dos caras de la moneda liberal.— El Rey del estaño y los cholos pobres.— Una "anomalía financiera".— La importancia de Cataldi.

La historia del Partido Liberal es la historia del Banco de la Nación, llamado después Banco Central sin perder jamás su esencia liberal, que le confirió carácter de tabernáculo de la Rosca.

La elección del general o doctor Montes a la segunda presidencia se impuso sin contendientes en 1913, hallándose en Europa. Allá había perfeccionado unos planes financieros, cuya idea acarició desde su primera presidencia, sobre la reforma bancaria. Ninguno de sus planes tocaba en modo alguno el laissez faire con que Patiño cimentaba el superestado estañifero. Todos se desviaban hacia la reforma bancaria y herían a los bancos privados, organizados bajo el más antiguo tipo usurario. Los banqueros nacionales, en función de fabricar billetes sin fomentar bienes de capital ni de consumo, hacían de parásitos a la pequeña industria, al comercio y a la agricultura. Los bancos privados gozaban del privilegio de emitir billetes de cuyo préstamo a intereses, lucraban. Los hipotecarios asfixiaban la propiedad rural y urbana.

La reforma dispuso la convertibilidad del billete, entregando únicamente al Banco de la Nación la facultad emisora. El proyecto parecía un paso en el sentido de quitar de manos de aquellos usureros una facultad que correspondía al estado. Empero, no constituída sino un truco, pues la facultad de emitir billetes se traslada de una empresa privada a otra empresa también privada. El Banco de la "nación" formaría una célula más en el colmenar internacional en que Patiño era el zángano, bautizado ya en 1913, como el "Rey del Estaño"[1].

---

(1) Paul Walle, "Le miniére en Bolivie", Páris, 1913.

Los creadores de la reforma, además de Montes, fueron los dos más notables financistas del liberalismo: Casto Rojas, Ministro de Hacienda que defendió los proyectos de reforma en el parlamento, y José Gutiérrez Guerra, banquero que los defendió en la prensa en una serie de artículos reunidos en un volumen titulado "la reforma Bancaria".

Según Gutiérrez Guerra, el privilegio de emisión que se acordaba al Banco de la Nación se justificaba en que "todos los bolivianos, sin distinción de colores políticos, ni de esferas sociales, ni de situaciones financieras, eran sus accionistas, pues cada ciudadano tiene la parte alícuota que le corresponde en los 12 y medio millones de bolivianos que el estado aportó para la fundación del banco". El paupérrimo Estado boliviano para capitalizar su Banco había tenido que recurrir a un empréstito del Crédit Mobilier, negociado por Montes en Francia por un millón de libras. Pero como esto no bastaba, la ley orgánica disponía la participación de accionistas particulares, en condiciones tales, que el Banco de la "nación" quedaba absolutamente entregado a dichos particulares.

La administración del instituto emisor se establecía, en la ley de creación, **"con TRES vocales propietarios por el gobierno en representación de las 100.000 acciones del estado, y los CUATRO restantes por la junta general de accionistas sin la concurrencia de las acciones del Estado".** (Los "restantes" parecen no significar nada, pero son la mayoría).

El folleto de Gutiérrez Guerra es sumamente interesante para señalar el procedimiento con que el Estado queda rápidamente desplazado de su propio banco a favor de la Rosca patiñista. Comienza el proyecto por consignar una previsión que parece increíble en una ley sustantiva: **"En caso de que el gobierno se desprenda de una parte de las acciones del estado; no menor de 30.000, su representación en el consejo general de administración quedará limitada a UN vocal propietario y UN suplente"** (página 186). No hay por qué asombrarse; no se trata de una previsión, sino del reconocimiento de un hecho ya consumado, pues, en la página 99 se advierte que el Banco Mercantil (de propiedad de Patiño), **"guiado con un espíritu patriótico, no titubea en sacrificar beneficios del momento ante los intereses generales, y se apresta a concurrir con su poder económico para poder llevar adelante la reforma. Apoya los proyectos del gobierno y como testimonio práctico, suscribe 300.000 libras para adquirir acciones en el Banco de la Nación y darle así más fuerza material y moral". En consecuencia: "Como el gobierno ha contratado ya con el Banco**

Mercantil la venta de 30.000 de las acciones del Estado, desde luego la ingerencia del Ejecutivo QUEDA LIMITADA AL NOMBRAMIENTO DE UN VOCAL PROPIETARIO Y UN SUPLENTE". (pág. 188).

De modo que, gracias al "espíritu patriótico del Banco Mercantil" la reforma bancaria queda en "que los siete consejeros propietarios y los cinco suplentes que han de constituir el cuerpo directivo del Banco de la Nación Boliviana, habrán de ser nombrados en esta forma: **un** propietario y **un** suplente por el Gobierno en representación de 70.000 acciones; **dos** propietarios y **un** suplente por el comprador de las 30.000 acciones del gobierno (o sea el Banco Mercantil) y **cuatro** propietarios y tres suplentes por la junta general de accionistas, constituídas sin intervención de las 100.000 acciones antes referidas" (pág. 188). La junta general de accionistas está constituída, naturalmente, por la rosca liberal-patiñista. ¡Pero el proceso para expulsar al estado de su propio banco, no termina! De las 70.000 acciones que le restan, la ley le autoriza para vender 20.000 más con objeto de realizar la conversión de los bonos Morgan, de modo que **"el Estado quedará con 50.000 acciones en el Banco, sin derecho de elegir NINGÚN representante en su Consejo de Administración"** como lo hace saber, todo ufano, el líder de la reforma Gutiérrez Guerra (página 189 del folleto citado).

Está criatura de la Nación, que desde el día de su nacimiento fue sometida a semejante régimen por parte de sus progenitores, mantuvo sus taras congénitas y no pudo curar jamás de sus vicios rosqueros que persistieron cuando dicho Banco se transformó en Central; maduraron cuando éste fue nacionalizado, y persisten aun hoy, después de 40 años, en que siendo el Estado poseedor del 100 por ciento de las acciones del Banco, figuran en el Consejo de Administración directores supérstites del antiguo sistema, que no representan acción ninguna, sino a entidades abstractas, llamadas: la Industria, la agricultura o el Comercio privados.

Con el Banco en sus manos, la Rosca pudo gobernar el país durante 40 años. El directorio del Banco fue su oficina propia; sus fondos, su caja privada y las divisas y el oro, su cueva encantada de Alí Babá. Ningún congreso ni partido tuvo tanto poder como cualquier gerente del Banco de la Nación. Cuando en 1929 se convirtió en Central, el jefe liberal Tejada Sorzano lo definió así: **"Es el corazón de nuestra vida económica. Influye decisivamente en la política fiscal, en el costo de vida y en todas las manifestaciones económicas, públicas y privadas del país",** concepto que proviniendo de tal alto financista liberal coincide con uno de Lenin que define la función de la banca "por su posibilidad de controlar e influir sobre los negocios de los capitalistas, alargando o restringiendo

el crédito, facilitando u obstaculizándolo y, en fin, de decidir completamente su rentabilidad, de sustraerles el capital o de darles la posibilidad de aumentarlo velozmente y en enormes proporciones".

La aprobación de la reforma bancaria de Montes suscitó las más violentas manifestaciones en el ambiente político. Aprobada la ley, aunque se concedió a los bancos particulares ingerencia en el nuevo instituto emisor y se les concedió plazos y garantías para recoger y quemar sus billetes, ellos sabotearon la ley, sembrando la alarma con exigencias de pago a sus deudores, sin permitirles renovación de créditos.

La reacción de los directores y accionistas perjudicados por la reforma monopolista, irrumpió en el terreno político con violentos ataques contra Montes y así nació, en la humedad del sótano de los bancos privados, el partido que se bautizó con el nombre de "Unión Republicana". Su madrina fue, a no dudar, doña Usura. Se acoplaron a él los liberales puritanos y saldos del Partido Conservador, entre terratenientes, prestamistas y tenedores de letras hipotecarias, con la jefatura honoraria del general Pando, convertido en enemigo de Montes. Como jefe efectivo figuró Daniel Salamanca, cuyo cerebro estaba ya avaluado por su critica al contrato Speyer, por un breve opúsculo titulado "Apuntes sobre una teoría del valor"[1] y por la fina urdimbre de su estilo oratorio y escrito.

Montes reaccionó a la fundación del Partido Republicano como ante un desafío personal. Decretó el estado de sitio, con el especioso justificativo del estallido de la guerra en Europa, para desterrar a algunos de los fundadores y clausurar diarios opositores. En su mensaje al Congreso describió la morfología del nuevo organismo, relacionándola con leyes impositivas sobre sociedades anónimas, "el 98 por ciento de las cuales son extranjeras y reparten sus beneficios en el país, sino exclusivamente fuera de él". "Son impuestos —dijo— contra los que con imprudencia ha suscitado la oposición el clamor popular". Y añadió:

> "Ante la evidencia que la realidad de los números no permite desconocer, la oposición enceguecida por las pasiones que informan sus heterogéneos elementos, conspira contra la razón, el patriotismo y el buen sentido, desnutaralizando el carácter y la tendencia de las nuevas imposiciones; y a este título, que el honor debe rechazar, invita a todos los ciudadanos a abandonar sus convicciones, a renegar de su credo político, para formar un conglomerado de apóstatas, sin conciencia cívica y sin doctrina".

---

(1) Según el economista Franklin Antezana Paz, dichos "apuntes" son una versión de la teoría de la utilidad marginal, llamada de la escuela austríaca. En cambio un Canciller del MNR sostuvo que el ensayo de Salamanca era muy superior a la teoría del valor de Marx!...

El conglomerado de apóstatas replicó más violentamente, interpelando al gobierno por haber, entre otros excesos, adquirido una carroza de lujo para los actos oficiales.

Patiño estaba muy tranquilo, porque la atronadora política impositiva de Montes no le tocaba en nada. Liberales montistas y liberales salamanquistas se hallaban conformes en no discutir la plenitud del derecho del Superestado minero para esquilmar al país.

* * *

Montes y Salamanca, fundidos en la misma ideología de clase, revestían dos formas antipolares del tipo humano. El primero, hombre de armas, nacido en la pobreza, astuto y empírico, de grandes bigotes y mirada despectiva y desconfiada, se sentia como los paceños, seguro al moverse entre los hechos. Salamanca se creía seguro aún al andar por senderos de ideas puras. Como buen cochabambino, aspiraba a meter el mundo entero dentro del esquema de su fabricación. Nutría de antiguo una prestigiosa úlcera gástrica que le daba apariencia de vencido. Mientras Montes había enfrentado la lucha por la vida como militar y abogado pobre, el doctor Salamanca no ejerció jamás la abogacía, ni ningún otro oficio, y perennemente vivió de la renta de sus propiedades[1].

El estilo teatral de la figura de Montes, encarnación bigotuda del caudillaje latinoamericano, contrastaba con el estilo, también teatral, lampiño y flaco del doctor Salamanca, llamado por sus adictos el "hombre símbolo", como representación viviente de la debilidad del derecho frente a la fuerza del ideal kantiano en medio de la fauna criolla y mestiza que hacía política.

Para la Rosca ambos ejercían una función. El uno era el hombre ejecutivo en acción. El otro, la reserva doliente, mantenida como ideal ante el pueblo, como pieza de repuesto[1].

Yo admiraba a Montes con cierto temor, por su actitud prepotente cual la de un gendarme poco amigo de los niños. También me amedrentaba Salamanca, pero al mismo tiempo me seducía como un ideal, mejor dicho, como el cadáver de un ideal. Cada vez que Salamanca concluía su

---

(1) Sus mejores rentas provenían de la venta de agua a los áridos fundos del valle de Cochabamba.

(1) Dualidad verazmente histórica. Dos notables liberales, Ezequiel Romecin y Casto Rojas, dijeron y escribieron que el propio Montes hizo proponer a Salamanca en 1920 su candidatura a la Presidencia por el partido liberal, propuesta que Salamanca aceptó, según dice Rigoberto

actuación parlamentaria en La Paz, regresaba con su úlcera cada vez más perfeccionada, a su base de Cochabamba, donde habitualmente le recibían en mitin sus partidarios. Los republicanos desfilaban, según me hizo notar Man Césped, en este orden: primero la banda de música, segundo los desarrapados; luego los cojos y, a continuación, la masa del partido. Habían efectivamente varios cojos entre los dirigentes del republicanismo, y los liberales usaban en su propaganda este argumento innoble para contrarrestar los sublimes asertos doctrinarios del "hombre símbolo". En un mitin vi a Salamanca, por primera vez, en su balcón. Le hallé semejanza con el tipo lampiño británico, que entonces juzgábamos aguileño y delgado como el Sherlock Holmes de las carátulas. Rectifiqué mi imprecisión más tarde, al comprobar que Salamanca tenía rasgos más bien hispano-quichuas. Vivía yo en la calle Junín, a la vuelta de su casa en la de Santo Domingo y alguna vez le hallé al pasar, como un portento, como si las baldosas del viejísimo pavimento fueran la política misma en que el doctor Salamanca descendía a poner los pies. Los chicos mirábamos su paso lento, siempre acompasado por el bastón, con el que a veces retiraba piedrecitas o cáscaras de la acera, su mirada húmeda y penosa, su silueta magra y enlutada como el cuervo, emblema del misterio. Parecía que andaba tristísimo, cual un sobreviviente entre las ruina de la Ciudad Democracia, arrasada por los vándalos montistas.

Desdeñaba la realidad, a la que pretendía doblegar con el arte de su palabra. Desarrollaba sus discursos en superficies planas, construyendo sus elementos conceptuales con claridad de tiralíneas. Sus conclusiones resultaban lógicamente regidas por el absolutismo de la superficie euclidiana. Era irónico y gustaba oírle. Los discursos de Salamanca, como de otros grandes oradores contemporáneos (Ramírez, Vásquez) gustaban como el cigarrillo porque se convertían en humo.

* * *

Salamanca apóstol del individualismo en lo económico, en lo político combatía al gobierno por los atropellos que éste cometía contra la **"ciudadanía".** Se entiende que la ciudadanía eran los republicanos, cuya élite aprovechaba la miseria de los cholos para poner gran parte de éstos contra los liberales, constituídos ya en oligarquía. La reacción de la ciudadanía suscitaba nuevos atropellos del gobierno, y éstos más violenta reacción, en un círculo vicioso al que Salamanca había trazado una tangente de libertad: ¡la elección libre! Una elección libre, y el sabio mecanismo democrático, parado desde la fundación de la República, iniciaría su marcha hacia la felicidad del país.

Mientras llegase esa ansiada elección libre, los republicanos acudían a las elecciones no libres con el mismo empeño táctico con que los comunistas acuden a las huelgas: para gimnasia del partido. Y salidos de elecciones como la que se ha descrito al comienzo de este libro, las ánforas y cabezas rotas coleccionadas formaban el material necesario para acusar nuevamente al gobierno.

Esta carrera en persecución del mito electoral sólo ocupaba a la minoría del país. Bastaban de 500 a 600 votos de ciudadanos en Cochabamba para ser diputado y era sólo a estos ciudadanos a quienes habría tocado la parte de derechos humanos y libertades que se exigían. Entre tanto, los dos millones de indios y mestizos del campo y de las minas, sin ciudadanía padecían la atroz explotación del capitalismo sin ley. Cuando se trató —no de controlar la explotación de las minas, no de gravar la renta— sino tan sólo de obligar a los exportadores mineros que vendiesen al banco de la nación el 10 por ciento de sus divisas oro, Salamanca refutó el proyecto del ministro y banquero Gutiérrez Guerra, demostrando que el Estado carecía de derecho para meter la mano en el bolsillo del industrial.

Las clases medias de las ciudades y pueblos luchaban por el objetivo de los cargos públicos, y los artesanos, si eran gobiernistas, por las pequeñas concesiones municipales o dádivas temporarias de fondos de la Policía, en pago de palizas que daban a los republicanos. Estos, a su vez, satisfacían su apetito doctrinario con un plato de picantes, algún billete de corte menor y unos vasos de chicha que costeaban los dirigentes, generalmente banqueros o hacendados.

Con pequeñas subvenciones de los dirigentes adinerados se sostenían algunos locales de chichería, llamados **"clubs"**, en que se domiciliaba oficialmente el **"directorio obrero"** del partido. Me acuerdo que mi padre escribió un artículo muy gracioso, comentando la noticia deslizada entre las publicaciones notariales sobre el contrato de alquiler del local de chichería otorgado por un rico artesano apellido Tambo al doctor Salamanca, por el canon actual de 200 Bs. El doctor Salamanca nunca concurrió a ese local, pero pagaba el alquiler para que sus catecúmenos se **templasen** bebiendo chicha. Una pequeña concesión a la realidad.

Los cholos afiliados a los partidos contendientes cumplían, como lo hicieron secularmente, sacrificadas misiones. Formaban la tropa de asalto y eran la víctima de los palos en las calles y de arrestos y palizas en las policías. Llegaron unos a matar, como Miguel en Sucre, que disparó contra un comisario de policía, y otros a morir, baleados en las plazas electorales.

Vivían la existencia del tugurio, sujeta a las fluctuaciones del alcoholismo fomentado por la deformación económica del país en que la fabricación del alcohol constituía una gran industria y la de la chicha la industria popular. Vivían en la **tienda redonda,** dormitorio, comedor, recibo y taller, todo en uno, gobernada por la economía doméstica de la **chola**, tipo de hembra aguerrida y, en su pobreza, emancipada sexual y económicamente. Los cholos creaban en la práctica de su oficio politiquero una técnica y una pasión, ignorantes de que dependían de una superestructura invisible, dominada por Patiño, ya investido desde 1913 en París con el título de **Rey del Estaño.**

Los blancoides de la clase media y los pocos adinerados también lo ignoraban, sintiendo únicamente la necesidad de participar en el mísero presupuesto en déficit sempiterno, en déficit crónico, incurable, como un lisiado de nacimiento. Ese era el presupuesto que el imperio estañífero dejaba a la nación para que pagara a su personal administrativo y policiario.

Aunque Patiño figuró alguna vez como adherente liberal, poco podía importarle quién ganara las elecciones, porque Partido Liberal y Partido Republicano constituían sólo ficciones provechosas para él, en el sentido de que su rivalidad distraía al país respecto al destino de las riquezas que extraía de su suelo.

* * *

El proceso de la economía liberal es el de la segmentación casi total de la actividad de Bolivia en dos lóbulos. El interno, de atrasada economía consumidora de la pequeña producción nacional y las importaciones, quedó enanizado frente al desmesurado crecimiento de la producción minera exportable. El gran capital, sólo de Patiño, creció y llegó velozmente a la madurez, sin cortar el cordón umbilical con que se nutría del país y sin dar nada en cambio. Este desarrollo desigual determinó la crisis en Bolivia el año 14 y siguientes, cuando su producción minera alcanzó cantidades extraordinarias por la demanda de la guerra mundial. La disminución de las importaciones motivó el colapso del comercio y la baja de los ingresos del Fisco, porque las aduanas cobraban el 16 por ciento a las importaciones y sólo el 3 y, a veces **nada,** a los minerales exportados.

Entonces Montes, en lugar de compensar el déficit presupuestario imponiendo mayor tributo a la próspera minería, para equilibrar su balance, redujo en un 30 por ciento los sueldos a los empleados públicos. Simultáneamente a aquella baja, Bolivia subía al segundo puesto como productor mundial de estaño y al primero en el **tungsteno o wolfram.**

En rol de espectador, Montes, Presidente de la nación cuyo subsuelo y cuyos obreros producían los minerales, declaró al Congreso de 1915:

> "Si bien las finanzas fiscales han desmejorado agravando la mala situación del Erario, la economía general del país se ha tonificado grandemente, produciendo una bastante apreciable capitalización nacional".

En vez de "economía general del país" debía haberse dicho economía de Patiño en el extranjero, la cual ciertamente se "tonificaba grandemente". El valor de las exportaciones alcanzó ese año a 95 millones y el de la importación a 22. Sin embargo, Montes incidía primordialmente en el segundo factor, diciendo:

"La modicidad de nuestros impuestos aduaneros sugiere además una revisión justa del arancel de aforos, cuyo rendimiento debería guardar relación con el monto del valor importado".

Y añadía tímidamente:

> "Y sobre el exportado no debería perderse de vista que la Minería deja en el país exiguo provecho, a causa de que esa industria en su mayor parte está en manos extranjeras que disfrutan de las ganancias, utilidades o beneficios que obtienen en el país fuera de él...".

Se exportaba entonces estaño, wolfran, antimonio, plomo, zinc, bismuto, plata, oro, molibdeno y niquel. En 1916 la diferencia entre la exportación y la importación fue mayor: 101 millones contra 31[1]. Esas colosales diferencias en la balanza comercial explican la veloz y enorme acumulación de la fortuna de Patiño en el extranjero, acumulación que le permitió absorber también las ganancias del transporte y fundición, al hacerse socio de las compañías navieras y de los hornos.

El doctor Montes explicó sin sobresalto, en su mensaje al Congreso de 1916, que aquella gran producción minera:

> "no ha beneficiado al Fisco de un modo apreciable, porque las exportaciones están gravadas apenas con un 3 por ciento y se ha recaudado sólo 3 millones de Bs. En cambio la importación está gravada con el 16 por ciento, lo que da 5 millones, que paga el consumidor, o sea, el pueblo, **anomalía financiera** que grava el consumo del pueblo, o sea, la masa de la población, y en forma exigua, menos que módica, la riqueza del minero o industrial afortunado, siendo de notar que el antimonio, exportado por valor de 17 millones y el cobre sin concentración, por 5 millones, estando **exentos absolutamente** de todo gravamen, no dejaron ni un centavo de beneficio al Fisco".

(1) Bolivianos de 19 peniques, cuando la libra tenía un valor oro doble del actual.

Aparte del 3 por ciento de gravamen aduanero, no existía asomo de impuesto a la renta ni a las utilidades, ni ninguna obligación social para la Minería. El presupuesto nacional jamás podía salir del hoyo deficitario. Bolivia, país minero, en el punto más alto del auge de su producción minera, se moria de sed en medio del río. El Fisco debía recurrir habitualmente al préstamo extranjero o interno para sus obras públicas y aun para el pago de sus gastos administrativos, y a la emisión de los vales de aduana, miserable invención del Estad para obtener dinero vendiendo esos vales para futuras exportaciones con descuento, a los prósperos industriales.

Semejante situación, únicamente provocada en el caudillo liberal —una de las personalidades más vigorosas de la historia boliviana—, el comentario de que era una "ANOMALIA FINANCIERA" que recomendaba a los diputados no perder de vista", cual si no tuviese en sus manos la gran mayoría congresal para modificar dicha **anomalía** con una ley. Parecía que Montes hablaba de la industria de otro país. Imperativo y autoritario en otros casos, en la cuestión minera, únicamente aconsejaba **"no perder de vista".**

La **anomalía financiera** no preocupaba tampoco a la oposición. La economía mutilada del Estado marchaba sobre las dos muletas políticas de los partidos republicano y liberal, cuyos hombres, con breves interrupciones, siguieron gobernando Bolivia durante 30 años más. Liberales y republicanos, por debajo de su airada pugnacidad en el Parlamento, la prensa y las plazas electorales y no obstante su disparidad en la cuestión portuaria, guardaban todos un común protocolo de silencio en la antesala de Patiño, adjudicándole el laissez-faire para saquear la nación, defraudar al Fisco y exaccionar al trabajador.

* * *

La oposición salamanquista acusaba al régimen como conculcador de la Constitución. Demasiado atenta en citar los artículos de la Carta Magna, consideraba ajena a su misión ocuparse de la fuga de la riqueza minera y menos aún de las necesidades de alimento, vivienda y salubridad del pueblo. Su celo constitucionalista no sólo encubría al capitalismo minero como tal, sino que defendía al capitalista como persona privada. El entonces juvenil Carlos Víctor Aramayo, diputado snob por sus propiedades de Tupiza, en cierta ocasión pretendió tratar al comisario Cataldi como a un mestizo cualquiera. Cataldi lo encerró en el calabozo, hecho que originó una de las más ruidosas expansiones oratorias de los parlamentarios republicanos, bajo la batuta de Salamanca. Se exhibió a

Cataldi con los rasgos aterradores del degollador argentino Cuitiño o del fusilador Fierro, mejicano. No tanto porque hubiese puesto en chirona a un diputado, sino porque tal padre de la patria era hijo del segundo millonario de Bolivia. Meses después, cierto ministro, por convencer de su espíritu conciliador a los opositores, relató en un largo discurso los numerosos pasos de transigencia, legalismo y respeto dados por el gobierno para garantizar los derechos de la oposición. Cuando concluyó, el público ávido volvió los ojos y oídos hacia Salamanca quien, por toda réplica, silabeando lentamente preguntó: "Muy bien, señor Ministro... ¿y Catadi?...". Dos palabras que conmovieron la República.

El estilo retórico de Salamanca convencía mucho más que el de Franz Tamayo, quien quedó aplastado de soledad cuando interpeló al ministro Zamora, criticando por incompatibles sus simultáneas funciones de Ministro de hacienda y propietario de una fábrica de calzado. El parlamento apoyó por unanimidad al ministro. Tamayo, años después, afirmó haber tenido el apoyo de Salamanca y del publicista liberal José Carrasco, aunque no concretó en qué se tradujo dicho apoyo.

La inteligencia de Salamanca, al par de la de los grandes publicistas y políticos de su tiempo (Sánchez Bustamante, José Carrasco, Casto Rojas, Bautista Saavedra. Alcides Arguedas, Tomás Manuel Elio, Ismael Vásquez) tuvo efectos letales en la conciencia de la nación. La estética con que el "hombre símbolo" abrillantaba las proposiciones y silogismos de su liberalismo puro, proporcionó a éste una máscara de realidad , la realidad del aliento condensado sobre el cristal, que permite trazar iniciales con el dedo. El academismo de sus tópicos enriqueció la hipocresía filosófica con que se interpreta la Democracia en Latinoamericana. En un país de indios y mestizos, la minoría letrada, desde Adolfo Ballivián hasta Baptista y Salamanca sólo creyó sinceramente en su democracia para hacendados, abogados y banqueros, o sea, en el gobierno de los huayralevas, con exclusión de cholos y de indios.

En contrapunto al liberalismo de Salamanca en función opositora, Montes en función de gobierno actuaba también liberalmente. "Mientras él está diciendo, nosotros estamos haciendo", manifestó. Todo lo que Montes hacía era crear obstáculos para impedir que los republicanos participasen en el presupuesto, y era lógico, porque los ingresos fiscales no abastecían para más democracia. La cantidad de democracia está en razón directa de las disponibilidades del erario público. Al mismo tiempo, Montes hacía también la práctica del individualismo liberal, amparando la libertad de lucro irrestricto de los propietarios de las minas.

Unidos por un tácito yugo, gobiernistas y opositores dirigían la atención del país hacia los espacios filosóficos en que descubrían astros como Cataldi, manteniéndolo extraño a su terrestre, pero más importante, derecho a los minerales extraídos de su territorio.

CAPÍTULO III

DOCTRINA DE LA ANTICULTURA

Incultura de la República.— la celebridad de Arguedas y el "castellano de Churubamba".— El mensaje indio de Tamayo y "La Prometheida".— la anticultura del estaño.— Los slgans, mitos y tabús del entreguismo.

"El sentimiento nacional fue suprimido como impulso histórico llamado a construir un presente y un futuro consubstanciales con la patria".

Carlos Montenegro

La proyección negativa del pensamiento liberal en la economía boliviana, más que a deliberación obedecía a la radical ignorancia de los conductores —criados y educados en el yermo cultural de la nación— respecto del problema nacional. Ellos no podían ver sino el romántico y descolorido tolderío que las metrópolis mentales y financieras extendieron ante los ojos del boliviano, ocultando la codicia materialista que detrás del telón contrabandeaba las materias primas. Dicho cuadro, igual a una litografía del 800, quedó fijo ante el país porque la casta blancoide lo clavó como en un muro, creyendo hacerse digna de participar con el extranjero en el usufructo de Bolivia, al apartarse de la raza nativa y de todo lo nacional.

Dentro de este marco de desnacionalización mental prosperó la explotación minera, hasta lograr un desarrollo que le permitió instituir, como pedagogía colectiva, la ignorancia y aún la aversión por un destino nacional.

Forzoso es advertir que al tocar la relación de la cultura en Bolivia con la industria —extractiva "y también en otros análisis de este libro— no me limito al período de Montes. Partiendo de hechos que surgen en el curso de este período me refiero a todo el régimen de la oligarquía que, antes o después de los caudillos liberales, mediante sus intelectuales,

financistas y periodistas, cobijó el aparato superestructural a cuya sombra se socavó la nación. Procuro marcar las líneas generales del entreguismo en los actos de coacción a lo nacional, repetidos periódicamente y con intensidad creciente hasta 1952, en que comienza el descenso vertical de la mentalidad antiboliviana.

Los hechos son los cromosomas de la historia, considérese ésta como un acontecimiento del espíritu o como un engendro de las formas de producción. Para hallar el perfil de los hechos es útil concebir la historia no en figura rectilínea, sino en movimiento cíclico, global, de modo que al seccionarse con un plano, descubra todas las formas existenciales que corresponden al ciclo. Los juicios que surgen a lo largo de este relato tienden a ser síntesis sobre varios acontecimientos que, transcurridos en diferentes épocas, integran series pertenecientes a un mismo motor y estilo.

"En la raíz del proceso —dice Carlos Montenegro en "nacionalismo y Coloniaje" —**que en lo moral y lo económico conduce a Bolivia por la ruta del envilecimiento, se halla a no dudar la simiente del antibolivianismo. Hijo de los complejos psíquicos originarios de la colonia y pupilo de los intereses antinacionales".**

La mutilación inferida por los españoles a nuestra tradición milenaria la truncó súbitamente: pero como una cultura, a semejanza de la entidad vegetal, posee una vitalidad difusa, los elementos innatos en la raza no se perdieron. Las formas de vida y de explotación occidental que impuso el español no lograron oscurecer totalmente la linfa autóctona, y esta linfa dio carácter a la Colonia. Le dio carácter al mismo tiempo que le daba plata. A través de la opresión y el vasallaje, el trabajo del indio hizo posible la superestructura colonial; su espíritu se evadió en las formas de la piedra y su sangre se transmitió a la del conquistador.

Dos elementos morfológicos: el lujo de españoles y criollos y el suntuario gusto del indio crearon la figura artística del período colonial. Como flor del tiempo, en tres siglos surgió una expresión de vida particular, identificable en la arquitectura, la música popular, la literatura de los cronistas y las costumbres. Se puede aludir así a una cultura colonial, saturada por las aguas inagotables del manantial autóctono.

Proporcionalmente a la opresión, la sed de independencia emanó también de esas fuentes, hacia la evasión artística o a la rebelión explícita. Como brote de autonomía espiritual: **"La Independencia** —según Guido— **tuvo su precursor en José Condori, el modesto alarife que talló la portada del templo de San Lorenzo en Potosí, el año 1754".** Y como

alegato por la rebelión armada, las proclamas de Tupac Amaru y los Catari y la proclama de Murillo: **"Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria",** son frutos nativos cultivados en la Colonia.

Todo esto quedó diluido por la República, hecho lamentable por su enajenación al artificio liberal. La casta criolla aventó el sentido cultural de la Colonia, Pero prolongó el sojuzgamiento de la masa nativa, reemplazando en sus privilegios a los españoles. El régimen jurídico-político republicano, según Montenegro, "concentró la exigencia opresora y secante de la doble inspiración del colonialismo y el capitalismo sobre el objetivo común de la nacionalidad". La casta criolla aplicó a la revolución emancipadora una teoría de ultramar. El orden colonial finalizó sustituido por los asaltos al poder en nombre de la libertad francesa. Las clases altas, en su intento de legitimarse como herederas del encomendero hispánico, ya que no podían teñirse la piel, procuraron transportar modelos occidentales, especialmente franceses, a la política, la literatura y la vida social. No lo consiguieron sino en medida ridícula. Al negar sustantividad a su país, se negaron a sí misma. Como en el poema sirio de Kalif-Hibrán, la oligarquía, dando las espaldas al mar, se reducía a escuchar su rumor en un caracol que aproximaba a su oreja. Los románticos rojos, los constitucionales, los liberales y republicanos, en su pretensión de europeizarse, quedaron tan culturalmente desnudos como un chulupi con sombrero de copa.

La imitación se redujo a la caricatura y el intento de transfusión, al arrasamiento material de huellas del pasado. Solamente una raza nativa fuerte como la piedra pudo resistir la campaña de devastación emprendida contra ella durante más de un siglo. Cuando no se pudo derribar fachadas platerescas o portales barrocos para usar su piedra en obras de mampostería, se les cubrió de estuco. Se restauraron templos como el de San Francisco de La Paz, arrancando partes de la talla de su altar mayor para incrustarles una utilería manufacturada en fábrica europea. Se instaló un caricaturesco principado como el de la Glorieta. El vacío espiritual de la literatura se llenó "con trovadorismo y romanticismo mal trasegados" cual diría Mariátegui. El adobe sustituyó a la piedra y la teja desapareció de los techos en cuanto se pudo reemplazarla por la calamina importada . ¡Se derribó empeñosamente los árboles de caminos y parques, con pretexto de **modernización al estilo inglés!** No hubo prefecto ni alcalde de mentalidad liberal que no creyera cumplida su misión progresista sin consumar una feroz tala de árboles. Se incendiaron archivos en las veladas de la soldadesca o se dejó que la humedad

pudriera los papeles históricos. Al mismo tiempo, se arrasó con la comunidad indígena, se repudió la raza maternal, se subestimaron las lenguas nativas y aun se intentó proscribir la vestidura vernacular. Cierto munícipe republicano proyectó una ordenanza para prohibir a lo indios que vistieran con su típico indumento. Dicho munícipe debía llegar a ser, lógicamente, miembro de la "junta constitucionalista y democrática" de 1946.

* * *

El espíritu extranjerizante de la casta antinacional cobró personería intelectual en la obra del escritor montista Alcides Árguedas, quien tomó a su cargo la devastación moral del pueblo y la historia bolivianos. Poseído de furia semisociológica e historicista, Arguedas, el crítico del pueblo boliviano, delató en sí mismo la incapacidad de la casta liberal para hacer siquiera una interpretación a la europea del fenómeno boliviano. Cuando escribió su mentado libro **"Pueblo Enfermo"** en 1910, desconocía las teorías del método histórico y las doctrinas políticas del siglo XIX, ya difundidas en América, como el materialismo y el socialismo, y no logró munirse de ningún sistema interpretativo. Tomó el camino más fácil y menos culto de relatar los hechos cual si lo hiciera objetivamente, cargándoles la tinta, empero, de acuerdo a la mente de la clase dominante. La suciedad , la ignorancia, el localismo, la pereza, la politiquería, la tristeza y todos los vicios universales del hombre político, con los particulares de pueblos mestizos y coloniales en formación, resultaron adjudicados como patrimonio atávico al pueblo boliviano. Esta desvertebración sensacionalista, imitada sin su estilo gramatical a los escritores españoles del 98, podría concebirse como la reacción de un alma anárquica inadaptada al ambiente si no tropezase en la particularidad de que, en su letanía contra el pueblo condenado fatalmente a ser pérfido, tímido, alcohólico, tétrico y antiestético, Arguedas hacía gracia de su encono a los **maharajás** liberales, aunque poseyeran iguales rasgos antropométricos que la plebe. Mientras el "pueblo enfermo" era marcado con el estigma de la parálisis, Arguedas atribuía a los gobernantes liberales milagros que nadie había visto en Bolivia. Decía en 1912: "En 1900 había 500 kilómetros de líneas férreas construídas, las rentas nacionales sólo alcanzaban a 6 millones y medio de pesos, el ejército apenas existía, la incultura era general y los problemas nacionales estaban subordinados a la lucha de los partidos. Hoy pasan de mil los kilómetros de líneas construídas y de cinco mil los que se van estudiando y construyendo, las rentas nacionales se han duplicado, tenemos un ejército disciplinado y

bien equipado los gobernantes se preocupan de cultivar, junto con el suelo, la raza, y según datos recogidos en las librerías, Bolivia, en relación a su población es después de Argentina, el Perú y Colombia, el pueblo que más lee en Sudamérica"[1]. El pueblo que "según datos recogidos en las librerías" casi más leía en Sudamérica —y que menos comía— no se libró de ser nuevamente retratado por Arguedas, esta vez con falsedades de montaje fotográfico, en su serie de Historia de Bolivia, imbuída en el mismo pesimismo antropofísico de **"Pueblo Enfermo"**. El millonario Simón Patiño, a quien dedicó la historia , a pesar de su proverbial tacañería y su instintiva repugnancia por el tipo de imprenta, costeó la edición de las atrocidades catalogadas por el escritor "nutrido de lamentos y gruñidos", como dijera Luis Alberto Sánchez. La costeó porque Arguedas jamás atribuyó la enfermedad de Bolivia a la desnutrición obligada por la minería. La arraigó por entero en taras étnicas del pueblo, rebuscando causalidades de la convulsionada existencia boliviana en los defectos "incorreglibles" y "asquerosos" de la raza mestiza, a la que se creía ajeno. Sánchez dijo al respecto que así hablaban algunos escritores "porque olvidaron mirarse al espejo"[2].

El pesimismo arguediano constaba sólo en sus libros, puesto que él personalmente vivió muy contento en los círculos del privilegio, como rico terrateniente, eterno cónsul y ministro en el exterior y como el intelectual boliviano de mayor prestigio internacional. Su interpretación de nuestra historia satisfizo a la plutocracia que la propagó en el extranjero, donde gustó por su originalidad rabiosa, ya que no podía apreciarse por su retórica de mal sabor y su peor castellano. De tal naturaleza era, que Franz Tamayo publicó en sus "Sherzos" esta síntesis epigramática de la literatura arguediana:

Tu historia son historias,
tu cuenta cuentos.
Disfraza de aspavientos
tus pepitorias
la musa camba.
¡mas no tu castellano
... de Churubamba!

La "musa camba" es una alusión al escritor cruceño Gabriel René Moreno, cuya obra, en cierto modo racista como la de Arguedas, se

---

(1) Reproducido en "El Diario", 5 de abril 1954.
(2) L. A. Sánchez, "¿existe América Latina?", Santiago, 1947.

distingue de ésta por la altísima calidad de su prosa y por su escrupulosa documentación. El "castellano de Churubamba" es el de los mestizos sin instrucción, de los barrios bajos, aunque también abundó en el parlamento, la prensa y la universidad de la oligarquía.

Después de la guerra del Chaco, Arguedas reincidió, publicando **"La Danza de las Sombras"**, nueva colección de "cuentos" e "historias", en cuyo título reveló inconscientemente su manera de comprender las cosas. No veía más que siluetas, tal como el observador que desde el interior de la cueva platoniana percibe únicamente las sombras y no los cuerpos de la realidad social y económica que las proyectan desde afuera.

Arguedas aspiró a ser el orador fúnebre de los vestigios de nativismo y de conciencia nacional que resistieron el arrasamiento del liberalismo. Cultivó rabiosamente la denigración al país, aunque nunca dejó de espigar en su presupuesto. La oligarquía lo consagró como un ejemplo del valor civil ante la juventud. Yo mismo suscribí —cuando era estudiante— un petitorio a Saavedra para que nombrase a Arguedas cónsul en París, en atención a su monumental obra, etc. Le defendí junto con Antonio Alborta Reyes cuando Fernando Diez de medina ensayó sus primeras armas de escritor contra el maestro del pesimismo. Después descubrí la función que cumplía con su labor y le enjuicié como sigo enjuciándole hoy, ya que su nefasta intérpretación le sobrevive, sobre todo, fuera de Bolivia. Le sobrevive por su fantasía novelística, su vigor dramático y su originalidad casi masoquista.

* * *

Contemporáneamente a Arguedas apareció otro personaje que expresó el drama de la asfixia cultural de Bolivia con fuerza y belleza nacidas de su grandioso individualismo. Este personaje era Franz Tamayo, autor de la **"Creación de la Pedagogía Nacional"**, que marcó respecto a **"Pueblo Enfermo"** un contraste de jerarquía por el estilo, la sustancia y la orientación. Ambas fueron obras publicadas casi simultáneamente. El frenesí anátomo-patológico de "Pueblo Enfermo" agradó al público mientras el silencio se tragó **"La creación de la pedagogía Nacional"**, recopilación de 45 editoriales que Tamayo escribió, a uno por día, en "El Diario" de 1910.

Tamayo proclamó, con su prosa sin vacíos cual relieve barroco, el imperativo de dar a la vida nacional la sangre autóctona que le negaba la descolorida intelectualidad criollo-mestizo. Su ilustración clásica y humanista, de filósofo y esteta, afinó su sensibilidad autóctona cuando, al remontar la corriente arterial de la raza nativa, halló en el humillado

superviviente del imperio destruido, el indio, la única fuente potencial de un estilo nuestro. Con enunciados de esta calidad: **"Tenemos que librar aún la última campaña de la independencia y destruir definitivamente el espectro español que aún domina nuestra historia"** y: **"Somos un algo vivo: debemos descubrir nuestra ley de vida que seguramente no es francesa ni otra, sino boliviana"** exploró y cubicó los yacimientos de lo nativo y su potencia cultural, como nadie supo hacerlo hasta entonces en América. El antiimperialismo coetáneo de Manuel Ugarte y la posterior "Indología" de José Vasconcelos no alcanzaron la profundidad de la revolución interior planeada por Tamayo, a quien por eso y por precedencia, le corresponde el título de fundador de la teoría indoamericanista en el Continente.

Después sólo Carlos Montenegro, con su antítesis de **"Nacionalismo y Coloneaje"**, extrajo de los escombros de la historia boliviana el sentido íntimo y viviente de la afirmación nacional.

Tamayo, ser paradójico, en cuyo interior convivían la civilización y la barbarie, el erudito blanco y el indio mágico, no pudo resistir los rayos del sol de la época que bañaban la amplia periferia de su intelecto. El invocador de lo terrígeno al abordar el plano político, se inclinó por el **macaquismo** que él mismo condenara y, a imitación de la burguesía francesa, fundó un partido de élite llamado **Partido Radical**. El partido resultó un semillero de tránsfugas, un puente para que sus adherentes se pasaran al liberalismo o al republicanismo.

El drama de la cultura actuó con otras atroces alternativas en el pensar de Tamayo, convertido en protagonista de contradicciones a causa de la extraña incomunicación entre su ilustración europea y su alma indígena. Su familiaridad con las grandes ideas de la civilización occidental, unida a su calidad de terrateniente, le afirmó dentro de la clase dominante, permitiéndole el lujo de ser original y rebelde tan sólo dentro de ella. Contrapuso a la mediocridad oligárquica, en política, los ejemplos de las democracias griega e inglesa, y en literatura, la egregia aristocracia de su lenguaje.

La preterición del tema nativo ante su cultura helenística, floreció así en **"La Prometheida o las Oceánides"**, tragedia lírica publicada en 1917. Con un procedimiento al que Guzmán de Rojas habría dominado coagulatorio, el poeta obtuvo efectos deslumbrantes en versos de gran sonoridad y profundidad. Evadiéndose del ambiente, utilizó los símbolos clásicos para cumplir el "séptuple periplo" de su alma en busca de la plenitud, sobre "el invicto Cáucaso" en un "paisaje esquiliano". Mas evoca, sin duda., **"La Prometheida"** un templo apolíneo invadido por las

enredaderas del tronco. Nadie pudo seguir el periplo de Psiquis, la protagonista irredenta. Se comentó que **"La Prometheida"** era tan difícil de entender como si Tamayo la hubiese escrito en griego. Nadie tenía siquiera una cerilla encendida para avanzar un paso en el suntuoso interior del templo cuyos capiteles se decoraban con el cobre nativo de un castellano prohibido, fundido en estrofas danunzzianas que, algo más que un canto o música en palabras, eran el pensamiento en escala sónica. **"Nadie me entendió. Como siempre: margaritas apud porcus"** sentenció años después el poeta desdeñado por su público burgués.

* * *

"La Prometheida" quedó reducida a curiosidad bibliográfica y la **"Creación de la Pedagogía Nacional"** a ensayo académico[1].

El destino de estas obras de Tamayo denuncia el índice mental de la oligarquía. Repudiaba por instinto toda teoría revolucionario indigenista y, por añadidura, era incapaz de comprender una obra burguesa de gran estilo. Un rasgo típico de esta incompetencia se halla en don Rosendo Villalobos, poeta a cuya pericia se encomendó hacer la síntesis de la literatura boliviana. Villalobos, al mencionar "La Prometheida", dice:

> ...Para quienes somos ignorantes en el conocimiento del griego... no hay más que confesar la imposibilidad de apreciar el valor literario de esa obra"[12].

En la segunda década de este siglo se empieza a precisar la implantación de la **anticultura** como garantía de la libre explotación del estaño.

Durante el pasado siglo y hasta comienzos del gobierno liberal, el desconocimiento de las funciones del capital monopolista explica en cierta forma la indefección del país frente a dicho capital. Pero luego, al acumularse los hechos de la explotación sin disimulo, se impuso la ignorancia premeditadamente, como norma educativa. Los conductores del pensamiento y el gobierno del país experimentaban los excesos de la empresa minera incontrolada, pero nada hicieron por controlarla. Se redujeron , como Montes, a calificar de "anomalía financiera" el aniquilamiento de la nación. La clase dominante se concertó con el superestado para encubrir tal proceso degenerativo, combatiendo todo brote de cultura o de civilización que pudiera oponerse al vasallaje.

---

(1) Pasados 30 años, el gobierno Villarroel reeditó y distribuyó oficialmente la "Pedagogía Nacional".

(12) "Bolivia en su primer centenario", 1925.

La economía puede producir la cultura o la incultura. En Bolivia alcanzó a crear la anticultura, o sea la suplantación de la cultura, como exigencia necesaria y funcional de la mecánica de la industria extractiva. La incultura de la plata fue sustituida por la anticultura del estaño, no sólo opuesta a la cultura, sino a la civilización o tecnificación del país. La filosofía estañífera tendía a hacer desaparecer Bolivia como Estado para aminorarla a una concesión de la Gran Minería y a idiotizar a su pueblo para obtener el servicio sumiso y barato del ilota.

Señala precisamente el segundo gobierno de Montes —cuando se denunciaron los abusos de la industria estañífera— el comienzo del deliberado envilecimiento de la conciencia boliviana. Atropelladas las comunidades indígenas y asfixiada la agricultura, la minería pudo disponer siempre de peones baratos. En vez de la pedagogía nacional se estimuló por igual la autodenigración arguediana, paralelamente al mito de la grandeza liberal. En pedagogía se impuso el eclecticismo idealista de Sánchez Bustamante, abogado de la Bolivian Railway que, como ministro de instrucción, importó una misión belga. La educación del ejército se confió a un general francés, Sever, y posteriormente al alemán Hans Kundt. Para el servicio exterior se fabricó una serie de diplomáticos estilo rococó

La anticultura controló el programa de las universidades, mateniéndolas al nivel de ineficiencia constante, lejos del acceso a la ciencia económica, las finanzas y la técnica. La propia Rosca se enfangó en ese terreno, al extremo de carecer de una preparación financiera o jurídica. La minería siempre dirigió su actividad mediante técnicos y consejeros extranjeros, y sus mediocres abogados nativos vencían las causas únicamente merced al temor o al soborno de funcionarios o jueces.

La prensa cooperó en esta transfusión de la sangre de una nación por el estaño. Cooperó con su labor educativa ofreciendo cotidianamente al pueblo, a cambio de su nivel de vida, el más bajo de América, los mitos y tabús del Superestado. Tabús específicamente extractivos: el tabú de los costos de producción de estaño; el tabú de las fundiciones del mineral; el tabú de la masonería, el tabú del Banco Central, el tabú del Misterio de Hacienda, el tabú del ferrocarril a Yungas. Y los mitos: el de la "gran era liberal", el de "nuestros grandes diplomáticos", el de "los verdaderos estadistas", el mito del Ejército, el de los Maestros de la Juventud y el mito de la Constitución.

En sincronía con la prensa y en una misión análoga, se redactaron los programas de los partidos y se escribió la historia, instalando en la Constitución ficticia el punto de referencia para clasificar hombres e ideas, sin tocar los fenómenos sociales ni económicos de la explotación minera,

el imperialismo, la Rosca, la Masonería, el Ejército; ni las masas indígenas y mestizas, fenómenos que siempre se dejó en la penumbra.

La nación boliviana pudo salvarse gracias al analfabetismo, a la incomunicación de sus grandes masas con la pedagogía del estaño. El pueblo conservó sus esencias puras con las que matizó las costumbres, infundió inspiración a los artistas que, como Guzmán de Rojas, hallaron en el camino del indio el secreto de su liberación, y mantuvo en el subconsciente la personalidad nacional.

* * *

El antibolivianismo, en función del capitalismo anglochileno, inició en el gobierno de Melgarejo la táctica de debilitar el país para sustraerle con mayor facilidad sus materias primas. La pérdida del Litoral deriva de la sustitución de la autoridad del Estado, en el territorio de Cobija, por la autoridad de la empresas. Es elocuente un dato que se encuentra en la Historia de José Agustín Morales, quien dice que en 1860, habiéndose intensificado los trabajos de minas en Cobija **"como medio de garantizar el orden constantemente amenazado por los trabajadores, se insinúa la necesidad de mantener un buen piquete de fuerzas de infantería y caballería,** esta última para acudir con oportunidad a los minerales del interior". Entonces sólo las empresas tenían protección armada y oportuna. Pero el Estado, para defenderse de la agresión chilena no tuvo más que los francotiradores armados con escopetas que organizaron Ladislao Cabrera y Eduardo Abaroa.

Los herederos de Melgarejo —más propiamente de Muñoz, su secretario o su "talento"—, nutridos de aquella leche, evolucionaron hasta acuñar premisas antinacionales como artículos de fe. Una premisa de carácter objetivo, para el extranjero: el **"aprovechamiento"** de las materias primas del país poco desarrollado, como imperativo del progreso y la civilización. La segunda premisa subjetiva, para la opinión pública interna: la incapacidad irremediable de Bolivia para alcanzar el progreso como nación soberana. La conclusión lógica era el entreguismo, facilitado por la anticultura que apartó al pueblo de la noción de su derecho natural a sus materias primas. El canciller Ostria Gutiérrez, descendiente de Muñoz, abandonando todo escrúpulo llegó en 1941 a definir Bolivia como **"un depósito de la riqueza continental".** No ya una República ni una semicolonia, sino un **res-nullius** disposición de las compañías internacionales.

La anticultura sirvió mejor que la fuerza a los propósitos de expoliación del país. Puso en manos de la gran Rosca el gobierno libremente

consentido y constituyó un sistema de convivencia más real que la Constitución escrita en que se disimulaba. Desviada la posibilidad de una cultura nacional, la anticultura tuvo ancho campo para el desarrollo propio de su acción invertida: cuanto más corrió el tiempo, más sometió al país y más envileció a sus dirigentes.

Producto típico de este relajamiento espiritual y mental es la frase del democrático senador que en 1950 declaró en la Cámara: **"El problema minero es muy complejo y no creo que los legisladores estemos capacitados para dictar normas al respecto"**(1).

En proceso paralelo, la anticultura y el entreguismo marcaron índices de máxima eficiencia con Peñaranda, Monje, Hertzog, Urriolagoitia y Ballivián, no logrados con Montes. Las urgencias de la industria extractiva obligaron al liberalismo a renunciar a su pragmática ceremoniosa, para gobernar con decretos y dictaduras. Su selección política removió los fondos del analfabetismo y la mediocridad. La anticultura se ocupó intensamente de la Universidad, mediante la "autonomía", a objeto de usar el estudiante y al catedrático como sicarios del imperialismo minero. La mente pública, machacada por la prensa como una suela, admitió la inversión de su propio destino, al punto de participar en la farsa libertaria de los sangrientos circos de 1930 y 1946, presentados por la Rosca y el Comunismo como homenaje a la Constitución Francesa. En dichos eventos se alcanzó a profanar el alma popular y a subvertir con artes ocultas los poderes telúricos de la tierra paceña, a fin de manejarlos en provecho del sátrapa minero. El apogeo de la anticultura es Villarroel colgado y es "el depósito de la riqueza continental" que, cuando el Rey del Estaño muere de viejo, vierte oficialmente lágrimas por los ojos de los ministros de Hertzog que siguen el féretro de Patiño como viudas.

---

(1) El Libro Blanco de la Independencia Económica de Bolivia", pág. 62.

CAPÍTULO IV

EL PARTIDO LIBERAL DOMINADO POR EL ALCOHOL

Montes pisa y pasa.— Ochenta mil latas de alcohol en el Senado.— Tejada Sorzano contra los mulatos.— Asesinato de Pando.— El drama judicial Jáuregui.— Reivindicacionistas y practicistas.— Empastelamiento de "La Razón".— El patiñismo ultima a Gutiérrez Guerra.

Sin gran diferencia con el régimen policiario empleado en 1860, el liberalismo no concebía otro medio de relación del gobierno con el trabajador que el envío de fuerzas de caballería o infantería a las minas. No existía por cierto, conciencia social en las minas. Los obreros de Potosí, incitados por los republicanos, al amparo de una algarada electoral, promovieron un motín contra Montes. El Presidente, como si intuyera su contenido clasista, conduciendo dos regimientos, se trasladó en persona a la legendaria ciudad y detuvo el movimiento en su iniciación.

Un año después (1917) se realizaron las elecciones presidenciales, enfrentándose dos trinomios. El republicano, encabezado por José María Escalier, con Salamanca como candidato a la vicepresidencia. En uno de sus peculiares gestos de renunciamiento, el líder prefirió el segundo puesto, para llevar por delante a Escalier, médico que tenía consultorio desde hacia 20 años en Buenos Aires. A esta virtud añadía la de ser socio del "Club de Armas", categoría que le conquistó la admiración de la cholada republicana. Escalier fue presentado ante el público de Bolivia mediante un telegrama redactado por el directorio republicano de Cochabamba, con el siguiente texto: **"Pueblos de Bolivia puestos de pie esperan a Ud. como al segundo Mesías".**

En la candidatura a la segunda vicepresidencia figuró Bautista Saavedra, abogado paceño, ex ministro de Villazón y autor de un ensayo sociológico titulado "El Ayllu".

El gobierno tuvo como candidato presidencial a una insolita figura, de barba rubia y quevedos de oro, recientemente aparecida: José Gutiérrez

Guerra, exconservador y financista, poseedor de una casa bancaria y ministro de Hacienda de Montes. Le seguían dos antiguos liberales: Ismael Vásquez, orador puritano que aceptó un ministerio de Montes, y el publicista José Santos Quinteros.

Con los habituales sistemas y un extraordinario consumo de alcohol por ambos bandos, las elecciones dieron el triunfo al candidato liberal sobre el segundo Mesías.

Montes, que al exaltar su obra de gobierno en 1908 la brindaba al fallo de la historia, al dejar el mando en 1917 reprodujo en términos amplificados el elogio de su gestión. Dijo en su mensaje:

> "Si la historia demanda un día qué hemos hecho en bien de la patria los hombres que en el gobierno consagremos a su servicio nuestra voluntad completa, la respuesta la darán nuestros ferrocarriles, nuestra red telegráfica, nuestras escuelas, sembradas como frutos de grandeza nacional, nuestras instituciones mejoradas y afianzadas; y si todo esto no fuera bastante para satisfacer las legítimas exigencias del provenir, ahí queda la noble y severa figura del ejército nacional para atestiguar la obra más firme de la democracia, destinada a la defensa de la ley y de las instituciones, y al resguardo viril de las fronteras. Finalmente, responderá Bolivia misma, que se siente engrandecida en concepto propio y en el de las naciones extranjeras...".

Es posible creer que el presidente Montes intentara, con tales palabras, eregir el país en pedestal digno de la idea que él tenía de sí mismo. La realidad le replicaba, en cambio, con las penosas formas del atraso material. Yo leí aquellas frases de Montes, entusiasmado, sin detenerme a considerar que el Colegio Sucre, en el que estudiaba, era un edificio ruinoso, no retocado desde la colonia y atravesado por la acequia de la Carbonería descubierta, que recorría toda la ciudad de Cochabamba, arrastrando aguas servidas, inmundicias, miasmas y fiebres. Se desconocía la salubridad pública en todo el país. La viruela era una enfermedad endémica. Las ciudades carecían de pavimentación y alcantarillado, como de un hospital u hotel que merecían tal nombre. Las oficinas públicas ostentaban muebles en ruinas y piso de ladrillo o alfombras carcomidas. Y las ciudades estaban rodeadas de cerros de basurales. Los sueldos de los empleados se pagaban con dos y tres meses de atraso. La adquisición de cortinas nuevas para el Palacio de Gobierno originó una interpelación parlamentaria. Los soldados padecían dos años de hambre, piojos y vejaciones en los cuarteles. Todo el ejército podía desfilar cómodamente por la Avenida Villazón de La Paz y, en cuanto a su rol de defensor de las instituciones y las fronteras, dio su respuesta al

general Montes, primero, derrocando al gobierno legal y después, aventándose en el primer mes de la campaña del Chaco.

Los republicanos no se resignaron a dejar que Montes se marchase incólume. Sus diputados usaron la facultad de la acusación del exmandatario por los atropellos cometidos en cuatro años de gobierno, contra las personas y el presupuesto. No le acusaron por su política fundamental de haber mantenido a Bolivia a ración de país bloqueado, sin beneficio alguno por la extracción de sus minerales. Para ellos, eso estuvo bien hecho.

Montes se presentó indignado en el Parlamento, pasmando al público con su arrogancia. Se comparó con el Mariscal de Ayacucho. Mientras Montes apostrofaba a sus acusadores republicanos y, parodiando a Baptista, exclamaba: "Piso y paso sobre este infame pliego acusatorio", una multitud exacerbada y alcoholizada pugnaba por romper los cordones de soldados que impedían su ingreso a la Plaza Murillo, sin escuchar las intimaciones de los oficiales, hasta que los soldados hicieron fuego. Varios artesanos, republicanos y un soldado marcaron con su sangre ese día: 5 de diciembre de 1917.

Gutiérrez Guerra decretó el estado de sitio, ahuyentando con ese medio a los diputados acusadores. La mayoría liberal sobreseyó el juicio contra Montes en ausencia de aquéllos.

* * *

En los comienzos del gobierno de Gutiérrez Guerra, la Gran Minería mantuvo una actitud indolente ante su política y composición. La maquinaria extractiva funcionaba sin requerir ningún servicio de mantenimiento por parte de sus empresarios. Dos esferas económicas que sólo se tocaban en un punto, giraban en direcciones opuestas: la de la economía internacional que se llevaba los minerales, y la otra diminutiva, impulsada por la agricultura, la artesanía, las menudas industrias y el comercio pequeño. El Estado, para cubrir su presupuesto debía recurrir a la venta del territorio nacional, a empréstitos extranjeros y a los **vales de aduana.**

Pero la industria minera no se satisfacía con absorber solamente el producto de las exportaciones, sino que incidía sobre modestos rubros de la miserable economía popular, disputándoselos al Estado. La empresa Simón I. Patiño extendía sus tentáculos hacia algunos pequeños ingresos de la esfera fiscal, usufructuando negocios ajenos a la minería, como el del alcohol.

El alcohol, como la coca, estaba cientificamente reconocido como uno de los más sanos ingresos del tesoro nacional. El alcohol se destinaba al consumo de las masas indígenas y, como la producción local no llenaba la garganta de los indios —sedientos de aquel substitutivo para su carencia de calorías y su vida infeliz— se lo importaba del Perú en latas estañadas. El Fisco, por medio de un estanco, recababa los impuestos de internación y consumo del susodicho tónico. En negocio de semejante calidad se introdujo Simón Patiño, quien en 1912 obtuvo la licitación del estanco, iniciando a su sombra el sistema de pequeños fraudes que consumó contra el Fisco durante treinta años. Parece hecha para el caso la observación de Lenin: **"En la sociedad capitalista, el monopolio estatal es simplemente el medio de elevar y reforzar los ingresos de los millonarios de ésta o aquella rama industrial"**(1). No contento aún con el monopolio, el abogado de Patiño, Arturo Loayza, pretendió obtener del gobierno la rebaja de un cincuenta por ciento de la anualidad que pagaba por el estanco de alcoholes. Mientras se discutía por el gobierno este pedido, concluyó el período de la concesión, pero entre tanto, había introducido ochenta mil latas, que venían a resultar de contrabando, haciendo competencia desleal a otros proveedores liberales que no podían intoxicar al indio al mismo precio que Patiño. Gutiérrez Guerra condenó al Rey del Estaño —y de la Lata de Alcohol— al pago de un millón y medio de bolivianos. Entonces Patiño ordenó a los senadores liberales que derribaran al gabinete, también liberal, pero de menor grado alcohólico. Para tal juerga sirvió el régimen parlamentario. Por primera vez se destapó el olor a pulpería barata en que se cocinaba la política liberal.

Se ha acostumbrado llamar "debate histórico" a todos aquellos en que el parlamentarismo altoperuano se vertía en cataratas de verborragia castelariana. Excepcionalmente corresponde ese calificativo a la interpretación de los senadores liberales contra el gabinete de Gutiérrez Guerra, en 1919. La rivalidad de intereses entre los hombres del poder, permitió mostrar el conflicto del Estado frente a una empresa privada más fuerte que él. José Luis Tejada Sorzano, ministro de Hacienda, era yerno de un competidor alcoholero de Patiño, pero era además, un oligarca excepcional por su cultura financiera, y oligarca excepcional también por su abolengo blanco. Analizó novedosamente la situación de dependencia del Estado y del pueblo respecto al mecanismo de la economía

(1) Lenin, "El Imperialismo".

internacional, representada en Bolivia por la industria minera. Aludió a Arturo Loayza, consejero de Patiño y maquinador abogadil del affaire alcoholista-parlamentario, y denunció su **"mulata aspiración presidencial"**. Tejada Sorzano concluyó expresando: **"Este gabinete no caerá por haber faltado a la Constitución ni a las leyes. Caerá al estruendo de 80.000 latas de alcohol, introducidas de contrabando por una gran empresa minera"**. Los senadores cumplieron la orden del amo de París y dieron voto de censura a los ministros de su propio partido. Desde entonces, la mayoría senatorial se definió abiertamente como "sector patiñista".

No eran solamente Tejada Sorzano y el ministerio del que formaba parte —en el que fue igualmente censurado Ricardo Martínez Vargas— quienes defendían al Fisco. Inspiraba esta defensa el Presidente Gutiérrez Guerra. De abolengo blanco, —abuela inglesa—, había estudiado finanzas en Londres, librándose por tanto de la ignorancia general sobre el mecanismo financiero de la minería. Sus conocimientos le habilitaban para considerar que ningún Estado permitía, como el de Bolivia, la paradoja de que su riqueza nacional, altamente cotizada en el mercado del mundo, aprovechase sólo a una empresa privada y en ninguna medida al Tesoro. En 1915, siendo ministro de Hacienda, proyectó la obligación de la venta del 10 por ciento de las divisas de oro de los exportadores al Banco de la Nación, polemizando con Salamanca. Las ideas hacendarias de Gutiérrez Guerra eran de mera regulación cambiaria y no perjudicaban la economía de las empresas mineras, tanto que éstas no hicieron objeción a su candidatura presidencial.

Cuando ya en el poder y a causa de los alcoholes, Gutiérrez Guerra intentó afirmar, aunque en mínima parte, los derechos del Fisco, la Empresa Patiño reaccionó ante la sola posibilidad de que se le impidiese defraudar un millón y medio de pesos. Gutiérrez Guerra que ante el país figuraba simplemente como un gentleman chuquisaqueño que no bebía alcohol puro, sino finísimo whisky, empezó a tambalearse. "Se ha dedicado a la bebida", comentaron al unísono los republicanos y los liberales patiñistas. Empero, lo que verdaderamente habían olfateado los técnicos de las empresas, era que Gutiérrez Guerra sabía bastante de números. Demás, Patiño vio evaporarse el plan de que su mayordomo Loayza cumpliese su "mulata aspiración presidencial" con ayuda del gobierno.

El gobierno continuaba fiel al pacto constitucional de proteger al capital. Enviaba tropas para apaciguar a las masas de trabajadores mineros, como ocurrió en Uncía en 1918 y 19, en que se produjeron las

primeras huelgas, y toleraba el derecho feudal de los empresarios para disponer de los obreros como mitayos. Pero ese gobierno tenía la audacia de cobrar un impuesto sobre 80.000 latas de alcohol del señor Patiño... Aunque únicamente en el plano fiscalista surgía como una objeción al monopolio económico y político de Patiño. La Empresa aunque ganó el pleito en la Corte Suprema, como era de rigor en todos sus asuntos, se vengó: Abandonó a Gutiérrez Guerra en manos del republicanismo exacerbado.

* * *

El trágico destino que cubre periódicamente la tradición presidencial boliviana de flores rojas, como al ceibo, deparó al Partido republicano un nuevo incentivo para la lucha, con el asesinato de su jefe honorario José Manuel Pando, el "coronel valiente", el condottiero que en la revolución federal había sublevado a los indios para después burlarlos en el gobierno. Diecisiete años pasaron y Pando apareció muerto a la manera india, a garrotazos y golpes de piedra, en la barranca de Winchicalla, muy próxima a La Paz, hacia donde, solitario, venía a caballo desde su finca de Luribay. Apareció el caballo suelto en los suburbios de La Paz y, a los dos días de búsqueda, la policía halló el cadáver del general colgado al pie del barranco. El republicano acusó inmediatamente la evidencia de un crimen, y señaló al gobierno como su autor intelectual y a los gobiernistas más acometivos como autores materiales.

Se inició —para durar diez años— el proceso Pando en que las intrigas republicanas, el complejo de culpa de los liberales y la inventiva popular crearon un clima de confusión. En un primer momento, la policía liberal desconcertada dio la impresión de encubrir el crimen. Siguiendo la huella del trágico suceso, desde la casucha de unos cholos apellidados Jáuregui, en el Kenko, próxima a la vía del ferrocarril, donde se vio a Pando vivo la tarde del 15 de junio de 1917, hasta el barranco en que se halló su cadáver el día 19, la investigación se orientó por la mencionada casa y siguió por la de los Villegas, hasta la de José Manuel Tellería, en las vecindades del pueblo de Achocalla. Se decía evidente, por declaraciones testificales, que el viejo General acometido en el interior de la casucha de los Jáuregui donde se había detenido a beber cerveza, fue mortalmente herido con un garrotazo al salir al camino, cuando intentaba tomar su caballo. Introducido nuevamente a la casa se lo habría tenido agonizante durante dos días. Una vez que dejó de existir, se trasladó su cadáver, por etapas, hasta depositarlo en el fondo del barranco, para dar la impresión de una caída accidental. Sobre esta huella, los republicanos husmeaban la intervención

política, presentando testigos, como una india adolescente, llamada María Lima, y un indio sordomudo, llamado Pablo Fernández, cuya mímica descriptiva era interpretada a su sabor por los republicanos.

La acusación por la parte civil, se confió al célebre político y abogado José Quintín Mendoza, pintoresco y churrigueresco, autor del artículo "los gansos del Capitolio", publicado en el "Siglo XX", contra los parlamentarios montistas y considerado un modelo de sátira en el periodismo boliviano. Originalísimo por su figura de simio con jaquet, que motivó su apodo de "mono", lo era también por el estilo criollo de sus escritos y discursos y por sus chistes homicidas. ("mono cazador de hombres", dije de él cuando escribí su necrología). Mendoza habló de esta manera, sobre el proceso Pando:

> "Los grandes crímenes son por su naturaleza de muy difícil comprobación, por lo mismo que los grandes crímenes son perpetrados por grandes criminales, provistos de influencias; de poder, de recursos materiales y de refinada y satánica perversidad. La averiguación de esos grandes crímenes por lo regular es obra del tiempo, que es instrumento infalible de la Providencia, y nada hay que extrañar que el asesinato perpetrado en la persona de un ilustre boliviano esté rodeado de tinieblas y de misterio, y que la justicia esté representando los agitados movimientos de un felino que dirige sus zarpadas en todas direcciones y no encuentre más que el vacío"[1].

Sin embargo de estas dubitaciones Mendoza sindicó casi nominalmente a Montes y a Gutiérrez Guerra como instigadores y, con el tema de asesinato de Pando, los republicanos compusieron la primera estrofa del himno de rebelión que les llevó al poder.

Tampoco se lograron esclarecimientos absolutamente convincentes, cuando los republicanos, ya en el poder tuvieron a su cargo aunque tardiamente los medios de investigación de la Justicia y la Policía. El proceso Pando siguió un curso antijurídico en el procedimiento, en la apreciación de las pruebas y en la condena de los presuntos culpables. En el gobierno Siles, debió ejecutarse la sentencia de muerte a que fueron condenados los hermanos Juan y Alfredo Jáuregui, Néstor Villegas y Tomás Calli.. De acuerdo al procedimiento penal boliviano, sólo uno de éstos, por sorteo, debía sufrir la pena capital. El azar eligió a Alfredo Jáuregui que en la época del crimen tenía 17 años, y entonces, 27. La opinión pública se mostró en gran parte contraria a la ejecución. Yo, en mi deseo de interpretar el pensamiento de los estudiantes de derecho,

---

(1) "Proceso María Lima. Defensa de los abogados J. Q. Mendoza y S. Nogales". La Paz, 1918.

redacté una carta abierta al Presidente Siles, demandando el indulto de Jáuregui, por tres razones: por su minoridad en la época del delito; porque prácticamente ya había cumplido la pena de diez años de cárcel, con la que el código Penal boliviano conmuta la pena de muerte; y por las pasmosas irregularidades que entrañaron los dos procesos que se siguieron, en el primero de los cuales Jáuregui resultó absuelto. En el segundo se le condenó, pero en ambos prevalecieron la ignorancia de los jueces y la pasión política.

En homenaje a la "bandera republicana", Jáuregui, protestando su inocencia hasta el último instante, fue fusilado en el Alto de La Paz, en presencia de su hermano, ante una inmensa multitud que seguía curiosa y sollozante cada uno de los detalles de la ejecución.

* * *

Otra estrofa de himno de agitación republicana se compuso con la lírica de la reivindicación marítima. Al réclame del asesinato de Pando se agregó la propaganda para recobrar el puerto de Antofagasta conquistado por Chile. La substancia patriótica de esa campaña de recuperación del derecho de Bolivia al Océano Pacífico, que los republicanos explotaban demagógicamente, era aceptada por los liberales, pero con la variante de Arica, puerto más al norte, perteneciente al Perú y en litigio entre esa nación y Chile. Esta solución se bautizó con el nombre de "practicista". La inventó Montes en 1913, al pasar por Chile como Presidente Electo de Bolivia, y la reiteró en 1919.

Al concluir la guerra mundial, el gobierno boliviano trató de coronar la política internacional de Montes, que significó participar en el boicot internacional contra Alemania. Bolivia apareció en la mesa de la paz con idénticas esperanzas a las que allá llevaron naciones y clases desposeídas para asistir a la implantación del "Derecho y la Justicia:, slogan de los vencedores de 1918. En Bolivia, la cuestión del puerto se debatió entre "reivindicacionistas", por Antofagasta; "practicistas", por Arica; y al medio, como de costumbre, el ecléctico Daniel Sánchez Bustamante, que ideó una solución intermedia: internacionalización de Arica y un corredor para Bolivia. El Perú y Chile, que anduvieron a matarse por Arica, hicieron constantemente frente común para rechazar toda pretensión de Bolivia. Años después, enfrentados durante el plebiscito —que se declaró impracticable por la violencia de las partes— los dos enemigos se pusieron de acuerdo para cerrar la costa a Bolivia, con el padrinazgo de los Estados Unidos, que en 1929 logró la amistosa división de Tacna y Arica entre el

Perú y Chile, bajo el compromiso de que ninguna de las dos partes podría llegar a ningún acuerdo con Bolivia, sin el consentimiento de la otra.

En 1919, la pugna por el puerto creció en actitudes de violencia y desenfreno. Un grupo universitario enarboló la bandera reivindicacionista. Se hallaba formado en su mayoría por exradicales de Tamayo, a quien abandonaron para reforzar la clientela del republicanismo, mejor atendida que por Salamanca, por la actividad y la energía de Bautista Saavedra.

La Cancillería boliviana planteó ante la Liga de las Naciones la proposición de Arica, provocando la protesta diplomática del Perú. Alentada por la prensa liberal y agitada por un grupo de jóvenes liberales, denominado la "Guardia Blanca", la plebe paceña se desató en represalias de hecho contra el azúcar y la harina de los establecimientos comerciales peruanos. Simultáneamente, en Lima, fue apedreada la Legación de Bolivia.

Habiendo muerto mi padre en Cochabamba, me trasladé a vivir a La Paz, ciudad natal de mi madre, y de golpe me introduje así en el agitado ambiente de la política, que allá se desarrollaba. Asistí a las deliberaciones de la "Federación de Estudiantes". Presencié los tumultos, escuché las polémicas parlamentarias y universitarias y contemplé a la turba desatada. En la plaza de San Francisco, a la entrada de la calle Recreo, vi al Jefe de Policía, Justo Pastor Cusicanqui, apodado el Tigre, temido por su valentía y por su crueldad con las que dejó sangrientos rastros en el Beni. Huesudo y no muy alto, con anteojos, bigote cano y vestido de civil, montaba un caballo de gendarmería y tenía en la mano un sable desenvainado para ahuyentar a la turba que rompía las puertas de los comercios peruanos. "La Razón", diario fundado el año 17 con dinero de Escalier, como órgano oficial del Partido Republicano, protestó por los saqueos. Entonces "La Guardia Blanca" encabezó a la chusma para saquear y empastelar a su vez "La Razón".

En calidad de última reserva de energía, el Partido Liberal dividido por el patiñismo ("podrido", según la frase del ministro Zamora), confiaba en la "Guardia Blanca", organización de pitucos y patoteros, hijos de viejos liberales, para contrarrestar a la cholada republicana.

* * *

El asesinato de Pando y la prédica portuaria no constituían sino elementos de agitación demagógica. Para desalojar al Partido Liberal, el republicanismo no contaba con el Ejército, disciplinado a la prusiana e impermeable a influencias ideológicas o emocionales de la oposición.

Algún impulso más concreto debió actuar para que defeccionasen de la noche a la mañana los jefes de ese éjercito, que, según Montes, era una "noble y severa figura destinada a la defensa de la ley y de la Constitución". Gutiérrez Guerra, agravando su posición ante el patrón minero, llegó a decretar en febrero de 1920 un gravamen al estaño. Cuatro meses después caía del poder, sin que la fuerza armada al comando de jefes liberales hiciera ni un ademán para apoyarlo.

El abogado Bautista Saavedra, con cuatro militares retirados y pocos grupos de artesanos, en la madrugada del 12 de julio, se apoderó de la policía de La Paz. Para el éxito de esta acción bastó tan sólo suprimir al "Tigre" Cusicanqui, a quien un oficial y cuatro soldados sorprendieron en un hotel de la calle Evaristo Valle, y lo mataron a tiros. Saavedra apareció en la mañana de ese día en el balcón del Palacio Quemado. Simultáneamente el Regimiento Camacho se levantó en Oruro y todo el Ejército acató el golpe.

Durante el día, algunas partidas de artesanos atacaron y destruyeron el Bar de Méave, en el Prado, y en el club de la "Guardia Blanca". Otras se dedicaron a la tarea de apresar a funcionarios del Gobierno caído, trasladándolos a la cárcel de San Pedro. Los republicanos no tomaron grandes represalias. Solamente Gustavo A. Navarro, que escogió el puesto de Alcaide, torturó a varios presos entre ellos, a los jueces Hennigs y Valle. Inició así su carrera política, como carcelero, el que sería después Tristán Marof.

Gutiérrez Guerra y sus ministros fueron conducidos a un tren especial con destino a Arica, entre el silencio del público. La triste y taciturna caducidad del Presidente quedó desde entonces en la penumbra de sus causas. Se ha querido interponer la caída del Partido Liberal por el asesinato de Pando o por factores íntimos concernientes a la persona de Gutiérrez Guerra: por su agotamiento psíquico, su debilidad y, según el clásico Arguedas, por "la influencia secante de las camarillas" y su nepotismo. Nunca ha sido identificado el motor invisible que operó desde la empresa Simón Patiño y, de esta suerte, Gutiérrez Guerra desaparece con sus barbas llevadas por el viento del olvido, condenado por republicanos y liberales como inepto. Actualmente, en las páginas de la historia escolar, apenas resalta por su anacrónica pelambre entre los lampiños o meramente bigotudos presidentes de su época. En su caída, la plutocracia no le tendió la mano. Poco antes de su muerte los republicanos compadecidos le asignaron un subsidio, sin evitar que muera en la miseria en una pensión de Antofagasta. La prensa que formó la

opinión pública hasta hace pocos años, gravó un despectivo epitafio sobre el primer mandatario que pretendió hacer pagar una multa al contrabandista de alcohol Simón I. Patiño. Parecido destino ha deparado la plutocracia a ciertas personas o actos relacionados con la defensa de los intereses nacionales, a quienes la historia oficial ha privado de significación.

Tejada Sorzano logró sobrevivir políticamente porque no insistió en su actitud antipatiñista. Pudo rehabilitarse para acometer contra Saavedra como un elefante del ejército de Artajerjes. El otro ministro del gabinete antipatiñista, Ricardo Martínez Vargas, no sólo hizo rápido acto de contricción, sino que vendió su alma al empresario minero. Una vez que se quedó sin ella pudo competir con Arturo Loayza en el servicio de Patiño, aprendiendo la técnica gringa de explotar colonias para combinarlas con los enredos altoperuanos del tinterillo.

SEGUNDA PARTE

SAAVEDRISMO Y SILISMO: INSURGENCIAS CRIOLLAS

CAPÍTULO V

EL GOBIERNO PLEBEYO

La rama bastarda al poder.— Figura de Saavedra.— Las ovejas de Achacachi.— Antirrosquismo.— Entreguismo financiero.— Masacres y leyes sociales.— La diplomacia del dólar.— Viscarra contra los obispos.— Villanueva cae del trapecio.

"Plata de Patiño y viva Montes", receta económico-política que aconsejó a los liberales en Antofagasta el doctor Vásquez, para retornar al Poder. Imaginaba el ingenuo orador vicepresidente que si bien el "viva Montes" tenía un poder tónico para los liberales, la plata de Patiño no sería empleada en la restauración de un régimen descoyuntado por acción indirecta del propio millonario. Caído el Partido Liberal, la minería tenía el elenco, también liberal, de los republicanos para continuar dominando el país.

Pasarían aún algunos años hasta que Patiño considerara nuevamente su intervención directa del proceso político boliviano, no obstante que entre tanto insurgió, con la intromisión de Saavedra, un hecho no calculado en los conciliábulos políticos de la Rosca.

La hostilidad de la Minería hacia el último gobierno liberal y la benevolencia con que contemplara el acceso de los republicanos al Palacio Quemado, se fundaban en el supuesto de que habría de ser Presidente el más ilustre librecambista de la época: el doctor Salamanca, jefe incontestable del republicanismo hasta el 12 de julio. Más la audacia de Saavedra, condensación del sector más combativo y popular entre los republicanos, introdujo un nuevo elemento contradictorio dentro del plan que el capitalismo minero se había trazado para gobernar con la

Presidencia de Salamanca. Desde entonces se alteró el curso sosegado de la política liberal en que se deslizaba sin sobresalto el lucro minero.

Con la anuencia de Salamanca, la Junta de Gobierno (Escalier, Ramírez, Saavedra) convocó una convención con el doble objeto de adoptar una constitución y elegir al Poder Ejecutivo. La convención se formó (con excepción de un solo diputado liberal) enteramente por republicanos y allá sobrevino la desagradable sorpresa: Saavedra, y no Salamanca, tenía la mayoría para ser elegido Presidente. Con vano empeño los salamanquistas clamaron para que se convocara a elección directa, en la que se confiaba ganar Salamanca con el apoyo de los liberales derrocados... Cerrando un período de violentos debates en que la minoría salamanquista terminó por abandonar el parlamento, Saavedra resultó elegido por 47 convencionales, a quienes se apodó desde entonces, "los 47 porotos", como medida de su valor intrínseco.

El más grave cargo que se hizo a Saavedra fue el de haberse hecho elegir por esos porotos, que no representaban sino a la chusma mestiza del republicanismo, mientras la "gente decente" seguía a Salamanca. Dudosamente lícito el argumento de un partido democrático, se resentía además de falsedad sociológica. En una nación como Bolivia, difícilmente se podía dosificar el porcentaje de mesticismo existente en cualquier partido. Los artesanos de la ciudad que apoyaban a Saavedra eran ciertamente mestizos, pero lo eran también los oligarcas liberales y los señorones salamanquistas, como lo habían sido los conservadores, de origen también plebeyo como Campero, Arce, Pacheco y Baptista. La diferencia social se establecía únicamente en que conservadores y liberales se habían refinado en el manejo del dinero, en décadas de disfrute presupuestario. Del mismo modo, la cholada saavedrista a la que se contempló con desprecio en su iniciación, evolucionó hasta constituir el partido oficial de la oligarquía en el sexenio 1946-52.

Salamanca no se esforzó en disimilar su amargura. En lugar de acatar el voto mayoritario de su propio partido, escribió un manifiesto anunciando que retornaba a la "oposición legal", esta vez al lado de los montistas a quienes había estigmatizado como a monstruos. Regresó a su huerta de Cochabamba para seguir haciendo injertos de frases como aquélla en que definió al sector saavedrista de **"rama bastarda del partido republicano".** Los misterios de la genética individual o social reiteraron en esa ocasión que, así como a veces el llamado hijo natural resulta más vigoroso exponente de la estirpe que el legítimo, esa "rama bastarda' representaba mejor que la rama legítima el antimontismo original del

partido. Aquella rama legítima, venía a resultar únicamente un duplicado de la oligarquía liberal-patiñista. En cambio, el saavedrismo quedó mejor definido por el diputado Ricardo Soruco, cuando dijo: **"El gobierno plebeyo de Saavedra".**

De ese modo los terratenientes y banqueros, liberales y republicanos, se aliaron en la oposición a Saavedra, mientras que los republicanos pobres, necesitados de puestos, apoyaron a Saavedra. No es posible dejar de advertir, sin embargo, que las proyecciones mestizas, es decir, populares, de la "rama bastarda" se fueron desvirtuando cada vez más, buscando también los saavedristas la legitimación del abolengo oligárquico. En definitiva, a través de sus matices sociales y étnicos, todos los partidos se prestaron a ser el instrumento político de la industria mundial para explotar las riquezas naturales de Bolivia.

* * *

Entre el silencio de la **gente decente** y el vocerío gozoso de sus partidarios se posesionó Saavedra de la Presidencia. "El mono ha trepado al árbol. Habrá que bajarlo a tiros" fue la sentencia de las clases cultas. De mediana y rostro recargado, al que atribuían expresión simiesca los ojillos mongoloides, Saavedra tenía el apodo de "Mono". Su color cetrino, amplio pecho y abdomen, fuertes pómulos, su boca chica de labios gruesos, su actitud provocativa hasta en el modo de andar, resaltaban su pulcridad en el vestir. Constituía el resumen y, al mismo tiempo, el más elevado arquetipo en la especie del cholo paceño, de la que provenían su físico y su psicología, nutrida de complejos de inferioridad ante la casta liberal, a la que trataba de superar. Escritor y catedrático, sus conocimientos jurídico-literarios constituían el arsenal del fraude que la anticultura liberal puso en manos de sus hombres representativos para regir la nación. Poseía la ilustración forense, consistente en **doctrina, legislación, jurisprudencia,** que invocaba con dogmatismo altoperuano, si que eso le valiera atajo para burlarlas. No prefería la fuerza, pero cuando no lograba esquivar la ley con artimañas abogadiles, usaba la violencia. Sus adversarios le señalaron con escándalo el abismo entre su cultura y sus hechos, sin contemplar que ese abismo se abre en la existencia de todos nuestros políticos liberales, sencillamente su presidencia, publicó **"La Democracia es Nuestra Historia",** en que anotó el debe y el haber de ese sistema en Bolivia. Sobre la cuantiosa columna de las transgresiones a la Democracia, su gobierno aportaba una buena cantidad de atropellos esos mismos días, pero el libro, escrito cuando era opositor,

terminó de editarse al ser Presidente. Tranquilamente así lo distribuyó, sin suavizar su régimen ni en obsequio a su libro.

La insurgencia de la cholada saavedrista en la política unió en un frente de resentimiento a las clases acomodadas, montistas y salamanquistas. El romanticismo libertario, puesto de moda contra los tiranuelos del Caribe, incorporó en tal frente a los universitarios.

La selección intelectual de la Universidad se colocó en la vanguardia de la oposición dirigida por Abel Elías, José Antonio Rico Toro, Carlos Salinas, José Antonio y Teddy Hartman, José María Salinas, Armando Pacheco Iturralde, Hugo Montes, Jenaro Mariaca, Enrique Valdivieso, Max Atristain, Jorge Zarco Kramer, Adolfo Saavedra, Luis Azurduy, Roberto Hinojosa. Nuestra sensibilidad recogía las vibraciones de la opinión de la **clase culta** y combatía a Saavedra por sus actos políticos. Nunca por sus medidas económicas, sobre cuya trascendencia gozábamos de una ignorancia clásicamente universitaria. La línea de combate contra la "tiranía" se extendió desde la prensa, las aulas estudiantiles y las mansiones de la alta sociedad, hasta las **casas de tolerancia,** donde se atrincheró la juventud dorada del liberalismo, ahuyentaba de las calles por los cholos. Esta juventud peleaba con denuedo, ignorando que su empecinamiento combativo no trascendía a las decisiones del liberal Patiño que, desde París, seguía controlando la parte financiera del nuevo régimen.

La clase alta manejaba todos los recursos de su organización biótica para destruir a Saavedra. Circulaban sobre él y sus partidarios chistes y versiones sarcásticas. Las placas de los automóviles oficiales, que entonces se distinguían por las iniciales de la repartición a que correspondían, eran así traducidas.

Ministerio de Relaciones Exteriores: Mamando de Rodillas Eternamente; Ministerio de Fomento y Comunicaciones: Monstruo de Ferocidad y Concupiscencia; Estado Mayor General: Esbirro Mercenario Germánico; Presidencia de la República: Prendido de la Rama, etc.

En los clubes se hostilizaba a Saavedra, se componía coplas contra él y se tramaba su asesinato. Una noche de fiesta, en el Club de La Paz, Saavedra se hizo presente con una arrogancia desafiante, porque había sido informado de que se atentaría contra su vida. Ninguna de los jóvenes concertados para disparar sobre él, se decidió a extraer el revólver del bolsillo.

* * *

Los exponentes de la clase mestiza. hasta entonces subestimados recibieron en cambio la autoridad que les confirió el caudillo. Recabó en pago su fidelidad, empleándolos en una labor de frenamiento físico de los opositores. **"Saavedra gobernó el país a patadas"**, diría posteriormente Salamanca, a quien aquél hizo ofrecer un recibimiento a tiros en Oruro. El caudillo de la plebe consideraba seguramente cuán peligroso podía ser el crecimiento de las demostraciones callejeras, de aquel tipo "democrático" que estimula la "gente bien" y que atraen de pronto a la masa. Por eso las impedía mediante la organización de las **"ovejas de Achacachi"**, nombre de batalla que surgió cuando la prensa opositora descubrió la clave que se cruzaba entre el prefecto de La Paz y el subprefecto de Achacachi, cada vez que preveía una demostración antisaavedrista. La clave decía: "Envíe 50 ovejas". Se trataba de rebaños proverbialmente feroces. Desde una ventana del palacio Legislativo contemplé el modo con que tales ovejas arremetieron contra la primera manifestación liberal, dispersándola a puño limpio y a ladrillazos. En otra oportunidad, en la plaza Venezuela, me tocó, con otros estudiantes, ser perseguido a golpes por una turba de ovejas enardecidas que se presentaron a disolver una manifestación de universitarios contra Saavedra. Roberto Hinojosa se defendió disparando unos tiros al aire.

Saavedra cuidaba también su retaguardia, donde formaba el ejército. Muchos jefes liberales habían sido enviados a retiro. El entonces mayor Carlos Quintanilla, resultó con la cabeza quebrada de un garrotazo cuando trató de intervenir en una manifestación opositora. Otros jefes se plegaron a la situación, pero el Presidente confiaba en su seguridad tan sólo en unos pocos adictos, como el general alemán Kundt, y en la "Guardia Republicana", organización policial mejor armada que el ejército.

La acometividad de la prensa se alteraba con las clausuras de diarios. Sobrevenía entonces la violencia parlamentaria, al ritmo de las tumultuosas barras de artesanos vigorosamente alcoholisados que vitoreaban a su caudillo. El grupo republicano salamanquista, que adoptó el nombre de "genuino", en su irritación llegó a presentar una minuta de comunicación al Poder Ejecutivo, pidiendo la renuncia del Presidente. La barra se desencadenó e intentó agredir personalmente a varios diputados. En aquella oportunidad, los universitarios hicimos un círculo de protección alrededor de don Abel Iturralde.

Las conspiraciones se descubrían periódicamente, con secuela de prisiones, confinamientos y destierros. En 1924 se produjo el levantamiento armado simultáneamente en Yacuiba y Santa Cruz, que se apagó con la movilización de las fuerzas del gobierno, comandadas por el general Kundt.

La ciudad de Santa Cruz fue ocupada por una fracción al mando del jefe de policía de Cochabamba, Pastor Cossío, acérrimo saavedrista. Años después, ya como particular, Pastor verificó una masacre privada, matando en el transcurso de tres minutos a tres funcionarios que le presentaron un mandato de detención. (Anoto este hecho para poner de relieve el temple de los saavedristas auténticos).

* * *

El malestar, empero, únicamente rozó la orilla de la rebelión. Grupos románticos combatían al caudillo, sin comprender que los gruesos dirigentes opositores (terratenientes, banqueros y abogados) seguían negociando en la esfera económico-financiera, no tocada por Saavedra. El caso del bufete Calvo, en auge entonces, es un ejemplo de la situación. El enlace de personajes del gobierno con los intereses de la minería y el petróleo, gerentados por liberales, explicaría la radical inercia de la oposición para combatir con éxito a Saavedra. La industria minera, que atravesaba los mejores momentos de su prosperidad, procedía fríamente. Engullía con calma al gobierno que debatía sus intentos de mejoramiento social y su cultura liberal entre las mandíbulas de la democracia del dólar y del capitalismo minero.

Dosificado Saavedra por la minería, como todos los gobiernos bolivianos, su urgencia de dinero le precipitó a la desventurada operación del empréstito Nicolaus, en Estados Unidos. Privado de colaboradores técnicos, y el mismo solamente abogado penalista y sociólogo, decidió enviar a New York a cierto viejo almacenero cochabambino —notoriamente honrado, pero que técnicamente sólo conocía el precio de una carga de papas— para contratar un préstamo de 33 millones de dólares. Los Nicolaus, unos judíos que asomaban sus narices en una encrucijada de Wall Street, atraparon al paso al buen señor y, olfateando su incipiensa, le ofrecieron el anticipo inmediato de un millón, a cambio de una sencilla opción sobre los 33 millones. Firmada la opción, los Nicolaus ya no soltaron la presa y bloquearon todo intento de nuevas ofertas, asociando más bien en el negocio a algún competidor. Un caso de racket que obligó a suscribir el empréstito en condiciones tan extraordinariamente abusivas que fue tomado como modelo de usura sobre republiquetas latinoamericanas en el libro "Nuestros Banqueros en Bolivia" de M. Alexander Marsh. El contrato estipuló, entre otras cosas, la instalación de una comisión fiscal para controlar los ingresos de Bolivia y apartar las sumas destinadas a amortización e intereses.

El imperialismo americano suplantó entonces al capitalismo anglo-chileno en Bolivia. El gobierno de Chile se mostró hostil desde el primer momento a Saavedra. Alarmado por la propaganda reivindicacionista del puerto, al producirse la revolución republicana puso en pie de guerra las guarniciones de Antofagasta y Arica e interrogó al nuevo gobierno boliviano sobre sus propósitos. Saavedra tuvo que responder que, sin renunciar al principio de recuperación del Litoral, la Cancillería boliviana la intentaría por la vía del **"revisionismo jurídico".** Efectivamente, para tal objeto se delegó a Franz Tamayo ante la Liga de la Naciones de Ginebra, de donde regresó, como es lógico, con las manos vacías , a adjudicarle la responsabilidad del fracaso al poeta Ricardo Jaime Freyre, Ministro de Relaciones Exteriores a posteriori.

Entre tanto Simón Patiño conseguía adquirir la mayoría de las acciones de la mina Llallagua y con ellas obtuvo el control del directorio de Santiago, pudiendo así unificar las minas Uncía y Llallagua en su poder. Dicha operación, que los agentes de Patiño presentaron como un éxito boliviano en la bolsa internacional, sólo implicó el desplazamiento del capital anglo-chileno para dar paso a un monopolio internacional más poderoso; porque así como se separó de Chile, Patiño se desligó de Bolivia. Con la anuencia de Saavedra, desapareció de Bolivia Simón I. Patiño, convirtiéndose en "Patiño Mines Consolidated Enterprise Incorporated' de Delaware en Estado Unidos. Para obtener aquel beneplácito, se avino a solucionar algunos entredichos por pago de impuestos fiscales y, posteriormente, prestó 600.000 libras para la construcción del ferrocarril Potosí-Sucre, con garantías tales como el compromiso del gobierno de no elevarle los impuestos.

Saavedra creó gravámenes a la minería, tanto sobre la exportación del producto como sobre las utilidades de las compañías, medida determinada por un imperativo ya irresistible en el país, frente a las inmensas ganancias de las empresas. Pero, al mismo tiempo, el saavedrismo no dejó de funcionar como rueda de la maquinaria policial de la minería. En 1924, la huelga de mineros de Uncía fue apagada con una matanza, consumada por tropas del ejército al mando del coronel José Ayoroa, de la confianza de Saavedra. Excepto la voz del diputado socialista Ricardo Soruco, no se alzó ninguna que condenara aquel hecho. El sacrificio de los obreros sirvió, empero, para que Saavedra implantara, una a una, las primeras leyes sociales del país: accidentes de trabajo, horas de trabajo, empleados de comercio e indemnización por retiro.

El régimen estructural del liberalismo, con el que Saavedra tenía afinidad basilar por su calidad de terrateniente, le determinó fatalmente a

la masacre de indios de Jesús de Machaca, en que jefes y oficiales del regimiento Abaroa emplearon a conscriptos de 19 años en el fusilamiento de indios. De esta matanza no salió ninguna ley social para los indios. Actos como el de Uncía y el de Jesús de Machaca no representaron jamás desmedro para el prestigio de los presidentes de mentalidad liberal, porque se integraban con la conciencia íntima de la democracia boliviana.

A Saavedra le tocó asistir al ingreso de Bolivia en la órbita de la influencia yanki. El fruto de la idea colonialista del progreso a base de entregar las materias primas incondicionalmente, que informó la cultura política de Bolivia hasta antes de la Revolución Nacional, determinó que Saavedra favoreciese la fabulosa concesión de los yacimientos petrolíferos de todo el país a la Standard Oil. La negociación fue patrocinada por su Ministro y Senador, el doctor José R. Estensoro, simultáneamente abogado de la Standard, junto con el doctor Carlos Calvo, uno de los jefes de la oposición liberal. La concesión se otorgó a pesar de la pertinaz impugnación de Abel Iturralde, sobre quien Moisés Alcázar ha escrito un libro con el título de "El Centinela del Petróleo".

Bautista Saavedra inventó el lema: **"mi programa serán mis actos"**, indudablemente que por efecto del súbito vacío que encontró en la ideología para hacer gobierno. Su política exteriorizó una tendencia informe sobre la Rosca que en esa época empezó a revelarse como tal, superando la línea política con la más eficaz de la liga de los intereses económicos y financieros. Saavedra, si bien toleró las matanzas de obreros y campesinos, impuso obligaciones contributivas a la industria minera, implantó las primeras leyes sociales y dio acceso en puestos de la administración pública y de la dirección política al mestizaje de las ciudades. Pero su fuerza personal estaba lastrada por el nominalismo liberaloide, por las nociones congeladas entre las que marchaban gobiernistas y opositores, sin ninguna certidumbre sobre los problemas de la patria.

Saavedra, duramente hostilizado por la oligarquía, tomó al acaso los hechos y no pudo organizarlos por falta de una guía teórica. Denuncia esa desorientación su folleto explicativo "Palabras Sinceras para una Historia de Ayer", escrito en Bélgica, en que como toda justificación de su gobierno, trata, con argumentos abogadiles, de esquivar las acusaciones que le dirige Arguedas por sus contravenciones a la Constitución. No menciona siquiera el sentido de subversión mestiza y antirosquera que es el signo de su paso por el poder. El mismo no sabía lo que representaba como caudillo. Como producto de contradicción entre su liberalismo y su

actos, aquel folleto concluye con una implícita apelación al fascismo: sugiere para Bolivia una dictadura "honrada" que dure cuarenta años.

En cambio, los mineros del estaño, materialistas instintivos consideraban pueriles las disputas de saavedristas y antisaavedristas que hacían perder el tiempo inútilmente a sus abogados y gerentes. Simón Patiño patrocinó en 1924 un arreglo entre Saavedra y la oposición, según el cual el presidénte debería gobernar con ministerios formados por montistas y salamanquistas. Patiño se habría asegurado así una servidumbre uniformada. Saavedra rechazó el arreglo, manifestando que no podía quedar en condición **"de simple pupilo de los jefes de la oposición"**. Años más tarde, cuando la oligarquía logró unificarse alrededor de Salamanca dejando a Saavedra al margen, recién entonces éste denunció que Patiño había fomentado una conspiración contra su gobierno. Tal es verdad muy relativa, como la prueba el hecho de que Saavedra pudo concluir su periodo legal. La Gran Minería le acariciaba con uno de sus tentáculos, aunque manteniendo el otro en la oposición, para el, evento de un golpe previsible por la resistencia del país a Saavedra. En la revuelta de 1924, Escalier y sus adláteres dijeron contar con el apoyo de Patiño, pero esa versión confirma únicamente que nadie poseía la exclusiva de dicho apoyo y que todos se disputaban tan próspero cliente.

* * *

"No me dejan gobernar" pregonó Saavedra, en un momento de sinceridad, frente a la campaña oligárquica que le cercaba. Con esa frase selló su impotencia ante la táctica contrarrevolucionaria rosquera que, al no dejar gobernar, es decir, al impedir el desarrollo de una intención revolucionaria, la desacreditaba ante el pueblo.

En 1925 Saavedra estaba ya mellado. Habían empezado a desbandarse algunos saavedristas y, dentro de su propio círculo se incubó una célula juvenil patrocinada por Hernando Siles, habilísimo y atildado orador, que fue diputado y ministro. Estudió Saavedra la actividad de Siles como una implicación hacia su desplazamiento de la jefatura del partido y le alejó, enviándolo como plenipotenciario al Perú. A poco se levantó cierto viento de fronda entre aquellos jóvenes.

El parlamentario Guillermo Viscarra, que tenía el rostro como interrumpido por un accidente sufrido en la infancia, pero que poseía gran valor y audacia verbal, empezó a hostilizar a los ministros de Saavedra con motivos doctrinales fútiles, como el de la creación de nuevos

Obispados que proyectó Saavedra para atraer a su lado la clerecía. Viscarra importó al parlamento boliviano la táctica obstruccionista, y en esa oportunidad habló tres días seguidos sobre el tema del Diablo. Vivaz **calambourista,** cuando en una sesión los diputados fueron abandonando el recinto hasta que el presidente tuvo que cortar el discurso de Viscarra con el anuncio de **"no hay quórum, señor diputado",** Viscarra glosó: "Señor Presidente: lo que no hay es decuorum". Una vez que el proyecto de los nuevos Obispos se acordó, Viscarra presentó inmediatamente otro, para suprimir las sedes epicopales secularmente existentes en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz. "¡Pero esos Obispados existen desde hace tres siglos!" 1 "Por eso, precisamente, esas poblaciones ya tienen derecho al descanso", sostuvo Viscarra como motivación de su proyecto. Tanta petulancia usó, que la Cámara lo expulsó definitivamente. No calmó, sin embargo, la brisa y cuando Siles intentó regresar al país, Saavedra le negó el ingreso. Los jóvenes silistas, con excepción de Isaías Paz Carmona, abandonaron a Siles.

Saavedra no lograba hallar un sucesor. La oligarquía había monopolizado el escaso contingente de ilustración necesario para ser capataz del país. En verdad que no había llegado el tiempo en que, huérfano aún de esa escasa cultura , tuviera que vestir como estadista a robustos ignorantes, tipo Hertzog o Urriolagoitia.

Entre las gentes de Saavedra no aparecía ningún estadista. Había dejado de ser saavedrista don Abel Iturralde y, aunque lo fuera, resultaba intransitable por la cantidad de enemigos que había sembrado con su carácter irascible y su sagradas fobias. El caudillo debió recurrir a un higienista paceño que dejara la clínica por la política, el doctor Gabino Villanueva, prefiriéndole al locuaz Juan Manuel Sainz, apodado el turu-**Castelar** (Castelar de barro). Villanueva poseía todo el talento posible en un hombre que puede hacer las seis figuras principales de la barra y las figuras de estilo, sin dejar. Era un atleta. No poseía ninguna capacidad de mando, y fue precisamente sobre deficiencia que Saavedra giró su letra de cambio presidencial.

La oposición de salamanquistas y montistas se unificó con la candidatura Salamanca –Tejada Sorzano, llamada de la "unión sagrada" y la campaña electoral adquirió formas de violencia que pudo calificarse de extraordinarias aun en el régimen de Saavedra. Los artesanos y los policías dieron palos y balazos suficientes para derrotar en los comicios a los candidatos de la clases elevadas, imponiendo a Villanueva. Mas, Villanueva estaba también ligado por parentesco a los elevados círculos sociales de La Paz. Impotente para sobrellevar la herencia plebeya de

Saavedra, procuró inmunizarse con la vacuna rosquera. Su posición social facilitó el paso a las influencias que le indujeron a hacer, como presidente electo, ofrecimientos secretos a la oposición a fin de formar un ministerio de "caballeros", eliminando a los cholos que le dieran la presidencia. El anciano Luis Paz, exjefe del partido conservador, presidente en funciones de la Corte Suprema —y tío-abuelo de Víctor Paz Estensoro—, conoció dichas maquinaciones de fuente directa y las puso en conocimiento de Saavedra. Este por otros lados, había recibido parecidos informes, pero sólo la advertencia de Luis Paz lo sobresalto.

El malestar se remedió cortando la cabeza al enfermo Saavedra despidió a las embajadas que concurrieron a la celebración del centenario de la fundación de la República y que esperaban asistir a la trasmisión del mando. En reemplazo de esa ceremonia presentó una escena de fuerza: la anulación de las elecciones empleando una ley ya derogada según la cual Villanueva no se había habilitado oportunamente para ser elegido. El Congreso decidió el asunto. Los salamanquistas aparecieron esta vez condenando la burla a la democracia que significaría anular la elección de Villanueva, cual si la burla no hubiese sido la elección misma. Viejos saavedristas, fundadores del partido, como Román Paz y José Quintín Mendoza, se alzaron contra Saavedra apoyando el legitimismo del presidente electo. La barra saavedrista rugía. Los opositores eran atacados a golpes en las galerías que quedaban en la penumbra de la sesión nocturna, mientras las luces del salón diseñaban en claroscuro las figuras de los jacobinos y girondinos mestizos, Mendoza, que temía a los resfríos, cubierto con un birrete de terciopelo negro, pronunció un mordaz discurso. A los bramidos de la barra que le impedía hablar, replicó indignado" "¡Silencio, borrachos! ¡Tienen que oirme" Entre vociferaciones y vítores a Saavedra y el llanto de los partidarios de Villanueva, éste fue guillotinado. Una vez que quedó en condición de cadáver político, tomó el poder el presidente del Senado, doctor Felipe Guzmán, progenitor de Mario Guzmán Galarza.

CAPÍTULO VI

ANTICAUDILISMO DE SILES

La generación del Centenario.— El nuevo partido.— Habilidad criolla versus Plutocracia.— Primera agresión del Paraguay.— El colaboracionismo rosquero.— Allanamiento del Banco de Patiño.— Regionalismo, Universidad y Masonería.

Nuevamente se habría hallado el saavedrismo sin figura presidenciable si no reapareciese el talentoso Hernando Siles que regresó de Arica. Se dijo que un taimado consejero de Saavedra, el doctor Pedro Gutiérrez (que fue quien desempolvó la ley para inhabilitar a Villañueva), fue el primero en señalar entonces al antiguo líder amigo, como posibilidad salvadora. Siles ignorante de ese acaso, regresaba al país indignado contra Saavedra y tenía preparado un violento autorreportaje para publicarlo en "La Verdad", diario de Iturralde. Mas hubo de retirar precipitadamente el reportaje ya compuesto porque momentos antes, Saavedra le invitó a la reconciliación. Todas las garantías fueron prevenidas para evitar una nueva deslealtad al caudillo, escaldado con Villanueva. Se firmó un compromiso con el nuevo candidato, compromiso según el cual Saavedra mantenía la jefatura del partido y, en tal función, debería ser consultado en la composición ministerial y en la orientación del gobierno. Las facultades presidenciales se reducían a las de un pupilo del jefe del partido.

Bien valía la presidencia una firma. Siles, elegido en tranquilos comicios, con la abstención de los opositores, recibió de Guzmán el poder legal y Saavedra viajó a Europa. Como un efluvio circuló en la atmósfera el respiro de alivio que dieron las clases altas. El carnaval de 1926 reflejó ese júbilo. Todos los clubes se abrieron para echar misturas sobre el nuevo presidente y la prensa empezó a llamarlo "el libertador". Un mes después, Abdón Saavedra, hermano de Bautista, elegido vicepresidente para vigilar al primer mandatario, salió en jira diplomática con la simpática

misión de agradecer a todos los gobiernos que habían mandado embajada para celebrar nuestro centenario. Los estudiantes le despedimos echando a vuelo las campanas de todas las torres de La Paz.

El centenario de la fundación de la República dio ocasión para precisar objetivamente ante la sensibilidad nacional, el balance de una república desdichada y frustrada. Las minorías privilegiadas, con fe en la evolución propia de las instituciones, esperaban románticamente que esos cien años hubiesen hecho madurar la democracia en forma que, por lo menos, los partidos políticos respetables colmasen su aspiración de gobernar al país con la presidencia del inmaculado doctor Salamanca. En cambio, el centenario mostró el espectáculo del poder manoseado por el saavedrismo. Frente a aquel balance, la conciencia de los universitarios hizo un análisis crítico y sentimental que incluía la responsabilidad de todos en el desastre y formuló una protesta en sentido de empezar el país de nuevo, con nuevas ideas y métodos.

Los estudiantes de Bolivia, nación mediterránea, de nieves y selvas inaccesibles donde las nuevas ideas escalaban difícilmente, alimentaban inquietudes vagas, despertadas por ciertas brisas continentales como la reforma universitaria de Córdoba y la "Unión Latinoamericana", cuya romántica potencialidad se perdía, en el primer caso, con la incipiencia de la universidad, y en el segundo, bajo los muros de la clausura en que mantenían a Bolivia sus propios hermanos del continente.

Vacilábamos entre la anticultura mental y un sentimiento confuso, pero fuerte, de la obra negativa realizada por la oligarquía con las ideas liberales. En la universidad era desconocida la concepción marxista. Algunas librerías poseían folletos de los conductores de la revolución bolchevique: Lenin, Trotzsky, Bujarin, Kamenev, Lunatcharsky, que hojeábamos en desorden. Más nos atraía la fraseología del APRA, y los relámpagos de la revolución mejicana. Leíamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitaria de la "raza cósmica", que se escuchaba entre los disparos de fusil de la reforma mejicana. Por tales sendas titubeábamos olfateando las brisas del conocimiento, hasta que nos proporcionó otro aviso el mensaje de José Ortega y Gasset, quien distribuía en América una subfilosofía de origen alemán, en novedoso castellano que daba color a las abstracciones. El material de primera calidad con que imprimía sus conceptos permitía doblarlos y desdoblarlos sin que perdiesen su elegante forma. Las traducciones de la biblioteca de la "Revista de Occidente' proclamaban la apelación vital al espíritu, ofrecían un lente nuevo sobre el mundo, y creíamos que también sobre nuestra realidad nacional. Despertamos entonces al anuncio de que cada

generación poseía un destino; que tenía un stock de ideas y modos para la época correspondiente; comenzamos a pensar en el gassetiano "tema de nuestro tiempo", en el kayserliano "mundo que nace". De ese modo, en el yermo cultural boliviano, nos dábamos a la caza de fugaces meteoros para fijar la ruta en la montaña.

La simultaneidad con que diversos factores vinieron a estimular nuestra inquietud parecía dar la razón a Ortega y Gasset. Nuestra generación debía **recrear** la república. El azar histórico llevó al mismo tiempo a Siles al poder, a Siles dominado por lo que él mismo llamaba su "santa locura por la juventud" y de la que no había curado con su primer ensayo calamitoso de la juventud saavedrista, que no tenía otra filosofía que el presupuesto. Pero si se hablaba de la **juventud** no se hacia referencia propiamente a los saavedristas, porque en el criterio habitual, juventud no era solamente cuestión de edad, sino de distinción. Siles, para sus propósitos de innovación, miraba a los universitarios colocados en el plano político por su campaña contra Saavedra. El arquetipo y jefe de esta promoción inquieta y confusa era Enrique Valdivieso, inventor del slogan de la **"generación del centenario"**, en quien se cifraban las condiciones del líder adecuado, por su oratoria brillante, su cultura moderna y su don de simpatía.

El grupo que más afinidad tenía con Valdivieso fue invitado por el presidente para cooperar en la edificación de una "nueva era". A las primeras entrevistas asistimos, junto con Valdivieso, José Tamayo, Guillermo Alborta, Víctor Alberto Saracho, Humberto Palza, y entre los más jóvenes, yo. Me agradó la conversación del presidente, más que por su contenido propio de un letrado del 800, por una suerte de alimbicada transparencia, un poco parecida a la Gracián, que adornaba sus frases. El cerebro de Siles parecía una máquina de acuñar cláusulas concisas e inimitables proverbios. Sus palabras venían a coincidir con nuestro ideario al que él daba cuerpo con críticas cáusticas sobre los viejos políticos.

Hernando Siles, hombre más bajo que alto, tenía una hermosa cabeza, con perfil de fina simetría, amplia frente y labios delgados. No obstante el neto dibujo de sus rasgos, su fisonomía daba una sensación un poco esfumada e incolora, acaso por su rubicundez y sus ojos claros. También en su manera de ser, a pesar de la precisión y claridad de sus palabras, de timbre muy agudo, se presentía siempre algo de remoto y huidizo. Empero, la misión igualmente imprecisa que nos había encomendado Ortega y Gasset podía cumplirse en el campo de la responsabilidad política adonde este presidente nos conduciría.

* * *

Empezamos a cumplir el ideario de romper con el pasado próximo, llenando de improperios a los conductores de los partidos tradicionales, clasificando en un solo plantel a liberales y republicanos. Atacamos a montistas y salamanquistas, manteniendo, naturalmente, nuestra aversión al saavedrismo y encabezando manifestaciones contra el vicepresidente Abdón Saavedra cuando regresó a La Paz. El Vice me hizo el honor de procesarme, a mis 22 años, junto a Gustavo Adolfo Otero y Zacarías Monje Ortiz, por incitar asonadas en su contra, pero se vio obligado a abandonar el país ante la multiplicación de los tumultos. Los saavedristas comprobaban con horror que lo que Saavedra creía calculado y previsto no había sido suficientemente previsto ni calculado, porque decididamente el antisaavedrismo se introducía por las ventanas del Palacio Quemado con beneplácito del presidente.

Los intelectuales dilectos de Siles iniciamos una jira política en el interior de la República, con la consigna de organizar las células de un nuevo partido. A nuestro movimiento ortegassetiano se agregaron los jóvenes liberales, ellos sin filosofía alguna e impulsados tan sólo del apetito colaboracionista para copar el gobierno de Siles y desplazar a los saavedristas. Tal cantidad de esta gente se adhirió al movimiento que, con su peso, aplastó el naciente propósito de una política de alto estilo.

Entre bandas de música, trajes de gala, flores y poemas fue coronada en Cochabamba la poetisa Adela Zamudio por el Presidente Siles. Coincidiendo con el homenaje que reunió a muchos intelectuales del país, reforzamos el plan político con los más altos exponentes de la nueva generación cochabambina: Carlos Montenegro y Augusto Guzmán y, de regreso a La Paz, se redactó la declaración doctrinal revolucionaria del nuevo partido. Dicha declaración escrita en tono pedantesco, contenía una novedad esencial: una crítica del individualismo liberal que, falso como principio en sí mismo, sindicábamos de más falso aún en su aplicación por los partidos bolivianos. En el terreno táctico se apuntaba el rol mental de la juventud para guiar al país hacia una forma discreta de socialismo. Este texto, redactado por Valdivieso, Palza y yo, puesto en consideración de los jóvenes liberales (Finot, Taborga, Vaca Chavéz, Guachalla, etc.) los cuales se horrorizaron de su contenido y redactaron en sustitución un suculento programa liberal inflándolo con un catálogo gigantesco de obras públicas por hacer. Nuestra iniciativa quedó rechazada por "demasiado intelectual" y así se desahució en su origen la teoría revolucionaria del nuevo partido. Los jóvenes liberales aspiraban únicamente a sentarse al banquete presupuestario del que los alejara Saavedra. Nosotros, la minoría académica, propusimos que el partido se denominara nacionalista, pero

los experimentados jóvenes turcos adujeron que, como se organizaba a la sombra de Siles, se prestaría a que se le llamara "naciosilista" e impusieron el nombre de "Partido de la Unión Nacional". La realidad, sin embargo, se impuso: el nombre oficial se simplificó automáticamente y el partido quedó en "nacionalista"; nadie pudo negar que era silista y su jefe, don Rafael Taborga, concretó en su persona y por mera coincidencia lo que dicho nacionalismo debía procurar: independizarse de los capataces políticos tradicionales, agentes del capitalismo extranjero, y crear una burguesía nacional cuyo prototipo venía a ser, precisamente, el industrial independiente y pequeño minero Taborga.

En el hecho, el partido nuevo sólo servía como medio para que Siles dejara en el desamparo a los caudillos tradicionales, sustrayéndoles sus mejores adherentes. El monopolio montista-salamanquista se sintió gravemente ofendido. Cuando había liquidado sus diferencias mediante la "unión Sagrada" y creía tener a Siles en su poder, éste incitaba a la insobordinación a los jóvenes. La Rosca, en defensa de sus fueros, inició la difamación organizada a los jóvenes silistas, estableciendo una diferencia axiomática en Bolivia hasta hace poco: que el servir a las grandes empresas explotadoras y defraudadoras significaba capacidad y nobleza, y servir a un gobierno progresista, oprobio y degeneración.

En Cochabamba, donde los hongos del republicanismo se cultivaban en la huerta de Salamanca, el agresivo Joaquín Espada nos atacó torpemente, hablando de servilismo precoz, de conciencias juveniles vendidas por unas dádivas, etc. Yo, que era director de "El Comercio" le respondí en términos tales que me desafió a duelo. Cambiamos dos disparos al aire, pero como mi contendor se puso furioso, fue necesario repetir la dosis sin que llegase la sangre al río. Desgraciadamente, porque si llegaba habría sido la de Espada y éste no hubiera podido ser ministro de Salamanca ni de Peñaranda.

En La Paz el ingenio de los políticos resentidos apodó a los silistas jóvenes, **"mamones"** y a los de mayor edad, "supermamones", transfiriendo cínicamente a estos grupos su noción succionante de la política. A tiempo que consagraban ese calificativo, los rosqueros no desprendían la boca de las ubres del Estado, ya que Siles no los había ahuyentado prácticamente ni del plano político. Desconocedor como Saavedra del mecanismo del dinero, su política que pretendió ser antioligárquica siguió por los rieles colocados por los "expertos".

* * *

Los primeros años del gobierno de Siles, que coincidían con el auge de prosperidad de los Estados Unidos, le permitieron disfrutar de la prodigalidad de Wall Street al contratar el empréstito Dillon Read para los ferrocarriles La Paz-Beni y Cochabamba-Santa Cruz. Pudo ocuparse también de dos obras impuestas por la presión internacional que se hacía cada vez más intensa, desde la época de Saavedra, en el Chaco donde el Paraguay afilaba sus flechas. Esas obras eran: la renovación del armamento del ejército, anterior a la primera guerra mundial, y la construcción de la carretera de Tarija a Villamontes para poder llegar al Chaco sin pasar por territorio argentino.

La industria minera, al ritmo de la prosperidad mundial, alcanzaba sus más altos índices de producción y ganancia. Sin embargo las contribuciones no alcanzaban para los gastos administrativos y se hacía frecuente el atraso en pagos de sueldos. Patiño controlaba ya la mayor producción de estaño en el mundo y casaba a una de sus hijas con el Marqués del Mérito. Entre tanto el gobierno boliviano enfrentaba la huelga de estudiantes con caracteres de motín, de mayo de 1927, fundada en el atraso de pago del sueldo a los profesores. Siles, muriendo de sed en medio del río, sólo atinó a decretar un empréstito forzoso de dos o tres millones de bolivianos. El Banco Mercantil, de propiedad de Patiño, se negó a suscribir su cuota alegando falta absoluta de fondos. Tomando el rábano por las hojas, en un arrebato nervioso, Siles ordenó la incautación de libros del Banco por el Notario de Hacienda, quien en compañía de ocho polizontes invadió el sagrado recinto donde el Rey del estaño en efigie cobraba intereses; no halló ni un billete y se llevó los libros. Semejante sacrilegio provocó la reacción airada de uno de los más eminentes próceres salamanquistas, el doctor Rafael de Ugarte, diputado opositor durante 20 años, y 20 años también abogado de los bancos. Solamente el brío y el brillo oratorio del diputado Carlos Salinas Aramayo, que mostró dramáticamente el contraste entre el Estado y el magnate y lanzó terribles apóstrofes contra Patiño y sus servidores, moderaron la acometividad de Ugarte. El discurso de Salinas, que constituyó su consagración como el mejor orador de una generación de oradores, explicablemente no figura en el Redactor de Actas de 1928...

La orden de Siles para allanar el Banco Mercantil revela su desconocimiento de la infraestructura económica. Era nada más que un eximio comentarista de los Códigos y procedimientos vigentes que, para gobernar, creía en las saludables sugestiones de los hombres de negocios. Hochschild creció en aquella época, como autor de planes gigantescos y, realmente, como manipulador de compañías anónimas e inexistentes.

Siles, docto para describir el relieve político, podía burlar a los directorios de partidos; pero ignoraba los secretos de la Rosca y era ésta la que aprovechaba de Siles, proporcionándole diplomáticos, técnicos y ministros al estilo de Alberto Palacios, el mago de las finanzas rosqueras. El banco y las oficinas hacendarias del Estado continuaban siendo agencias de las grandes empresas y la Rosca adquirió en el gobierno de Siles, y a la sombra de la anarquía política sembrada por éste, mayor cohesión y organicidad.

El contratamiento de la misión yanqui Kemmerer para ordenar las finanzas de Bolivia reveló también el desconocimiento del tentáculo imperialista oculto tras el técnico financiero. Kemmerer operó como dictador y sus proyectos de Ley General de Bancos, de Banco Central, de reforma monetaria, de ley orgánica del Presupuesto, organización del Tesoro Nacional y de la Contraloría, fueron aprobados a fardo cerrado. El doctor Salamanca, sólo por el deseo de criticar a Siles, acertó al definir esa legislación, diciendo: "Kemmerer nos muestra una biblia cerrada y nos dice: ésta es tu fe". Kemmerer cumplía su misión de acomodar el régimen fiscal de Bolivia al cuadro de la economía semicolonial[1].

Siles, alucinado por sus primeros éxitos políticos, no sentía que la tecnocracia le cogía entre sus dientes. Su honesto intento de mejorar la administración se fundaba en el axioma liberal de que el Estado es mal administrador y que los particulares son magníficos. Con tal criterio despojó a su gobierno de altas funciones administrativas.

Concedió la administración de los Correos y Telégrafos a la Marconi Telegraph Company y la explotación del Ferrocarril Arica-La Paz, a una sociedad formada por eminentes rosqueros. Las recaudaciones aduaneras del país fueron entregadas a una compañía privada, formada también por financistas de la Rosca, quienes pudieron cumplir, a costa de Siles, dos objetivos: hacer un gran negocio y sabotear al gobierno. Uno de los gerentes de esa compañía, llamada la **Recaudadora,** me contó, años después, cómo dosificaba el dinero a Siles en la penosa época de la crisis de 1929. Según el contrato con la Recaudadora, ésta debía depositar en el Tesoro, mensualmente, un mínimo establecido y el remanente de recaudaciones entregarlo al mes siguiente. Una vez dentro de la conjura del sabotaje, la compañía depositaba solamente el mínimo y el remanente quedaba siempre en mora, con pretextos **técnicos,** acumulándose en la

(1) Hacendistas empíricos, como Miguel Angel Céspedes, tuvieron que corregir las leyes Kemmerer para hacerlas viables en Bolivia.

caja de la Recaudadora... hasta que cayó Siles y se formó el gobierno reaccionario. La compañía le entregó entonces todo lo que había **"ahorrado"** en el último año del "gobierno nefasto".

* * *

Las maniobras de la estrategia destructora de Sles en los partidos tradicionales resultaron desplazadas momentáneamente en 1928 por la primera crisis del pleito del Chaco con el Paraguay. No se percibían entonces, en dicho pleito, las zarpas de la Royal Dutch Shell ni de la Standard Oil, sino los alardes del patrioterismo en el Paraguay, donde la cuestión flameaba como una bandera nacional. El asunto, iniciado hacia décadas, en Bolivia no tenía ese carácter, hasta que la fricción llegó a producir humo. Una guarnición paraguaya atacó e incendió el fortín Vanguardia. Las ciudades bolivianas reaccionaron inmediatamente en manifestaciones de protesta. Siles puso entonces en funcionamiento todo el potencial de su maquinaria mental. Yo, que era jefe de una sección de la Cancillería, me ví súbitamente sometido a trabajos forzados y por eso tuve oportunidad de ver de cerca escenas del acontecer político. Siles ordenó que, en represalia, la guarnición boliviana de fortín Arce avanzara sobre Boquerón y lo capturara. Simultáneamente denunció la agresión a la Comisión de Neutrales de Washington, creada felizmente ese mismo año en la V Conferencia Panamericana, para apaciguar conflictos internacionales. Planteó así el derecho de represalia como una condición básica, cuyas consecuencias sólo podían ser detenidas por la comisión neutral.

Multitudes enormes anduvieron por las calles y se concentraron en la plaza Murillo para aplaudir a Siles, en los primeros días. Pero al mismo tiempo dos factores surgieron para sabotear el plan a la vez cauteloso y firme del Presidente: el señor Salamanca, en un mitín en Cochabamba, incitó claramente a la guerra y dijo que había llegado el momento del "ser o no ser". En La Paz, grupos políticos de opositores, sobre todo de saavedristas, aprovecharon del caso para provocar una manifestación con los caracteres de asonada, vitoreando a Saavedra y acusando al gobierno de debilidad y traición. Se pedía un gabinete de unidad nacional. El pedido se hacia no obstante que en el Ministerio formaban parte el liberal Palacios y el liberal Tomás Manuel Elío, Ministro de Relaciones Exteriores.

La agitación culminó cuando una multitud se arremolinó enfurecida ante el Palacio Quemado, pidiendo la presencia del Presidente. Cuando éste hablaba desde el balcón se levantaron voces airadas

interrumpiéndole. A continuación, el discurso de Elío fue rechiflado. Le gritaron "¡que renuncie!, ¡que renuncie!", hasta que aprovechando de un momento de silencio, vociferó a todo pulmón: "Continuaré en el Ministerio, ¡pese a quien pese!". La gente estaba casi amotinada.

Cuando pude entrar al Palacio, vi que el Presidente era conducido por los ministros y edecanes por el corredor hacia su despacho y escuché luego su voz destemplada. Supe por los edecanes que momentos antes había querido salir a la plaza y entregarse a la turba y que quería renunciar a la Presidencia, en ese mismo momento, ante la injustificada actitud de la masa. El desorden se remedió con mejor acuerdo. El Estado Mayor mandó capturar a los cabecillas que se habían distinguido en el alboroto, los condujo a un cuartel, les uniformó de soldados y al día siguiente, tempranito, unos veinte partidarios de la guerra salieron camino del Chaco. Entre ellos estaba el mayordomo de Bautista Saavedra. La ciudad se tranquilizó súbitamente. Al otro día el Presidente Siles se presentó en persona en el Parlamento y dio la noticia de que la tropa boliviana había tomado "Boquerón" y "Mariscal López". La represalia estaba cumplida. La Comisión Neutral de Washington detuvo los fuegos, señaló al Paraguay como agresor, y así se apagó el incendio.

* * *

Hasta 1929, Siles desarrolló en la superficie política la táctica de la habilidad criolla, por la que debe entenderse un modo de restar al competidor el poder político, dentro de la organización colonial intacta. Sin embargo, la habilidad con que en un primer tiempo jugó con la oligarquía en un movimiento oscilatorio de entrega y negación, parecía no concluir sino en esa misma habilidad. La Rosca, en cambio, por su arraigo en el campo económico, pudo intoxicar desde el primer momento los intentos de Siles para practicar una política independiente. Todo germen revolucionario quedó así ahogado en Bolivia mientras la Rosca no fue desplazada totalmente de aquel campo. Siles, que intentó liquidar todo el caudillaje tradicional poco a poco, en un comienzo prevó a los montistas de su élite juvenil, sedujo con ministerios y otros cargos a algunos dirigentes montistas y salamanquistas y dividió a los saavedristas. Rasgó las vestiduras de intangibilidad con que pontificaban los próceres consagrados pero su concepción meramente política le impidió ver que la contrarrevolución podía subsistir cómodamente actuando en el gobierno como colaboracionista y, al frente, en los partidos opositores y en entidades financieras y apolíticas, más corrosivas que los mismos partidos.

Saavedra pidió desde el Perú ingresar al país, sin conseguirlo. Este hecho obligó a los saavedristas a una definición en el Parlamento, ante la invitación categórica del diputado Viscarra. Algunos votaron el ingreso de su antiguo jefe. Los **"genuinos"** que expectaban la pelea entre silistas y saavedristas, dieron su voto a favor de Saavedra. Formaban un sector en que, por fenómeno de mimetismo, casi todos tenían la faz lúgubre de Salamanca ausente, pero sin su expresión inteligente. A las ocurrencias de Viscarra respondieron llamándole "payaso" y éste les refutó denominándoles **"asnos serios" e "indios tristísimos".**

Montes ingresó al país. Había salido de Bolivia en 1919 y regresaba de Europa con actitud autoritaria de patrón disgustado. Su entrevista con Siles constituyó una demanda de rendición de cuentas, hasta que Siles, deteniéndole con un ademán, le dijo fríamente: "Doctor Montes, usted ha olvidado que ya no es Presidente de la República...". Este hecho significó la declaratoria de hostilidades. Pocos días después, Viscarra, que ya era ministro de Gobierno, hizo allanar con la policia la casa de Montes y lo puso en el tren de Arica. Nadie reaccionó.

Siles parecía actuar revolucionariamente al impulsar a la "juventud" contra los caudillos, pero no lograba, al mismo tiempo mantener la fuerza de la clase mestiza como lo había hecho Saavedra, por la indecisión de su política, de un sentido solamente destructivo. Para hacerlo constructivo habría debido fortalecer su propio partido, pero éste carecía de autoridad porque el Presidente se la dosificaba, y era extraño a las masas. Los jóvenes fundadores del partido formábamos una izquierda impotente. Los "supermamones" habían acaparado la dirección y el Presidente nos consideraba jóvenes, como que lo éramos, para escuchar nuestros consejos. El Ministro Viscarra luchaba para vigorizar al gobierno con actitudes francas y era partidario de la unidad entre las "masas obreras" de saavedristas y silistas, de una disciplina partidaria excluyente y de la absurda militarización de los empleados públicos. Este programa fracasó por su exotismo fascitoide y porque Siles, flexible chuquisaqueño, prefería siempre rodear el obstáculo y no derribarlo. Viscarra, ex-saavedrista, anticlerical, idólatra de la violencia y la autoridad, percibía la peligrosidad potencial de la posición. Las primeras manifestaciones de estudiantes que fomentó la Rosca en Cochabamba, las hizo disolver a latigazos con los matones de la policía, a quienes, además, otorgó el derecho de cubrirse con las boinas vascas que la clase estudiantil usaba como símbolo. Terminó siendo insoportable para el Presidente y dimitió. A su despedida asistimos sólo tres amigos: Augusto Guzmán, José Antonio Arze y yo.

El Partido Nacionalista, sin relación con los poderes económico-financiero, carecía por otra parte de bases populares. La ausencia de una verdadera teoría revolucionaria y el estancamiento social del país no nos brindaban masas para crear una fuerza efectiva. La clase media, representada en parte por el nacionalismo y los saavedristas, que formaban el partido oficial, estaba reducida a disputar la limitada cuota de beneficios que el Presidente le reconocía dentro del poder semicolonial. La masa no ingresaba para nada en el cuadro político. Escasa era la agitación organizada por los comunistas al servicio de las consignas del Comitern. El gobierno denunció que una conspiración descubierta obedecía a tales directivas. En 1929 a guarnición al mando del mayor Enrique Peñaranda, en la ciudad de Potosí, hizo fuego sobre una manifestación obrera.

El colaboracionismo que Siles usaba como arma destructiva le consumía por pasiva, ya que, constituido en sistema funcional, debilitaba al gobierno colaborado, como debilita a la sangre la excesiva afluencia de glóbulos blancos. Siles pretendió demoler la superestructura caudillesca, pero no alcanzó a comprender que la infraestructura, a la sombra de la anarquía sembrada por el mismo Siles, podía revestir con otras apariencias sus fuerzas políticas desorganizadas. En efecto, la descomposición operada en los partidos tradicionales estimuló tres substituidos incoercibles: el crecimiento de la **masonería,** la acción del **regionalismo paceño** y la beligerancia de la **universidad**.

* * *

A lo largo del gobierno de Siles fue perceptible una resistencia subjetiva y objetiva hacia su persona por parte de esa entidad telúrica e insobornable que es el pueblo paceño. Conforme prosiguió en su acción antioligárquica, se hizo también perceptible el crecimiento anormal del regionalismo paceño. Durante años de mi vida en La Paz observé su recrudecimiento, especialmente en el día de la efemérides local, 16 de julio, celebrada con un algo así como culto pánico por la clase media y los adinerados que, poseídos a la vez de entusiasmo y belicosidad, miraban ese día como intrusos aun a quien, como yo, era hijo de madre paceña, pero de padre cochabambino. Esa celebración acentuó su pathos durante el gobierno de Siles, hasta que en el año 1929 la procesión cívica del 16 de julio alcanzó su clímax. Un grupo frenético que se movía a empujones, encabezado por los "Amigos de la Ciudad", ensordeció al Presidente Siles, que formaba parte en la procesión con los gritos "¡Viva La Paz, sólo La Paz!", "¡La Paz y nada más!". Dos espectadores liberales, pero

cochabambinos, fueron agredidos por una ola de la multitud delirante, salvándose afortunadamente por acción del propio remolino. Hubo un instante en que pareció que la gente aplastaría también al Presidente sobre quien se agitaban las manos y los sombreros empuñados. En los clubes, bares, y en las calles, se repitió durante toda la tarde el slogan "¡La Paz, La Paz, La Paz, sólo La Paz!", con agregados de "¡abajo el chuquisaqueño, abajo el choricero!".

Anida en la cuenca paceña un Espíritu milenario al que los nativos rinden culto. El regionalismo paceño, floración de una solidaridad de raza ancestralmente colectivista y celosa de sus fueros, reproduce, por otra parte y a semejanza de los otros localismos de Bolivia, el modelo original de las diferencias internas hispánicas que ha heredado. A la luz de una observación materialista se precisa que sus excesos se incuben en la pobreza del nativo, al estímulo paradójico de los propios explotadores del pueblo, constituídos en sacerdotes de aquel gran Espíritu. El sentimiento regional fue de tal modo utilizado contra los gobiernos antioligárquicos, sindicándoles de intrusos en La Paz. De ese modo se combatió con el regionalismo paceño a los presidentes Siles, Busch y Villarroel, y nunca al masacrador sucrense Urriolagoitia. En el caso de Siles se expuso ante el pueblo su origen sucrense, despertando en la masa una invencible por lo mismo que inexplicablemente resistencia contra el Presidente. Dicha resistencia se robusteció en cuanto esa masa no recibió tampoco ningún beneficio excepcional por parte del gobierno "nacionalista". Siles operaba con su táctica menuda, propia de los intelectuales de la pequeña burguesía, y al alejarse Saavedra había restado a su gobierno el contenido popular que poseía el saavedrismo, especialmente en La Paz.

* * *

Al propio tiempo, habiendo abandonado la universidad la "generación del Centenario", no halló obstáculo para su propagación la campaña opositora, encubierta en una ideología juvenil en ventaja de las corrientes supranacionales. Tal era la **revolución universitaria** que la Rosca dirigió contra el gobierno, disfrutando del temperamento de rebeldía, connaturalizado con el estudiante al par que su alergia por el estudio. La revolución implicaba la **autonomía universitaria,** que atribuía una misión en si misma a la universidad, por encima de las contingencias políticas o las finalidades nacionales. Se fundaba sobre todo en la pedantería del universitario, que se conceptuaba superior al resto de la nación, y, por consiguiente, autónomo. La tendencia, netamente liberal, era aguijoneada

por algunos adictos de la III Internacional comunista, pero debía ser sutilmente disfrutada por la oligarquía local para crear su vanguardia antiestatista. El Congreso Universitario de 1928, reunido en Cochabamba, fijó las bases del plan de autonomía, sin dejar por ello de intensificar la acción estudiantil violentamente política contra Siles, que inició en 1927. Ese año, un movimiento estudiantil adquirió caracteres de motín y le siguieron en Cochabamba aquellos desórdenes universitarios que Viscarra hizo frenar con la policía.

Con el caballo de Troya de los "principios", la Rosca se introdujo en la universidad, mediante la masonería y sus intelectuales consagrados, a cuya cabeza figuró Daniel Sánchez Bustamante, abanderado de la autonomía y abogado de la Bolivian Railway, a quien los universitarios nombrarían "Maestro de la juventud boliviana".

* * *

El proceso político de estas expresiones sociales, —el regionalismo y la universidad—, incumbía al progreso en la sombra de otra fuerza, también nueva en cierto modo, en el perímetro político: la **Masonería.**

La masonería actuó en Bolivia durante el siglo pasado al servicio del imperialismo inglés. En la guerra de la confederación perú-boliviana, el pacto de Paucarpata, por el que el Mariscal Santa Cruz permitió el reenmarque de las tropas invasoras chilenas al mando de su hermano masón el general Blanco Encalada, fue fatal para el propio plan del gran estadista, que chocaba contra más altos planes. El Presidente Adolfo Ballivián fue simplemente un masón inglés, romántico y librepensador. Más tarde, en la guerra del Pacífico, es perceptible una liga misteriosa con Chile, no esclarecida suficientemente por René Moreno, a través de Luis Salinas Vega y Zoilo Flores. Nataniel Aguirre, en su correspondencia particular, sindica a Rosendo Gutiérrez como al consejero de Daza para la retirada de Camarones. Después de la guerra, la Masonería de Chile se infiltraba en el Partido Liberal boliviano, mientras el Partido Conservador la repudia por lo menos oficialmente, por su carácter laico. Pando, Montes y casi todo el estado mayor del liberalismo figuran en la nómina de la Orden chilena, cuya influencia orienta la política internacional de Bolivia hasta 1920, mediante los masones bolivianos dependientes de la Gran Logia de Chile. En lo interno los masones no llenaron otro cauce que el de la acción anticlerical.

Montes organizó la primera agencia masónica de Chile en La paz con el nombre de Logia Illimani, en 1916, y durante varios años aquélla y las logias de Sucre y Potosí funcionaron subordinadas al extranjero. A la

caída del Partido Liberal, el católico Abel Iturralde, secretario general de la Junta de Gobierno, aprovechó del golpe del 12 de julio de 1920 para hacer allanar con los cholos republicanos el templo masónico del que se extrajeron mandiles y triángulos que fueron expuestos al público, como demostración patente de la conexión de la Masonería con el partido abominado por el pueblo.

La revolución de Saavedra, que representó un paso de liberación de la influencia chilena, determinó por pasiva el incremento nacional de la Masonería, como refugio de opositores. La oligarquía cobijó sus huestes en la entidad secreta que aumentó sus logias para adquirir bajo el gobierno de Siles, el derecho de constituir una rama autónoma y funcionar como substituto de los partidos políticos públicos. La Gran Logia de Bolivia se fundó el 20 de noviembre de 1929[1]. Dirigentes de partidos, numerosos apolíticos colaboradores del gobierno, altos empleados de las empresas y jefes militares, reforzaron los cuadros de la Venerable hermandad.

En ese período el Ministro de Gobierno de Siles, Minor Gainsorg, que había sido plenipotenciario en Montevideo, se aproximó al sector de los más jóvenes nacionalistas y nos propuso fundar una logia bajo el auspicio del Oriente uruguayo. Proponía Gainsborg fundar luego otras dos más, para formar un triángulo y contraponerlas a las ya existentes controladas por la Rosca; pero iniciativa tal no se ajustó con nuestro carácter. La tomamos sin seriedad ninguna y súbitamente se produjo la declinación política de Gainsborg. Nos libramos de ser masones uruguayos, aunque más tarde varios de esos jóvenes silistas ingresaron en las logias "Mariscal de Ayacucho" y "Adolfo Ballivián", de La Paz y Oruro, respectivamente.

Fortalecida la masonería de Bolivia en 1929, se puso de inmediato en campaña política. Bajo el trasfondo creado en los partidos políticos, los **talleres** secretos se ocuparon de mantener la coherencia de la Rosca y de abrir a Siles el abismo en la opinión pública, el ejército y la universidad.

---

(1) Parece obedecer a un fatum histório que, en la misma fecha de 1944 fueran fusilados varios altos masones.

CAPÎTULO VII

LA INSURRECCIÓN ROSQUERA

El principio del fin. El plan de prórroga de Siles y la réplica oligárquica "Los Amigos de la Ciudad".— Mujeres y niños a la vanguardia.— Un estudiante muerto.— Defección del Ejército.— Saqueos y asesinatos.— Paralelo entre las contrarrevoluciones del 30 y el 46

> *"Si a un Príncipe fuerte sucede uno débil. éste podrá vivir algún tiempo. por la irradiación de fuerza que haya dejado el anterior. Después. desvanecido el efecto, está destinado a caer".*
>
> *Maquiavelo*

Para una comprensión completa del proceso subversivo que derribó a Siles con una violencia que parecería inexplicable dada la circunspección con que gobernaba, es preciso considerar en una unidad el régimen Saavedra-Siles. Siles históricamente completaba la política de Saavedra que pretendió quebrar el monopolio del liberalismo en el poder. Ese monopolio se sintió herido cuando sintió que sus derechos tradicionales de gobernar, usurpados por Saavedra, no le eran devueltos por Siles. Las fuerzas económicas buscaron la restauración plena del régimen quebrado en 1920, pero Siles introdujo una mayor perturbación que Saavedra. A la acción de los cholos que éste había promovido, añadió la de los jóvenes intelectuales para debilitar a los caudillos, a Saavedra inclusive...

"El principio del fin" es una frase que señala de modo simple una dialéctica profunda, pues precisa el punto en que una situación aparentemente sana ya está herida de muerte. Es uno de los estados más importantes de precisar en la morfología de la historia. El fin de Siles se inicia al terminar el gobierno de Saavedra, más claramente, cuando la política antirrosquera de la revolución del 20, al dejar Saavedra el poder, se coloca ante las fauces que la Rosca ha abierto en cinco años de acecho.

El que se precipita dentro de ellas es Siles. Su comportamiento de **habilidad** destructiva sólo sirve para que los partidos tradicionales se aproximen más fácilmente a su objetivo de rescatar el poder del que los ha expulsado Saavedra. Tal es la suerte de todos los gobiernos transaccionistas que, por serlo, decretan su caída al nacer.

La intención de Siles para crear un partido independiente, que constituye un contrapeso al caudillaje tradicional; su plan de descomponer únicamente el aparato político de la oligarquía sin tocar su motor económico, estaban sentenciados al fracaso desde el primer momento. La oligarquía no podía admitir pacíficamente una ampliación de la base política nacional, que significaba restricciones a su acción tiránica. Ninguna conducta de términos medios es aceptada por el poder colonialista que está siempre al acecho del monopolio total del gobierno. Esta característica de la biología rosquera tampoco la percibió, más tarde, Villarroel.

La táctica de atraer colaboradores de varias corrientes políticas para socavarlas, no deterioró las bases incólumes de las fuerzas económicas, sino que produjo un efecto erosivo en las bases del gobierno. Siles nadaba en un medio líquido cuyos tapones estaban controlados por la oligarquía. En momento oportuno, ésta le desaguó la piscina y Siles quedó en seco, con su partido menguado. Funcionarios públicos y beneficiados financieros del gobierno proclamaban su desacuerdo con el silismo... La juventud universitaria, entretanto, había sido ya modelada en tres años por la Rosca y el naciente comunismo. La opinión pública padecía la angustia de la crisis. El pueblo explotado y hambriento por obra de la Gran Minería, como siempre descontento, no veía al Superestado oculto, sino al gobierno como responsable de sus males.

* * *

El sacudimiento continental de la crisis de Wall Street en 1929 repercutió en Bolivia, que llegó al récord de su producción de estaño, participando en la crisis de superproducción alentada por los financieros yanquis. Con la baja del estaño, el presupuesto frustróse gravemente. El período presidencial se aproximaba a su término, poniendo a Siles ante la inminencia del fracaso de su política a medio hacer. La Rosca pensaba en las "grandes figuras" para salvar la crisis, "grandes figuras" las que Siles juzgaba precisamente maléficas y perniciosas. Por otra parte, los nacionalistas que el indeciso innovador se propuso educar en la práctica administrativa, carecían aún de experiencia y prestigio. Mejor dicho, estaban desprestigiados.

Siles sintió la presión del tiempo que se le venía encima antes de haber cimentado su primitivo plan de hacer una política independiente con su partido. El pensamiento de la prórroga presidencial debió incubarse en la necesidad de evitar el riesgo de hacer elecciones a bala para derrotar a las "grandes figuras", e imponer a Rafael Taborga o a José Antezana en la Presidencia, y de completar la mayoridad política de los jóvenes silistas para entregarles el Poder después de cuatro años. Pero esta insólita iniciativa poseía también su reverso que beneficiaba profundamente a la Rosca. Representaba un atentado constitucional que fatalmente sería utilizado como justificativo contrarrevolucionario, aunque la causa inmediata de la insurrección se halla en otro hecho, revelado como una acusación por el Presidente Blanco Galindo, que sucedió a Siles. Dijo aquél que el gobierno Siles **"finalmente proyectaba un empréstito forzoso, que iba a herir de muerte las industrias, los bancos, el comercio y el ahorro del país".**

En cuanto al medio de provocación, no es arbitrario pensar que, usando la red de comunicaciones sociales y privadas que llegaban hasta el Palacio Quemado, la propia Rosca hubiese hecho entrever a Siles su adhesión a la prórroga, para inducirlo al tropiezo..

La no evidencia de este aserto restaría muy poco al curso general de una táctica con la que, además de inducir a Siles al tropiezo, se desvió sobre él todo el alud del descontento de las clases explotadas por la oligarquía. La Gran Minería había gobernado al país en el hecho. Cuando el malestar que sembró llegó a su máximum en la crisis del 29, la misma entidad supranacional recapitalizó maquiavélicamente el descontento y reunió a liberales y salamanquistas desplazados el 20 por Saavedra, a los saavedristas desplazados desde el 26 por Siles y a las nuevas generaciones, a las que ya había enseñado la gimnasia de la rebelión en servicio de los adinerados. Fue un impulso de integración mucho más fuerte que toda la política destructiva desarrollada por Siles en cuatro años.

Sin ponderar la temibilidad de aquella reintegración, Siles creía contar con el ejército para su plan prorroguista. El plan se fundaba en una ecuación de fuerza y tinterillaje. Las más decisivas figuras del ejército, el general Kundt y el coronel Toro, lo apoyaron. El Presiente renunciaría en manos del Consejo de Gabinete, el que llamaría a una convención constituyente que nombraría Presidente al mismo renunciante. Los jóvenes nacionalistas no confiábamos mucho en la eficacia de ese engendro jurídico-militar ideado por los altos, dirigentes del silismo, pero estábamos convencidos de que la Constituyente era el camino que nos procuraría la

ocasión de imponer en el partido nuestra dirección, dando un sentido revolucionario a la política oficial. Debíamos ser diputados en la Constituyente. Estalisnlao Boada, Baldivieso, Montenegro, José Tamayo, Augusto Guzmán, Víctor Alberto Saracho, Saturnino Rodrigo, Carlos Salinas, Humberto Palza, Florencio Candia, Gregorio Vincenti, Enrique Finot, Vicente Mendoza López, Luis Espinosa Saravia, Abel Elías, José Antonio Rico Toro, Octavio d'Arlach, Rómulo Gómez y otros intelectuales más.

* * *

Siles renunció el 27 de mayo y dejó el Palacio Quemado. Dispuestos los ingredientes en esa forma, la Gran Minería y sus asociados menores de la industria, el comercio y la banca, iniciaron la campaña tendiente a hacer que el pueblo sacase las castañas del fuego. Estaba formado ya un fondo revolucionario para la agitación popular y el soborno de militares. La empresa Patiño suscribió nominalmente un millón de bolivianos. Salamanca contribuyó con su cerebro, publicando un satírico manifiesto. El 4 de junio, el homenaje al Mariscal de Ayacucho en el centenario de su muerte fue utilizado por los estudiantes para provocar un choque al pie de su monumento en La Paz.

Los próceres, entretanto, reaparecieron con actitud de pudibundez democrática escandalizada. Unidos por el hilo masónico, los "Amigos de la Ciudad:, el "Centro de Propaganda y Defensa Nacional" —fundado para sostener el derecho de Bolivia a un puerto en el Pacífico—, y los universitarios, se ocuparon de redactar manifiestos sobre el atentado constitucional y difundir alarmas emponzoñadas, a fin de crear el clima ideológico y sensorial contra Siles.

La oligarquía logró esa temperatura por etapas. Escondió ante el pueblo a los caudillos y partidos opositores, mediante una propaganda que se refería en abstracto a la Constitución, a supuestos peculados del Presidente y sus partidarios y, más intensamente, al ultraje que para sentimiento paceño significaba la perpetuación de Siles.

La Rosca utilizaba habitualmente el localismo de todas las poblaciones bolivianas, en un sentido u otro, pero perfeccionó su técnica en La Paz, tradicionalmente determinadora de los grandes eventos históricos de Bolivia por la valentía multitudinaria que es atributo de su raza. Los "Amigos de la Ciudad" se encargaron de extremar la agitación contra el "chuquisaqueño", colocando el regionalismo al servicio de la Oligarquía. Aquella sociedad, formada con carácter candorosamente urbanístico y folklórico, legalmente reconocida por todos los gobiernos

para hablar en nombre de La Paz, actuaba realmente como una asociación ilícita. Llevaba ventaja a la **mafia** siciliana o a los **gangs** de Chicago en cuanto a éstos carecen de personería jurídica y no disponen de la opinión pública. Los directores de los "Amigos de la Ciudad" desviaban los honestos fines del progreso local inscritos en el estatuto de la sociedad, con medios como la distribución de consignas terroristas copiadas en mimeógrafo y pasadas de mano en mano, o el uso del ocutismo y la magia negra, para lanzar toda una comunidad a una sangrienta empresa en beneficio de la Rosca. Entidades apolíticas, cual la Universidad o los "Amigos del la Ciudad", dirigidas por la ínfima minoría de los explotadores del pueblo, estaban habilitadas, gracias a la red de su organización, para encauzar las pasiones y emociones de ese pueblo y movilizarlo hasta el combate en las calles, siempre contra los gobiernos antioligárquicos. Una vez obtenido el fruto sangriento, los mismos círculos se ocupaban de hacer prosternar al pueblo ante el nuevo régimen, siempre oligárquico.

La carga acumulada por la Rosca estalló con el fulminante de la prórroga. Se anunció que Roberto Hinojosa, con una partida de comunistas reclutados en la Argentina, había tomado el pueblo fronterizo de Villazón y que en el camino de esa población a Tarija sus agentes mataron al prefecto, coronel Núñez del Prado. Para decidir la acción callejera de la masa en La Paz, los estudiantes se prestaron a provocadores de la policía. Los mitines universitarios aparecieron raramente abultados, encabezados por niños de ambos sexos. Estas manifestaciones atacaron y destuyeron el local del partido silista, apedrearon la casa de Siles y el diario oficial. Los estudiantes se hacían apresar deliberadamente para despertar la simpatía del público. Se necesitaba, empero, un hecho mas objetivo que transformase tal simpatía en cólera. Esa necesidad consistía en un muerto, de preferencia estudiante. A los dos o tres días de sucesivas pedreas contra la policía, el empeño obtuvo éxito: el domingo 22 una manifestación poco numerosa se formó en la plaza Murillo y se dirigió a apedrear otra vez a la casa de Siles, en el Prado. Detenida en la esquina Loayza-Mercado por una fracción policial se produjo el entrevero, hasta que un carabinero disparó al bulto, hiriendo de muerte al estudiante Eduardo Román.

Logrado el muerto táctico, las fuerzas subterráneas dejaron al pueblo la misión de exigir la represalia contra el gobierno, súbitamente transformado en "infanticidia". El cadáver de Román, recogido por iniciativa de los escenógrafos populacheros y envuelto con la bandera de los estudiantes, fue paseado, en hombros por toda la ciudad. La fúnebre demostración buscó en primer término las calles de los barrios populares.

La gente al contemplar el paso del bulto ensangrentado se sumaba a la protesta, de modo que a las 2 de la tarde, reunido un caudal inmenso de multitud embravecida, hombres, mujeres y niños, ingresó a la plaza "Murillo" con un vocerío de tempestad en que se distinguían el "muera Siles" y "abajo el asesino", coreado por miles de voces. Simbólicamente, esa multitud atraída por el objetivo de la vindicta pública, no volvía la cabeza y no miraba que a su retaguardia marchaban sus habituales explotadores, la mayor parte ajenos a La Paz por su nacimiento y a la Patria misma por su conducta.

La multitud que ingresaba por la calle Comercio a la plaza Murillo arrolló el cordón de guardias que retrocedieron hacia el local de la policía. Los grupos más audaces llegaron hasta las puertas del Palacio, que atacaron a pedradas. Casi no tenía otras armas la muchedumbre. La policía desde su local y desde el Legislativo limpió la plaza a tiros, haciendo impacto sobre varios manifestantes.

La ciudad quedó aterrorizada, con el sabor de sangre. Los nacionalistas totalmente desmoralizados carecían de dirección, puesto que el Presidente no era Presidente. Los candidatos Palza y Villanueva renunciaron por no solidarizarse con la matanza, cuyas proporciones aumentó la propaganda de la Rosca en términos inverosímiles.

Obtenido el objetivo popular, para la etapa inmediata la Rosca tenía preparada la conspiración en el Colegio Militar, a fin de hacer aparecer siempre figuras inocentes. Apercibidos de la conspiración, a las 8 de la noche, Kundt y Toro se presentaron en el Colegio Militar y expulsaron a 10 cadetes comprometidos para sublevar la unidad. A poco de retirarse aquellos jefes, el cadete Cupertino Ríos Arteaga, que se hallaba en la enfermería, indignado por la sanción aplicada a sus camaradas, tomó una ametralladora e hizo fuego. Ese cadete inició la revuelta armada[1].

Una fracción de cadetes se quedó en el local y otra salió a la calle disparando tiros por la avenida Villazón y el Prado. Fue muerto un ingeniero que circulaba en automóvil. Al pasar delante de la casa de Siles, los cadetes dispararon más tiros que, penetrando por una ventana, hirieron de muerte a una enfemera. Luego, uniéndose a grupos anónimos de civiles, los cadetes se posesionaron del barrio de la Locería. Durante la noche el regimiento Ingavi, organizado por Toro y en el que se encontraba la flor de la caballería, expulsó a los sublevados de la Locería, obligándolos

(1) El Coronel Cupertino Ríos, leal partidario del presidente Villarroel a la caída de éste ingresó al M.N.R.

a replegarse hacia el Alto. El regimiento Pérez, sublevado gracias al asesinato de su jefe Taboada, tenía presos a algunos oficiales, entre ellos, a Carmona, cuñado de Germán Busch, que era subteniente del Ingavi. Busch abrió a balazos la puerta del cuartel, libertó a Carmona e impuso el orden en la escasa tropa que allí había quedado.

Al día siguiente, una angustia silenciosa pesaba en el ambiente, bajo el cielo enturbiado por los hados nefastos de la ciudad desatados por la Rosca. Sólo interrumpía el silencio el paso de los caballos del Regimiento Ingavi sobre la piedra del pavimento. A través de las puertas cerradas, el vecindario difundía el rumor de innumerabes muertes, aunque esa noche casi no hubo bajas en el tiroteo a ciegas. Militarmente, las fuerzas leales habían dominado la sublevación.

Entonces se realizó el fenómeno del subyugamiento de las armas por los poderes psíquicos. Dentro de aquel intermedio se extendieron los tentáculos de la organización rosquera, actuando sobre los jefes del ejército, y las radiaciones imponderables del espíritu público paceño que, como una arena movediza, anegó a los presuntos vencedores. ¡Los hombres del gobierno empezaron a refugiarse en las legaciones extranjeras! Siles se refugió en la del Brasil, a pocos pasos de su casa; Kundt, en la de Alemania; Toro, en la de Chile. El regimiento Ingavi se acuarteló y las demás unidades declararon su adhesión a la revuelta. El Regimiento Camacho estaba sublevado en Oruro. El 27 la masa se apercibió de que el enemigo había desaparecido. La gente empezó a llenar las calles y formó una manifestación que a las 11 de la mañana encontró al prefecto, coronel Sanjinés, y encabezada por él abrió las puertas de la policía. El golpe había triunfado.

* * *

La labor de las sociedades artísticas y folklóricas rindió entonces sus frutos de ira. La ciudad resonó con el turbión del pueblo que, desdoblado en chusma, se desencadenó hacia el exterminio de silistas y el saqueo e incendio de sus domicilios. Cumpliendo un itinerario de venganzas, las turbas saquearon y destruyeron las casas de Hernando Siles, David Toro, Hans Kundt, Rafael Taborga, José Antezana, Ezequiel Romecín, José Sanjinés, el diario "El Norte", Radio Nacional, la casa de los hermanos José y Cleto Pacheco, la de Manuel Patzi, empleado en el Palacio, a quien además le descargaron cinco tiros cuando lo conducían preso, y muchas más de artesanos y empleados. Donato Pacheco, sitiado en su domicilio de la calle Colón, fue cazado a tiros cuando huía por el techo, desde otro techo, por cadetes de buena puntería, entre los aullidos de la

multitud que les alentaba desde la calle. El cadáver de Pacheco, una vez en la calle, fue arrastrado a pulso, para ser después puesto en un catre de fierro y paseado por diversos barrios. Los saqueos fueron integrales, incluyendo puertas, ventanas y pisos de madera. Conductores de la opinión pública, damas de sociedad y muchachos refinados auxiliaban entusiasmados a los saqueadores. Algunos cadetes, en cambio, procuraban frenar a la turba.

Se vació la casa de Siles con la iniciativa oratoria de Perico Zilveti Arce, su exEncargado de Negocios en España, y con el dictamen de distinguidos oligarcas y jefes militares que cooperaron en la formación de una cola bien ordenada, para que la chusma ingresara por una puerta y saliera por la otra. Ingeniosos universitarios llevaron el piano, también de cola, hasta enfrente de la legación del Brasil donde se hallaba Siles. Allá se tocaron y bailaron cuecas y luego, rociado con gasolina el instrumento, se le prendió fuego mientras estudiantes de ambos sexos cogidos de las manos, giraban con inocente y canibalesca euforia, acompañados por los aplausos del público maravillado.

En Oruro se destruyeron e incendiaron casas, como la de Abel Elías y se linchó silistas. En Cochabamba fue saqueado el domicilio de Félix Capriles.

Los buenos ciudadanos vestían lágrimas de emoción por el triunfo de la Libertad y las hordas alcoholizadas buscaban en la ciudad enloquecida al enemigo desaparecido. Pasando por entre el humo de las hogueras de odio prefabricado, entre dinteles de casas arrasadas y pisando la sangre vertida por el pueblo, se restauraba en el poder la Oligarquía.

* * *

En la revuelta de 1930 la Rosca puso en ejecución métodos que ingresaron al caudal de su experiencia y le sirvieron para adaptarlos a la perfección en 1946. Para la historia de la estructura oligárquica, su estrategia política y su táctica golpista, es cardinal señalar comparativamente el desarrollo de los sucesos del 30 y el 46. El procedimiento empleado fue el mismo, si bien evolucionó su técnica en 1946, al grado de iniciar el triunfo contrarrevolucionario colgando de faroles al Presidente Villarroel y cuatro de sus colaboradores.

La revuelta de 1930 es una experiencia de valores y armas eficaces para la Rosca. La de 1946 es la tecnificación de aquella experiencia. Consiste, sumariamente, en utilizar el descontento de los oprimidos para hacerlo madurar en beneficio de los explotadores, mediante una "semana

trágica" que se provoca con estímulos sensoriales sobre el pueblo. Dichos estímulos son los rumores alarmistas y las manifestaciones públicas de escolares, mujeres y niños, dirigidas subterráneamente por los organismos promasónicos. El móvil reaccionario del golpe se disfraza con palabras como Constitución, Democracia, Antifascismo o Cristianismo.

Se empieza con una previa anemización del gobierno mediante el colaboracionismo, mientras se organiza el apresto ideológico opositor: la Unión Sagrada en tiempo de Siles, equivalente al Frente Democrático Antifacista en tiempo de Villarroel. Estas entidades reciben el dinero de la Plutocracia y se encargan del acuerdo entre las derechas y las izquierdas (saavedristas en el primer caso y comunistas en el segundo). El uso de estas fuerzas afines a la masa, junto con los estudiantes de ambos sexos, sirve para que la Rosca se disimule dentro de ellas, dejando a la masa la tarea de los choques con la policía y, posteriormente, la responsabilidad de los saqueos y asesinatos.

Ambos motines solo se diferencian en razón de la calidad de los gobiernos. El motín de 1946 tuvo caracteres más atroces porque la intensa acción antioligárquica de Villarroel promovió mayor reacción y porque se emplearon sistemas al modelo de las masacres de Italia y la Europa Oriental. El ensañamiento progresó con la capacitación comunista. El plan golpista, en ambas ocasiones, se encubrió detrás de una ficción popular, movilizada con una propaganda de embelecos ideológicos y fábulas aviesas, que parecían sandeces si no valieran al designio de crear una neurosis colectiva para apartar al pueblo de su verdadero camino. Las fuerzas ocultas se empeñaron totalmente en la producción de la semana trágica, incubándola con los anónimos, los rumores, el terrorismo y las provocaciones escolares a la policía.

Avaluado el éxito que rindió la casual muerte de Román el 30, el estudiante Camberos hubo de ser el 46 una víctima ya no casual sino deliberadamente lograda cuando los agentes de la Rosca y el comunismo hacían disparos dentro de las infladísimas manifestaciones universitarias. La impulsión de muchachos y niñas hacia tumultos violentos contra los agentes del gobierno no tenía otro objetivo que conseguir un estudiante muerto como necesidad preliminar de la sublevación. Su curso seguiría en alas del agravio al sentimiento popular. Román el 30 y Camberos el 46 fueron pequeños cadáveres elaborados en el laboratorio político de la oligarquía.

Parecidos son los sistemas de difusión del pánico mediante rumores de matanzas consumadas entre gente indefensa por orden del Presidente o sus principales colaboradores. En 1930 sólo se hablaba, porque la

Universidad aún carecía de mimeógrafos. En 1946, como ya los tenía, la calumnia fue impresa acusando al honesto y patriota alcalde de La Paz, Juan Luis Gutiérrez Granier, de haber hecho ahorcar con alambres a 25 estudiantes en el patio de la Alcaldía. Análoga fue también la indignación preparada difundiendo increíbles planes de exterminio de la población de La Paz y traslado de la capitalía al interior. Semejantes los desfiles de **ataúdes simbólicos** para conmover al vecindario, recurso sincronizado con la dialéctica murillana, según un folleto[1] en que con referencia a un minúsmulo agitador rosco-comunista y hablando del 21 de julio de 1946, se dice: **"Este pequeño gran hombre es cochabambino, y no ignora que si los heroicos cholos de su tierra obran agitados por un buen cuesco de chicha, si se quiere incendiar los ánimos del pueblo paceño no hay más que hablarle en el lenguaje del Protomártir. A la grupa de tres siglos esta vez también la dialéctica murillana encendió los espíritus, y mujeres, niños, pacíficos artesanos, humildes horteras, salieron de sus hogares para matar o morir".**

Matar o morir en servicio de Patiño, Aramayo y Hochschild... El civismo y la necrofilia se infiltraron a partes iguales en el aterrorizado y enfurecido ánimo del pueblo y, así como los izquierdistas le tonifican con la proclama de Murillo, las derechas representadas por niñas de sociedad y médicos masones utilizaban los automóviles de la Cruz Roja para transportar municiones antes que para recoger heridos.

Los gobiernos de Siles y Villarroel, perdido su centro de gravedad, eran ya nada más que hojas en el huracán de la contrarrevolución. Carcomidos por la campaña de prensa, en instancia demasiada tardía intentaron defenderse. Siles confiscó "El Diario" y Villarroel expropió "La Razón" y "Última Hora", cuando la acción de estos órganos había puesto irremediablemente la opinión pública contra ellos. Los partidos de gobierno, privados de un apoyo firme por parte del Presidente hicieron vanos intentos de reconciliarse con la opinión. Producida la matanza de la plaza Murillo el 30, los candidatos Palza y Villanueva renunciaron en acto de protesta por ese hecho. Producido el apedreamiento de la Universidad el 46, dos dirigentes del MNR expulsaron al Ministro Julio Zuazo Cuenca, creyendo así apaciguar a los desaforados universitarios. Los dos gobiernos agonizaban en el trance dialéctico en que el control de los sucesos pasa a manos de la oposición de modo que todo acto del gobierno facilita fatalmente el plan subversivo. Siles no pedía contar con la fuerza de un

---

(1) Gesta Bárbara: "Trigo, Estaño y Mar", La Paz, 1950.

partido y fió en el ejército. Villarroel se desligó voluntariamente del M.N.R. y fió también en el ejército. Ambos quedaron abandonados, pero la técnica demo-rosquera que permitió el 30 a Siles librarse del linchamiento refugiándose en una legación, en 1946 se perfeccionó hasta sitiar a Villarroel en el Palacio Quemado para mandar asesinarlo allá y colgarlo en un farol de la plaza Murillo.

Más identidades aún señalan las estratagemas rosqueras contra los gobiernos antioligárquicos, apenas ambos golpes descubren su verdadera esencia, una vez conseguido el poder mediante la masa. Esas analogías se establecen cuando la Rosca inicia la segunda etapa del golpe contrarrevolucionario: organizar el gobierno para si, en las narices del populacho mareado por el alcohol y la pólvora.

TERCERA PARTE

PRIMERA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA

CAPÍTULO VIII

EL HIMENEO DE LA "CONSTITUSCHON"

La "Junta de gendarmes".— Más paralelos.— Las revoluciones encanalladas.— La prensa purificadora.— Seamos pobres (económica y mentalmente).— El príncipe de Gales desea más champagne.— Patiño controla la fundición de Williams Harvey.— Reglamentación del tiranicidio.— La autonomía universitaria.— Salamanca y el del tiranicidio.— La autonomía universitaria.— Salamanca y el pellejo de la Democracia

"Quien considere y trate la Constitución como fin en sí o ideal en sí, arruina con su actividad el cuerpo de la nación".

Oswald Spengler

Mientras la oligarquía aprovechaba del hambre de las clases más bajas de la población para asignarles la labor de castigar a los silistas con el saqueo, otra parte del pueblo desarrollaba en la plaza Murillo el acto sublime de la formación de un gobierno tan puro como los sentimientos inspiradores del movimiento libertario, constitucionalista y popular.

En medio del caos del demos en plena eclosión, el doctor Elío, ex ministro de Siles, se proclamó Presidente en un discurso lanzado desde los balcones de la Cancillería. Como era un liberal muy conocido, una soberbia rechifla de los universitarios lo tumbó ipso-facto. Los universitarios interpretaban así el temperamento de la Rosca que no quería mostrar las garras por medio de sus exponentes conocidos.

Mimetizada en el carácter anónimo de la contrarrevolución, la Rosca daba paso únicamente a soluciones desinteresadas y nobles. Después

de la absolutista tiranía de Siles, una era de paz sin diferencias ni rivalidades partidistas. ¡Sólo la voluntad del pueblo, libremente expresada en elecciones democráticas, con la garantía de un gobierno provisorio imparcial, ajeno a los partidos políticos! ¿Quién más apolítico que el ejército? ¿Quiénes más imparciales que sus pundonorosos jefes?... Producto de esta génesis idealista fue el gobierno provisional formado con la presidencia del general Blanco Galindo, masón, gerente de Patiño en Cochabamba; el coronel Oscar Mariaca Pando, masón, liberal montista; el general Filiberto Osorio, gran maestre de la Masonería; el coronel Gonzáles Quint, masón, exponente de un clan tradicionalmente oligárquico; y el coronel José Lanza, masón y futuro jefe del Partido Liberal. El único no perteneciente entonces a la Hermandad, por su origen plebeyo, era el coronel Bernardino Bilbao[1]. Tales eran los militares apolíticos.

La maquinación contra Siles y sus efectos fulminantes permitieron esconder, gracias al oscurecimiento que esa misma maquinaria provocó en la conciencia colectiva, la filiación patiñista del golpe y su ejecución por la masonería. En el templo masón de Oruro anidó la principal labor conspirativa. Años después en un folleto de Julián Montellano titulado: "La Corte Suprema de Justicia y la Masonería" que yo prologué, se publicó una fotografía de la logia de Oruro, fotografía que revela que casi todos los "hermanos" salieron a formar los elencos administrativos y parlamentarios del nuevo régimen. Las logias de La Paz, Oruro y Cochabamba tuvieron a su cargo los enlaces, el enganche de militares y la propagación de los rumores y las consignas. El sentimiento popular resultó un juguete en sus manos. La retórica del general Blanco Galindo consagró la inmensa farsa. Manifestó que en el golpe rosquero: "No hubo jefe organizador, ni partido político, ni sección del ejército que obedeciendo a intereses propios inspirase la protesta armada. Como determinación irresistible de la voluntad general se extendió la resistencia y todos los campos del trabajo y del pensamiento se convirtieron en fragua de sanas rebeldías, en pos de la restauración legal... El ejército, comprendiendo que su alta misión de defensa se complementa con el resguardo de la Carta Constitucional y advirtiendo que no lo empujaba ningún caudillo, sino la conciencia colectiva, cedió a ella en el sano propósito de restaurar la Constitución"...[2].

---

(1) Más tarde la Masonería se hizo sumamente acogedora en Bolivia. Llegó a recibir en su seno hasta a los piristas y otros miembros de la familia marxista.

(2) Mensaje al Congreso de 1931.

Fingían los altos jefes militares desconocer el motor que les guiaba. El Presidente de la Junta afirmaba que "la revolución de junio no fue el estallido de algún grupo militar o político, sino la obra de la conciencia pública del país..." pero, así como todos ellos sabían cuál era el origen esotérico de la revuelta, sabían igualmente que su misión era entregar a la oligarquía el poder legal. Aceptada la clasificación de **mostrencos**, es decir novatos en política, para los jefes de la Junta Militar, se hizo consentir al pueblo eufórico que, a la garantía moral de los probos pero ignorantes militares era indispensable añadir la pericia administrativa. Se decidió designar un asesor letrado para cada miembro de la Junta. Resultaron asesores, con título o sin él: Daniel Sánchez Bustamante, Ernesto Sanjinés, Tomás Manuel Elío, David Alvéstegui, Casto Rojas y otros masones y abogados de las grandes empresas.

Dentro del convenio de la engañifa, los partidos tales y los caudillos no hacían más que aplaudir a los cadetes, estudiantes y pueblo heroico, desinteresándose de tomar el gobierno. Pero la Rosca funcionaba por ellos, fabricando desde adentro de la organización política que, por fuera, parecía fruto espontáneo de la "conciencia colectiva" proclamada por un general que, para mejor representar la pureza democráctica, apellidaba Blanco... Con tal sistema el gobierno popular, emanación cándida del neoplatonismo boliviano, resultó íntegramente formado por la Rosaa. La poliforme entidad daba la impresión de que se había operado la unidad nacional. En realidad no era sino el liberalismo montista, salamanquista y saavedrista, que figuraba unificado a órdenes de Patiño, cual siempre éste lo había deseado, en el antedicho **"sano propósito de restaurar la Constitución".**

* * *

El mismo desenvolvimiento contrarrevolucionario del 30 reaparece el 46 el control de la Rosca. El 30, para satisfacer a la masa desengañada de los partidos, se le presentó una junta apolítica, de militares. El 46, como la pasión popular estaba inspirada en el antimilitarismo, se le presentó una junta apolítica, de jueces y catedráticos. La identidad radica en que tanto los coroneles del 30 como los doctores del 46, eran todos masones dependientes de las empresas mineras. En ambas crisis sangrientas, dichas empresas asomaron inocentemente emocionadas, ofreciendo su desinteresado apoyo al gobierno salvador y llenaron de lauros telegráficos y periodísticos a los estudiantes y al valiente pueblo que derramó su sangre por la libertad. Simón Patiño que el 46 facilitó desde Buenos Aires a los asesinos de Villarroel, el 30, desde París,

concedió la dádiva de un millón de pesos a la Universidad Premio a la rebeldía de una juventud tan útil para el amo oculto de Bolivia. La Rosca probó entonces la potencia de aquella fuerza, siempre fácil de conducir con la bandera de la libertad, y prohijó las aspiraciones de a**utonomía universitaria,** que equivalió a autonomía respecto del Estado y servidumbre al Superestado. En las dos insurrecciones la Universidad ocupó la vanguardia.

El **apoliticismo** de los nuevos gobernantes constituía un truco paralelo a la ambigüedad de la doctrina redentora proclamada por la reacción. Blanco Galindo afirmaba:... **"la mejor salvación pública consiste en buscar y obedecer fielmente al derecho y la Justicia".** Se suplantó todo compromiso concreto con esas palabras y con la de "Constitución", alcanzando hasta la bufonada de conferirle existencia física ante los ojos del público.

En 1930 los estudiantes eligieron una **Miss Constitución** que coronaron los cadetes, constituídos también ellos en algo como un destino nacional. A juzgar por la prensa de entonces, pareciera que Bolivia debía aspirar a ser una República de cadetes. En 1946, un obrero degenerado publicó que la Armada de Leningrado y los cañones del kremlin habían disparado 101 salvas de homenaje a los héroes bolivianos del 21 de julio. Se sugería así que Bolivia rosco-comunista debía libertar al mundo de la opresión. Las dos veces se magnificó hasta la gloria las bullangas callejeras y se fabricó figuras de héroes de todo pelaje, a fin de mantener al pueblo con el estupefaciente de su triunfo sobre regímenes pintados como inexpugnables. La verdad histórica es que ambos eran gobiernos en retirada, con presidentes dimitentes los dos.

* * *

La oligarquía realizó una doble maniobra. Mientras aseguró el poder ejecutivo a su favor, sopló aires de purificación sobre el rescoldo del régimen derrocado, para formar la cortina de humo que encubriese la contrarrevolución ante el país. La casta oligárquica se restauró mediante un escamoteo con el que se hizo desaparecer a los demiurgos financieros de la contrarrevolución, mientras encomiaba el patriotismo ficto de los explotadores y cultivaba una indignación artificial y camandulera contra los gobiernos silista y villarroelista, a los que señaló como pústulas surgidas increíblemente en la inmaculada piel de la democracia boliviana. Este método tuvo por objeto desviar la atención del público respecto a la tendencia despótica de los nuevos amos, atribuyendo la concentración de los males al gobierno anterior. Simultáneamente, la prensa llamaba al

escenario a las "grandes figuras" y, cual si restaurase carcomidas estatuas desenterradas, las exhibía como augurio de ventura a un pueblo merecedor, por su heroísmo callejero, de ser gobernado por los **mejores**. Se exigió su aporte moral e intelectual para cumplir la sentencia de uno de éstos: "Todos debemos estar unidos a la cabecera de la madre enferma". Con estas palabras tiernas se hizo olvidar al país que tales porveniristas eran los mismos que habían puesto en calandrajos a la Patria, con 30 años de disipación.

Blanco Galindo que acusó a Siles de un presunto proyecto de "empréstito forzoso que iba a herir de muerte a las industrias, los bancos, el comercio y el ahorro del país", no creyó asesinar industrias ni bancos cuando, un mes después de formar el gobierno, autorizó un empréstito interno llamado "empréstito patriótico".

El mismo régimen usó luego los servicios del ministro de Hacienda de Siles, Alberto Palacios, para presidir la comisión financiera que envió a New York a declarar la suspensión de pagos de la deuda boliviana. Todo era efecto de la crisis mundial del 29, pero la quiebra fiscal no dejaba de atribuirse a la mala administración de Siles. Blanco Galindo hizo un cuadro espantable de las finanzas de Siles, manifestando que "encontró al Tesoro Nacional en situación de verdadera bancarrota..." "hallándose comprometidas las rentas públicas y el provenir económico de Bolivia con empréstitos mal invertidos y combinaciones desdorosas". Para dar aspecto verídico al coro de acusaciones sobre peculados de los silistas se acudió a una prueba de malversación, cuya publicidad se multiplicó con escándalo e insistencia. Se trataba de pequeñas sumas (3.000 Bs.), entregadas a los candidatos a diputados oficialistas para su propaganda, conforme a la norma de todos los gobiernos. Con tipos y relieves especiales, la prensa publicó la lista de favorecidos y la maquinaria oficial funcionó sincrónicamente, pues mientras la prensa los sindicaba poco menos que como autores de la "bancarrota del Tesoro", aquélla disponía de la devolución coactiva de esa suma. Para devolver tal dinero al Tesoro muchos silistas tuvieron que vender hasta sus camisas. Los grandes ladrones procesaban a los políticos pobretes...

La vigencia de esta paradoja formó parte de la gran artimaña con que toda la opinión pública de un país, al responsabilizar de sus males a un reducido grupo de políticos, estatuyó la simulación como un sistema de convivencia o contrato social. Los sectores y hombres de la clase privilegiada intercambiaban elogios y se atribuían mutuamente dones de virtud e inteligencia. Republicanos y montistas, salamanquistas y saavedristas, cadetes y estudiantes, señoritas y generales, disculpaban

mutuamente el pasado, purificado milagrosamente, todos de acuerdo en condenar sólo a aquel grupo innominable que fue el silismo. Sánchez Bustamante sentenció: "Para los silistas, el Código Penal". Montes y Salamanca hicieron también la sugerencia de encerrarles en un presidio. Aquel concurso de tapujo colectivo y de hipocresía epidémica, edificado sobre el caído indefenso, hubo de ser empleado hasta excesos epileptoides en 1946. En 1930 la mutua amnistía se operó entre lobos de mismo pelo. En 1946 el juego encubridor se hizo, además, con los comunistas. Oligarcas y comunistas aliados, dejaron de rascarse mutuamente sus respectivas lacras sólo el tiempo necesario para colgar oral y materialmente a los nacionalistas.

* * *

La prensa encubrió el truco de la liberación con que se puso nuevamente de cuatro patas al pueblo para que la Oligarquía sembrase otra vez nabos en sus espaldas, de acuerdo a la gráfica expresión de Salamanca. Como el 30 y el 46, nada nuevo sino la misma Rosca en métodos y hombres se ofrecía para salvar al país, se desvío la atención de éste hacia la denigración del régimen caído, fabricando un mito terrífico sobre la incapacidad, vileza y rapacidad de los hombres del silismo y del nacionalismo. La orgía publicitaria contra Siles y sus adeptos, anticipó los síndromes del periodismo "antifacista" de 1946. La prensa inventó por sí misma o acogió datos falsos sobre monstruosas taras psíquicas u orgánicas de los presidentes caídos y exhibió en galerías de ignominia a sus partidarios, formulando listas negras de "enemigos de la Patria". Mucha gente que había colaborado pasivamente al gobierno, amedrentada y desesperada, negaba su filiación y con la publicación de rectificaciones los diarios establecieron un renglón de ingresos a su caja.

El diario "Última Hora", fundado en 1929 gracias a una maquinaria que obsequió Siles a Arturo Otero, al día siguiente del golpe de mano se puso a la vanguardia del libelismo vindicativo multiplicando insultos contra el difunto nacionalismo. La técnica gráfica de la Rosca no llegó todavía, como en 1946, a alquilar dibujantes expertos en desfigurar fotografías para mostrar a los nacionalistas como una colección de subhombres. Pero "Ultima Hora" implantó el sistema de listas negras, exponiendo los nombres de silistas a la execración pública y a la muerte civil. Mi nombre figuró, como tantos otros, en el respectivo lugar del orden alfabético de los silistas catalogados. Mayor distinción me hizo la misma "Ultima Hora: en 1946, cuando me consignó en uno de sus números de gala, junto a

Victor Paz Estensoro y Carlos Montenegro, con el relieve de un cuadro titulado: **"El trío Sangriento".**

La mentalidad post golpista no se expresó únicamente por la vía de la contumelia desenfrenada. Para lograr un balance siquiera relativo a la difamación de los caídos, se precisaba señalar, de algún modo, propósitos y planes de mejoramiento. Entre ambos extremos, la ausencia de algo que pudiera exponerse decentemente como contenido de la contrarrevolución se cumplió con discursos de bajo nivel, con cursis votos de asociaciones, con proclamas chabacanos y epístolas y decretos, compuestos todos bajo el signo común de una gramática mulata y de un irrespirable mal gusto. Por su vulgaridad ideológica, la tosquedad de su lenguaje y sus faltas gramaticales, las manifestaciones de los libertadores del 30 y del 46 representan la cosecha de la incultura política, universitaria y periodística de la democracia liberal en América Latina, democracia cuyos ciclos resumió Rubén Darío en estos tres versos:

..."y tras encanalladas revoluciones
la canalla escritora mancha la lengua
que escribieron Cervantes y Calderones".

La misma tinta amarillenta del tintero de "castellano de Churubamba" se usó para hacer la literatura de las revueltas de 1930 y 1946.

La diferencia histórica reside en que el golpe del 30 anonadó para siempre al silismo. El nombre del Presidente quedó como tabú en La Paz. A título anecdótico debo referir que el exsecretario de Siles, Guillermo Alborta, cuando aún estaba candente el odio, dio un vítor a Siles en un club muy concurrido y recibió un silletazo en la cabeza. Por mi parte, agredí a los redactores de "El Liberal" que se editaba con el único fin de deshonrar a los caídos. No salí bien del encuentro, pero noches después provoqué una pequeña asonada. Junto a Carlos Meave, Alberto Cornejo Recacochea y Guillermo Mendoza, disparé unos iros de pistola en la plaza Murillo, vivando a Siles y abajando a Blanco Galindo. Me libré de una masacre policiaria porque me resguardó mi primo el cadete Ely Céspedes y por que, entre mis gritos, intercalé algunos vítores al coronel José Ayoroa, entonces líder de la oficialidad del ejército. Después de cinco días de arresto fui puesto en libertad.

* * *

¡La pascua florida de la democracia! A esta pascua acudían en lomos de sus partidarios, los viejos caudillos: Montes, Saavedra, Salamanca. Recepciones ni grandes ni efusivas, exceptuando la de Saavedra a quien

glorificó hasta el frenesí una turba previamente entusiasmada en los bares próximos a la estación. Cuando Salamanca arribó, envejecido, algo silente y patético lo acompañó, como al entierro de su antigua popularidad. Los héroes universitarios, con boinas vascas, le rodearon y le aplaudieron cuando desde el balcón del hotel París, Salamanca, lanzando su candidatura presidencial, les fijó este sencillo programa: "Si os privo de libertad, hacedme revolución". Reconocía implícitamente el pontífice del legalismo que el aparato constitucional no bastaba al ciudadano para defender su libertad.

El general Blanco Galindo había iniciado su gobierno restaurador de aquel aparato constitucional con un programa sencillo: **"Somos país pobre y debemos vivir pobremente".** El vocero de la contrarrevolución, puesto por el millonario Patiño, notificó así al pueblo que su heroísmo no le libertaría del hambre ni de la miseria.

Prodigaron adhesiones al nuevo régimen los escritores y poetas nacionales y extranjeros, los hacendados, banqueros y grandes mineros. La prensa y los universitarios exaltaron la contrarrevolución hasta la maravilla cuando se produjeron poco después los golpes contra Leguía en el Perú y en la Argentina contra Irigoyen. La causa de ambos se atribuyó al ejemplo de Bolivia, aunque su verdadera esencia debería revelarse a poco como un producto del reajuste que el imperialismo hizo de sus cuadros coloniales. Lo prueba el hecho de que las tres revueltas llevaron al poder a las oligarquías, con Salamanca en Bolivia, Sánchez Cerro y Benavides en el Perú y Justo en la Argentina.

Las expresiones anteriormente citadas de Blanco Galindo ("Somos país pobre y debemos vivir pobremente") y de Salamanca ("Si os privo de libertad, hacedme revolución") despellejaron de la cabeza a la cola la subsistencia del nuevo régimen, que confesaba la ineptitud de la democracia para sacar al país de su esclavitud política y económica.

El régimen de pobreza se estableció como un homenaje a las finanzas de la Gran Minería, resentidas por la baja del estaño. Las dificultades del mercado internacional debía pagarlas Bolivia, no así los patrones mineros, entre los que Patiño empezaba precisamente a controlar el cartel de estaño en el mundo, adquiriendo con el producto de sus minas de Bolivia acciones en Malaya, Nigeria, Burma y Siam y el total de la fundición de Williams Harvey. Extendió así, como dice la Memoria de Patiño Mines de 1930" "su influencia a las fundiciones de Inglaterra y a una de las más importantes del Este".

La doctrina de mantener un Superestado rico a costa de un Estado pobre se cumplió rigurosamente. Llegó a La Paz en uno de sus periplos

mundiales, el príncipe de gales a quien Blanco Galindo ofreció un banquete en Palacio. Concluido el banquete, el ilustre tarambana no hizo ademán de retirarse, y entonces, el público estacionado delante del Palacio para ver al príncipe a su salida, vio en cambio a los camareros con chaquetas blancas y munidos de canastas que corrían a prestarse unas botellas de champagne al hotel París. El Presidente de la Junta compraba no solamente las fundiciones inglesas, sino duquesas y marqueses en Europa para casar a sus hijos.

* * *

La penuria económica seguía el nivel de la indigencia intelectual. La Constitución divinizada mostraba ciertas desnudeces a través de sus calandrajos. ¡Había que remendarla! Apenas encumbrada en el altar del nuevo régimen, se empezó por negar su integridad y los sabios asesores hicieron firmar con los militares un decreto en el que modificaron la Carta por su cuenta, entregando la aprobación al **referéndum** electoral. Cuatro remiendos constitucionales se sometieron a plebiscito, debiendo el heroico pueblo votar por sí o no. Los votos en blanco se computaban como afirmativos. Una manera de pensar por cuenta del pueblo, aplicando la frase de Salamanca sobre el proyecto Kemmerer: "Una biblia cerrada que se nos muestra diciendo: ésta es tu fe". Simultáneamente se convocó a elecciones presidenciales y parlamentarias.

Franz Tamayo, que reapareció en aquella primavera de la reacción, después de años de aislamiento en los que publicara "Scherzos" y "Nuevos Rúbayat", protestó por la aberración de esa política. No aceptaba el platónico Tamayo que se hubiera hecho una revolución furiosamente constitucionalista para desfigurarla inmediatamente, inventando el referéndum jamás aceptado por la misma Constitución.

Poseído de furia ortodoxa, denunció la subalternidad mental de los violadores de la Carta. Como siempre, academizó al Parlamento con su rara elocuencia y su pavoroso arsenal de cultura filosófica. En originales discursos de "uniminoría", cual se calificó, impugnó el referéndum dictado por los "gendarmes de la Junta Militar", anfibología difícil de precisar que aludiera a tales gendarmes propiamente dichos, o a los gendarmes intelectuales que les había puesto la Rosca.

El principal versículo reformista instituía la **autonomía universitaria,** tesis cuyo fundamento ideológico fue explotado por la Rosca para crear su propio ejército de choque, dividido en grupos de asalto que serían las diversas universidades locales. La autonomía libertaba a la Universidad de una débil influencia del Estado para someterla a la total influencia de

la oligarquía. Los estudiantes exigieron esta conquista como premio a su cooperación contrarrevolucionaria, y lo hicieron en manifestaciones habladas y escritas, en competencia de pésima gramática con la junta de gendarmes, a cuyos decretos Tamayo dedicó una crítica estilística, que le correspondía también hacer —dijo— "porque es un poco de mi oficio la literatura". Los universitarios declararon a Tamayo "ingrato a la Universidad" y le cubrieron de injurias.

Empero, si no la falta de estilo, el barato gas libertario impregnaba al pensador. En el Parlamento tuvo reticencias para Siles al invocar el sacrificio popular "toda vez que un bandido vuelva a ponerse la medalla de Sucre", valorizó "la riqueza de la sangre boliviana, capaz de producir hombres como el general Blanco Galindo..."[1].

La deformación mental creada por la mística constitucionalista estimuló en el mismo Tamayo latencias de su liberalismo recesivo. Los vulgares políticos y estudiantes alcanzaron sólo a inspirarse en la República Francesa. Tamayo, más ilustrado, incorporó ejemplos de la polis griega. Se adoraba a la Carta Magna, pero sus propios sacerdotes eran escépticos respecto a la virtud purgativa de las elecciones libres para evitar la tiranía, como el propio Salamanca lo reconocía al invitar a los estudiantes a hacerle revolución. Tamayo, más sabio aún, elaboró y presentó su proyecto de **Ley Capital,** digno de Siracusa, según cuyo articulado, cuando un tirano ocupase la presidencia de la República y atropellara la Carta Magna, los jefes de partidos opositores estaban autorizados para juzgarle (se entiende que en sesión reservada e **in absentia)** y condenarlo a muerte. La sentencia sería proclamada para su ejecución por cualquier ciudadano de buena voluntad. (Y buena puntería). El tiranicida, si sobrevivía, tendría su estatua en vida, de mármol y bronce. Si los sicarios del tirano lo mataban en el evento, también. De ninguna manera le faltaría su estatua.

La ficción ideológica en lugar de lo real produjo fórmula tan extravagante. De un rasgo más directamente vinculado a la realidad boliviana es el proyecto, presentado en 1921 por el publicista y diputado Rigoberto Paredes sobre la **"reglamentación de las revoluciones".** Con la paradoja que esta reglamentación entraña. Paredes no hizo más que sentar por escrito las normas con que consuetudinariamente se formaron gobiernos en Bolivia, con un sentido más sincero y auténtico que el de la engañosa Constitución.

---

(1) Cámara de Diputados, redactor de Actas, 1931.

La diosa Constitución no le ofrecía al pueblo otra probabilidad que la pobreza y el tiranicidio. La Rosca, más práctica, reemplazó esos ideales con una vaca viva para ordeñarla a fondo. El summum ideológico del liberalismo, doctor Salamanca, tampoco hallaba en el mundo de sus palabras otra conclusión que la del eco en un muro blanco. Llegó a la presidencia no en hombros de la popularidad, como era lógico que soñara, sino como resultado de un acuerdo entre los que ordeñaban la Magna vaca.

* * *

Mi infancia y adolescencia, como dije en otra parte, siguieron fascinadas, incluídas en la sombra colectiva, el paso de Daniel Salamanca en su búsqueda de la democracia ideal. Pero en 1931, cuando fue elegido presidente, escribí en "El Diario" un retrato suyo, en estilo alambicado, que tuvo éxito por su forma, no por su contenido que me lo reputaron arbitrario y presuntuoso de originalidad. Realmente, en aquel tiempo, sonaba original definir a Salamanca como un cuervo subjetivo,, enfermo de ideas viejas, o como a un simple patriarca indígena vestido a la europea, y era irracional decir que ni la idea ni la palabra de Salamanca le otorgaron su mágico poder sobre las multitudes, sino solamente su apariencia física, de asceta enteco y sufrido, en la que el pueblo, por contraste con obesos mandones, concentró su ideal del ciudadano perfecto. Era también inaceptable sostener que su humilde apariencia encubría un frío orgullo y una implacable soberbia, que su tenebrosa flacura esparcía miedo, como el paso de la Muerte y que, al verlo, se pensaba en una sombra de otro mundo, atraída por la melancolía de las ruinas de una ciudad cuya destrucción él había profetizado. Esta visión luctuosa resultó de mal augurio, por intuición poética.

Los partidos de la oligarquía apreciaron la inoportunidad de exponer en una candidatura presidencial a los gastados caudillos. Encumbrando a Salamanca presentaban un intacto prestigio, sostenido sobre todo por los universitarios triunfantes, prestigio con el cual seguiría gobernando la Gran Minería que confiaba en la inmutabilidad ideológica del austero librecambista. Los políticos, por su parte, alimentaban su humana inquina contra el cotidiano líder que les había marcado con el índice y esperaban que fracasara en su gobierno, de modo que al final todos resultarían iguales.

El supergobierno no admitió al doctor Saavedra, que se había resignado a presentar su aislada candidatura a la vicepresidencia contra Tejada Sorzano, quien, de acuerdo con Salamanca, formó el binomio de

la Unión Sagrada. Saavedra fue derrotado y los saavedristas que habían sido utilizados como brigada de choque en el golpe contra Siles, resultaron a poco expulsados del nuevo gobierno, tal como lo serían en 1974 los piristas, una vez empleados por la oligarquía para masacrar al nacionalismo.

Se instaló humildemente en el Palacio Quemado el doctor Salamanca. La primera sorpresa que dio fue traer en su cortejo, igual que en carro de segunda, a varios republicanos cochabambinos, afamados en su pueblo como poetas y economistas, para formar gabinete. Con Salamanca Presidente y Tejada Sorzano, Vicepresidente, se formó el parlamento con liberales masones, republicanos genuinos masones, universitarios masones y saavedristas, entre los que se descubría también algún masón, hecho insólito este último, porque hasta entonces no podían ser admitidos en la Augusta Hermandad los exponentes de la cholocracia.

Los réprobos nacional-silistas carecían de toda representación parlamentaria. Algunos que habíamos sido candidatos a la frustrada Convención del 30 como Montenegro, Alborta, Monje Ortiz y yo, fuimos contratados por "La Razón" para servir de taquígrafos y transcribir correctamente los discursos de la nueva diputación. El odio contra el silismo desapareció rápidamente a causa de su consistencia artificiosa y también porque se le consideró, acertadamente, difunto. A los intelectuales silistas se miraba con cierta melancolía: muchachos prematuramente extraviados, pero susceptibles de reforma... Carlos V. Aramayo me invitó espontáneamente a trabajar en su oficina y, cuando adquirió la mayoría de acciones de "La Razón", me llevó allá como redactor.

Cuando ciertos diputadillos noveles en busca de nombradía acusaron al exPresidente Siles, el huérfano Partido Nacionalista tuvo que designar desde la calle a cuatro abogados defensores: Enrique Baldivieso, Carlos Salinas Aramayo, Max Atristaín y Javier Paz Campero. Estos recabaron para si gran lucimiento oratorio. En cuanto al ex-Presidente, lo dejaron como a **"un irresponsable, un interdicto",** según la queja que me dio el doctor Siles años después en Santiago de Chile. La acusación contra Siles no hizo más que reproducir la cursi fraseología de moda, con el mal castellano vigente, señalando, como delitos, vulgares transgresiones legales, insignificantes, frente a las que ejecutaron en escala gigantesca y al servicio de la explotación extranjera, los partidos representados por los acusadores.

También los diputados liberales acusaron al exPresidente Saavedra y los saavedristas a Tejada Sorzano. Ambos personajes cambiaron invectivas, en turnos distintos , al hacer sus respectivas defensas.

Restablecida la rutina de la democracia minoritaria, el parlamento se entretenía, en sesiones públicas, en discutir leyes vacias de sentido y utilidad, con excepción de la **ley del divorcio absoluto,** que aprobó. Entre tanto la economía del país se debatía entre las regulaciones del mercado del estaño, controlado mundialmente por Patiño, y las medidas hacendarias que se adoptaban de acuerdo a los intereses de la Rosca. Presidía el Banco Central el general Montes y era ministro de Hacienda el salamanquista Demetrio Canelas, cuando se dictó la inconvertibilidad del billete. Antes de que esta disposición fuese aplicada, los grandes oligarcas cambiaron sus billetes y trasladaron sus depósitos oro al exterior. Arturo Loayza, gerente de Patiño, fue el principal usufructuario de esta maniobra. El gobierno dictó, además, leyes antiobreras, con pretexto de la difusión del comunismo en Bolivia, como la ley de Defensa del orden Social, proyectada por el ministro Luis Calvo, en la que figuraba un artículo por el que se legalizaba que la policía dispersara manifestaciones a balazos. Asimismo el ministro Canelas empeñóse por entero en la adquisición de la isla de Coati para establecer una colonia penal. En el parlamento la única actuación que aludió positivamente a los intereses del país, fue la del diputado Román Rivera, el primero en denunciar las violaciones cometidas por la Standard Oil en su contrato de concesión petrolífera. Salamanca y sus ministros archivaron la denuncia y la prensa de la Standard aplicó el recurso del silencio, utilizado por la Rosca siempre que se le oponen datos irrefutables.

En consonancia con la insensibilidad de esta élite liberal, la misma Minería no se preocupó del dilema belicista que Salamanca señaló fatal ante el pleito internacional del Chaco. Los abogados de la Standard veían en Salamanca una importante carta en sus manos. Sus partidarios políticos confiaban en su genio, y sus aliados liberales en que la cuestión internacional sumaría un factor mas para su fracaso, sin llegar a la guerra. Pero los atributos de falsedad ideológica de la contrarrevolución, el pacto de encubrimiento entre sus dirigentes, la ficción suplantando a la vida con mitos como el del Ejército y sus grandes jefes, incubaron un monstruo sangriento.

Un destino esquiliano entregó precisamente al profeta del liberalismo la tarea de sepultarlo y la de dar a su ilusa ciudadanía, como fruto de su encumbramiento, en vez de la libertad, la muerte.

CAPÍTULO IX

LA GUERRA DEL CHACO

El belicismo criollo.— Maquinaciones de Saavedra Lamas.— Salamanca avanza al través del mapa.— Boquerón abandonado...— Sin objetivo geográfico ni estratégico.— Los zunchos del Apocalipsis.— Objetivos políticos y prisioneros de guerra.— La guerra de la maraña y de la patraña.— El honor del batallón.— Pueblo inagotable.— El salamanquismo culmina con el "padre Ivar".— El corralito de Villamontes.

"Es imposible concebir algo más duro que el corazón de un metafísico de nacimiento"

Edmund Burke

El desierto del Chaco ,arenal cubierto a veces de baja vegetación, extendido en el Sudeste de Bolivia hasta la confluencia de los ríos Paraguay y Pilcomayo, constituía para los políticos de Asunción una entidad en cuyos grados geográficos se media su ardor patriótico. Duraba cincuenta años el pleito por la fijación de los derechos de Bolivia y el Paraguay, con la base de borrosos títulos provenientes de la Corona de España y de actos administrativos y jurisdiccionales de la Colonia. Se invocaba el **úti-possidetis juris, el possidetis de facto,** la posesión inmemorial, los descubrimientos y las expediciones. En 1880 Daniel Campos salió de Tarija y llegó a Asunción, siendo bien recibido. Ambos países podían haber colonizado amigablemente el desierto. A la colonización se prefirió la guerra.

Bolivia manifestó mejor ánimo conciliador que el Paraguay, ofreciendo transacciones que llegaron al extremo del **stato-quo posesorio** Pinilla-Soler. El Paraguay no las aceptaba, alegando que el Chaco le pertenecía íntegramente. No es cuestión territorial, afirmaba, sino solamente de fijación de las fronteras del Chaco con Bolivia. Simultanéamente ambos países fundaban pequeños puestos militares, con nombres de fortines, internándose en el desierto hasta que sus avanzadas casi se tocaban. La

funddación de un puesto boliviano agitaba la opinión pública paraguaya, en la que el largo litigio había engendrado una legión intelectual de "doctores en límites" o "chacólogos", que proliferó con aptitud tropical. En Bolivia también los hubo, pero menos exuberantes. Con el acicate de tales juristas la cuestión asumió en el Paraguay el rasgo de una bandera nacional, mientras que en Bolivia era considerada una cuestión colonial. El Chaco empieza a las puertas de Asunción entre tanto que se encuentra lejos de los centros bolivianos circunstancia que objetivó ante el sentimiento guaraní la verdad de lo que decían sus "chacólogos".

La agresión bélica concierne —naturalmente— a una actitud de agresividad cual la que mantuvo en intensidad creciente el Paraguay a causa de la proximidad del territorio disputado y del estímulo de sus internacionalistas y caudillejos criollos que hicieron del asunto el más eficaz tópico electoral.

A lo anterior debe añadirse que la influencia promotora que se atribuyó a las compañías Standard Oil y Royal Dutch Shell, para desatar la guerra, aquélla por Bolivia y ésta por el Paraguay, por lógica correspondería a la segunda. La Standard ya tenía concedido el petróleo boliviano. La Royal Dutch, si bien se interesaba por una concesión en el Norte de Bolivia obtenida por Jacob Backus, había perdido la oportunidad de la zona Sudeste y ésta podía llegar a sus manos solamente si el Paraguay se apoderaba de ella. No puede excluirse en esta ilación la presencia de la Argentina, cuyo Canciller, Saavedra Lamas, probaba revivir una diplomacia estilo Segundo Imperio, para constituirse en agente de intereses ingleses y meter la mano en el petróleo boliviano por medio del Paraguay. El plan de este abogado, plan tan desmesurado como sus anacrónicos cuellos postizos, se dirigía a sustraer la zona petrolífera de la soberanía de Bolivia, imponer nominalmente la del Paraguay vencedor en la guerra y, en definitiva, entregar dichos petróleos al consorcio mundial británico, con un nombre que lo mismo podía ser la Paraguayan Petroleum o la Guarania Oil. Simiesco ensayo imperialista del que fueron víctimas las juventudes del Paraguay y Bolivia en una matanza que se consumó durante tres años ante la indiferencia del Continente y con el aplauso de la opinión porteña, dirigida por su prensa democrática.

En el plano de los sucesos, se debe señalar que la política liberal dominante en ambos países favoreció a maravilla aquella funesta maniobra. Salamanca fue el primero, en 1927, en dar el alto a los renunciamientos de la Cancillería boliviana, previniendo que era tiempo de la marcha atrás en el camino de las abdicaciones y proclamar el derecho de Bolivia a todo el Chaco. Su absolutismo quichua se ponía a la par con

la intransigencia guaraní. **"Debemos pisar fuer1te en el Chaco"** fue el enunciado de esta nueva política. El guerrismo paraguayo recibió la presidencia de Salamanca como un desafío. Intuíase allá mejor que en Bolivia, que era un ser obstinado, fríamente metafísico. En cambio los compatriotas de Salamanca seguían pensando en su debilidad física como signo de su debilidad moral. Parecieron no darse cuenta, siquiera, de la ostentación draconiana que realizó en 1931, haciendo fusilar dos infelices soldaditos en el Chaco, como una afirmación de que allá se aplicaba el código de guerra.

El utopismo formaba parte del folklore cochabambino. En la soledad del valle, la "isla", como la llamaba Baptista, el individuo se hacía impermeable a influencias foráneas y fugaba hacia arriba, en escala de abstracciones que nacían a la sombra sosegada de los molles y crecían desmesuradamente, porque no hallaban confrontación con otra medida. Tal manía de quimeras, ejercida deportivamente por los cochabambinos, permanece inofensiva mientras el clima propicio del poder no la transforma en megalomanía obsesiva. Salamanca creyóse capaz de hacer una gran guerra desde su escritorio, como José Antonio Arze creyó organizar desde el barrio de Caracota la C.R.O.P. (Confederación de Repúblicas Obreras del Pacífico). El intento de Arze terminó a los pies de la Rosca. En cambio, la Rosca cargó de explosivos la megalomanía de Salamanca. Diríase de él, con Spengler, que era "algo que camina inmóvil a través del tiempo, con la sublimidad bizantina de un alma que desde hace tiempo, dejó tras sí resueltos los misterios y problemas". Mentalmente Salamanca había extenuado la misma ideología liberal mil veces razonada pero creía conocer también los problemas de la estrategia militar. Como solución del conflicto entre su esquema político y la realidad nacional, no renunció a aquél sino que creó otra realidad que debía ser trágica, de acuerdo con su alma hipocondríaca[1].

El intelectual Salamanca que había predicado la Democracia como supremo remedio para la pobreza fiscal, el bajo nivel de vida de todas las clases sociales del país, su discontinuidad étnica y geográfica, su incultura, su atraso económico y su pesimismo, desdeñó al final ese credo familiar y extrajo de su mente una superposición: regalar al país un triunfo bélico, afirmar su soberanía en la frontera. Le parecía más fácil que afirmarla en

---

(1) En la suma debilidad física de Salamanca podría hallarse, según la teoría freudiana, la fuente de sus ademanes belicistas, compensativos de esa inferioridad. Cabe también interpretarlos como el resultado de un "complejo de culpa" por su pasividad ante la pérdida del Acre en 1903.

el interior donde dominaba la Gran Minería. El razonador librecambista, cuando se habló de la prepotencia de las empresas sobre el Estado y se comentó en una charla privada que la única forma de libertar al país de ese pulso sería expropiar las minas, cerró la discusión con esta frase: "Lógico, muy lógico... pero quién le pone el cascabel al gato?". El no se sentía capaz, pero si de ponérselo a la pequeña pantera paraguaya. "el pequeño diablo", como lo llamó, ciertísimo de lograr para Bolivia el primer triunfo internacional, después de dos guerras perdidas.

El Paraguay pequeño diablo, pero también una nación, en cuanto ese concepto implica solidez racial y tradición. No le podía clasificar en la nomenclatura corriente de la civilización mecánica. La tribu que había pasado por la república jesuita, aunque ya no produjese un hombre como Solano López, casi no había variado en el siglo XX y era tal tribu capaz de haber resistido la sangría de la Triple Alianza.

Al factor ilusorio dominante en Salamanca, cooperaba en grado sumo uno de los mitos creados por el liberalismo y al que él rendía culto en una actitud compensativa de su debilidad: el mito de **"nuestro gran ejército".** Además de estos determinantes de su temperamento, obedecía Salamanca a otra concausa, de carácter material, dependiente de la estructura del país y que dio fin con la farsa democrática. Dicha concausa ratificó el dato experimental de la historia del liberalismo en todas partes. Al confluir los determinantes socio-económicos en el estanque del teorismo liberal, crearon por necesidad del capitalismo el fomento de la fuerza. Una especie de fascismo como solución para los problemas insolubles por las simples medidas legales. Conducido a ese terreno, Salamanca, inspirado por su flamígera aspiración de grandeza histórica, quiso superar a los liberales derrotistas. Derribó sus propias utopías jurídicas de treinta años y exaltó el valor de la guerra: "La guerra es la fragua donde se templa el alma de los pueblos", dijo, y transportó el problema nacional a la frontera. El enemigo no era el Superestado minero, sino el Paraguay.

En comparación a su altanería, las precauciones que tomó para sostener su credo frente a la agresividad paraguaya, resultaron ridículas. Medidas improvisadas e insuficientes para la técnica bélica, curiosamente aseguradas en su providencialismo. Sobre estas medidas sus ministros Julio A. Gutiérrez, Espada, Canelas, proporcionaban estupendos detalles en sesiones reservadas del parlamento. Un botón que apretar, y armamentos, vehículos, terrestres y aéreos, divisiones motorizadas, pozos de agua, almacenes, se pondrían mágicamente en función para batir al "pequeño diablo" provocador. En el cerebro abstractivo de Salamanca, el

Chaco se representaba nada más que como un mapa. Trazó así las líneas geodésicas y rutas ideales sobre la carta, basado en los pocos senderos abiertos en aquel infinito arenal, tomando como punto de referencia utópicas lagunas. Redujo las distancias a la medida del papel, y cual si se tratase de agua mineral, cerveza y sandwich para un día de campo en Calacala, calculó las necesidades en camiones, vituallas, municiones y cantidad de agua **per cápita** a consumir en el número de jornadas que tendrían que permanecer los soldados en un desierto de más de 250.000 kilómetros cuadrados. No sería necesario un efectivo mucho mayor al del ejército de paz; ni gastos extraordinarios, pues sobraba el armamento adquirido por Siles. En cuanto a movilidad, se requisarían los camiones de las ciudades, y el resto sería suplido por la proverbial resistencia del soldado boliviano para las marchas a pie.

Un dirigente republicano que llegó después a ministro, ante mis observaciones tomó un lápiz y me hizo un sencillo cálculo sobre la movilización: "Un soldado pesa 50 kilos, pongamos 55. Un camión transporta dos toneladas 2.000 kilos, lo que da 36 soldados y medio. Dejemos el medio. Doscientos camiones. 2 por 2... otro cero... dividido por 36... transportan 7.200 soldados", etc. El vicio de razonar se había tornado aritmético. Las anteriores palabras parecerían una atribución absurda a la política del gobierno, si no estuvieran ratificadas con lo que pasó.

Maquiavelo señala tres tipos de gobernantes: el que entiende las cosas directa y rápidamente: el que las entiende cuando le son explicadas por otros; y el que no las entiende. Salamanca pertenecía a un subtipo extraordinario: el que no se hace explicar nada porque presume saberlo todo. Bajo esta ignorancia despótica, cuyo prestigio se impuso sobre los políticos y los militares, se condujo a la guerra.

En el momento de la ruptura de hostilidades, el ejército boliviano del Chaco contaba con 1.500 hombres de la 4ª división y 22 camiones. La oligarquía confiaba así en una guerra victoriosa, conducida por Salamanca, y la opinión pública estaba igualmente ilusionada. El único que me pronosticó la debacle fue un periodista muy joven entonces: José Cuadros Quiroga quien, para no presenciarla, se fue al Perú.

* * *

El 15 de julio de 1932 el ataque de los paraguayos a nuestra guarnición de Laguna Chuquisaca inició la guerra de hecho. En las ciudades de Bolivia y el Paraguay se pidió clamorosamente la movilización. En La

Paz, grupos saavedristas estimularon las manifestaciones belicistas, en la creencia de poner a Salamanca en una prieto. Salamanca, imperturbable, ordenó el ataque a los fortines paraguayos Boquerón, Corrales y Toledo, desoyendo las voces de los "Neutrales' que despertaron al estampido de los primeros tiros. Las observaciones de los altos jefes del ejército, Osorio y Quintanilla, fueron también rechazadas por el Presidente, quien declaro posteriormente que para obligarles a tomar una actitud en defensa del Chaco, "tuve que tratarles despiadadamente". Los militares pedían dos meses de tiempo para acumular fuerzas que asegurasen la captura y la posesión de esos fortines, ante el peligro de un contra-ataque. Salamanca ordenó a Quintanilla trasladarse al Chaco en el término de 24 horas con estas palabras: "Ejecute la orden: si hay en ello algún mérito, será suyo, general; si surgen responsabilidades, serán mías". Quintanilla salió volando. Al pasar por Sucre dijo que expulsaría a los paraguayos del Chaco a latigazos.

Empezaron las escaramuzas en un ambiente de aversión continental hacia Bolivia. Dentro del juego de la superchería, los Ministros plenipotenciarios habían engañado también al Presidente, al ofrecer al apoyo de algunas cancillerías, como la del Brasil. En la Argentina el gobierno y la opinión entera nos mostraron una organizada hostilidad, instigada por la prensa que controlaban empresarios argentinos, patrones de la economía paraguaya, de su flota mercante, de su río, de las poblaciones industriales como Casado y Sastre, que llevan los apellidos de los explotadores argentinos del ganado, la madera y el tanino. El Presidente Justo era cuñado de uno de ésos. La prensa nos mostró como al indio gigantesco agresor del pequeño país, y tal aversión parecía confirmarse en las palabras de Salamanca, cuyo afecto por las frases le impedía moderar sus expresiones arrogantes.

Como en los primeros días parecía que Bolivia se engulliría al Paraguay, el Canciller argentino Saavedra Lamas promovió la altamente desvergonzada declaración del 3 de agosto, en que los 19 estados americanos no contendientes afirmaron que **"no reconocerían conquistas territoriales hechas por la fuerza",** declaración que implicaba un doble perjuicio: que el Chaco era paraguayo y que Bolivia lo conquistaría. Salamanca denunció dramáticamente que esa doctrina aparecía para ser empleada precisamente contra la nación que más sufriera de las conquistas territoriales por la fuerza.

La acción de las Cancillerías extranjeras fue más allá de la escaramuza diplomática. Algunas realizaron actos de efectiva ayuda bélica

al Paraguay, ayuda frecuentemente denunciada por escritores bolivianos y confirmada, después, con su autoridad de excanciller, por el paraguayo doctor Vicente Rivarola, quien, en su libro sobre la guerra del Chaco y con el objeto de mostrar el éxito de sus gestiones como ministro del Paraguay en Santiago de Chile y en Buenos Aires, sucesivamente, relata que en Santiago, el Canciller Ríos Gallardo le permitía que él mismo dictara telegramas que Ríos suscribía, dirigidos al ministro chileno en La Paz, Barros Castañón, que al amparo de su legación hacía de informador del Paraguay. En Buenos Aires la cooperación era mucho más generosa: Rivarola menciona no solamente la íntima solidaridad de Justo y Saavedra Lamas con los planes del Paraguay, sino la del Estado Mayor argentino, y llega a revelar que Justo se comprometió en la entrega gratuita de armas del ejército argentino al paraguayo.

* * *

La guerra del Chaco es, para Bolivia, una campaña colonial hecha por un país semicolonial sin ayuda extranjera. Militarmente es una retirada de tres años, que se convierte en estratégica, porque permite a nuestro ejército llegar hasta un terreno ventajoso sobre el enemigo.

En el primer momento de la campaña, se cumplieron los cálculos militares del Presidente Salamanca. La 4ª división tomó fácilmente los fortines Boquerón, Toledo y Corrales, pero esa facilidad nos fue perniciosa, puesto que sólo eran posesiones precarias. El desconocimiento del Chaco hizo suponer que se había tomado puntos decisivos para el control de toda la zona. Se daba nombre de fortines a un conjunto de pahuichis rodeados de malezas donde se emplazaban ametralladoras y cuya importancia dependía de la tropa allí concentrada. La rápida captura de dichos fortines indujo a subestimar las dificultades del Chaco como la fuerza del adversario.

Cuando se esperaba que prosiguiese la serie de triunfos bolivianos, empezaron a sentirse las deficiencias de la improvisación salamanquista, especialmente cuando los paraguayos movilizaron su ejército y se hicieron presentes en las proximidades de Boquerón. Aptos para el movimiento en el monte y numéricmanete superiores, liquidaron los puestos avanzados bolivianos y se cargaron sobre Boquerón, donde el comando boliviano había radicado su eje de operaciones.

Desde inmensas distancias, acudían Bolivia y el Paraguay a ese duelo singular. Pero mientras el Paraguay cargó todo el peso de su potencial bélico. Bolivia no pudo mandar refuerzos. Los camiones requisados no bastaban y tampoco los caminos, ríos de lodo, pozos de arena. El Chaco

parecía más grande que la carta geográfica y la lógica no era lo mismo que la logística. Ante el asombro de Bolivia, y de toda América, la velocidad del avance boliviano se frenó súbitamente. Boquerón, que era el último paso para lanzarse sobre la Isla Poi, centro vital del dispositivo paraguayo, se convirtió en una trampa. Encerrados en Boquerón 600 hombres, durante 28 días resistieron el asedio de miles de atacantes, sin recibir socorro. Los refuerzos enviados caían en la emboscada. Días tras día, Bolivia contempló la agonía del reducto, mientras su movilización no avanzaba. Los casos contingentes de soldados anodadados; por el calor, devorados por los mosquitos y la sed, parecían arrastrarse en la inmensidad. Con elasticidad einsteiniana el espacio se dilataba hacia la nebulosa del Chaco. Así, desde La Paz a Villazón, de Villazón a Tarija, de Tarija a Entre Ríos, de Entre Ríos a Villamontes, de Villamontes a d'Orbigny, de d'Orbigny a Esmeralda, de Esmeralda a Ballivián, de Ballivián a Toba, del Toba a Muñoz, de Muñoz a Saavedra, de Saavedra a Alihuatá, de Alihuatá a Arce, de Arce a Yujra, de Yujra a Boquerón... el espacio se convertía en tiempo, descubriendo una dimensión no prevista por el racionalismo euclidiano de Salamanca: la dimensión del desierto.

Cuando a Salamanca le dijeron que para llegar al Chaco se necesitaban seis meses, respondió: "Entonces, salgamos seis meses antes...". Pero todo quedó en frase. El gran aparato bélico de la oligarquía boliviana fue impotente para salvar a su vanguardia, mientras ambos pueblos ponían en Boquerón la clave de su fe patriótica. El general paraguayo Delgado definió así el evento: "La acción de Boquerón, porfiada y sangrienta, significaba para el continente americano la lucha de dos recias voluntades, de dos razas distintas, de dos culturas... Para el paraguay, el fracaso de Boquerón hubiera significado el derrumbe de todo nuestro sistema defensivo en formación, porque hubiera sido imposible sostener la moral del ejército". Y eso le pasó a Bolivia.

Día tras día el cerco se consolidó, quedando los defensores del reducto entregados a su propia suerte, sin provisiones y sin agua. Parado en su marcha triunfal, el comando boliviano en Arce no tenía más armas que la elocuencia militar del general Quintanilla para ayúdar a los sitiados. Inexistente la comunicación por radio, se recurrió al envio de líricos mensajes con aviones, que los dejaban caer en la maraña del monte. Los soldados abatidos por la sed y el hambre no lograron leer mensajes como éste: "Capitán General ordena y Patria pide os sostengáis por la situación internacional, honor, país y prestigio ejército". Desde La Paz, por su parte, Salamanca ordenaba: "No abandonar Boquerón de ninguna manera, prefiriendo morir en su defensa antes que dar parte de retirada". Dichos

mensajes, no leídos por los destinatarios, se publicaban en los diarios de la ciudad. A los 20 días de asedio se optó por un recurso supremo: sumar la ciencia de todos los generales en función y en retiro de que disponía la patria. El consejo de generales, reunido en un pahuichi de Muñoz, alcanzó sin duda la importancia de aquel otro, reunido en El Alamein y del que dice Churchill que era "un reducto lleno de moscas e importantes jefes militares"[1].

Como resultado del consejo salió la redacción de preciosas, aunque irrealizables sugerencias, con su respectivo mensaje, que decía más o menos: 1° Pedir a los heroicos defensores de Boquerón que resistan **diez días más;** 2° aprovisionar el fortín por avión; 3° concentrar las fuerzas posibles para tratar de romper el cerco; 4° pedir al gobierno que apresure la marcha de las reservas y preste más atención a los servicios de retaguardia". Los defensores de Boquerón no tuvieron tiempo para beneficiarse con tan razonable programa. Exhaustos, se rindieron al día siguiente del Consejo. El ejército paraguayo halló en el reducto a pocas centenas de extenuados vestigios humanos.

Mientras sus camiones trasladaban esos residuos hacia la Isla Poi, el grueso paraguayo prosiguió el avance. Dotado de superioridad numérica y de aptitud tropical para actuar en el bosque frente a soldados andinos, batió totalmente todos los fortines bolivianos. La retirada de "Arce" se operó en desbadada, a la lumbre del incendio de las cabañas y depósitos de víveres. En Alihuatá se trató de contener a la tropa fugitiva con discursos, consiguiendo que 700 soldados acataran la disciplina militar. La retirada se detuvo por cansancio a 7 kilómetros de Saavedra, sobre el pajonal que se llamó después Campo Jordán.

Al conocerse en La Paz el desastre de Boquerón, una multitud negra de cólera invadió la plaza Murillo, pidiendo a voces la renuncia de Salamanca. Durante largas horas las manifestaciones se sucedieron. Se cuenta que Salamanca, al escuchar la protesta popular, pidió a uno de sus edecanes: "Mi sombrero, mi abrigo y mi bastón. Me voy, señor". Pero nadie quería tomar el ascua presidencial en esos momentos. Los caudillos deseaban únicamente sacar provecho político del desastre, con un gabinete de combinación. Días después, Franz Tamayo, ministro de Relaciones Exteriores, impugnó a los liberales que protestaron en el parlamento y los responsabilizó del desastre, sindicándoles de vendidos al oro paraguayo. Una turba aleccionada por el gobierno atacó al

(1) W. Churchill, "El vuelco del destino".

parlamento y apedreó las casas de Montes y Saavedra y el local de "La República". El obstinado Salamanca no admitió transacciones y quedó con su gabinete de partido, al cual, por razón de la pequeña estatura de varios de sus miembros, bautizamos en el "Universal" con el nombre de los Sunichos del Apocalipsis. El Presidente, además, destituyó al general Quintanilla, atribuyéndole el fracaso. Entonces fue llamado de Europa el general Hans Kundt, que había huido de Bolivia a la caída de Siles.

* * *

En la historia de Boquerón confluyen todos los defectos originales de la mentalidad que rigió la campaña del Chaco. Esos defectos ínsitos, connatos con el desgobierno oligárquico, desencadenaron la serie de errores que presidió todo el proceso de la guerra como una tara. La musa popular cantaba:

Boquerón abandonado,
sin comando ni refuerzo.
Tú eres la gloria
del soldado boliviano.

Porque Boquerón es el paradigma del sacrificio del soldado y del oficial, como es el prototipo de la incapacidad y falsía de los oligarcas civiles y militares en la dirección de la campaña. Allá se ve, en un microcosmos, los vicios de la era liberal en crisis cuyas disfunsiones salen a luz ante al fenómeno de la guerra. Salamanca pretende utilizar el aparato estadual creado en 30 años de liberalismo para rectificar toda una tradición de encogimiento nacional, elaborada por el propio liberalismo. Todo el estado, sin embargo, es impotente para salvar a los 600 hombres de Boquerón, en cuya suerte radica el prestigio de Bolivia. El fraude del preparativo bélico inicia una secuela de fracasos que se repiten sin que el gobierno ni el comando se animen a hacer un reajuste general para empezar de nuevo. La mentalidad con que se inicia la campaña desencadena en serie las supercherías como norma táctica y política.

El plan boliviano, si lo hubo, carece de un objetivo geográfico. Cuando el comando desorientado interrogó a Salamanca, éste respondió: "Muy fácil saberlo, señores generales: el objetivo es ganar la guerra". El Paraguay, en cambio, tiene un objetivo estratégico: apoderarse del Chaco, y un objetivo táctico: aniquilar el ejército boliviano. Consigue el primero y no el segundo, porque Bolivia reorganiza tres veces su ejército y se hace inexpugnable al replegarse del Chaco.

Sobre el modelo de Boquerón se desarrolla casi toda la campaña. Bolivia ocupa un fortín y el Paraguay emplea la táctica operativa de envolvimiento por el ala, para hacer caer la tropa. El ejército boliviano, en pleno desarrollo de una operación, tiene que paralizarla porque le faltan efectivos a causa de la provisión "por cuentagotas" que le hace la retaguardia. Entonces su ofensiva queda desplazada por la necesidad de "tapar agujeros" en los puntos que flanquea el enemigo, siempre más fuerte en un punto dado.

La imprecisión del objetivo militar determina por parte de Bolivia la creación de lo que se llamó el **objetivo político,** concepto que nace de la empecinada resistencia de Boquerón. Tomado un punto se establece su importancia con la propaganda en el exterior y en el interior; de tal manera que cuando los paraguayos le roen los flancos poniéndolo en peligro, el Comando no se atreve a desocuparlo por no disgustar al gobierno, ya que éste, por su parte, rechaza la sola mención de la palabra "retirada", por falta de valor para enfrentar a la opinión pública con una modificación de la línea y también para poner en aprietos al Comando, con el que se encuentra en polémica perpetua. Mas, en definitiva, el repliegue es imperativo, cuando la red de picadas y sendas abiertas en el monte se va cerrando, una a una, por obra de la operación paraguaya denominada "corralito", que corta la retaguardia en la maraña del bosque al boliviano bisoño, quien ve amenazada su provisión de agua. Sobreviene entonces el pedido de abandonar la posición. Alguna vez es aún posible, pero el Comando no se atreve a dar la orden, aunque la situación sea insostenible. Entre tanto la comunicación con la retaguardia ya ha sido cortada. La catástrofe. En su mayor parte los soldados bolivianos tienen que buscar a los paraguayos y entregarse prisioneros a cambio de un poco de agua. Pocos rompen el cerco y otros se pierden en el bosque. Entonces sobrevienen las acusaciones y justificativos entre el Comando y el gobierno, en una continua querella que empieza en Boquerón. La angustia de disipar el fracaso obliga a buscar otro **objetivo político** como transacción entre ambos y desagravio a la opinión pública.

Por razón política también se emprenden ataques frontales, sobre Toledo, Nanawa o Gondra, con grandes pérdidas y, de esta suerte, se entrega a la voracidad de unos pahuichis con nombres de fortín, sin enmienda, armamentos, provisiones, vituallas, camiones y, sobre todo, soldados prisioneros. La orden del señor Salamanca de no retroceder un paso se cumple por parte de la tropa boliviana. Pero como los paraguayos hacen prisionera a la tropa que no ha retrocedido, se van perdiendo, a lo

largo de tres años, junto con los prisioneros y muertos todos los objetos políticos inventados en el desierto del Chaco.

Al modelo de Boquerón, la guerra del Chaco constituye el duelo singular de dos pequeños grupos de combatientes perdidos en un arenal de más de 250.000 kilómetros cuadrados. Tácticamente el Paraguay sabe utilizar mejor el factor geográfico. El ejército boliviano, como en una campaña colonial, se une por un frágil y extenso hilo a su base nativa. Este hilo es frecuentemente cortado por los paraguayos, más duchos en la iniciativa de buscar el flanco, fácil de hallar para ellos en los fatigosos vericuetos del espinoso monte. Es la guerra del agua, cuya provisión se hacía a veces desde 80 kilómetros de distancia, que significaban 12 y 20 horas de camión. Y cuya falta decidía una maniobra. Es también, para Bolivia, la guerra del fraude ante la opinión pública, alucinada desde Boquerón siempre con nuevos "objetos políticos".

* * *

La organización del ejército después de la caída de Boquerón se hizo en el "Kilómetro 7" de Saavedra. Organización, es la verdadera palabra, porque los clásicos cuadros del ejército creado por Montes se aniquilaron en las primeras escaramuzas. Sus jefes quedaron "a contar cargas de papas y sellar pasaportes" en la retaguardia. Surgieron en Boquerón y se consolidaron en el "7" los nombres de oficiales como Germán Busch, Germán Jordán y José Castrillo. En el gran pajonal que se extiende en esa zona, se detuvo a fuego el avance paraguayo. Gran hazaña de afirmación del valor boliviano, aunque técnicamente implicó el centro de gravedad de las operaciones en una línea alejadísima de las bases bolivianas.

Se alejó aún más de estas bases el ejército de Bolivia al asumir la contraofensiva en 1933. Recuperó la línea desde Platanillos hasta Agua Rica, pero se estrelló contra Toledo y especialmente contra Nanawa, convertido en **objetivo político**. Se extendió la ofensiva sobre Gondra, Rancho Ocho y sobre Fernández. Es característico del concepto de Salamanca sobre la ciencia bélica un telegrama reproducido en un folleto del general Rodríguez. El Presidente ordenaba desde La Paz, más o menos: "Saque tropa Corrales, déle la vuelta por Bolívar y refuerce Fernández". No se tomó Gondra ni Rancho Ocho, pero se recuperó Alihuatá, avanzando hacia el camino de la retirada de Boquerón, Fracasó un nuevo ataque a Nanawa y, al no lograr ese objetivo, se fijó una extensa línea de guerra de posiciones, a la que no se podía hallar otra razón que la de establecerse en el desierto, proveyendo de agua a la tropa, a veces,

desde 60 y 80 kilómetros de distancia que, en la medida de las picadas del Chaco, representaban jornadas enteras de transporte.

Entonces el Paraguay cerró tenazas sobre la vanguardia de Alihuatá, en Campo Grande y tomó prisionero un regimiento. La advertencia no estimuló ninguna iniciativa en el Comando, en el que Kundt, fiel intérprete de Salamanca, estaba obcecado en no retroceder. Los jefes y oficiales de la 9ª y de la 4ª divisiones, veían armarse un nuevo corralito, para cuya ejecución se daba al Paraguay tiempo superabundante. Los paraguayos tomaron Alihuatá el 8 de diciembre de 1933 y Kundt se mantuvo impasible. Nadie se atrevió a dar la orden de repliegue. El 14, en Campo Vía, las dos divisiones resultaron copadas, capitulando con la entrega de 7.000 prisioneros.

La trapacería alcanzó entonces un nivel a la altura del desastre. Ante la noticia de las radios argentinas que anunciaban la gran victoria paraguaya, el gobierno de La Paz, para aminorar la magnitud del desastre, anunció que si bien los fortines fueron tomados por el Paraguay, nuestras tropas, en gran parte, habían salido a tiempo y, para más detalles, conducidas por el coronel Enrique Peñaranda, jefe de la 4ª. Este coronel efectivamente huyó del kilómetro 22, antes que el cerco fuese completo, por un sendero que salía al kilómetro 7, pero sin llevar a nadie más que a sus ayudantes y estafetas, a los que se agregó otra pequeña tropa que no estaba cercada. El gobierno representó íntegramente la comedia. Premió la hazaña que había inventado. Para dar mayor viso de seriedad a esa patraña salida de la maraña, ascendió a Peñaranda y le nombró comandante en jefe del ejército en campaña. Cuando el coronel llegó a Saavedra, todo, abrumado por el cansancio de su caminata por el monte, recibió la noticia de que era un gran táctico que había salvado al ejército. Los 7.000 prisioneros no pudieron desmentir la noticia. El gobierno destituyó al esclerótico general Kundt, principal conductor del desastre. Toda la línea boliviana se derrumbó y el avance paraguayo se detuvo ante Ballivián a las orillas del Pilcomayo, sobre la frontera argentina.

* * *

Con movilización de nuevas clases, el ejército boliviano se reorganizó nuevamente en 1934, ingresando la campaña a otra guerra de posiciones, que causaba un lento y continuo desangramiento de ambos ejércitos. En mayo, la vanguardia paraguaya que se infiltraba por los flancos, cayó esta vez en la trampa,, dejando una redada de más de 2.000 prisioneros en Cañada Strongest.

En el mes de agosto el general Toro, jefe del 1er. Cuerpo de ejército, hizo una representación reservada al comando superior sugiriendo que no se dejase pasar ninguna oportunidad más para llegar a una transacción decorosa con el enemigo, dado que la campaña no ofrecía más perspectiva que una estéril matanza. Fundada la sugestión en la circunstancia de que la posición que habían alcanzado las fuerzas bolivianas en Ballivián era inmejorable para ofrecer a los argumentos de la Cancillería un sólido apoyo. A la par que las balas, las enfermedades psíquicas y físicas minaban a los combatientes. No obstante la falta de agua y de higiene no se produjeron grandes epidemias, pero la avitaminosis y la disentería, unidas a la falta de medicamentos, anestésticos y sueros, se sumaban a la mortandad de los combatientes. Se hacía una guerra económica; no sólo se debía "vivir pobremente" sino morir pobremente, conforme a la psicología del gobierno.

La proposición de Toro no fue escuchada. Los gobiernos boliviano y paraguayo estaban ya empantanados en una controversia estéril de argucias a través de las debiles intervenciones neutrales, como la mediación de la Liga de las Naciones. El Canciller boliviano Canelas creía también en las virtudes de la sangre ajena. Creyendo reflejar el temperamento del Presidente, escondía propuestaa transnacionales y praticaba un narcisismo intelectual, redactando notas de aprendiz de Derecho Internacional. La Cancillería argentina asumió la función de vocero del Paraguay. Saavedra Lamas, pretendiente a político de alto estilo, quería jugar al ajedrez internacional. La declaratoria de guerra del Paraguay a Bolivia, de mayo de 1933, es decir, diez meses posterior a la hostilidad armada, constituyó la maniobra para justificar que la Argentina clausurara la frontera por Pilcomayo, obligando a nuestro ejército a proveerse de comestibles por Villazón, con la consiguiente duplicación de distancias. Como el gobierno boliviano no previó esta situación, los soldados del frente de Nanawa pasaron hambre. Adquiridos en Estados Unidos los uniformes de invierno para los aires helados del Sud, llegaron cuando empezaba el terrible verano. Cuando la aviación boliviana, constituída por pequeños biplanos con ala de tela, lanzó unas bombas de diez kilos sobre Puerto Casado, base militar de las tropas paraguayas, Saavedra Lamas amenazó en nota al gobierno boliviano con la ruptura de relaciones, manifestando que se había incursionado sobre propiedades argentinas. El Canciller argentino tuvo especial cuidado en no publicar dicha nota en su libro :Por la paz de las Américas", que dio a luz, sacando documento de debajo de su cuello de clown, para probar su pacifismo.

La guerra de posiciones no pudo prolongarse indefinidamente. El tercer gran desastre sobrevino cuando fue envuelta la 10ª división en Cañada El Carmen. El mayor Celso Camacho, valeroso y tiránico jefe militar a cuyas órdenes servi, jefe del Estado Mayor de la división, fue **cuatrereado** y muerto en su camión por una patrulla paraguaya, que se apoderó de los planos que aquél llevaba. No obstante conocerse este hecho gravísimo se tardó en modificar el dispositivo de las fuerzas y el enemigo cerró a la 10ª división, esta vez con todo su comando. La línea boliviana se derrumbó totalmente, en momentos en que por el ala izquierda se desarrollaba la gran operación de Picuiba, especialmente encomendada a la capacidad del coronel Toro, para quien se formó el Cuerpo de Caballería, selección de la mejor tropa y oficialidad del ejército. Desplegado a más de ciento cincuenta kilómetros de su base de Carandaití, el Cuerpo de Caballería confió su existencia al frágil punto de los pozos de agua de Irindagüe, custodiados por una fracción. Estos pozos cayeron en poder del ejército paraguayo, lo que bastó para que la operación boliviana no sólo fracasara por falta de agua, sino que se convirtiese en otra gran catástrofe por el número de soldados prisioneros, muertos y desaparecidos en el desierto.

* * *

El dominio oligárquico en Bolivia no podía ofrecer sino una campaña como la del Chaco. Al ejército le tocó actuar bajo el peso de la **anticultura del estaño** que creó instituciones ficticias, privándolas de la posibilidad de tecnificarse. Igual que en la guerra con Chile, donde, según Carlos Montenegro, Bolivia se había "preparado para la derrota", frente a la inorganicidad del país colonizado, todo sacrificio del combatiente resultó inútil. El pueblo percibía esta fatalidad. Ausente el sentido nacional en una campaña, sólo pueden suplirlo la organización armada y la técnica, que no existía. Los indios padecían en grado dramático de la ignorancia acerca del motivo por el que se los llevaba a combatir. Ajenos a Bolivia misma, se sentian, además, desterrados de sus altiplanos y montañas en aquel mundo exótico, entre una baja arboleda espinosa que les privaba del horizonte, elemental para su conducta con la naturaleza. Unicamente los cruceños y benianos, criados en la zona tropical, poseían un comportamiento adecuado en aquel mundo. Se atribuyó al indio una inutilidad específica para la guerra, olvidando que todos los ejércitos en guerra colonial padecen de igual deficiencia y que, por eso, se entrena al soldado y se le proporciona los medios inventados por la técnica para contrarrestar su inferioridad ante el ambiente extraño y el enemigo adaptado a ese ambiente.

Todo el ejército sufría hambre y rezumaba suciedad. Durante tres años se careció de ají, patata y verduras y se alimentó al soldado con el **frangollo**, subproducto de la harina, con el que se hervía una carne previamente examinada por las moscas. El correo no existía prácticamente. Soldados y oficiales exudaban una avitaminosa castidad de trópico desolado. Los pedidos de munición, alimentos y medicamentos eran automáticamente disminuídos en un 50 por ciento, antes de considerarlos en La Paz.

Los blancoides poseíamos ciertos privilegios de casta, conservados desde la vida civil, aún así estábamos todos maculados por la avitaminosis. Los blancoides no ocuparon únicamente puestos de retaguardia, sino que en gran número participaron en la primera línea, asumiendo junto con los mestizos funciones de comando, a falta de oficiales de profesión. La campaña del Chaco creó entre los oficiales de línea y los improvisados una particular sensibilidad guerrera. El enemigo extranjero significaba lo trascendental, pero lo inmanente era batirse por batirse, cumplir la regla del juego, puesto que se había entrado en él, rindiendo culto a una especie de imperativo de poderío. Un sentimiento de amor propio, de emulación de clase, mantuvo entre maldiciones y protestas la moral de la guerra, como en acto de solidaridad caballeresca con la Patria, víctima de sus dirigentes.

Pude vislumbrar con cierta precisión este sentimiento individual y protohistórico cuando una noche oí exclamar al capitán Desiderio Rocha, en una situación difícil: **"Hermanitos hay que sostenerse por el honor del batallón".** No por la Patria abstracta, no por la conquista del Chaco, ni por el uti-possidetis, ni por los petróleos, sino por un designio definitivo y absoluto en sí mismo: el honor del batallón, círculo y suma del sentido de la vida y de la muerte. En otra ocasión, el mayor Celso Camacho nos alinéo y pidió voluntarios para recuperar una posición ocupada por los paraguayos y todos avanzamos a codazos para abrirnos campo y ser los elegidos. "¡Yo, mi mayor, yo, mi mayor!". Se ingresaba plenamente al deporte de la tragedia. Diríase con Chesterton: **"Ya no interesa saber quién es el cuerdo y quien el loco. Si todos tenemos que morir mañana".**

De esta curiosa disposición anímica surgió también un sarcástico humorismo como aquél que clasificaba al jefe o al oficial en **"loco pa adelante" o "loco pa atrás",** de acuerdo a la distancia que su emotividad abría respecto del enemigo. En momentos excepcionales, una especie de valor pedantesco se apoderaba de ciertos combatientes. En otros

momentos la costumbre de vivir se recuperaba groseramente, en la adquisición de pequeños privilegios y evasiones al deber, que se conseguían de acuerdo a la división de castas que no pudo borrar la campaña y que se marcaban, sobre todo, por la calidad del rancho. Yo usufructuaba por lo menos de dos categorías: la que me correspondía por derecho propio, y la que me otorgaban los jefes amigos, como el inolvidable coronel Alfredo Rivas.

En aquella ruta de quijotismo, trágica réplica a la comedia con que se gobernaba la campaña, el molino de sangre indígena nutrió la guerra. El pueblo boliviano reveló su admirable aptitud para resistir y luchar, aun en una guerra a la que no le vinculaba ningún afecto nacional. Contradiciendo las propias aptitudes individuales de derrotismo y desgano, se impuso el sentimiento colectivo y subconsciente de la nacionalidad.

El indio sirvió una vez más a la Patria con su número. Pero también, en adhesión al valor puro y al deber que no discute, los blancos y mestizos, jefes y oficiales de línea y oficiales de reserva, vertieron valerosamente su sangre como abanderados del ejército; de ese ejército que no era más que el producto lógico del país y al que no podía exigírsele un grado de evolución y tecnificación superior a las condiciones generales de Bolivia. Si bien la masa popular integró la "clase armada", le dieron una eponimia heroica los jefes y oficiales que cumplieron la hazaña sin causa en los combates y en las emboscadas. Su sangre se confundió con la del pueblo en los arenales del Chaco, pero sus nombres surgieron para ser inscritos en el mármol que testimonia el valor de los combatientes de una guerra sin sentido.

* * *

Por efecto mecánico de la guerra, el gobierno liberal se hizo totalitario y, a lo largo del conflicto, privó de toda sustancia a la forma democráctica. Salamanca demostró que con libertad electoral se podía se dictador; que con libertad electoral se podía suplantar la voluntad popular, haciendo elecciones en que se eligió Presidente a don Franz Tamayo, mientras toda la "ciudadanía" estaba en el Chaco. Probó que no era ilícito clausurar diarios como "La República" y "Universal"[1], ni desterrar jefes políticos como Bautista Saavedra. No podía sorprender, por otra parte, que toda la juventud opositora estuviera de hecho desterrada en el Chaco. Aún más, la necesidad del sicario se hizo racional y el doctor Salamanca nombró

(1) Dirigido por Armando Arce; diario precursor de "La Calle".

jefe de policía de La Paz a un bandolero mejicano, "cristero", llamado Padre Ivar. Y la baja del estaño obligó al rígido librecambista a romper con su credo económico y a imponer a la minería la venta obligatoria de divisas oro al Banco Central. La organización del Pool del Estaño determinó también la intervención del gobierno en el otorgamiento de cupos de exportación. Las asignaciones a los pequeños mineros constituyeron fuente de negociado y coima para los áulicos del austero economista.

Los partidos tradicionales, por su lado, continuaron con su actitud menuda, cual si la nación no estuviese en guerra. Marcaron asi la diferencia entre su escasez moral y la capacidad de sacrificio del país. Los liberales, aunque en su campaña doméstica combatían a los "zunichos del Apocalipsis", formaban con ellos un grupo ajeno a la angustia popular. El doctor Saavedra, en un reportaje a "Semana Gráfica", manifestó que no quería dar su opinión sobre la guerra por temor de ser calificado de traidor. Nadie quería comprometer su prestigio personal y se procuraba circunscribir toda la responsabilidad del fracaso en Salamanca, sin contribuir con ningún acto o pensamiento positivo a remediar la situación. Se observaba con íntimo gozo el fracaso del "Infalible". El único grupo que aceptando como un deber la defensa de la Patria, censuró la ausencia de un plan de gobierno y le demandó un cambio radical en su política, fue el exPartido Silista, en un manifiesto redactado en 1933 por el notable escritor Carlos Romero.

Las repercusiones de la campaña en La Paz cultivaron el ánimo conspirativo para cambiar el gobierno y conducir mejor la campaña. En abril de 1934 los cadetes del Colegio Militar se levantaron en armas, pero fueron fácilmente reprimidos. Un aristócrata afrancesado, llamado el Conde Herrera, que se adjudicó el deber de combatir el derrotismo en la retaguardia, vejó e insultó a los cadetes cuando eran conducidos presos. El comentario adverso que hizo "El Diario" ante esta actitud, promovió la cólera del Conde, muy temido por su agresividad. Invadió la oficina del periódico y atacó a golpes a su director, en cuya defensa salieron redactores y cajistas. En el entrevero el Conde recibió varios golpes, entre ellos uno que le lesionó un ojo, tan gravemente, que los cirujanos tuvieron que sacárselo. Desde entonces el prestigio de "El Diario" aumentó notablemente ante la opinión sensata.

La discordia entre el gobierno y el comando militar cobraba gravedad creciente. Llegó al altercado personal entre Salamanca y Peñaranda en Tarija. El Presidente que había aludido sarcásticamente a la "semicencia"

del comando[1], trató de controlarlo nombrando inspector general del ejército a su Ministro de Hacienda, Joaquín Espada, nombramiento que el ejército vetó. Más la paciencia del doctor Salamanca se agotó con la pérdida de la 10ª división en el Carmen, y creyó llegada la dulce oportunidad de destituir en masa al comando. En noviembre del 34, acompañado de sus devotos, entre ellos el Canciller Demetrio Canelas, se trasladó a Villamontes, donde dictó la orden de destitución de Peñaranda y otros altos jefes, designando comandante en jefe al general José Lanza. La orden se habría cumplido si los jefes destituidos no hubiesen preparado esa misma noche una celada, encomendando su ejecución al mayor Germán Busch, el oficial de mayor prestigio ante los jefes y soldados. Invocando simultáneamente el cariño filial y la autoridad jerárquica se quejaron ante éste con palabras que me las repitió el mismo Busch cuando me hizo el relato de los acontecimientos: "Cambita, no puedes permitir este ultraje a tus jefes. Este es un desafío al ejército. ¡El viejo nos echa toda la responsabilidad!". El cambita entendió la sugerencia. Llamado por el Presidente para informarle del estado de las operaciones, Busch le hizo notar que la promoción de los altos jefes traerá inconvenientes, a lo que el Presidente le ordenó que él en persona acompañase al general Lanza para ser reconocido en la primera línea. Busch hizo de modo que el avión que debía conducirlos no partiera a las 6 de la mañana. A las 9 mandó rodear con una fracción de soldados el alojamiento de Villamontes donde se encontraban Salamanca, sus ministros, el general Lanza, el general Sanjinés y otros importantes jefes militares, envueltos de moscas, y avanzó hacia el grupo. El general Sanjinés, al verle avanzar, se adelantó y aproximándose le dijo en voz baja: "Muy bien, muy bien, cambita". Detrás de él vino el general Lanza que le interrogó severamente: "?Quién ha dado orden de formar aquí a esos soldados?". Busch le respondió: "Yo la he dado, y usted ya no es más comandante en jefe, ni aquél es Presidente". Entonces Lanza sacó su pistola, pero Busch hizo lo propio, diciendo" "¡Dispare primero!". El general Lanza no disparó y Busch empezó a dar órdenes. Llamó unos soldados y lo hizo conducir preso en un automóvil y luego, encarándose con Salamanca le advirtió: "Ya le dije, doctor, que el ejército no aceptaría su orden". El Presidente redactó y firmó su renuncia "por razones que pesan en mi ánimo"...

---

(1) **Mensaje presidencial al Congreso, 1933**

Detrás del mayor Busch, los altos jefes destituídos, que a la espera del golpe se habían **templado** bebiendo en ayunas —según la narración de Busch—, reaparecieron a tomar posiciones, con actitud vindicatoria y prepotente, exteriorizada en grueso vocabulario. Al general Lanza y al Ministro Demetrio Canelas, el general Peñaranda les amenazó con "agujerearle la panza", al primero, y hacerle "colgar de las pelotas" al segundo; aunque la cosa no pasó de balandronada. Posteriormente ambos se pusieron gentilmente a las órdenes de Peñaranda, olvidando injurias para servir todos unidos al Superestado minero.

No obstante que Salamanca esperaba y aun anhelaba esta solución, el golpe le causó un grave efecto psíquico. Su amargura le dio fuerzas, al ser traslado a Cochabamba, para lanzar una última flecha: **"Este es el único corralito que le ha salido bien al comando..."** recluido en su casa de Cochabamba le siguieron allá no tanto los fantasmas de los muertos, como los fantasmas de sus grandiosos proyectos políticos y militares hundidos en el arenal de la historia. Reunió una documentación que ha sido publicada hace poco; papeles, razones, estilo, y murió cuando se firmaba el protocolo de paz del Chaco.

CUARTA PARTE

EL MILITARISMO SOCIALISTA

CAPÍTULO X

LA PAZ DE BUENOS AIRES

El Incahuasi y el agotamiento pírrico del Paraguay.— Saavedra Lamas guerrista arrepentido.— El costo de la guerra.— El fermento del Chaco.— Grupos políticos (militares y civiles).

La caída de Salamanca que llevó a la Presidencia al vice Tejada Sorzano no mejoró de hecho la situación armada. La mejoraron los últimos repliegues obligados, que colocaron al ejército boliviano en las faldas de la cordillera de Aguaragüe, proporcionándole una posición ventajosa al sacarlo de la campaña colonial para apoyarse en la montaña, donde Bolivia ya estaba presente en el espíritu de la tierra y en la organización material. Sobre las anticlinales petrolíferas se erguía el Incahuasi cual símbolo de la soberanía milenaria de la nación que había llegado hasta allí. Tácticamente el soldado boliviano operaba en esa zona con mayor seguridad y confianza, y el patapila paraguayo estaba alejado ya de sus bases. La última ofensiva del Paraguay le llevó hasta cerca de Villamontes, pero con pérdidas tan grandes que recordaban la frase de Pirro, y la fatiga de su ejército se hacía sentir hasta Asunción.

Saavedra Lamas que aspiró a figurar como gran Canciller transportando a la América virgen las intrigas de la diplomacia de **balkanización,** operaba con menudos sectores económicos y políticos. Sus planes quedaron pisoteados cuando los grandes intereses imperialistas y la real sustancia de los pueblos boliviano y paraguayo decidieron terminar la contienda. El ensayo sanguinario del Canciller, cuya originalidad no superaba el uso de unos altísimos cuellos de payaso, no

había logrado el petróleo que creyó obtener con la mano del Paraguay para entregarlo a sus mandantes británicos. Consolidada la zona petrolífera por Bolivia, restaba la ingrata posibilidad de que los diplomáticos y negociantes que habían jugado a la carta del Paraguay asistieron al aniquilamiento de su ejército en los contrafuertes de la cordillera.

Restaba también al gobierno argentino una posibilidad oportunista. Saavedra Lamas se lavó las manchas de sangre de sus puños de celuloide y se hizo el pacificador. La Standard Oil, que igualmente estaba a las resultas, comprobó que sus concesiones habían sido aseguradas por el ejército boliviano y se prestó también a sellar la paz. (Spruille Braden, antiguo agente de la concesión Richmond Levering, y Carlos Calvo, abogado de la Standard, Canciller de Bolivia y plenipotenciario en Buenos Aires, actuaron en las tratativas de paz).

Otros factores pacifistas más maduraron. La Gran Minería, indiferente a la guerra por su ajenitud a la nación, se ocupaba únicamente de sacar ventaja de la depreciación de la moneda, resultante del drenaje de reservas del Banco Central. Con la bolsa propia tuvo mucho cuidado y, a lo largo de la campaña, Patiño, Aramayo y Horchschild alcanzaron a prestar al gobierno solamente 1.705.000 libras[1].

Los mineros prestaron esas libras al gobierno obteniendo la rebaja en la entrega de divisas del 65 al 48% y con un procedimiento que no era precisamente de préstamo, sino de anticipo por esas entregas, con plazos que les dejaba utilidades marginales cada vez más amplias, en razón de la diferencia de cambio entre la libra y la moneda boliviana en continuo descenso.

Patiño, ministro en París, obsequió al ejército UN AVIÓN Junkers, de cuatro toneladas, que lo pagó como si fuera de dos, gracias a la diferencia de cambio, y ni siquiera con divisas extraídas directamente de su bolsillo, sino deducidas del monto de sus entregas al Banco Central.

En 1934, al tratar con el gobierno un préstamo, planteó tales exigencias usurarias que hubo de preferirse a una banca suiza conforme al sarcástico telegrama que le dirigió Salamanca como a su ministro plenipotenciario en París: **"Trasládase Ginebra a firmar contrato préstamo con banca suiza que ofrece mejores condiciones que las suyas".**

El Banco Central se dedicó al negocio de prestar dinero al gobierno, sumando 300 millones de Bs., equivalentes a más de 100 millones de

(1) "El Banco Central en la Guerra del Chaco"; y "El Estaño en Bolivia". La Paz, 1935.

dólares, y garantizó con su oro físico un empréstito de bancos asociados en el exterior. Las finanzas del país sufrieron una sangría que no pudo repararse hasta ahora. Más rápidamente se reparó la sangría de 50.000 bajas que tuvo el ejército, en el cual fueron movilizaos más de 100.000 hombres.

La obligación creada a las empresas mineras de vender sus divisas al Banco, demostró que la guerra, que consideraron un evento sin interés, podía alcanzar a la exigencia de mayores financiaciones. Todos los anteriores factores pesaron sobre Tejada Sorzano, cuya sensatez le señalaba que una tratativa de paz era viable cuando el ejército se hallaba en posición ventajosa, y no al contrario. Se aproximó así el armisticio y, con él, el problema de la desmovilización, que no era meramente burocrático, sino que implicaba la marcha de una revolución vindicativa, incubada en tres años de indignación.

* * *

Ha sido frecuente mencionar la "conciencia del Chaco", como el núcleo naciente de la Revolución Nacional. Más exacto es referirse al fermento del Chaco, empleando este término biológico y no el de conciencia que significa un conocimiento de los que se es y de lo que se debe ser. Si, en efecto, el pueblo combatiente percibió en tres años de campaña que sus desgracias frente al enemigo y a la naturaleza dependían de la dirección del país, no calculaba por qué había errado tan obstinadamente esa dirección y atribuía la responsabilidad, como Arguedas, a los hechos sensibles: la politiquería, la pereza, el derrotismo, la desorganización de la retaguardia, o a los peculados, entretanto que la retaguardia atribuía el fracaso a la impreparación y cobardía de los militares, y entre éstos, unos lo adjudicaban a los indios y otros al comando, y todos al gobierno.

En este complejo se perfilaron dos elementos generadores del fermento social-político del Chaco: el descontento por la desorganización civil del país y el desorden que alteró las jerarquías dentro del ejército. Los males crónicos como el atraso del ejército y la inconsciencia de los políticos y diplomáticos, con la fiebre de la guerra se hicieron agudos en la piel y carne del combatiente del Chaco. El sufrimiento colectivo experimentado, en un mismo tiempo y lugar por hombres de diferentes clases y regiones, por oficiales en contacto con civiles, creó una afinidad en la protesta. Fruto del descontento fue la anarquía, que quebró para siempre el orden de formación del ejército.

Las clases más instruídas buscaron la causa del vencimiento no sólo en Salamanca y el comando, sino en el secular abandono en que la

Oligarquía tuvo al país. La masa uniformada sólo percibía que hacia la retaguardia radicaba el invisible despotismo causante de tanto daño, pero, como carecía de conciencia, no pudo identificarlo. Por falta de conciencia la unidad del pueblo que pudo salir del Chaco, no se realizó. El desorden generado por la campaña fue aprovechado por la Rosca para desorientar al pueblo y gobernar durante 15 años más.

En el fermento del Chaco, la incubación de corrientes revolucionarias se hizo siempre sobre base militar. La contrarrevolución, nutrida en ingredientes de anteguerra, buscó igual fundamento armado. Se actuó con preferencia sobre la oficialidad joven, la que antiguos jefes, "incapaces de resistir las fatigas de la campaña, ni siquiera la de la bebida", según Pepe Cuadros, se descalificaron. Una corriente se diseño alrededor de Toro, con sus adictos afirmados en importantes comandos, entre los que destacaba Germán Busch. Los nacionalistas de entonces nos vinculamos a ese sector, fomentando el sentimiento antioligárquico entre los oficiales, con un espíritu de comprensión por los errores del ejército, que consideramos consecuencia del régimen secular que anemizó al país para enriquecer a los grandes mineros. Otra tendencia civil, que reclutaba en su mayor parte a los jóvenes que utilizó la Rosca el 30 para derrocar a Siles, buscó la alianza con oficiales antiterroristas, en que formaban austeros y sacrificados jóvenes como el teniente Gualberto Villarroel. Este teniente, del Regimiento "Ayacucho", cavilaba en una razón distinta al apetito del poder. Parece que mayor responsabilidad en la conducción del desastre atribuía al comando militar que al civil, como se deduce de sus actitudes contradictorias a la de Busch: en 1934 admitió ser sorteado entre un grupo de oficiales de la 8ª división para trasladarse al Comando Superior y exigir la renuncia del coronel Toro, aun a trueque de disparar sobre él. El coronel Roberto Ayoroa me contó que, apercibido de este raro amotinamiento en que participaba el más disciplinado de sus oficiales, tuvo que desarmar y arrestar a Villarroel. Poco después anoticiado del "corralito" a Salamanca en cuya devoción le habían criado, el mismo teniente dirigió una protesta escrita al Comando, pidiendo su baja de oficial y ser incorporado como soldado a la línea de fuego.

Aquellos combatientes civiles influenciados por la Rosca, derivaban, al igual que ésta, de su credo constitucionalista hacia una tendencia fascistoide para el gobierno de los "mejores", con los "buenos militares", a fin de imponer disciplina al pueblo, aunque no a la Rosca. Podían aceptar a Busch, pero no a Toro. El sector militar antitorista resultó afin con los oficiales prisioneros en el Paraguay, que también se organizaron políticamente para responsabilizar a los "malos conductores"

La masa combatiente asomaba como un peligro social. En sus estratos inferiores había creado más que la noción de ciertos derechos, la de ciertas necesidades de consumo, como la del pan y del calzado, y estaba familarizada con el manejo de las armas. La Rosca no descuidó el control del grado de fermentación. Se hizo de moda el turismo a la zona de operaciones. Tejada Sorzano estuvo allá, provocando el comentario de un repete (soldado indígena) en la pista de aterrizaje: "De un elefante grande ha salido uno más chico". Igualmente estuvo Saavedra, vuelto del destierro. La Standard Oil y las compañías mineras enviaron altos personeros, entre ellos el propio empresario Carlos V. Aramayo, de pantalón a la rodilla, casco y argelina, y con botella de whisky para obsequiar a los jefes. Los emisarios de las empresas ofrecían su sangre a los mosquitos en los comandos, mientras auscultaban el pecho de los bravos militares y les comprometían para futuras eventualidades. En función menos perceptible, la Masonería durante la campaña consiguió colocar en los comandos, en los servicios de retaguardia, y aún en la primera línea —precariamente y al abrigo de las balas pilas— una red de "hermanos", tanto para acreditarlos como para que fijaran contactos que permitieran enervar el ímpetu de post-guerra. La Masonería incrementó extraordinariamente su número de adeptos militares en los años posteriores, como que aparecieron en la Augusta Orden: Toro, Peñaranda, Busch y hasta Hugo Ballivián, fuera de muchos jefes que no llegaron a la Presidencia. Villarroel fue atraído por la Logía en 1940, llevado por su compadre Alfonso Claros.

Del Chaco no surgió una conciencia, sino el desorden propicio para incubarla. El desorden convirtió al ejército en motor revolucionario que se encarriló hacia la idea de la emancipación económica. El tónico espiritual que buscó Salamanca para el país, dio a la larga, ese resultado. "La guerra es la forma natural en que evolucionan los pueblos", dijo Spengler.

CAPÍTULO XI

LA CLAUDICACIÓN SOCIALISTA

El único revolucionario: Montenegro.— La contrarrevolución en Palacio.— El coronel Toro y el millonario Aramayo.— Desahucio de la Standard Oil.— El "Pacto Secreto de Caballeros".— Divisas para el comercio y aguinaldo para los ministros.— El socialismo de bolsillo.

Firmado el protocolo preliminar de paz en Buenos Aires, en junio de 1935, empezó la desmovilización. Los regimientos entraron en La Paz con gran aparato de fuerza. Tal demostración que colocó al mayor Busch como adalid en la vanguardia del desfile, simbolizaba la actitud del ejército en su marcha hacia el poder. La toma del gobierno significaba la elusión de responsabilidades, al mismo tiempo que satisfacía la sed de poderío acrecentada en los militares por el hábito de mandar civiles en el Chaco. **"Un bonapartismo sin bonapartes",** dije de esto en la convención de 1938. Semejante proceso bonapartista emanado de una derrota, se explica por la fluencia natural de la única fuerza organizada, ante el descrédito y descomposición de los partidos políticos.

La masa excombatiente, constituída en "Legión", llevaba consigo las ansias de mejoramiento propias de las clases media y obrera, pero cedía a la dirección de la minoría compuesta de una élite muy activa, que ostentaba cierto gestillo aristocrático, a base de una severísima —aunque sólo aparente y elástica— selección de virtudes guerreras, tanto entre civiles como en militares. Se podía ser excombatiente siempre que se estuviese de acuerdo con esos intachables exguerreros que, en su pulcritud, encubrían sus adherencias con la Rosca, la cual planeaba crear una tendencia fascistoide como engendro de la guerra. Sugiriendo abolengos nazis, parte de esa élite se bautizó como la "Estrella de Hierro", que lo mismo habría sido que se llamase estrella de estaño.

El Parlamento, formado por liberales y republicanos, tranquilamente prorrogó a Tejada Sorzano en la Presidencia. Entonces, mientras los

excombatientes pronunciaban votos de no intervención en política, el impulso subversivo partió del terreno político del grupo silista, introduciéndose en la tendencia militarista encarnada en David Toro y sostenida por Germán Busch. Toro, el más inteligente criollo del ejército, suficientemente bién situado por haber esquivado la responsabilidad de Picuiba, conservaba su cargo de jefe de estado Mayor del Comando Supremo.

Libres de responsabilidades por la guerra habían quedado sólo los partidos saavedristas y nacional-silista. En este último se incrementó una escisión que dio por caduco el antiguo programa y proclamó abiertamente el socialismo. Autor de esa evolución fue el periodista Carlos Montenegro, de la "Generación del Centenario", figura apenas entrevista en los planos oficiales de la política boliviana, pero tácitamente presente en todo el proceso de la Revolución Nacional. En los primeros meses de 1936, la inquietud revolucionaria a través del Partido Socialista y de grupos obreros y de la clase media, resultó polarizada por la dialéctica y la dinámica de Montenegro, quien enroló a toda la izquierda boliviana en la Confederación Socialista Boliviana, que fue su obra.

Montenegro introdujo en la mente de Toro el sentido de la hora, para inducirle a dotar de un programa socialista a las ansias meramente golpistas de sus camaradas militares. El golpe militar, inminente como se presentaba, debía interpretar las aspiraciones del pueblo excombatiente. Se formalizó entre Busch representando al Estado Mayor; Bautista Saavedra a su partido y Montenegro y Baldivieso a los socialistas, un pacto para formar el nuevo gobierno y se fijó un programa de principios socialistas. Con este preparativo, se declaró la huelga general obrera; Busch desconoció el gobierno de Tejada Sorzano, y el 17 de mayo de 1936 dio el golpe de Estado Mayor, ocupando el Palacio Quemado. Se organizó la Junta Civil-Militar, en que por la parte socialista ingresaron Enrique Baldivieso y Fernando Campero, y por los saavedristas, Gabriel Gosálvez y Pedro Zilveti Arce, Busch proclamó Presidente de la Junta a Toro, quien, muy casualmente, se había ausentado.

El programa del golpe era socialista y antirrosquero; pero, desde las primeras horas del 17 de mayo se vio que la Rosca, como sol del trópico que evapora los efectos del chubasco, hacía desaparecer la revolución. Simultáneamente las incipientes organizaciones comunistas saboteaban el golpe, apodándolo "kerenskysta", porque pretendían convertirlo en un proceso bolchevique, sin hacer, los infelices, más que enturbiar el asunto. Los ministros socialistas y saavedristas actuaban cual si hubiesen ido a

ocupar sus cargos nada más que como engranajes de repuesto de la Oligarquía. Desde el primer instante ocuparon sus teléfonos en comunicaciones con rosqueros, ofreciéndoles pruebas de amistad. Saavedra, que se presentó en Palacio para objetivar su acuerdo con el golpe, al comprobar que los militares no le reconocían influencia, movilizó a su cholada, sin lograr dar vida a ese remanente de la pre-guerra. Busch, totalmente bisoño, no sabía a quién atender.

En aquella hora, únicamente Montenegro encarnó la revolución. Decidido a delimitar lo que el nuevo gobierno se empeñaba en confundir —la revolución y la reacción— empleó recursos decisivos para deslindar posiciones: hizo ocupar con los obreros socialistas el "Club de la Unión", sede social de la avanzada rosquera constituída poco antes en el "partido de Centro", o sea, en el adecuado tentáculo de aproximación a la nueva realidad. Cuando Toro asumió la Presidencia de la Junta, Montenegro planteó y consiguió la creación del Ministerio del Trabajo, que se entregó a un dirigente obrero.

No obstante, la perspicacia y la atracción intelectual de Montenegro sobre los políticos jóvenes no pudieron competir con el poderoso armamento de que disponía la Rosca, la cual le opuso la superioridad de medios dentro del sistema preestablecido, no tocado por el golpe militar-socialista. La Rosca no necesitó combatir al nuevo gobierno: le bastó apoderarse de él, recomponiéndolo con un nuevo estilo que quedó incorporado a la táctica rosquera de post-guerra. Consistió dicho modo en rechazar el partidismo político y proclamar el apoliticismo, vale decir, el militarismo puro y simple. Soplando al oído de los militares: "esos civiles los perjudican...", la Rosca pudo infiltrarse impunemente en el poder, mediante sus reservas preparadas en el Chaco. Su prensa encubrió el juego ante la opinión pública. Asumiendo los militares la sugerencia rosquera, tomaron como blanco a los ministros civiles que, aunque pro-rosqueros, estaban reatados al compromiso socialista. Al mes del primer golpe, en altas horas de la noche, se operó el reajuste para el mejor funcionamiento de la patria nueva. Por supuesto, se requirió de Busch. No se aplicó la táctica conocida del corralito, sino la nueva del **simulacro de alarma.** El coronel Toro fingió ignorar la maniobra, eligiendo como punto de observación la casa de Malaco Deheza, secretario de Carlos V. Aramayo, donde la larga espera se alivió gracias a algunas copas de whisky y hielo. Busch, entretanto, como jefe de Estado Mayor, distribuía las tropas, rodeaba las casas de los ministros civiles y la de Saavedra y organizaba un gabinete militar cuya lista presentó a Toro como imposición del Ejército. Toro, simbólicamente incomunicado hasta ese momento,

acató dicha imposición, declarando, empero, que ese hecho antes que interrumpir, facilitaría la "consecución de los ideales socialistas".

La inexistencia de una "conciencia del Chaco" se prueba en el hecho de que la acción de Montenegro no obtuvo apoyo para su ímpetu, ni entre los militares ni en la masa. Sufrió el destino de soledad del precursor. Su dinamismo y su palabra catequista, de una substancia casi alimenticia como los rayos ultravioletas, no lograron fecundizar el terreno esterilizado por el malezal oligárquico. Por el contrario, sus condiciones de penetración y combatividad que le señalaron ante la Rosca como el más peligroso político de la post-guerra, concitaron en su contra a todas las fuerzas del pasado y a las que, titulándose nuevas, obedecían por inercia a aquéllas: saavedristas, socialistas y comunoides. Todos se pusieron contra él hasta dejarlo aislado. Toro alentó esa campaña de modo que Montenegro tuvo que renunciar a la secretaría general del socialismo y fue "alejado" a Buenos Aires como secretario de la Conferencia de Paz del Chaco.

Alguna semilla revolucionaria arraigó lo bastante para que el golpe de estado militarista no tocase al Ministerio del Trabajo, pero dos meses después ya no fue un obrero, sino un agente de Aramayo, el ministro. El ministro de Hacienda, también civil, fue respetado, pero no por un criterio revolucionario, sino por el convencimiento castrense de que sólo un civil conocía el arte de fabricar los billetes para gastar los sueldos.

Los derechistas de la "Legión de ExCombatientes" hicieron acto de presencia ante el nuevo gobierno, para reclamar su derecho a verificar los antecedentes militares de los candidatos a cargos públicos. Así instauraron un tribunal supremo de moral cívica, pero un veto interesadamente partidista que dieron contra el nombramiento del excombatiente Guillermo Alborta, motivó que éste los llamara en el diario "La Calle": "Cuervos que se alimentaban con los cadáveres del Chaco", determinando así la primera descalificación de aquellos dirigentes fascistoides.

* * *

Los socialistas ocuparon algunos cargos públicos, pero el mecanismo económico-financiero y la prensa subsistieron en manos de la oligarquía. Apenas y venciendo las dificultades de la falta de capital, Armando Arce y yo pudimos editar un pequeño diario "La Calle", que el coronel Toro clausuró una vez con el pretexto de haber cobijado un estudio sociológico del gran escritor boliviano Carlos Medinaceli, que se consideró ofensivo para los tarijeños. La verdadera causa consistió en que Toro, que en privado celebraba a carcajadas las chirigotas de "La Calle", quiso

demostrar oficialmente su desacuerdo con ese diario que fue el primero en revelar ante el país la existencia de la Rosca, denunciando sus procedimientos y sus hombres en la sección **"Monos de Wall Street".**

Tampoco se innovó la diplomacia que había creado una fauna de empirícos cuya estatura tuvimos ocasión de medir bien de cerca Montenegro y yo, cuando asistimos, como secretarios en la Conferencia de Consolidación de la Paz, a la labor de las más consagradas figuras de la esterilidad diplomática.

Desde la época de Saavedra, los diplomáticos se declararon ajenas a la responsabilidad política de todo gobierno, con el argumento de que servían al país y no a ningún partido, aunque siempre pertenecían a la Rosca y constituían ellos mismos una subrosca. Los problemas de la post-guerra estimularon en los diplomáticos bolivianos la adopción de un plan. ¿Para orientar en conjunto la política internacional? ¡No...! Para orientar en conjunto la política internacional? ¡No...! Para asegurarse en sus puestos, a través de todas las posibles mutaciones que la anarquía política hacía suponer.

Este ideario de acomodo inmarcesible engendró el llamado "Pacto Secreto de Caballeros", que constituía una especie de compañía de seguro diplomático, fruto de los estudios de Alberto Ostria Gutiérrez, pacto acogido con fervoroso entusiasmo por las Altas Partes Contratantes, o sea, David Alvéstegui, Enrique Finot, Adolfo Costa du Rels y Eduardo Anze Matienzo. Llevadas las tratativas en un término increíblemente breve, firmóse el protocolo preliminar en Buenos Aires, con una cláusula por la que se abría la adhesión al seguro a algunos diplomáticos ausentes. El convenio precisaba que el Ministerio de Relaciones Exteriores sería siempre desempeñado por uno de los firmantes, el cual quedaba obligado a mantener en las principales misiones en el exterior a los demás asegurados. Como garantía del pacto se acordó que, en caso de que un Presidente tratara de imponer en esos cargos a una persona ajena al consorcio, se produciría una renuncia colectiva, o sea, una huelga en las Altas partes Contratantes.

La diplomacia rosquera rebasó con ese acto su normal existencia parasitaria, prologándola hacia la comandita protocolizada en un documento, del que "La Calle" dijo ser un pacto ni secreto ni de caballeros, porque era ampliamente conocido a través de las indiscreciones de las dactilógrafas de la Cancillería.

La actividad de la diplomacia rosquera no se redujo a tal comercio clandestino de altos cargos. Llegó hasta el cambalache de sagrados

sentimientos nacionales, a cambio de situaciones de figuración y exhibicionismo. Cuando Saavedra Lamas, con su audacia de saltimbanqui maniobró para obtener el premio Nóbel de La Paz, por su actuación pacificadora entre Bolivia y el Paraguay, compró el silencio de la Cancillería boliviana que lógicamente debía oponer su veto a esa escandalosa candidatura— con el voto de la Argentina en la Liga de las Naciones, para que Costa du Rels fuese elegido presidente de la Asamblea.

* * *

La revolución frustrada por la Oligarquía en todo el frente político, logró una conquista en cierto problema respecto del que se había creado rápidamente una conciencia nacional: el desahucio de la Standard Oil. Subía desde el rescoldo del Chaco el humo calcinante del repudio a la empresa desleal. Por denuncia de Pompilio Guerrero, se comprobó que la Standard Oil había tendido un oleoducto clandestino de Bolivia al territorio argentino, cometiendo así un doble delito: defraudar al país, afirmando que no tenía pozos en producción, y proveer indirectamente de petróleo al Paraguay, entretanto que nuestro ejército debía abastecerse del Perú y Venezuela. Algunas de las maquinaciones antibolivianas de la Standard Oil figuran en la refutación a sus abogados que publicó Carlos Montenegro con los títulos: "El derecho del estado frente al oro de la Standard" y "Caducidad de Concesiones Mineras".

El coronel Toro, ejerciendo la soberanía de ese derecho del estado, decretó el desahucio de la compañía petrolífera, concordando dicha medida con la creación de Yacimientos Petrolíferos Bolivianos. Su breve gobierno se justifica históricamente por ese acto, "adelantado en un año a la más famosa acción similar del gobierno mexicano"[1].

Toro apareció en el remolino de la post-guerra, y, falto de apoyo popular, concluyó embarcándose con la reacción. Pero no era tampoco el hombre que ésta precisaba en aquellos momentos. Un talento semiculto, cultivador de un gran ingenio, puestos ambos al servicio de una fisiología de Gargantúa, no podía constituir las cualidades aconsejables para orientar una revolución. A Toro le gustaba demasiado la buena vida para sacrificarse en una tarea revolucionaria. Pero su temperamento tampoco ajustaba con las exigencia de la Rosca, la cual precisaba una persona más seria y más fuerte para dominar al país. Colocado en la lista negra

(1) Herbert S. Klein, "Orígenes de la Revolución Nacional Boliviana", Editorial Juventud, 1968.

de la Standard Oil, junto con Dionisio Fioanini y Carlos Montenegro, Toro inauguró la subversión antiliberal, proclamando el socialismo desde el plano del gobierno militar. Decretó la disolución de los partidos políticos, manteniendo solamente el "Socialismo del Estado", pero en tal socialismo extendió el ala debajo de la que cobijó al capitalismo minero, introducido en el gobierno con Hochschild y Aramayo, ostensiblemente.

El gobierno Toro favoreció a Aramayo con una fabulosa concesión aurífera: 300.000 hectáreas en el departamento de La Paz, donde Tipuani y el Guanay poseen riquezas legendarias desde los tiempos incásicos y coloniales, pasando por encima de todas las leyes y reglamentos de la minería. Pero, en suma, Toro gobernó sin ningún cimiento estable. La Rosca, los socialistas y el ejército lo apoyaron siempre a medias.

* * *

Hasta que advino el Movimiento Nacionalista Revolucionario, la Oligarquía poseía una noción más completa de la realidad que las corrientes progresistas. Mientras las fuerzas populares hacían ensayos pueriles, la Oligarquía aplicaba la concepción materialista y metía las garras en las nuevas formas de la finanza nacional y del comercio. La guerra causó alteración en los procedimientos económicos y financieros impuestos al país con la explotación minera. El Pool Internacional del estaño mantenía los precios mediante el control de la producción, control que representaba un límite para Bolivia, dentro del cual el gobierno señalaba las cuotas correspondientes a las empresas Patiño, Aramayo y Hoschschild. Estas, en una contradicción típica del caoitakismo, chocaron al disputar mayor cuota dentro del volumen total asignado. El monto de la cuota correspondía a la influencia política y Aramayo-Hoschschild ganaron mayor favor con Toro que Patiño.

Por otra parte, las divisas que vendían los exportadores mineros se regulaban por tipos móviles que decretaba el gobierno. Quebrado el equilibrio monetario a causa de los gastos de la campaña, la Rosca se ocupó de montar la maquinaria apta para usufructuar con la depreciación. Incumbió a Héctor Ormachea Zalles, ministro de Hacienda de Tejada Sorzano, inaugurar el sistema de los "cambios diferenciales", implantando nada menos que 13 tipos. Cada uno de éstos guardaba mayor o menor diferencia con el cambio, y su obtención dependía del mayor o menor grado de influencia del interesado en conseguir divisas. De este modo, las ventanillas del Banco Central se constituyeron en fuentes de velocísima riqueza de industriales, comerciantes y particulares rosqueros.

El Estado, al constituirse en proveedor de artículos de primera necesidad con el otorgamiento de divisas para la importación —otorgamiento del que deducía su facultad de controlar los precios— funcionaba también como motor de la especulación y el escamoteo de las divisas.

El desorden económico-financiero fue estimulado por la Rosca que usufructuó de las administraciones de post-guerra mediante las autoridades socialistas, civiles y militares, realizando el agio en el comercio y la especulación con la moneda extranjera,. Cabe registrar , sin embargo, que —con excepción de la gran fuga de utilidades consumadas por los industriales Yarur y Soligno, que con sus ganancias de Bolivia fueron a montar grandes fábricas en Chile y la Argentina— muchas de las fáciles utilidades del agio divisero contribuyeron a modernizar barrios de La Paz, en que se construyeron bonitas residencias, dignas de una capital.

* * *

La fracción antirosquera del Partido Socialista se colocó en la oposición a Toro, con la jefatura de José Tamayo, talento impolíticamente idealista. Solidario con esa fracción, yo había tratado de llevar a la Dirección de Propaganda una actitud inconciliable con el doblegamiento del socialismo oficial ante la Rosca. No pude permanecer ni un mes en ese cargo. Quise obligar a la prensa a publicar gratuitamente, en página preferente y sin mención de origen, algunos artículos de divulgación del ideario socialista. Fundé dicha iniciativa en la función de "cuarto poder del Estado" que se adjudicaba la prensa y que, lógicamente, implica el deber de defender al Estado. Tal posición revolucionaria no podía ser del agrado del socialismo híbrido, y me fui también a la oposición, al lado del indoblegable Tamayo.

Con excepción de esta izquierda auténtica, la vida del Partido Socialista siguió la desviación fatal del "socialismo" en todos los climas, así sea en la Francia de Millerand y Blum o en la Argentina de Palacios, Repetto, o en la Inglaterra de Mac Donald o Attlee. Comienza como inquietud de jóvenes de clase media, intelectuales y pobretes, subestimados por la oligarquía. Perdido el ómnibus del individualismo, se quedan en la vía, donde pretenden atraer a la masa con propagandas socialistas. Como su actitud no surge de la lucha, no la atraen; pero su precario izquierdismo les sirve para negociarlo con las derechas, en combinaciones de gobiernos híbridos. Forzosamente todos los socialistas terminaban desenmascarando su antiguo complejo de oponerse a las órdenes de la oligarquía. Tal ha sido la suerte del socialismo en Bolivia,

que degeneró en conspicuo partido de la Rosca decadente. Igual corrupción experimentó otro socialismo de aún más baja extracción y de un izquierdismo mucho más acentuado: el partido de la Izquierda Revolucionaria, que terminó como rábula y verdugo, alternativamente, a paga del capitalismo minero.

El gobierno de Toro cedió cada vez más a la presión de la Rosca y al interés de Aramayo. Huérfanos de un ideario y desprovistos de técnica para ordenar el caos económico, los ministros socialistas, civiles y militares, (no sólo en el gobierno de Toro sino también en el de Busch) actuaron como agentes de la Rosca, sin ninguna remuneración, cual se percibe indirectamente a través de la partija ministerial de un pequeño fondo del Presupuesto nacional, entre los ministros del gabinete de Toro. La partija se operó cuando un avisado funcionario reveló que cierto ítem aparecía con superávit. En vez de destinar dicho sobrante a los numerosísimos déficit de otros items, los ministros resolvieron en Consejo de Gabinete repartirlo entre ellos mismos, a título de aguinaldo, siete meses antes de Navidad, embolsicando cada uno 50.000 Bs. Los ministros autores de dicho acto administrativo, que no sentó jurisprudencia, fueron socialistas y militares cuya honradez queda abonada por el hecho mismo de haberse visto obligados a ese procedimiento para mejorar sus ingresos. El papá Noel de esta improvisada Navidad fue el Ministro de Hacienda

En el campo militar, Toro no estaba asegurado sino por su simpatía personal en un sector, que sedujo gracias a su caudalosa facultad de hacer chistes y al aún más caudaloso derroche de carcajadas con que los celebraba. El fermento oligárquico de la corrupción invadió también a los núcleos dirigentes militares, si bien entonces todavía conservó el Ejército la tradición de su moral formalista. También eso perdió, poco a poco, en la medida en que la Rosca fue copando todas sus jerarquías, hasta privarle totalmente de la dignidad en el sexenio 1946-52. Del mismo modo, los socialistas de Toro y de Busch que al renunciar a su esencia revolucionaria formaron nada más que un "socialismo de bolsillo" —como se le denominó humorísticamente—, evolucionaron hasta lograr constituirse aliados con los saavedristas, en partido oficial de la Oligarquía durante dicho sexenio oprobioso.

CAPÍTULO XII

BUSCH, LA FLECHA INCENDIARIA

Antiguo boche con un cadete.— La Asociación de Industriales Mineros con el golpe del "Camba".— La medalla a la Lealtad.— El padre de Busch.— La encrucijada revolucionaria.— Otra vez Palacios.— Gosálvez.— La Convención de post-guerra.— El Partido Oriental.— Emoción revolucionaria y prejuicios liberales.— Paz Estensoro y los nuevos líderes.— La prensa contra la Convención.—

Cuando recuerdo la vida de Germán Busch, acosa mi imaginación símbolos dinámicos y flamígeros: destino de flecha incandescente o destino de granada que estalla en lo alto, ilumina la noche y de inmediato es devorada por la noche misma. Su existencia fugaz, que puede caber ahora toda ella en el hueco de mi mano, se anima con un poder infernal, como cartucho de dinamita que debo lanzar a lo lejos. Busco un símil más humano: Busch, el niño a quien gustaba jugar con armas de fuego, el hijo del bosque venido a la ciudad con una misión, turbulenta y redentora al propio tiempo, misión que se cumple en el curso de breves años que bastan para su inmortalidad. En Trinidad hay ahora un monumento que en simbólico contraste, busto de bronce sobre el fondo verde de la selva, relata la síntesis de su aventura: el salvaje adolescente que de allá saliera a los 18 años para ser cadete, a los 35 moría como Presidente de la República y precursor de la Revolución Nacional.

Aunque parezca que poco hace con la médula de esta historia la ocasión y el modo en que conocí a Germán Busch, aquí los relato como quien exhibe una fotografía tomada en años mozos a un personaje célebre, para identificar que sus rasgos típicos no han sido cambiados por el tiempo. Sucede así a veces. En aquel suceso, me parece ver su figura, ya toda íntegra e irrevocable.

La Paz presentaba en 1924 una tosca fisonomía de antiguo pueblo colonial, con ensamblamiento de construcciones fin de siglo de pésimo

gusto, también envejecidas. No perdía, sin embargo, su fisonomía indígena que permanecía intacta en algunos barrios, como aquel que partiendo del núcleo de Chocata llegaba hasta el mal afamado barrio de Chijini. En calles de pavimento de piedra menuda, en ciertas casonas refaccionadas se habían instalado las "casas de cenas", contiguas a las casas de farra, propiamente dichas, siempre abiertas a altas horas de la noche.

Cierta noche de noviembre, andábamos por dichas calles mi amigo Hugo Estrada, cadete expulsado del Colegio Militar por conspirar contra Saavedra, el "Poroto" José Escobar y yo. Se percibía la luna entre la sombra de los aleros coloniales, sobre algún tejado, pero no la veíamos, atentos solamente a nuestra ansia terrestre de aventura. Era la noche paceña y éramos aún adolescentes.

El género de aventura más probable de hallar por esos barrios no concernía tanto a encuentros con el sexo opuesto, como a choques y pendencias entre hombres, fuese con las patotas liberales dentro de las casas, o con los cholos saavedristas en la calle. Noches antes habíamos tenido un entrevero, pero antecedente tan común no restaba nada a nuestro entusiasmo. Entre idas y venidas por diversos locales, en una callejuela intentamos los tres presionar el ingreso a cierta guarida de la que salía rumor de gramófono y olor a viandas fritas, donde era fama que concurrían hembras de aguerrida piel y costumbres. Tocamos la puerta y como no abrieran a los primeros golpes los aumentamos en intensidad y número hasta hacer un escándalo. Se abrió entonces la puerta y salieron varios cruceños hasta hacer un número más del doble que nosotros. El espíritu belígero de ambos grupos nos puso así frente a frente, por el solo hecho de la impenetrabilidad física. Apoyados en Estrada no temimos el número de los adversarios y cuando, engallados, iniciamos los desafíos, salió también del boliche un cadete uniformado, cuya delgadez y alta estatura se perfilaba entre las tinieblas de la callejuela. Violentamente echó a los lados a sus propios amigos y ocupó el primer plano. Cuando yo le enfrenté, apartóme con un manotón en el pecho que me hizo retroceder varios pasos y, como si nos seleccionase, se dirigió contra Estrada que confiado avanzó también contra él. Yo, naturalmente, dejé que mi amigo concluyera el asunto, pero antes que lo pensemos, el cadete disparó contra la cabeza de Estrada un puñetazo que hizo saltar chispas. Hugo quedó desbaratado ante la sorpresa y entonces Escobar y yo, indignados por la alevosía, acometimos al cadete, acción tan difícil como la de intervenir en un huracán. El desconocido adversario nos apartó como a plumas y siguió batiendo a Estrada. Sin el apoyo de nuestro campeón,

fuimos divididos por el resto de cruceños en dos series distintas de patadas y puñetazos. Por fortuna nuestra, la semi-oscuridad de la calle nos permitió replegarnos a favor de la tremolia misma, mientras nuestros adversarios seguían pegándose entre ellos. Además, el temible cadete desapareció a la aproximación de la policía, la cual, al identificarnos como antisaavedristas y con el pretexto de protegernos de nuevos atropellos, así maltrechos, Estrada en mayor grado, nos introdujo al calabozo.

Ahí adentro nos dimos a hacer las curaciones de urgencia, especialmente a Estrada, y a comentar los detalles del "percance y molimiento" que diría Cervantes. Indagamos al día siguiente por el nombre del peligroso agresor y se nos avisó que era un cadete camba, llamado Germán Busch que rarísimas ocasiones andaba en jaleos por esos barrios, lo que no le impidiera pegar a otro atleta distinguido esa misma noche. Una verdadera promesa. Le vi poco tiempo después, de día: rubio, alto, bien recto, de cuello largo, fuertes pómulos y pupilas fijas en dos grandes círculos claros, como de animal feroz. Por supuesto, reprimí todo deseo de renovar el entredicho.

No fui su amigo sino más tarde, en la guerra del Chaco. En mi primer ingreso a la zona de operaciones, cuando le hablé de sus recientes hazañas de Boquerón, me dijo: "Todo es cuestión de tener suerte", sentencia vulgar que no se ilumina de trascendencia sino cuando el Destino le descarga el rayo excepcional de la tragedia.

El esbozo de su figura de condottiero, apenas trazado en sus exploraciones, se afirmó velozmente en la campaña del Chaco[1]. No es el lugar aquí para seguir su ruta de entonces. Unicamente, a manera de autenticar sus rasgos, anotó que frecuentemente estuve con él e incluso, por circunstancias fortuitas, fui oficial a sus órdenes en el Comando del I Cuerpo del Ejército, aunque debo confesar que no me utilizó precisamente en misiones arriesgadas. Por el contrario, él me otorgó un permiso para salir hasta Villamontes, con la siguiente recomendación: "El comando ha prohibido dar estas licencias, pero por ser para vos, te la firmo".

---

(1) La infancia-adolescencia y la actuación de Busch en la guerra debían ser escritas por Carlos Montenegro, a quien las narró el protagonista en persona, cuando era jefe del E.M.G. El ascenso de Busch a la Presidencia evitó que Montenegro escribiera esa biografía, cuya publicación entonces habría parecido un halago oportunista al hombre del poder. Muerto Busch, el escritor se sumergió en tareas impostergables de la lucha política y sólo dejó notas y apuntes de borrador, que se encuentran en poder de la señora Yolanda v. De Montenegro.

Busch, desconocido al empezar la guerra, a poco gozaba de notoriedad nacional, como el más admirado, temido y mimado de los militares. Más afortunado cuanto más intrépido, fue políticamente atraído por Toro que tomó a su cargo la crianza política del cachorro, aprovechando para si de las nociones y ambiciones que le inculcábamos sus amigos soldados. Con su inspiración entre satánica y festiva les ganó esa adhesión a todos sus rivales. El Comando utilizó en Busch su prestigio para lanzarlo a la vanguardia en la toma del poder. Derrotó a Salamanca, a Tejada Sorzano y al primer gabinete socialista. Siendo oficial con el mérito de sus puños se impuso al clan de generales golpistas y asumió de paso el rol de "hacer respetar el ejército" con quienes imputaban a éste la causa del fracaso. Pero, al mismo tiempo, actuaba en su ánimo la emoción revolucionaria de excombatientes y socialistas.

* * *

Busch ocupó tres días el sillón presidencial al derrocar a Tejada Sorzano, pero entregó el poder a Toro apenas éste llegó del Chaco, y quedó como jefe del Estado Mayor. Toro, indolente ante la revolución, se dejó llevar por la reacción y esta actitud que creyó aseguraría su estabilidad, no le valió la lealtad de la Rosca. Porque todo izquierdismo, aunque fuera titubeante, era captado por el poder económico como un perjuicio presente a sus ansias de lucro al máximum y como un peligro de crecimiento futuro. Por tanto, no esperaba qúe un gobierno le fuera totalmente adverso para derribarlo, sino que no se le entregara por entero: con la ventaja de que abatía con más facilidad al gobierno cuya índole bifásica le hacía perder el apoyo popular. El Superestado frente al problema social de la post-guerra planeaba el remedio clásico: una dictadura fascista para contrarrestar el levantamiento de las masas sacudidas por la guerra del Chaco. La índole extranjera de ese sistema coincidía con la índole internacional de la Gran Minería que proyectaba crear un gobierno fuerte a la sombra de la propia bandera del Chaco.

Por su lado, la aspiración popular, identificada con el grupo socialista opositor defraudado por la autocontrarrevolución torista, buscó otro exponente y, ante sus ojos y en primer plano, surgió la figura del joven Busch. El ansia de emancipación nacional ha marchado así, a lo largo de su proceso, tanteando siempre en busca de un realizador capaz de sintetizar la Revolución, ya fuese Villarroel o Paz Estenssoro.

En aquel tiempo, las esperanzas de diversos sectores de excombatientes y del socialismo confluían hacia la persona de Busch, a la que se plegaron también los oficiales antitoristas.

Entonces ejecutó la Rosca una audacísima maniobra, aplicando otro de sus recursos tácticos para resolver sus conflictos con aparente falta de lógica: adherirse a la potencia revolucionaria irreprimible y ofrecerle compañía en su asalto al poder. Esta táctica surgiá del análisis patiñista de la situación análisis que daba por resultado la precariedad de Toro frente al crecimiento prematuro de Busch, que cualquier día podía aparecer desayunándose en la Presidencia. El Superestado pensó entonces que la manera de destruir la revolución era tragarse al revolucionario, como la loba a la abuela de Caperucita. Pura dialéctica digestiva. Mediante los vínculos masónicos y la Asociación de Industriales Mineros, ofreció a Busch ayuda inmediata para su golpe y futura para la solución de los problemas financieros del gobierno. Respecto de la ayuda inmediata, Busch expresó que no la necesitaba, puesto que "él, solo, podía sacarlo al petacudo", refiriéndose al coronel Toro. En medio del aturdimientos general, el Superestado calculaba fríamente, empleando el poderío de su aparato social y económico a fin de asimilarse la figura del joven caudillo, entretanto que los revolucionarios confiaban solamente en el entusiasmo y el patriotismo. Con la misma noción, los amigotes de Toro, acariciando al Camba como a un ingenuo cachorro, procuraron reatarle con el platillo de leche de una medalla a la "Lealtad", entregada en acto solemne. Busch ni rechazó la medalla ni retractó su decisión golpista. Como jefe de Estado Mayor, rompió con Toro y con el argumento de que no cumplía el mandato del ejército, cuya reorganización había descuidado entre francachelas, le exigió la renuncia. Cerrando una curiosa escena en que lidiaron verbalmente dos delegados del Estado Mayor con nombre de toreros (Guzmán, alias Machaquito, y Belmonte) contra Toro, Busch obtuvo su renuncia y se proclamó Jefe del Gobierno.

Su primer gabinete reveló nítidamente el secreto compromiso con Patiño. Ocuparon cargos claves los representantes de la Rosca[1]. La sustancia fascistoide del movimiento se percibió en la inmediata cooperación que le brindaron los excombatientes dirigidos por la "Estrella de Hierro". Militares de igual tendencia ocuparon los altos cargos políticos. Busch, que tres meses antes había comprometido secretamente a Carlos Montenegro para que le colaborase como secretario general, no llamó a éste, sino a Gabriel Gosálvez.

---

(1) El Secretario general de la Asociación de Industriales Mineros, Federico Gutiérrez pasó a Ministro de Hacienda, y el Canciller de Toro. Enrique Finot, pasó a Secretario de dicha Asociación.

Producido el cambio de guardia, dos días después, los amigotes del coronel Toro hicieron acto de protesta frenética en el Club de La Paz, en presencia del nuevo Presidente, invitado con sus ministros al banquete en que se celebró conjuntamente al general Peñaranda y el aniversario paceño, otra vez más explotado para las finalidades menos ortodoxamente paceñas. Se unieron allá los vítores a La Paz, al coronel Toro y a la Virgen del Carmen, patrona de la ciudad. Una trama semimadurada para asesinar a Busch, se licuó entre brindis y apóstrofes ante los que el Presidente novel no reaccionó, compenetrado de su oposición. Pero a la simple bullanguería hostil sucedió la tragedia. Salidos del club el Presidente y sus ministros, y luego los principales revoltosos, el capitán Belmonte, jefe de la Policía, horas más tarde allanó el club, muy nervioso, disparando desde la entrada tiros que dieron muerte al administrador señor Eduardo Soria Galvarro. Dos transeúntes cayeron baleados en la esquina Mercado-Colón, por el gusto de tirar sobre civiles que tienen los soldados. No obstante el hecho consumado en el día de La Paz, no se hizo perceptible la reacción regional. La Rosca no la había movilizado contra el Camba y, por lo mismo fracasó el empeño de los toristas para agitarla

* * *

La medalla a la "lealtad" se redujo a su justo valor convencional y Busch alguna vez la mostró entre otras condecoraciones, con sencillez tan ajena a la moral corriente, que traducía la posesión instintiva que él tenía de su excepcional significación histórica. Al desplazar a Toro de la presidencia no hizo más que cobrar un préstamo. Su pureza inconsciente, como la del puma, desconocía ciertos arraigos éticos, y, al faltar a sus compromisos, parecía practicar un derecho soberano sobre subalternos. Su impetuosidad fugaba de las pragmáticas y los canónes creados por la civilización liberal para inmovilizar la política. Arrasó compromisos políticos y personales en opción a su destino de revolucionario surgido al filo de los abismos del ambiente político: la revolución y la reacción, la Rosca y el pueblo, el comando militar y la masa y, en su persona, la barbarie y la civilización, su fuerza y su ignorancia. Accidentalmente el pueblo se le había hecho presente en ciertas porciones cuya existencia estimó en su experiencia de tropero. Por otra parte su educación militar le ataba a los sectores privilegiados. Como a soldados, reclutó a individuo de toda clase para colaborarle, sin ningún criterio de selección, ni político ni siquiera antropológico. Tuvo ministros como Alfredo Mollinedo...

En su incultura e inexperiencia radicaba su valor revolucionario, ya que la cultura que poseyeron los presidentes hasta entonces procedía de

la academia rosquera. Carecía de conocimientos de política elemental, actuaba militarmente, pero sabía acercarse al pueblo con ademán de camarada afectuoso sin artificio, recogiendo en cambio simpatías por su carácter liviano, su leyenda y su elástica estampa de felino de grandes ojos eléctricos. Normalmente austero y abstemio, bebía raras veces como un verdadero oficial de caballería, poniéndose locuaz y cariñoso o agresivo. En momentos de buen humor tocaba la guitarra y siempre tuteaba a todos. Impropio es clasificar a Busch entre los hombres del pueblo, en cuanto deja de serlo todo hombre con voluntad de poderío, que es de calidad señorial. Pero era de familia modesta y muy pobre. Su padre: don Pablo Busch, médico de aldea, alemán llegado en desconocida aventura hasta el oriente de Bolivia, mezcla de curandero, explorador y sherif, de carácter adusto, cruel y filantrópico. Su coraje dejó leyenda en San Javier y Concepción, donde con sombrero alto, maletín quirúrgico y fusil anduvo haciendo guerra a los temibles bandoleros de aquellas regiones gumíferas. Sus óptimas cualidades para domar bandidos decidieron a Saavedra a nombrarle subprefecto. Su madre, doña Raquel Becerra, de rasgos fuertemente cambas, con la que Germán vivió desde sus primeros años lejos de su padre, quien casi no lo conoció hasta poco antes de ser Presidente. Germán Busch resultó así prácticamente ajeno a su filiación tudesca, incorporando a su ser exclusivamente los elementos de la telúrica boliviana. Por eso se le llamó siempre "el Camba" como a un típico fruto de nuestras tribus selvícolas. Conoció únicamente escuelas elementales: la de vaqueros y cazadores de las pampas del Beni, en infancia y adolescencia; la del Colegio Militar en La Paz, que le proporcionó psicología de casta dominante y la guerra del Chaco donde conoció el olor de la sangre y el olor de la ambición. El padre solamente le dio su apellido, que es poco en comparación a lo que le dio su madre: el calor de la salvaje arcilla boliviana en que se modeló como un inconfundible camba, para surgir así en la Historia. Provenía de la barbarie, fuente espitirual de nuestra América, y la guerra del Chaco le lanzó al río de la Historia, en la parte más fuerte de la corriente, cerca de las espumas y rocas de la cachuela. Su agreste señorío, su elementabilidad vital, quebrantaban las clasificaciones sociológicas y únicamente permiten ubicarlo en la fauna sonora y misteriosa del centauro.

* * *

Así como Siles aunque combatiera a Saavedra fue sólo el complemento de su régimen, Busch al empezar no fue más que la integración del régimen de Toro. Los ingredientes de la política eran los

mismos: anhelo revolucionario por el pueblo, y frustración revolucionaria por la clase privilegiada, al través de la prolongación del militarismo en el poder. En ambos períodos, el único acto revolucionario que progresó sin discusión fue la nacionalización del petróleo.

Sobre este fondo igual, la marcha del desorden marcó sin embargo una diferencia de intensidad, favorable a la revolución. La inmutabilidad del sistema económico no permitía, en el institucionalismo formal de Bolivia, otra variante que la que confería a éste el carácter personal de los presidentes. Se creaba si la apariencia de una innovación, pero en realidad se trataba sólo de una variedad en el estilo de vivir. Saavedra trascendió con la agresividad del cholo en la política de la calle. La tozudez aldeana, la sabiduría de frases hechas del hacendado rural, y la negra indumentaria, fisonomizaron el ambiente de Salamanca. Toro sintonizó con sus carcajadas las contradicciones socialistas que dio a su paso por el Palacio Quemado. Ocurre así con los presidentes poseedores de personalidad. Cuando son apenas un Monje, un Hertzog, un Urriolagoitia, o un Huguito Ballivián, de sus pequeñas almas de cántaro solamente rebasan los fermentos psíquicos de su mediocridad, en el ejercicio rutinario de su servidumbre a la Rosca.

Busch, como un guerrillero nómada, formó a su alrededor algo así como un puesto de comando en la campaña. Al calor de las hogueras encendidas por los excombatientes con inocencia y énfasis patriótico, convivieron el sargento mutilado, el general derrotado, el paisano del Camba, el político criollo, el teórico socialista, el militar fascista y el semi-teórico comunista. El capitalismo minero e industrial y la Masonería destacaron también sus agentes que agregaron sus carpas a ese gobierno salido de las "arenas del Chaco".

La Rosca pretendía así neutralizar las corrientes populares que se aproximaban a Busch. Su empeño consistía en influir en la constitución de un gobierno de minoría con carácter dictatorial, para cerrar el paso a las nuevas fuerzas. El conflicto entre la contrarrevolución y la revolución ingresó de ese modo al punto dialéctico de las acciones simultáneamente, en que las afirmaciones y negaciones se multiplican en pequeños actos confusos, con Busch al centro. A la Rosca le agradaba el régimen de facto. Quebrantado por la guerra el orden regular de la economía oligárquica. La Rosca mediante el ministerio de Hacienda y el Banco Central especulaba a merced del nuevo régimen irregular y caótico. Las más importantes decisiones hacendarias _que requerían una ley del Estado— se determinaban mediante simples decretos, resoluciones

supremas u órdenes ministeriales. La economía del país se regía en la sombra de los despachos que fijaban los cupos estañíferos, los gravámenes correlativos a las leyes del mineral y el porcentaje y tipo de cambio de las divisas a vender por los mineros, para ser distribuídas entre los industriales, comerciantes y turistas al extranjero. La vida del país, su política y su progreso, el alimento de su población y el ritmo de su opinión pública, dependían de los trucos de contabilidad con que operaban las empresas mineras, dueñas del poder en el hecho.

Entretanto los socialistas y políticos criollos, operando en el plano de la superstructura, consiguieron que Busch diese un paso ingrato a los planes de la Rosca. Este paso consistió en convocar una Convención Constituyente para legalizar el gobierno.

A la oligarquía le desagradaba el Parlamento, por el hecho de que el Parlamento significa publicidad y traía consigo el peligro de que las avanzadas revolucionarias usaran su tribuna para denunciar la estrategia financiera y económica de los explotadores. Constituía igualmente el peligro de consolidación institucional de la campaña revolucionaria.

La Rosca, en este caso, se desdobló. Mientras por un lado manejaba las finanzas del gobierno, por otro saboteaba su política democrática, decretando la abstención de sus partidos en las elecciones. Aramayo se excedió en su actividad opositora y financió la tentativa armada de Toro en el Palmar, operación que solamente dio el fusilamiento del coronel Cárdenas, como saldo en contra, y varios miles de pesos a favor de Willy Gutiérrez, experimentado cajero de revoluciones. Cuando la tentativa revoltosa fracasó, el general Quintanilla, como Comandante en jefe del Ejército de Busch, dirigió la siguiente orden telegráfica al jefe de la guarnición en Yacuiba: "Capture y fusile al general Toro". Pero éste pudo cruzar a tiempo la frontera y el único capturado y fusilado fue el coronel Cárdenas. La corriente socialista-buchista, que había roto con el gobierno de Toro, tomó a su cargo el cumplimiento de la convocatoria a una Convención. Al abstenerse los partidos tradicionales, el secretario y consejero íntimo de Busch, Gabriel Gosálvez, se multiplicó en la tarea de cubrir las candidaturas con los republicanos socialistas del **ab intestato** de Saavedra. Igual aspiración se despertó en los excombatientes y en la Casa Suárez, que resumía el caciquismo oriental.

Gabriel Gosálvez había empezado su carrera como empleado de Saavedra, para ser después influyente secretario privado de Siles y más tarde secretario del Comando Supremo de Villamontes. Era un funcionario cauto y perspicaz, de nariz afilada, mejillas hundidas y piel descolorida,

con anteojos oscuros que parecían proteger de la luz toda su persona. Permitían, sin embargo una visión bastante satisfactoria de su fealdad, debajo de la que sorprendía su voz gruesa y agradable. Poseedor de una cultura de lector de expedientes administrativos y de una singular experiencia de la política criolla, Gosálvez adquirió la plena confianza de Busch, por su manera inofensiva de presentar las cosas, en el cargo de ministro sin cartera, donde le resolvía problemas burocráticos con astucia y desvelos oficinescos.

Otro personaje, un señorito de 28 años y de mórbidos movimientos, que apareció y desapareció meteóricamente, logró también gran influencia sobre Busch, como su secretario privado. Era Antonio Campero Arce, cuya conducta revolucionaria se traducía en su desprecio herético por los cánones, ritos y jerarquías consagradas por la Rosca. Perteneciente a la clase distinguida de Tarija, sin ser siquiera excombatiente en plena era de excombatientes, gozaba de un predominio magnético sobre éstos, como que llegó a ser jefe del Estado Mayor de la "legión". De descuidado y elegante humorismo, fomentaba el embrollo entre civiles y militares y entre derechas e izquierdas. Con escepticismo incongruente con su edad, cotizaba en un bajo nivel de igualdad, el valor de generales, obreros o diplomáticos, y poseía una concepción existencialista de la política, sin ningún respeto por el pasado, ni ningún cuidado por el futuro. Su escuela, de señorito blanco, dejó en el país groseros imitadores mestizos.

Gozálves y Campero Arce, políticos criollísimos, con repugnancia por el pensamiento, manejaban como pilotos los barquitos de papel de la política palaciega, dirigiendo camarillas hasta las que no alcanzaban directamente ni la acción de la Rosca, ni la inspiración popular. Mas, como el instrumento de aquélla, la "Estrella de Hierro", intentó desplazarlos, Gosálvez y Campero Arce acudieron a la masa excombatientes popular, para desbaratar el plan de predominio con que la presuntuosa élite facistoide pretendía apoderarse de la voluntad de Busch. Este prefirió quedarse con sus antiguos secretarios y los "Estrellas" fueron expulsados del Palacio, más que por ser adelantados de la reacción o exponentes de teorías exóticas, por antipáticos. De igual modo, Gosálvez desbarató la delicada operación reaccionaria con que se trató de adherir Hugo Montes a Busch, como vicepresidente, a título que aquel era un dirigente liberal heredero del apellido de su tío Ismael.

Los cuadros de candidatos a la Constituyente se compusieron anárquicamente por republicanos socialistas, excombatientes, obreros y orientales, constituídos estos últimos en corriente política por razón geográfica.

Gracias a la abstención de los partidos tradicionales, yo logré fácilmente ser elegido diputado por minoría en Cochabamba, donde lancé mi candidatura a disgusto de Gosálvez y Campero Arce, con el apoyo de Félix Capriles. Al reunirse en La Paz la primera sesión informal de la asamblea, estreché la mano de Víctor Paz Estenssoro, a quien conocía superficialmente. Venía como diputado por Tarija, precedido por un prestigio de prematura seriedad y competencia. Sabía de él que, muy joven, ocupó los más altos cargos de Hacienda y que después tuvo un empleo en la Patiño Mines, que dejó, tras breve tiempo, para intervenir en la política de Busch como militante republicano del sector de Gosálvez.

* * *

La Convención del 38 poseía riqueza sociológica porque su composición descubría como aparición aluvial, porciones de la masa del país antes ocultas por la política clasista. Y una importancia histórica, porque estas porciones constituían el material dialéctico de la revolución y la contrarrevolución. Un cálido fermento popular vacilaba bajo la doble influencia del mecanismo económico oligárquico y de la **anticultura** preestablecida por la dominación liberal. Contra tales elementos no había, propiamente, una teoría nueva.

En el acto del juramento de los convencionales electos, se rompieron los ritos tradicionales. Unos exigieron que el Crucifijo fuese retirado para jurar "por el libre pensamiento" y, otros, con el puño en alto, por "la revolución social". Algunos reaccionaron e impusieron que retornara el Crucifijo, ante el que se arrodillaron y besaron los Evangelios. Se improvisaron fórmulas originales: mientras éstos hicieron el saludo "legionario" (antebrazo colocado horizontalmente sobre el pecho), los de más allá juraban por "los muertos del Chaco" o "por la doctrina socialista"[1].

Ausentes de la Convención los partidos políticos, los matices sociales se expresaban en escala: desde la reacción feudalista hasta el socialismo criollo; desde el romanticismo excombatiente hasta el izquierdismo bolchevique. Era una formación no organizada por el fraude tradicional de los partidos políticos. Ya no se hacían presentes éstos, sino las

---

(1) "Quedó, sin embargo, para un intelectual izquierdista, dar una concreta y perceptiva prescripción de los objetivos del nuevo cuerpo. En un gran discurso, al cual la mayor parte de los diputados rindieron homenaje y constantemente lo citaron, el novelista Augusto Céspedes estableció la tónica de la nueva era política a seguirse". (Herbert S. Klein, ob. Citada).

posiciones de carácter socio-económico de las clases capitalistas, media y obrera.

La Contituyente se formó asi con excombatientes que, al igual de los desplazados Estrella de Hierro, asumían la tácita representación de los miles de soldados que, ignorando a sus representantes, habían vuelto a sus faenas del campo, o ejercían la tarea, en las ciudades, de exhibir estandartes, cicatrices y harapos en los desfiles cívicos. También ignorado de los obreros era el "sector obrero", salido del laboratorio palaciego, que a falta de antecedentes de lucha social, exponía los rasgos antropométricos de algunos de sus componentes, tipo Paco Careaga. Algunos habían asistido a la campaña del Chaco y otros eran desertores, como Fernando Siñani. Conocían poco de teorías sociales y financiaban planes socialistas a base de la venta de los automóviles ministeriales. Algunos pertenecían a la Masonería y resultaban, a veces, votando en las combinaciones más estrafalarias.

El "sector oriental;" incubado en las barracas gumíferas, esclavistas y negreras, estaba formado por empleados y protegidos de la casa Suárez, al calor del paisanaje con Busch. El pueblo oriental estaba representando sólo por cuatro diputados independientes: Román hijo, fundador de la Unión Obrera en Santa Cruz; Luis Barbery, Aquino Ibáñez y Saucedo Barbery. La euforia de la mayoría reaccionaria oriental, causada por la presidencia del paisano, se desbordó hasta formular posteriormente un programa de partido racista, de superioridad blanca sobre el resto de la nación. Dicho planteamiento era discutible, si se considera que el jefe del partido y la mayor parte de sus componentes tenían "mezcla de mataco y chamoco", conforme al análisis que hizo Franz Tamayo en la persona de Fabián Vaca Chávez director de "La Razón".

El "Partido Oriental" suscribió su acta de fundación en Cachuela Esperanza, capital de las barracas de Suárez, y entusiasmado por su superioridad racial, invitó a Busch a ingresar al partido. La respuesta de Busch fue cortante. No sólo se negó, sino que invitó a sus paisanos a disolver de inmediato la entidad, con lo que ésta desapareció.

Ocupaban, además, el hemiciclo los republicanos-socialistas de Gosálvez, en función ya profesional de tapón para formar mayoría gubernamental; los independientes, que en suma no pasábamos de cuatro, vinculados a los excombatientes o al sector obrero, según los casos, y dos diputados del Partido Liberal insepulto, que desobedecieron la orden de abstención y que, aritméticamente, representaban la proporción justa del liberalismo en el plano político de la post-guerra. Cuando la prensa de derecha se escandalizó ante la calidad de la composición parlamentaria,

el diputado Augusto Guzmán la justificó: "Así no más es lo que da el país. ¿Hay acaso mejor gente entre los periodistas?". Era, además, lo que daba el país que había ido a la guerra[1]. A la campaña de prensa que vertía sobre los nuevos convencionales torrentes de calificativos denigrantes, especialmente el de "analfabetos", respondí por mi parte diciendo: "Es preferible un parlamento boliviano formado por analfabetos, y no por cultos abogados de las empresas". No calculaba, entonces, que las empresas podían servirse también de los analfabetos y aun de las analfabetas para hacer política, como ocurrió en julio del 1946.

Muchos años después encuentro que José Luis Torres hace un razonamiento semejante en su último libro "La Oligarquía Maléfica" al decir que "al Congreso del régimen oligárquico argentino, colmado de intelectualismo pagano y de vileza moral", prefiere "El Congreso actual integrado por maquinistas del ferrocarril, por albañiles y empleados de comercio, por choferes y panaderos que han sancionado un conjunto de leyes útiles, inspiradas en principios de reparación institucional y de humana justicia, sin que ninguna de ellas haya sido pagada en libras ni en dólares...".

Este juicio que se formuló para el Congreso argentino peronista, rueda de un mecanismo riguroso y domesticado por Perón, es más aplicable a la Convención del 38 que contenía en su formación heterogénea al aliento anárquico de la revolución naciente. Aunque tuviese abogados de la Casa Suárez o agentes de la política criolla, su mayoría se fisonomiza por una sincera calidad de hombres de la clase media u obreros libres de la influencia de empresas o financistas. La Convención del 38 era una insurgencia popular, por su ansia de abolir formas concretas de la explotación del pais por la Rosca. Pero era, al mismo tiempo, secuela del pasado por su inermidad doctrinaria. Su tendencia revolucionaria con que representaba lealmente la aspiración popular de post-guerra, se enfangaba en el piso económico de la oligarquía y se asfixiaba con su atmósfera ideológica.

Los buenos muchachos de la Convención aceptaban a veces cosas contrarrevolucionarias con entusiasmo, porque las creían revolucionarias. Los excombatientes, socialistas y obreros obedecían sin saberlo a la reacción, ya que no tenían más teoría o preparación que la asimilada por

---

(1) "Hombrecillos sin nombre, sin pasado, sin distinción, casi analfabetos... realmente personas insignificantes, anónimas". Alcides Arguedas, derrotado como candidato a la Convención.

endósmosis en el ambiente creado por cien años de liberalismo colonialista y retórico. La teoría de frases hechas y tópicos simples: honrada administración, obras públicas, libertad, constituían la eficiencia del pasado para enervar la revolución en el Parlamento.

La Convención eligió, por casi unanimidad, Presidente para el período de cuatro años a Germán Busch y Vicepresidente a Enrique Baldivieso. Desde el primer momento —no obstante la falencia teórica de los diputados que incautamente metían el pie en la trampa de los "principios democráticos— la revolución se cobijó en el Parlamento, entretanto que la reacción se instaló en el Poder Ejecutivo. El primer Ministro de Hacienda del régimen constitucional fue Alberto Palacios.

* * *

A lo largo de la tarea legislativa, se operó entre los diversos sectores de izquierda una selección revolucionaria, sin premeditación organicista y únicamente por afinidad de opiniones frente a ciertos problemas del Estado. Formaron dicha selección Víctor Paz Estenssoro, Walter Guevara, Julio Espinoza, Rodolfo Costas y yo, a veces reforzados por Felipe Ayala Gamboa, José Enrique Peña, Rodolfo Soriano, Jorge Araoz Campero, Emilio Arauz, Félix Eguino Zaballa el cura Chávez Lobatón y los independientes del sector oriental, ya mencionados.

Por primera vez la clase intelectual y abogadil de Bolivia proporcionó defensores auténticos al estado, contra el superestado y sus formas parasitarias. Formamos así, de hecho, el núcleo de izquierda nacionalista de la Convención de que saldría después el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Además de la atmósfera liberaloide en que se debatía la Convención, cuando su emotividad daba paso a un acto legislativo en que la Rosca infería un peligro para su seguridad actual o futura, de sus antros alfombrados como la cueva de Alí Babá, al Palacio Quemado, y de éste a los sectores parlamentarios, emanaba la consigna aplacadora. Gosálvez aparecía en los pasillos con su equipo esterilizador. La intención quedaba aplastada en la carpeta, o el proyecto revolucionario desfigurado de tal modo que resultaba inicuo para la plutocracia. La prensa, por su parte, laminaba en sus rotativas las iniciativas revolucionarias como monstruosas, abominables y risibles engendros de la ignorancia.

La Convención del 38, sin embargo, reformó la Carta del 80 en un modo que significó establecer el primer contacto entre la institución escrita y la realidad nativa, incorporando a sus enunciados metafísicos las nociones del régimen económico, social, obrero e indigenal. Se sustituyó

el principio de propiedad quiritaria con el de función social; se reconoció al Estado atribución intervencionista y de control en la economía y —como una facultad soberana frente a los escamoteos de la industria minera— se proyectó el monopolio del estado en el comercio exterior de minerales[1]. Esta reivindicación nacional abortó por acción fulminante de la Rosca. Los personeros del Banco Minero corrieron al Palacio Quemado a decir a Busch que los diputados ignoraban lo difícil que es exportar minerales y venderlos, sin poseer los nexos de las grandes empresas; y a pronosticar una quiebra con la cual no se responsabilizarían los directores del Banco, cual si el enunciado teorico les impusiese poner a cargar, ese mismo día, los sacos de barrilla en sus espaldas. Patiño derrotó a la Convención con los propios elementos del gobierno.

Se aprobó el Tratado de Paz con el Paraguay. Se aprobó el Código del Trabajo, conocido como Código Busch, y se tocó, asimismo, un asunto vidrioso, aunque no transparente: el de las sociedades secretas en abstracto, y el de la Masonería en particular. Al considerarse el derecho de asociación fue planteada la prohibición de las sociedades secretas, pero la iniciativa quedó marginada. Reapareció al enumerarse entre los impedimentos para ejercer magistratura en la Corte Suprema de Justicia, abriéndose un debate en el que sostuvo los derechos y virtudes de la Masonería el H. Fajardo, cuya H. de honorable se cambió súbitamente en inicial de "hermano" masón. Fajardo era diputado liberal, sobrino de la esposa de Simón Patiño.

Los diputados socialistas Augusto Guzmán, Abel Reyes Ortiz y José Romero Loza imputaron a la Venerable Hermandad una labor de politiquería corrosiva en la vida del país. La Masonería consiguió que Busch en persona influyera para que el proyecto quedara rechazado, con el argumento de que se trataba de una entidad inofensiva, que no valía la pena de ser considerada amenaza efectiva a las instituciones del Estado ni a los anhelos revolucionarios. El rechazo se produjo gracias a los votos surgidos de todos los sectores, aun del sector obrero, probándose de ese modo, a posteriori, lo que el H. Fajardo negaba: que la Augusta Orden invadía todos los grupos políticos incluso los populares.

Desnaturalizada la categoría de la Convención, pesaban en el debate de los diferentes artículos los intereses inmediatos de los grupos sociales

---

(1) "La Convención había dado la tónica y la orientación para las futuras generaciones del país... Nuevas Constituciones que se redactarían en las próximas décadas, representarían más que otra cosa, aprendices a la Carta de 1938". (Herbert Klein, ob., citada).

relacionados con cada artículo. Aunque se despreciaba a la Convención, se reconocía su poder de hacer la ley. Las damas, los curas, los empresarios, los mineros, los inválidos de guerra, los terratenientes, los tipógrafos, los ferroviarios, los generales y los escolares, se turnaban en las tribunas, conforme a la "orden del día" para imponer sus deseos mediante interrupciones, aplausos y rechiflas.

Cuando se trató de la facultad senatorial de ascender a grado de coronel y general, el Estado Mayor se movilizó para que se suprimiese dicha atribución, reservándola a los órganos exclusivos del ejército. La igualación de hijos legítimos y naturales fue rebatida con chillidos e insultos por el público de señoras. A mí tocó ser silbato cuando, al hablar sobre los derechos políticos de la mujer manifesté que, emanando el derecho a formar los poderes del Estado de la contribución a la economía social, o sea del trabajo, debía darse el voto a las cholas y a las indias, antes que a las damas distinguidas.

La descorcertante acometividad iletrada de la Constituyente creaba motivos de inquietud diaria para la Rosca. Por tanto se la condenó desde el primer momento al desprestigio mediante la prensa, que se encargó de señalar todos los vicios consubstanciales al parlamentarismo como taras innatas y exclusivas de esa Asamblea. Los rotativos no sólo se vertieron en denigraciones cotidianas, sino que olvidando su etiqueta democrática llegaron abiertamente a incitar a la clausura del Parlamento. El liberalismo puso de ese modo en evidencia la mera función mercantil que los grandes intereses otorgaban a la doctrina liberal. Demostró la Rosca su repugnancia por los órganos de la democracia cuando éstos no salen de su fábrica, actitud reeditada en Bolivia cuando la prensa rosquera combatió gobiernos populares y formó opiniones favorables alrededor de los presidentes sicarios de la Gran Minería.

Los diputados , en legítima defensa, pidieron sanciones contra los diarios detractores. "En ejercicio de la libertad de pensamiento, yo pido la clausura de los diarios que piden la clausura de la Convención" fue la tesis del diputado Augusto Guzmán. Superando los análisis más o menos enfáticos que se hacían, el diputado Walter Guevara dio vuelta al problema y lo puso sobre sus pies, aplicándole una interpretación materialista que, hasta entonces, nunca se había dado a la prensa. Enjuició la función de la gran prensa en el país semicolonial como enteramente ajena al principio del pensamiento libre, identificada tan sólo a la de cualquier departamento técnico de la empresas industriales, destinada a fabricar opinión pública como quien elabora zapatos o cajas de cartón. Los diputados, indignados

ante la campaña de insultos que proseguía, aprobaron una de las más extrañas y audaces medidas contra el poder de los grandes diarios: "Se autoriza al Ministro de Gobierno a reprimir los excesos de la prensa de derecha". Se quebrantó así la falsa igualdad del término prensa libre, estableciendo que la prensa popular, llamada de izquierda entonces era libre de criticar a los poderes del Estado. Pronuncié un discurso contra la medida, aduciendo que dicha ley era susceptible de ser empleada con elasticidad arbitraria. En efecto, los gobiernos no llegaron a clausurar nunca un diario de derecha y, en cambio, desde Busch hasta 1943. "La Calle" sufrió cinco clausuras y, en 1946, el cierre definitivo.

Un cuerpo deliberante, así formado y asi influenciado semejaba un niño que tomaba cualquier alimento puesto al alcance de su mano y sufría, en consecuencia, de frecuentes indigestiones. Los casos más graves fueron causados por los tratados ferroviario y petrolífero con el Brasil (empachos de fejoada brasileña) y por la ley de la industria molinera (atiborramiento de harina picada).

CAPÍTULO XIII

LOS TRATADOS CON EL BRASIL

Un recuerdo de Villarroel.— La candidez fluminense de Ostria Gutiérrez.— "Bolivia no se obliga a nada".— El costo del ferrocarril y el precio del petróleo.— Un debate corto y un gran alboroto.— El sobrenombre "Satuco" y el subconsciente colectivo.— Del progreso y otros mitos.

Conocí a Gualberto Villarroel mucho después que a Busch, y con un motivo muy distinto al del primer encuentro con éste (aquél de los puñetazos). El Poder Ejecutivo pidió la aprobación congresal de los protocolos firmados entre el Ministro de Bolivia en Río de Janeiro, Alberto Ostria Gutiérrez y el Canciller brasileño, Pimentel Brandao, sobre construcción del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz y explotación petrolífera de una gran zona oriental. El asunto se llevó al estudio de la Comisión de Negocios Extranjeros, de la que yo formaba parte. No me satisfizo el superficial proyecto del informe de la Comisión, que no hacía análisis alguno sobre puntos visiblemente desventajosos para Bolivia , o simplemente inoperantes, pero susceptibles de transformarse en motivos de controversia futura. Sugerí observaciones que no fueron aceptadas y decidí hacer un informe por mi cuenta. Durante mi investigación de antecedentes del asunto, alguien me avisó que el capitán Villarroel —que había estado de guarnición en la frontera de Puerto Suárez— poseía datos y observaciones propias sobre el problema. Al encontrar a Villarroel recién recordé haberle visto la mañana del golpe de Busch contra Tejada Sorzano, cuando tomó accidentalmente la jefatura de Policía de La Paz, en la que estuvo sólo un día. El estudioso capitán me expuso varias de sus observaciones contrarias al texto de los protocolos y, al día siguiente, me llevó unos datos escritos. Recogí, además, otros elementos de juicio en el archivo de la Cancillería, afirmándome en la idea de que era indispensable modificar ciertas cláusulas del convenio.

La tesis general de la vinculación con el Brasil, a que se subordinaban los dos convenios, no debía impedir que se calculase el precio que Bolivia pagaría por dicha vinculación con el poderoso vecino. Los protocolos proyectaban la construcción de la ferrovía Corumbá-Santa Cruz, que el Brasil financiaba con un millón de libras, suma con que liquidaba el pendiente compromiso del Brasil para construir una ferrovía en el noroeste como compensación al territorio cedido por Bolivia en el Acre. Todo lo que excediera de ese millón sería prestado por el del 3 y medio por ciento, o en petróleo puesto en la frontera del Brasil, **a precio de costo, sin ningún recargo por los 700 kilómetros de transporte.**

Paralelamente, en el convenio petrolífero Bolivia reconocía al Brasil una extensa zona de terrenos petrolíferos para su explotación. Al objeto de la exploración, el Brasil aportaba la suma de 750.000 dólares, que le facultaban a formar una sociedad mixta en que Bolivia pondría otro tanto. Dicho aporte del Brasil para introducirse en una de las zonas petrolíferas más ricas del mundo parecía insignificante (750.000 dólares), pero tal deficiencia financiera se compensaba con una declaración de simpatía protocolizada. El Brasil reconocía **"como definitivo y por tanto no susceptible de cualesquier modificaciones, el estatuto territorial boliviano".** Como el protocolo fue firmado en febrero de 1938, cuando no se había suscrito la paz con el Paraguay, aludía al Chaco y expresaba que sólo **"reconocerá y respetara lo que fuere libremente pactado, especialmente con los principios contenidos en la declaración del 3 de agosto de 1932 que una vez más homologa y adopta".**

Era ésta la famosa declaración lanzada por las 20 naciones americanas, siguiendo la sugestión de Saavedra Lamas, para oponerse a la conquista, que creían inevitable, del Chaco por parte de Bolivia. La Cancillería brasileña al "homologarla" no hacía más que emitir una petición de principio, ya que todas las cesiones territoriales resultan siempre libremente pactadas. Así ocurrió, por lo menos, con el Litoral y el Acre bolivianos. En cuanto al Chaco, firmada la paz en el ínterin de las negociaciones con el Brasil, con la pérdida de todo ese territorio, ratificó su mero valor romántico la declaración brasileña, como fruto tardío de una grandiosa expectativa de nuestra Cancillería. Pocos meses antes el Canciller Eduardo Diez de Medina había instruido del modo siguiente a nuestro plenipotenciario en Río de Janeiro.

"Autorízole gestionar acuerdo por el cual Brasil se comprometa a garantizarnos la integridad territorial de Bolivia, incluyendo apoyo militar en caso de que por acción del Paraguay y la Argentina, se intentara segregar el territorio de Santa Cruz y en caso de nueva agresión armada".

Este telegrama no logró los efectos esperados. El Brasil no se aventuró a la alianza cablegráfica, limitándose a "homologar" la declaración del 3 de agosto, homologación que, repito, resultó póstuma porque en el intermedio se firmó la paz del Chaco que segregaba parte del territorio de Santa Cruz. La declaración del Brasil como la alianza cablegráfica armada,, perdieron su condición de fuente de los convenios ferrocarrilero y petolífero. La substancia de éstos evolucionó del plano político al de negociación económica, y en este sentido debían ser analizados, sin palabrerías ni cablegramas líricos como el siguiente, dirigido a la Cancillería por el Ministro Plenipotenciario en Río Alberto Ostria Gutiérrez, firmante del Tratado.

"No dudo que el Tratado será recibido con beneplácito porque NO IMPLICA COMPROMISO ALGUNO PARA NOSOTROS y en cambio constituye el primer caso de seguridad territorial de Bolivia, desvaneciendo esperanzas del Paraguay sean reconocidas sus conquistas".

Semejante fraseología quedó con su retórica congelada, al leer yo su texto en la sesión congresal, puesto que los convencionales estaban convencidos de que las conquistas paraguayas ya había sido reconocidas, por el voto de ellos mismos, cuando aprobaron el Tratado de Paz. "Lo han sido por nuestra libre voluntad" aclaró el Canciller, a lo que fue necesario objetarle que no se justificaba entonces la urgencia de haber obtenido la "homologación" del Brasil. "Esa declaración es para el futuro" añadió el Canciller, como esperanzado en un dulce porvenir de nuevas segregaciones que nos permitieran utilizar la garantía fluminense.

* * *

Menos tolerables aún eran las expresiones del negociador Ostria relativas a que los acuerdos **"no implicaban compromiso alguno para nosotros"** y el de que (en otro documento) **"aclaran el horizonte internacional del país sin obligar a nada a Bolivia".** Afirmaciones antidiplomáticas e irracionales desde su base, porque negar la existencia de "compromiso alguno" y afirmar la "obligación a nada" significa tanto como destruir el vínculo jurídico, cancelar una de las partes del contrato bilateral, o proclamar públicamente que la otra parte es una colectividad de retardos mentales, cuya prodigalidad se ha sorprendido

Fue más bien la Convención boliviana la que se dejó sorprender por el extraordinario atuendo propagandístico con que Ostria remitió los tratados para su conocimiento. Sin embargo, algunos de los diputados conocíamos el intelecto de Ostria, muy cuidadosamente envuelto en

pragmáticas y títulos, "conservado en naftalina" como dijo una vez Gustavo Adolfo Otero, pero de un índice inferior al standard de los abogados y escritores de la Rosca. Sus escritos, entre ellos unos cuentos publicados en "El traje de Arlequín" y "Satuco", denotaban el uso de mayor cantidad de naftalina que de seso. Si a priori no creíamos que pudiera lograr nada de extraordinario, especialmente frente a la expertísima diplomacia carioca, el estudio de los tratados confirmó nuestras sospechas.

Ostria padecía un complejo de figuración, acumulado en la rutina de sus diversas misiones, entre ellas la de secretario de la misión Patiño en España. Poseía también el complejo de los pactos, que inició con el "Pacto Secreto de Caballeros", en virtud del cual ocho **diplodocus** de carrera convinieron en turnarse en el carrousel de las embajadas y legaciones. Flor de una genealogía de aprovechamiento y vanidad diplomáticos, trasplantada a la América mestiza. Ostria se empeñó en multiplicar instrumentos internacionales con el fin de obtener referencias de la prensa extranjera y enviarlas a Bolivia, en el propósito de acreditarse como un gran diplomático ante el país y como experto entregador de las riquezas nacionales ante el extranjero. Cuando estuvo en Bolivia en función de Canciller y los comentarios elogiosos escasearon, se dedicó a dictarlos en su propio despacho para enviarlos por interpósitos gente a los diarios. Tal ocurrió en 1941 cuando la prensa invocó ante el Presidente de la República la presión de la opinión pública para que el Canciller Ostria fuera delegado a la Conferencia de Panamá. El pedido apareció en artículos exactamente iguales, publicados el mismo día, en tres diarios de La Paz. El empleado de propaganda que todos los días recibía el dictado de Ostria, agotado de cansancio, no introdujo variación en el texto del autoelogio y reprodujo el mismo en papel carbónico. Toda la ciudad de La Paz sonrió ante esta revelación del origen de los aplausos prodigados al Canciller de la multicopiadora.

Una psiquis de semejante género resultaba arcilla facilísima de modelar en manos de la sutil y fuerte diplomacia brasileña. El Canciller Pimentel Brandao redactó los tratados y le cedió a Ostria la gloria de su incubación. Ratifica subconscientemente este hecho una nota al vuelo de la prensa brasileña que, hace poco (1951), al inaugurarse el ferrocarril, edita la siguiente frase: "Los tratados con Bolivia, obra de Getulio Vargas y Pimentel Brandao".

Esta que era la verdad, y no la inversa, resaltó a la primera ojeada sobre los protocolos. Presentados ante el consejo de gabinete de Busch, el sentido común y el conocimiento de la materia, expuestos por los

ministros Belmonte y Foianini, denunciaron defectos capitales, perniciosos para Bolivia, como el de la falta de determinación de espacio en el objeto cierto del convenio. La zona petrolífera sobre la que se otorgaba al Brasil el derecho de explotación mediante sociedades mixtas, estaba señalada de este modo: "La zona subandina de Bolivia del Parapetí al norte..." Podía llegar hasta la provincia de Caupolicán. Solamente en las cédulas reales de la época de la Colonia sobre **terrae ignotus** hay alusiones geográficas tan vagas. En 1938, hasta los mapas de escuelas primarias permitían marcar un límite en ese "al norte"... infinito. El tiempo de la concesión era también indefinido. No obstante que Ostria había ya hecho una preciosa edición de sus protocolos, difundiéndolos como modelo de perfección y de astucia, el gabinete de Busch le obligó a regresar a la capital fluminense para delimitar la zona norte en el río Ichilo. La Cancillería brasileña aceptó de inmediato no sólo aquella aclaración sino "mucho más", según confiesa inocentemente Ostria en un libro que escribió [1], para explicar en 300 páginas, cómo unos convenios ya perfectos fueron susceptibles de admitir aquellas enmiendas. En ese esfuerzo dialéctico tuvo que añadir ciertas necedades a su candidez básica, como la de aseverar que los diputados que aconsejaban modificaciones eran enemigos del Brasil.

Tuvieron que sufrir los flamantes protocolos unos "chafallos" de notas reversales para ser remitidos a la Convención, donde se exigió su aprobación al galope y a fardo cerrado, con la urgencia del entusiasmo que en Busch despertaron las notas, discursos, telegramas y recortes de diarios cariocas que enviaba Ostria. Se argumentaba que el Brasil deseaba cooperar con Bolivia sin demora, tanto que los 750.000 dólares de su cuota para asociarse en la exploración de la faja petrolífera los tenía a disposición del gobierno boliviano, aun antes de ser aprobados los protocolos. A nadie podía extrañar que el Brasil, como potencia que es, aplicase su llamada política de **proyección continental** y buscase saciar en Bolivia su "hambre de petróleo", como lo ha definido hace poco su Presidente, Joao Café Filho. Por su lado, Bolivia aspiraba a movilizar la riqueza potencial de Santa Cruz con el ferrocarril. Tales imperativos de vida económica podían ser asumidos en su justo valor, para conciliar intereses mutuos, pero el Gobierno y la Convención alucinados por el sonido de las palabras: **millón de libras, ferrocarril y petróleo,** no querían escuchar nada más. El negociador boliviano no había calculado siquiera

(1) Ostria G. "Una obra y un destino".

hasta qué monto resultaría Bolivia deudora del Brasil por la construcción del ferrocarril. Dicha deuda debía ser pagada en oro, nominalmente, pero efectivamente, entregando al Brasil el petróleo en la frontera a **precio de producción en el pozo,** distante no menos de 700 kilómetros de aquélla, compromiso que hería el más simple sentido comercial. "En suma —escribí en mi informe— hacemos un ferrocarril con nuestro dinero; ofrecemos al Brasil la más rica zona petrolífera boliviana, y por añadidura le tendemos un ferrocarril para llevarle el petróleo a la frontera a precio de costo. Y a esto es a lo que el señor Ostria Gutiérrez elogia como un convenio que "no implica compromiso alguno para nosotros".

* * *

La sola mención de aquellas obligaciones, aunque no hubiesen sido tan onerosas, patentizaba el acto de dolo y simulación en que se incurría al decir a la nación que no se obligaba a nada. Con semejante aserto se quería hacer consentir que Bolivia sería dueña de un ferrocarril de 700 kilómetros, nada más que desbloqueando del tesoro brasileño un millón de libras descubierto por la habilidad de la diplomacia rosquera. Cabia esperar que la "nueva conciencia" percibiese la contradicción entre lo firmado por Ostria y su propaganda optimista, y que la experiencia histórica de las consecuencias acarreadas por los tratados aprobados de prisa indujese a andar con cautela en este negocio que exhibía la diplomacia boliviana recidiva. Pero la mentalidad del gobierno y de los diputados no alcanzaba a liberarse de dos prejuicios: el de la habilidad de los diplomáticos rosqueros y el de la inhabilidad nacional para explotar sus riquezas.

El primer prejuicio imperaba, como remanencia del poder con que la oligarquía exaltó a sus personajes ante la opinión pública a pesar de la historia de la diplomacia rosquera, rica como ninguna en América en bobadas, gaffes, renunciaciones y vergüenzas. Una diplomacia cuyo único antecedente consistía en haber casi liquidado al país con su ineptitud, aparecía de pronto dotada de asombrosa capacidad para embaucar al Brasil con tratados en que no comprometía nada y lo conseguía todo, según la propaganda ostriense. Tal reincidencia en la mentira tradicional consiguió mayoría de creyentes entre la gente de gobierno, por honrada ingenuidad de unos y por participación en el simulacro de otros. Busch contemplaba con temor que un intento de modificar los protocolos ahuyentase la construcción del ferrocarril que llevaría el progreso a Santa Cruz sin costarnos un centavo.

Los caciques del sector oriental, por su parte, vislumbraban la perspectiva de que el Brasil crearía una zona de influencia en la que podían ser sus agentes. La honesta izquierda oriental, como Aquino Ibáñez, admitía también al igual que Busch y que todos los pueblos de Bolivia en parecidos casos, que una hora que se tardase en analizar las cláusulas del convenio constituía tiempo cruelmente arrebatado al arribo inminente de la felicidad en sus distritos. ¡El progreso, explotando nuestras riquezas dormidas, con capital que siempre una compañía extranjera o una nación filantrópica ofrecen a la simpática semicolonia! Se producía un curioso fenómeno: se reconocían los defectos de los contratos, pero se insistía en no tocarlos, en obediencia a un prejuicio consuetudinariamente especulado por los contratistas con Bolivia: "Si nuestros diplomáticos y financistas lo han aceptado, quiere decir que no se puede exigir más". Sobre esa noción, la aprobación de los pactos se hizo cuestión de confianza al Ejecutivo. Sin leerlos —como lo comprobé cuando le hice ciertas preguntas—, Gosálvez se preocupó de comprometer el voto de los sectores republicano, de excombatientes y obrero. No había para qué perder tiempo, si todo contrato debía salir, al cabo de la discusión, tal cual nos lo mandó el extranjero. Tal era la filosofía aclimatada en Bolivia por la educación del imperialismo y sus agentes.

En las esferas oligárquicas, la Rosca minera se sentía satisfecha, porque una nación extranjera la relevase de la obligación de financiar ferrocarriles en el país, financiaciones libradas siempre a la venta de territorios o al empréstito extranjero. Su prensa apoyó sus tratados, sin presentar un soló juicio político o financiero sobre ellos, en vulgares editoriales que reproducían las cláusulas de los convenios y las loas a sus negociadores.

En medio de esta mezcla de entusiasmo e irresponsabilidad, se aislaba el criterio de pocos diputados, como Víctor Paz Estenssoro, quienes admitían como incontestable el imperativo de la vinculación boliviano-brasileña y el progreso del Oriente, pero al mismo tiempo opinaban que, por razón de decoro parlamentario y de dignidad intelectual, unos convenios que afectarían por muchísimos años al porvenir de Santa Cruz no podían ser aprobados en bulto y sin análisis. Rechazábamos la sugerencia del gobierno de aprobar aquella biblia cerrada que se mostraba al Parlamento con el catequistico "esta es tu fe", de Salamanca. Nuestra crítica se dirigió a cerrar el paso al embuste de que los pactos salvaban de toda prestación a Bolivia, y a señalar el precio que debería pagar como resultado de la proporción inversa entre los elevados costos del ferrocarril

y el bajo precio asignado al petróleo por el transporte a cargo de Bolivia. El millón de libras era la semilla de muchos más que necesariamente costaría el ferrocarril, millones cuyo cálculo debiera haber establecido con el Brasil cualquier negociador no saturado —o satucado— de complejos de inferioridad.

* * *

Busch me mandó llamar y me pidió que no me opusiese al asunto, en una entrevista que tuvo lugar en presencia del jefe de excombatientes, Mercado Rosales, y el ministro de Minas, Foianini. Este último, en parte conforme conmigo, se hallaba reatado por solidaridad de paisaje con los cruceños que, sugestionados de los prejuicios antes mencionados, conferían a la intangibilidad de los protocolos un significado de afecto regional. Busch me expuso argumentos sentimentales sobre el progreso de Santa Cruz, a los que respondí que al señalar los defectos del contrato, cuidaba más bien de ese progreso. Ante mi intransigencia, Busch me pidió "como cruceño" que, por lo menos, no prolongara el debate.

Innecesaria resultó la advertencia del Presidente. En la sesión reservada donde se consideraron los convenios ante las órbitas huecas de las tribunas vacías, mis observaciones no fueron desarrolladas, ni siquiera escuchadas, a causa de la macumba desencadenada por los defensores de los tratados.

La Cámara escuchó con silenciosa atención el análisis-financiero de Paz Estenssoro. Para mí reservaron los orientales de la Casa Suárez la demostración de su fuerza numérica. Otros sectores parecían esperar mi discurso con interés, pero los orientales, unos interrumpiéndome a gritos, otros formando barra al interruptor y dando golpes sobre los pupitres, pusieron el debate como algarada de buri. Semejante relajamiento estimuló la intervención de algunos ministros que, sin curarse de su rango y por no quedar atrás, hicieron también ostentación descortés y bulliciosa de campeones del tratado (para contárselo después a Busch y ganar méritos). El pensamiento de la Cancillería sobre el problema llegó a ser concretado más o menos en estas palabras: "Ud. Se atreve a censurar al señor Ostria, uno de los más grandes estadistas de nuestro tiempo. Necesita Ud. muchísimos años de estudio para ponerse a criticar una obra de ese gran diplomático". Ante el hostil tratamiento de que era objeto hice una alusión a la manera cómo se aprobó el tratado de límites con el Brasil en 1867, bajo el gobierno de Melgarejo. Tan infortunado recurso oratorio provocó el enfurecimiento de los ministros, que se pusieron de pie, amenazando con retirarse si no guardaba compostura, yo. El diputado

Ayala Gamboa protestó y pidió al presidente de la asamblea que hiciera respetar mi derecho a la palabra; pero, convencido de que las razones no cursaban en aquel ambiente, decidí cortar mi exposición y no dije sino: "Aquí me ganan, pero no olviden que soy un escritor...".

* * *

Actualizo aquellas palabras, porque tengo ahora la posibilidad de esclarecer libremente ciertos juicios y hechos concernientes a la forma pueril y grotesca en que se consideraban los tratados de "vinculación ferroviaria y aprovechamiento petrolífero" y, en general, a la teoría de los tratados mismos. Víctima de la mentalidad oligárquica, la Convención se autodescalificó como cuerpo legislativo capaz de analizar un texto presentado por la Cancillería, obediente al mito de la infabilidad de sus diplomáticos, mito creado paradójicamente a través de una historia internacional de fracasos. La diplomacia oligárquica operó una vez más con su táctica habitual: presentar ante el país la renunciación y el error como un negocio exitoso, imputando, además, antipatriotismo y espíritu destructivo a quienes, por principio de ética, señalaban los defectos y peligros del compromiso leonino. Como de costumbre, el entreguismo esquivó el estudio del asunto, encubriendo las cláusulas lesivas al país bajo la carpeta dorada del patriotismo y del progreso nacional. Como superviviencia de la politiquería tradicional, el estudio de los acuerdos se subalternizó al plano del localismo y del personalismo, y su votación, al compromiso de pasillos.

Con los procedimientos anteriormente descritos, los intereses de la minoría entreguistas impusieron hasta 1952 sus contratos sobre el país. No podían hacerlo de otro modo, porque solamente cuando un gobierno es parte del pueblo, como ocurre con el Movimiento Nacionalista Revolucionario, se capacita para exponerle lealmente las concesiones obligadas por la realidad del país semicolonial, en sus negocios con el poder extranjero.

En 1938, Ostria Gutiérrez instauró el sistema de impedir que el asunto internacional se considerara como interés colectivo, sino como disputa entre partidarios del Brasil y enemigos del Brasil; como banderío a favor de la nación extranjera o en contra de ésta. Reiteró el sistema en toda su política de relación con los Estados Unidos, abanderándose, naturalmente, por el Departamento de Estado, con un ardor que no puso ni el mismo extranjero en combatir y calumniar a los impugnadores de pactos leoninos.

Las observaciones elementales sobre puntos equívocos o inequitativos para Bolivia, fueron sindicadas como oposición cerrada a la

tesis misma de la vinculación boliviano-brasileña y al adelanto de Santa Cruz, que posteriormente Ostria difundió, aunque no pudo citar una sola palabra de ningún impugnador al respecto, porque no la hubo. De igual modo, en los contratos con los Estados Unidos, el argumento de Ostria consistió en sindicar de nazis a los que planteaban elementales reservas, y aun llegó a falsificar documentos para robustecer esa calumnia ante el Servicio de Inteligencia de las Democracias, como se verá en la segunda parte de este relato.

En la historia de los países pequeños, siempre hubo —como dice el costarricense Vicente Sáenz— "documentos firmados gracias a la complicidad del criollo entreguista o a la inquietud del sambo o del mestizo en busca de fama y acomodo o al complejo del mulato, más del alma que del cuerpo, en persecución de matrimonio ventajoso con dama principal para blanquearse". Ostria Gutiérrez, más blanco del cuerpo que del alma, fue uno de esos instrumentos que la inferioridad colonial ofrece al servicio de los grandes. La inmensa divulgación del sobrenombre "Satuco", que le puso "La Calle", comprobó por entero aquel concepto. A Ostria Gutiérrez, en los círculos políticos y diplomáticos, no se le volvió a aludir sino como a "Satuco" y no porque este mote sonara "como un dáctilo", al decir de Lira Girón, sino por su efecto en el subconsciente colectivo. Satuco es, en un cuento del propio Ostria, el nombre de un llokalla, pequeño sirviente indígena, y el público se apercibió de que en el fondo don Alberto Ostria Gutiérrez no era más que eso.

* * *

Por debajo de los procedimientos con que se formalizaron los tratados con el Brasil, su clave residía en la idea del progreso que llevaría a Santa Cruz, idea que debe ser cuidadosamente revisada en los países menos desarrolados, ante los cuales el poderío industrial y económico de las potencias se presenta actualmente en forma de progreso.

Este hecho ocasiona frecuente conflicto entre ese progreso y la independencia de la nación y la libertad de sus trabajadores.

Pocas de las nociones operantes en el mundo contemporáneo, en la relación entre grandes y pequeños países, son más atractivas, para el país atrasado, que la del progreso. Pero el progreso no es un fin en sí mismo; es un medio válido por sus efectos benéficos para determinada colectividad humana. Un ferrocarril o un establecimiento petrolífero pueden ser instrumentos de liberación o de opresión. Ambas técnicas de la conquista de la naturaleza deben considerarse como progreso en la medida de bienestar que aportan, directa o indirectamente, a los pueblos

cuyo territorio explotan. Directamente cuando proporcionan bienestar a los pobladores de la región, e indirectamente cuando contribuyen a un plan general del Estado a que pertenece dicha región.

El progreso sin ritmo, que interesa solamente al capital extractivo, señala un ejemplo en el Canal de Panamá, utilísimo a las comunicaciones mundiales y a los Estados Unidos que lo controlan. Pero no puede ciertamente calificarse como un progreso panameño. Bien es verdad que la pequeña república, aparte de los miles de dólares que cobra por la concesión del canal-zone, consiguió al amparo de su construcción que los yanquis sanearan el istmo, limpiándolo de los mosquitos y alimañas infecciosas. Este hecho, desde el punto de vista nacional, implicó un desmedro, porque privó a Panamá de las fiebres palúdicas, que constituían su única defensa contra la invasión imperialista.

En Bolivia, como progreso unilateral deformador de su economía, existe la instalación estañífera más grande del mundo de la exempresa Patiño, en Catavi y Siglo XX. La grandeza de la instalación acentuaba el contraste feudalista con los pueblos de Uncía y Llallagua, que vivían a sus pies en condiciones de penuria e insalubridad medievales, sin poder siquiera gozar de la luz eléctrica que sólo se suministraba al ingenio minero. El único progreso computable en dichos pueblos consistió en el incremento de las chicherías, en razón al aumento de trabajadores.

Tal aberración se repite con los ferrocarriles del altiplano de Bolivia. Carlos Montenegro dice al respecto:

> "Por este cauce de hierro fluyeron más caudalosos los minerales nativos hacia el mar, para enriquecer a Europa, sin que se derramara gota de su turbión fecundo sobre la geografía boliviana. Las funciones puramente extractoras del ferrocarril, se oponían así a todo progreso que el país pudiera obtener del nuevo medio de transporte. Aunque una minoría ínfima de la población saborease las ventajas de éste, lo cierto es que ni el suelo ni el Estado ni la colectividad las disfrutaron. Miles de indios que todavía recorren a pie las extensiones patrias, hacen persistente la imagen del primitivismo y el atraso nacionales, en contraste con el correr de los trenes por las regiones mineras de Bolivia".

Esta situación descrita por Montenegro, confirma un juicio de Lenin sobre el mito de "las paralelas de acero", tan grato a los oradores del liberalismo:

> "La construcción de las ferrovías parece una simple, natural y democrática empresa de civilización y progreso... En realidad los hilos capitalistas que ligan estas empresas por infinitas redes a la propiedad privada de medios de producción en general, han transformado la construcción de líneas ferroviarias en instrumentos de opresión de mil millones de hombres en los países sometidos (todas las colonias, más las semicolonias).

El anterior juicio de Lenin puede también ser extendido a la explotación petrolífera internacional. Pero, como por otra parte, el progreso mecánico es exigencia vital para el crecimiento de los pueblos coloniales o semicoloniales, se hace inobjetable e imperioso conseguirlo. No es, pues, cuestión de principio, sino de modo, procurar que el progreso que aporta el extranjero beneficie al país en lo posible.

En lo posible... Se hace preciso señalar que, dentro de los términos antipolares de la explotación imperialista y la independencia de la nación, ésta tiene **un cierto margen de acción posible** (ampliando el concepto bergsoniano del individuo). Depende de los hombres defender ese margen, que toda fuerza determinante delega en la vida de la nación, para luchar, discutir, hacerse presente con voluntad propia dentro de la circunscripción de su destino. Es decir, en términos de política, que aun el poderío imperialista puede ceder en relativas concesiones ante un pueblo pequeño cuando sus dirigentes saben luchar por sus derechos.

Firmar tratados y contratos monstruosos, justificándolos como acatamiento a la realidad, ha sido la doctrina de los gobiernos entreguistas. Con ese concepto consideraron, por ejemplo, fuera de toda potestad controlar a Patiño durante 50 años. Prefirieron no ver la faz política del realismo, que mira hacia ese cierto margen de soberanía en que el estadista debe defender la riqueza nacional. Este realismo, que puede llamarse creador, inspiró a los diputados que quisimos modificar ciertos puntos malaventurados de los convenios con el Brasil. Posteriormente, no ha sido otra la posición realística del Movimiento Nacionalista Revolucionario: ensanchar hasta lo posible las limitaciones de nuestra soberanía. Esa actitud de libertad, dentro del determinismo, impulsó a la nacionalización de las minas, a la repartición de la tierra y a la nueva política de industrialización nacional, hechos irrealizables, sin duda bajo el credo de los fatalistas defensores del colonialismo a todo trance.

El ferrocarril del Brasil, que viene como vehículo del progreso a los llanos del oriente boliviano, remolca también cuestiones financieras, políticas y económicas, algunas de las cuales constan y otras no constan en los tratados. Ahora nos hallamos en el primer tramo de la vinculación económico-política, cuando el ferrocarril —del que se sostuvo que no superaría en mucho al millón de libras inicial—, concluido después de 15 años de trabajo y aún incompleto en algunos puntos, como el del Río Grande, alcanza a costar cerca de 30 millones de dólares más. El puente sobre el Río Grande se calcula en tres millones de dólares y no se cuenta aún con material rodante. En cuanto al "aprovechamiento" de petróleo, su adherencia al proceso ferroviario ha motivado que durante 17 años

quede paralizada la zona en que se reconoció al Brasil derecho de exploración y explotación. Tal adherencia se muestra, en definitiva, inoperante, porque siendo el transporte del petróleo en ferrocarril antieconómico y limitado, se hace necesario un oleoducto, si se inicia, como es de esperar, la producción en gran escala. En 1955 el Presidente de Bolivia, Paz Estenssoro, en la entrevista con el Presidente del Brasil le planteó formalmente la revisión del convenio petrolero de 1938, para actualizarlo conforme a la nueva situación y al interés mutuo de los contratantes.

Dentro de esa nueva situación gravita como factor positivo de progreso, entendido en su sentido integral, el hecho de hallarse el Movimiento Nacionalista Revolucionario en el gobierno de Bolivia. La empresa ferroviaria y petrolífera boliviano-brasileña representa en este momento para el Brasil, un ferrocarril político, tendido al corazón de la zona petrolífera. Para Bolivia significa una contribución al plan agrícola-industrial sobre Santa Cruz, con el que la Revolución Nacional aspira a hacer del tratado un factor positivo para mejorar las condiciones de vida de ese pueblo, sin dejar de satisfacer la demanda de petróleo de la industria brasileña.

* * *

Volviendo al pasado: ochenta y tantos diputados votaron ese mismo día por la aprobación integra de los convenios, y solamente nueve por que se modifiquen algunos puntos.

Salí del recinto congresal. En un pasado mucho más remoto, mi padre, diputado en la época de Pando, al impugnar junto con José María Camacho la concesión Whitridge de gomales en el Acre, había escrito que en sesiones reservadas desde las que el diputado no alcanza a ser oído por la opinión pública ni puede explicarse ante ella, sólo le queda el amparo de su conciencia. Como reflejo de esa conciencia hallé en el hall del Congreso al capitán Villarroel, quien esperaba ansioso el resultado del debate. Quedó pasmado cuando le anuncié que los tratados habían sido ya aprobados por abrumadora mayoría. "Es increíble —me dijo— y éste es un antecedente para un convenio igual con la Argentina".

Villarroel tenía entonces 31 años, con apariencia aún más juvenil casi de un niño precoz, con su cara lozana y sus ojos claros, de mirar sereno y atento. No le vi más, porque debió irse a Cochabamba, donde se distinguió en un círculo de militares de la escuela de Guerra, señalándose como oficial inteligente, estudioso y poco adicto a las copas.

El pais ignoraba por completo a este oficial preocupado de sus problemas que, ausente voluntariamente de las disputas del militarismo que se regodeaba con el poder, no se incorporaba a ninguna de las facciones actuantes. Tampoco aceptaba ventajosas oportunidades de viajar al extranjero. En aquel año rechazó ser enviado a Italia en misión de estudios, no obstante que, como siempre, fue el primero en el concurso de méritos. No tenía ambiciones juveniles, sino parecía esperar la madurez.

CAPÍTULO XIV

LA COMEDIA DE LA DICTADURA

Pongos nacionales y trigo extranjero.— Agresión a Arguedas.— Peligrosidad de los líderes parlamentarios.— Patiño en el Banco Minero.— Receso de la Convención.— La emboscada de la Dictadura.— Clausura de "La Calle".— Fusilamiento del cura Catorceno.— Ostria Gutiérrez, canciller.— La comedia rosco-fascista.

Los tratados boliviano-brasileños se analizaron en sesión reservada. En sesiones demasiado públicas se debatió la ley de **fomento triguero.**

El proteccionismo a las empresas molineras del país, promulgado en 1929 para fomentar la producción del trigo nacional, se había convertido en molienda de casi 100 por 100 de trigo extranjero, gracias a los trucos administrativo-financiero aduaneros de dichas empresas. Este fenómeno se producía como una de las formas de adaptación de la Rosca a la nuevas condiciones surgidas en la post-guerra. La Gran Minería, que gobernaba el mecanismo económico-financiero, vendía al Banco Central una cantidad de moneda extranjera. De esta dádiva se nutrían la Rosca y subroscas nacionales, especulando con la diferencia resultante por la baja de la moneda boliviana en relación con la divisa extranjera, diferencia que no era igual en todos los casos, sino fijada por el gobierno en razón al destino de las divisas. Un cambio privilegiado se asignaba a los artículos alimenticios.

La industria minera jamás se interesó por la agricultura ni por ninguna otra forma de producción del país. Al contrario, el bajo nivel de vida del campesino le ofrecía un mercado baratísimo de brazos. Cuando el gobierno de Siles proyectó incrementar la agricultura con la producción del trigo, aparecieron las empresas molineras que, en lugar de sembrar trigo y molerlo, como era la intención de la ley, se dedicaron a moler dólares, según la gráfica expresión de "La Calle", Adquirían el trigo extranjero con divisas a cambio preferencial, inflaban los costos,

especulaban con sus saldos sobrantes de divisas y no cultivaban nada. Contrariando toda lógica proteccionista, se imponía al trigo nacional menor precio que al extranjero, privando de estímulo al agricultor. En cierta época los molinos llegaron a importar directamente harina. Desviado el fomento del cultivo de trigo a fomento de la molienda, vino a constituirse en permanente un régimen proteccionista que debía ser temporal de modo que el plazo "improrrogable" de cinco años de la primitiva ley se prorrogaba cada vez, gracias a ciertos argumentos irresistibles que las Molineras ponían ante los ojos de los ministros de Hacienda. No existía por lo tanto, ningún estímulo automático para obligar a las Molineras al fomento del cultivo de trigo en el país, como que éste fue disminuyendo a partir de la ley de fomento.

Repetidas veces "La Calle" denunció, sin ser, escuchada, la especulación de que eran víctimas los consumidores y el Fisco al amparo de la ley de fomento triguero. La agricultura del trigo no prosperaba, pero sí las empresas de moliendas, lo cual era interpretado como "progreso".

Nuestro sector diputadil consideró este caso de agio instalado como sistema económico. En el plan de labores que nos trazamos, acordamos enjuiciar la situación Paz Estenssoro, Guevara, Espinoza y yo. El joven negociante Guillermo Mac Clean, que había tenido un entrevero con aquellas empresas, nos aportó datos demostrativos del mecanismo agiotista. Llevada la cuestión al Parlamento, se expuso las maquinaciones del proteccionismo en exposiciones metódicas con las que se inició en Bolivia la revisión de hechos político-económicos incrustados por los intereses de la Rosca en la vida nacional y que significaban una traba para su desarrollo. Por primera vez un enunciado político no se expuso en forma abstracta. Se partió de lo particular a lo general, o sea que el análisis de la economía industrial y comercial, a través de datos financieros y aun de contabilidad de ciertas empresas, llevó a la teoría política de definir la función del estado como instrumento de defensa de la economía del pueblo frente a los círculos financieros y seudo-industriales. Se empezó a elaborar de ese modo el método que condujo a una tesis nacionalista. La Convención escuchó pasmada nuestras revelaciones y, como entre sus componentes no había abogados de las empresas molineras, parecía dispuesta a decretar la libre internación de harina como reacción ante el fraude de la ley de fomento.

Alrededor del asunto se produjo una acción de enervamiento surgida del gabinete de Busch. Al mismo tiempo, la atmósfera adversa a la Convención, fomentada por la prensa plutocrática y la mayoría de los

ministros que obedecían las consignas de las ocultas fuerzas reaccionarias, alcanzaba el nivel barométrico de la tempestad. Cualquier eventualidad podía promover una lluvia de piedras sobre el vidrioso plafón del soberano recinto. La emergencia sobrevino fatalmente el 20 de octubre, aniversario de la fundación de La Paz.

Alternada con la cuestión triguera, en la primera hora, se debatía la reforma constitucional. Al iniciarse la sesión, los convencionales puestos de pie rindieron el homenaje ritual a La Paz y luego el presidente anunció: "Continúa en consideración el régimen indigenal". Esta reforma constitucional había provocado ya una escisión entre los asambleístas, poniendo algunos poseedores de indios en contra de los que no los tenían. Se hablaba del **pongueje**(1) y un senador gamonal expresó tranquilamente que el pongueaje no existía. Tan extravagante aserción provocó varias interrupciones, entre ellas las del diputado José Enrique Peña, quien dijo: "Señor senador, anoche no más, al entrar a mi alojamiento, yo he pisado al pongo que dormía sobre las losas del zaguán". Entonces, el diputado obrero Antonio Carvajal, por hacerse el de la frase vivaz, añadió: "No sólo en el zaguán también duermen con las señoras". La grosería molestó a todos, pero inesperadamente la representación paceña la captó como alusión intencionalmente dirigidas a las señoras de La Paz. "¡No toleramos este ultraje a la sociedad de La Paz!", exclamaron enfurecidos varios diputados, mientras los más violentos arrojaron vasos en dirección al preopinante. Influyó en esta actitud el espíritu de clase y un deseo de ciertos convencionales de aprovechar la oportunidad para ser eximidos del desprecio que toda la sociedad de La Paz tenía por la Convención. Entre las vociferaciones y los airados ademanes, desapareció Carvajal(2). Restablecida la sesión, se puso de pie, entre severo y doliente, el diputado Fajardo, patiñista orureño, y expresó la protesta "de la oposición" por la ofensa de que había sido víctima la representación paceña. Cundió el pánico, los voceros de los demás departamentos hicieron lo propio y la representación paceña planteó la expulsión definitiva del mal educado convencional. Guevara y yo, apercibidas de la maniobra reaccionaria con que se pretendía abultar el incidente, tratamos de evitar el escándalo, objetando que la expresión vertida no podía ser recogida por la representación paceña, y que la Constitución y el Reglamento de Debates

---

(1) Sistema entre esclavista y feudal, de servicio gratuito, impuesto a los indios y que imperó en Bolivia hasta la Reforma Agraria de 1953.

(2) Este diputado comunista fue acogido por la Rosca en 1946, para combatir, aliados, al gobierno Villarroel.

previan otras formas de sanción disciplinaria. como la suspensión por acto de malacrianza y lenguaje antiparlamentario fue expulsado por aclamación. Los convencionales pensaron que desviarían hacia su cabeza el rayo inminente de la execración política.

Al día siguiente, se distribuyeron por las calles boletines misteriosamente editados, en que sindicaba a los diputados Guevara y Céspedes de haber insultado a La Paz "en el día de su fundación" (es decir, 390 años antes). Quienes inducían al pueblo de La Paz a hacernos polvo eran, sin duda, los molineros asociados a los dirigentes de la Sociedad Rural Boliviana, que controlaba los latifundios y los pongos de todo el departamento. Proliferaron protestas y votos de desagravio por todas partes. El vespertino "Ultima Hora" ocupó su edición con injurias a la Convención y con alusiones a "ciertos elementos del interior, ingratos a la hospitalidad del noble pueblo paceño que los ha acogido durante largos años y que tienen la insolencia de injuriar a las damas de nuestra sociedad, etc.", prodigándose en el estilo chauvinista y nefando de esa hoja qué explotaban dos narigudos, antípodas morales de Cyrano, dos loros industriosos que durante muchos años sellaron billetes en su rotativa, usando la honra de la gente como si fuera tinta de imprenta.

Por la tarde, la plaza Murillo presentaba el escenario de grupos torvos con que la alquimia de la Rosca sabía preparar días aciagos. Orientados por agentes de las compañías molineras y de la Sociedad Rural Boliviana, esos grupos trataron de invadir la Convención, pidiendo las cabezas de Guevara y la mía, sin acordarse para nada del diputado promotor del batifondo. El Presidente de la Cámara tuvo que pedir a Gosálvez, ministro de Gobierno, refuerzo de guardia para protegernos, y sólo pudimos salir cuando se dispersó el gentío.

En un ambiente de tal modo intoxicado habría sido difícil toda justificación, sino tuviera yo el diario "La Calle", desde el que denuncié la coincidencia entre el interés de la Molineras y la acusación de antipaceñismo dirigida exactamente contra los diputados que herían aquel interés. Pero la conspiración prosperaba en otro terreno. Por la noche, reunido el consejo de gabinete, los ministros de Busch conectados con la conjuración reaccionaria, le aconsejaron que como golpe de efecto gratísimo a la opinión paceña, clausurara la Convención. Gosálvez rebatió la sugerencia, alarmado ante la perspectiva de quedar sin su reserva parlamentaria, e impidió el atentado.

Mas la Convención ya estaba desmoralizada. Las Molineras invocaron ante Busch su función social y progresista y amenazaron con cerrar sus instalaciones, privando de trabajo a los obreros, en caso de que el proyecto

fuese aprobado. Todavía objetamos que aun pagando salarios dobles a todos los obreros en sus domicilios, el Estado perdería mucho menos de lo que le costaban las Molineras. No obstante, Busch, nuevamente desorientado, expresó que no se debía llevar las cosas a extremos; dio a entender que la Conversión sólo creaba complicaciones al Gobierno y determinó, prácticamente, que se mantuviera el proteccionismo con ciertas restricciones. Se logró que los beneficios impositivos ya no se destinaran a una hipotética "Sociedad de Fomento Triguero", formada por los molineros, sino a obras de riego en la Angostura del valle de Cochabamba.

* * *

Con la presión amistosa de Busch recesó pocos días más tarde la Asamblea Constituyente de 1938, que debía asumir al año siguiente funciones de congreso ordinario. Antes de la clausura, el Presidente Busch, uniformado de gala, juró ante el Evangelio en acto solemne la Constitución democrática aprobada. Creíamos así tenerle asegurado a la institución. En medio del caos conciencial, su fuerza personal constituía un valor que cada sector político y económico procuraba ganar para si. La Rosca, para industrializar esa fuerza, industrializarla en la acepción material del concepto. Nuestro grupo prerrevolucionario, para que acaudillase la lucha antinacionalista que empezábamos a comprender.

Este grupo carecía de un plan de acción y de un programa integral pero en su constitución amorfa se marcaba una línea de crecimiento invariablemente contraria a la Rosca. Busch despertaba nuestra inquietud precisamente por los defectos de su orientación revolucionaria. Cuando hablábamos con él, le hallábamos en dificultades con los papeles. Inadaptado al escritorio, se evadía con frecuencia hacia la charla en que evocaba sus actos de valor o de energía, pasados o actuales, que él exageraba a veces puerilmente, como si no los conociésemos. Convencido de que le tocaba la creación de algo nuevo, se perdía, empero, entre los accidentes y asimilaba contradictorias influencias. "No comprendía —como dice Joseph Conrad al describir a Karaim— y nos replicaba con razones que casi nos desesperaban por su infantil astucia".

No podía desprenderse de su violencia silvestre, con la que una vez actuó brutalmente —y al mismo tiempo como un enviado de la Historia— al agredir en el despacho presidencial al escritor Alcides Arguedas.

Arguedas, con su gran nombradía, convertido casi en rentista de la denigración nacional, reapareció como satisfecho de que la derrota del Chaco resultase un corolario de sus ideas sobre la incapacidad del país. Escribió unas "cartas abiertas" sobre política dirigidas a Busch. En una

de ellas hizo referencia al "aguinaldo" que se habían distribuido los ministros, sin especificar nombres ni fecha, de modo que el trampantojo realizado en el gabinete de Toro parecía haberse producido recién en el gobierno de Busch. Es posible que el mismo Arguedas no lo supiese exactamente, porque así era de vago e impreciso el origen de sus diatribas.

Los presidentes procedían con cautela ante el temible libelista, a la idea de ser pinchados por su pluma y exhibidos moviendo las patas como arañas. Busch, a la lectura de la "carta abierta" que se la comentó doliente un ministro que años antes había sido vapuleado por Arguedas, llamó al autor a su despacho. Arguedas confiado en su respetabilidad, se demostró despectivo e insolente ante el "cadete" pero éste echó a un lado el sillón presidencial y le dio dos golpes, bañándolo en sangre.

En una leyenda de Bécquer, cierto caballero en un viejo templo de Toledo, donde se alojaba con la soldadesca, se embriagó e hizo mofa de la estatua de piedra de un guerrero en oración, hasta que la estatua levantó su mano y le dio una bofetada. Para ser aplicada la agresión de Busch a Arguedas debería recurrirse a una figuración parecida. No es solamente el caso de un acto cobarde al amparo del despacho presidencial. Es algo más: el choque, en el torbellino de un símbolo, de la esencia verdadera de nuestra historia con su falsedad escrita; del soldado defensor de Bolivia con su detractor letrado.

Arguedas, que con logrado dramatismo relató servicias de presidentes, cual de sombras legendarias, se sintió imprevistamente llevado de las solapas a un escenario sin retórica, para ser actor de un atropello presidencial merecedor de figurar en sus relatos.

En el complejo de la historia de Bolivia se entrelazan así hechos dispares. Un hecho es el epigrama de Tamayo dedicado a Arguedas, transcrito anteriormente; otro es la Historia de Arguedas , y otro, el puño de Busch. El culto nativista, el historiador destructivo y el bárbaro puro y sin literatura, cada uno con su peculiar interpretación de la historia.

Pasado el acceso de cólera, según me relató Baldivieso que a la noticia del escándalo acudió al Palacio, Busch manifestó sincero arrepentimiento, reconociendo la indignidad de su acto. Buscó remedios pueriles, como siempre: el de decir que ofrecería a Arguedas una reparación por las armas y, mejor, que Baldivieso fuera a hablarle y a darle explicaciones. No tomó medida alguna contra los mítines de estudiantes que en las puertas mismas de Palacio le gritaron de salvaje y de matón.

* * *

Intactos los faros de sus ojos y su inquietud, le enturbiaba la visión de las cosas, su ignorancia teórica. Nada raro en un soldado como él, si de igual incipencia, aunque forrada de doctorismo, adolecieron todos los presidentes. Y con ellos, fundadores de partidos, filósofos, economistas, ensayistas, generales e historiadores que pasaron como títeres inconscientes de la colonización extranjera, aunque conscientemente beneficiarios de ella.

Con la muerte de Saavedra, acaecida en marzo de 1939, se perfiló aún más el caudillaje de Busch. Desde antes, una parte del saavedrismo le seguía, pero la otra formaba con los partidos tradicionales las bases de la "Concordia", en que a la "rama bastarda" ya se le reconocía un linaje decoroso. Se planeaba confiar la jefatura del grupo a Saavedra, quien volvía a comulgar con sus antiguos adversarios democráticos, mientras en su folleto "Palabras Sinceras" declaraba explícitamente su simpatía por una dictadura fascista de cuarenta años. Pero los áulicos de Saavedra, cual Gosálvez, que fue su secretario privado, y Alfredo Mollinedo, a quien había criado en calidad de uta-guagua, como ministros del nuevo astro mandaron al viejo caudillo al destierro. Otros saavedristas se iban, andando en puntillas, hacia los reductos rosqueros que gozaban del favor del gobierno lejos de la política partidista. Ese fue el caso de Pedro Zilveti Arce, vinculado por parentesco al prefecto militar de La Paz. Zilveti, que proclamó siempre su amor a Saavedra, recogió los originales del libro "El Ultimo Jirón de la Patria" para amputarlo sin escrúpulos, dándolo cercenado a la publicidad a fin de cotizar ese favor ante rosqueros ricos, a quienes se atacaba en el libro. Sólo los cholos saavedristas lloraron sinceramente a su líder. Su estado mayor se regocijó íntimamente porque la desaparición del caudillo le libertaba, permitiéndole enajenarse por cuenta propia.

* * *

Fuera del área política se desarrollaba la más importante operación de la Rosca, en los círculos económicos financieros y en los de la alta sociedad. Sin descuidar su estrategia general para restaurar su dominio total en el país, la Rosca cumplía rigurosamente su función de explotación financiera de la seudorrevolución, entretanto que desacreditaba políticamente al gobierno, a fin de privarle de opinión y tenerle así permeable a su oculta influencia. Oficialmente oponía a Busch la preestructura de sus partidos, pero mantenía a su alrededor sus mejores financistas, destacados en la subestructura. La minería y la industria tenían ministros. El experto Alberto Palacios cumplía una función ubicua. Dictada

una baja de cambio en el Banco Central y, en el Ministerio de Hacienda, un alza en el precio del tocuyo, alza y baja cuyos saldos convergían a su consorcio comercial, y cuyo grueso beneficio nutría a la minería y a las empresas tocuyeras. Los ministerios y entidades económicas permanecían en manos de la Rosca, a través de todos los cambios políticos, que eran juegos de niños para ella, aunque los políticos las tomasen muy en serio.

En el cuadro de este método de infiltración, ingresó otra maniobra clásica: creado el Banco Minero como órgano del Estado para defender la pequeña producción contra el monopolio de las grandes empresas, a poco, la mayor parte de sus acciones resultaron vendidas a Patiño. Una vez más el monopolio del Estado servía al millonario, y tal irrisión era exhibida como un éxito por los consejeros del Banco. Podía repetirse la frase que Bernard Shaw pone en boca de los capitalistas para los dictadores: **"Nacionalizad lo que queráis..., pero siempre que la renta, los intereses y los beneficios sigan viniendo como antes a nuestros bolsillos"...**

Mas el plan estratégico de los círculos minero, industrial y petrolífero (este último en campaña de recuperación de los petróleos por la Standard Oil), coligados con ministros y con altos jefes del ejército, consistía en conseguir el control directo sobre Busch, aislándolo aun de los políticos y militares cuyo crecimiento al lado del caudillo representaba un obstáculo al monopolio oligárquico. Tiempo antes se realizó la primera depuración con el capitán Belmonte, ministro de Policía y miembro de un grupo secreto de inquietos oficiales, exprisioneros del Paraguay y simpatizantes con el fascismo, que aspiraban a la patria grande, fuerte y respetada de los himnos escolares, aunque ignaros acerca del medio para lograr dichos atributos. Ese grupo, evolucionado posteriormente, se convirtió en la Radepa, que gobernó con Villarroel. Un polizonte alemán llamado Otto Berg, de la confianza de Belmonte, lo delató como conspirador con los Carabineros. Belmonte trató de justificarse ante Busch, pero éste le dijo que "la leva de Ministro le quedaba grande", y le exigió en forma apremiante a redactar la renuncia en su presencia. Gosálvez, que miraba por el ojo de la cerradura, intervino para redactar la respuesta de aceptación en el acto, y fue nombrado ministro en reemplazo del dimitente obligado. Busch despachó entonces a Belmonte como Agregado Militar a la Legación en Berlín. Se desquició así el eje político-policial, asumiendo de hecho el control total de la fuerza el Estado Mayor del Ejército, cuyo comandante era el general Quintanilla. Se alejó asi al principal adversario de la Standard Oil y de la prensa rosquera.

Se vació más tarde la fuente nutricia de la política casera, a poco del receso de la Convención, cuando Busch, fatigado del predominio palaciego de Gosálvez, decidió enviarlo en misión expiatoria ante el Santo Padre de Roma.

Gosealvez sostenía el Parlamento como a su capital político. Los círculos oligárquicos, en cambio, tenían alergia por una asamblea fiscalizadora y Busch, con su inexperiencia en el mando, no veía que en la anarquía ideológica de la Convención germinaban sus propias aspiraciones de liberación nacional. La Rosca, con visión más certera, vislumbró que en el parlamento se formaba un núcleo capaz de propagar la revolución.

* * *

Por primera vez en el Parlamento boliviano se había llamado la atención hacia los factores económicos del movimiento político, marcando con lápiz rojo líneas ocultas de intereses y adherencias. En el pasado político, muy ocasionalmente, ciertos parlamentarios liberales analizaron un problema económico. Lo hicieron Salamanca con el contrato Speyer, Gutiérrez Guerra y Tejada Sorzano con el régimen impositivo minero, Iturralde y Roman Rivera con la concesión a la Standard Oil, Martínez Vargas con el empréstito Nicolaus, pero sin conectarlo con causas apartando el problema como una isla técnica entre los demás hechos sociales. En cambio, en la Convención de post-guerra, se descubrió en parte el laberinto político-financiero construido por la plutocracia en el subsuelo de las instituciones liberales. Las exposiciones del diputado Paz Estenssoro, partiendo del análisis de problemas concretos de la administración, alcanzaban a establecer las leyes ocultas de la explotación semicolonial. La autoridad de Paz se afirmó rápidamente ante el público, quien comprobó que detrás de los anteojos de aquel diputado existía realmente "un tipo estudioso"., un joven que había adquirido una cultura orgánica, hecho raro en las promociones políticas de las Cámaras bolivianas, donde los diputados no la tenían ni inorgánica. Sus conocimientos teóricos de Economía Política y su experiencia de empleado de la hacienda pública, gobernados por su cerebro sintetizador, facilitaban al auditorio la comprensión de las relaciones entre la Política y la Estadística. La amorfa tendencia antirrosquera domiciliada en la Convención, halló en los datos de Paz Estenssoro el pizarrón de una nueva pedagogía política, basada en la técnica. Se le apodaba el "Honorable Cifras", por el género de su especialización. En cierta oportunidad, un brillante orador de la escuela socialista que gustaba de

usar parábolas bíblicas en sus discursos, hizo broma a Paz Estenssoro sobre la monotonía de su estilo, y éste le respondió: "Es que ahora ya no se usa Salomé en los discursos. Ahora se habla en números.

Todo parlamento es nada más que una masa cuyo valor reside en sus líderes. Por eso el pequeño sector contaminaba de peligrosidad a todo el conjunto. Además, la facultad fiscalizadora del parlamento amenazaba la libre acción de ministros y validos del Presidente que ya habían organizado el negocio de venta de pasaportes a semitas y temían ser denunciados por los Diputados.

Entonces la contrarrevolución, cortada con la constitucionalización del gobierno de Busch, emprendió su segunda ofensiva. Cumplido el plan de desprestigio a la Convención mediante la prensa, la Rosca reasumió su primitivo propósito de asegurarse en un gobierno fuerte de tipo fascista. El paso táctico consistió en estimular los recursos psicológicos con que jefes militares, ministros del Presidente y amigos personales le instigaron a emular a los dictadores entonces en boga. Esta función de convencimiento fue desarrollada especialmente por la logia "Bolivia", de socialistas y excombatientes, con masones incrustados. Las sociedades secretas operaron en los amasijos del régimen de Busch, utilizando por turno diversos elementos de cofrades. Busch era masón, aunque la Venerable Orden no le merecía ningún respeto, a la par que ninguna institución pública o secreta; pero, individualmente, los masones influenciaban sobre él como espontáneos consejeros o voceros de la opinión pública.

En consejo de Gabinete, los ministros que más tarde habrían de ser paladines de la democracia en Bolivia, pronunciaron elocuentes arengas para exaltar la figura cesárea de Mussolini y las maravillas del Estado Novo, de Getulio. Afirmaron que la experiencia parlamentaria había resultado un fracaso y que para un hombre tan grande como Busch la Constitución quedaba estrecha. Solamente la dictadura correspondía a su personalidad singular, que los ministros estaban decididos a servir hasta la muerte[1].

Ensoberbecido el joven militar, ávido de cosas extraordinarias y en la creencia de que, realmente, el Parlamento obstaculizaría su obra, dictó el decreto declarándolo disuelto y proclamándose dictador, en abril de 1939.

* * *

El manifiesto en que se instituyó la dictadura es un documento sin calidad , redactado por gentes mediocres en procura de dar razones para disimular sus bajos fines detrás de Busch. De tal manera impreciso, inocuo,

(1) Hasta la muerte de Busch, se entiende.

incompleto en su estilo fascistoide, con protestas contra la inmoralidad de la administración pública y un llamado al "orden, trabajo y moral", demuestra ese documento, por sí solo, que Busch fue llevado a tal acto por quienes especularon con su ansia de absolutismo, únicamente para gozar de la privanza de ese absolutismo. La dictadura se bautizaba con un mero golpe de fuerza al estilo de los consabidos del caudillaje latinoamericano. En lugar de exaltar el ánimo de Busch contra los poderes económicos opresores, se lo enderezaba contra la Convención buchista. Se la clausuraba, en tanto que Busch mantenía en derredor suyo un círculo político que, en mayor grado que la Convención, falsificaba y enervaba la revolución de post-guerra.

Elegido presidente legal, se desprendía inútilmente del legalismo. Sus ministros, demócratas hasta horas 12, se tranformaban en totalitarios "entre gallos y media noche y a la voz de ¡ahura! Como quien entra en la quimba de la cueca", según les dije en el manifiesto de protesta que publique en "La Calle". En dicho documento expuse mi asombro porque el Canciller, en declaraciones a la prensa, se refiriera al "origen espurio de la convención", lo que significaba atribuir tal impureza genética al Poder Ejecutivo y a la Corte Suprema, elegidos por dicha Convención. Me referí a la transformación del vicepresidente en vicedictador. Los ministros corrieron a lo de Bsch a comentar doloridos mi manifiesto, y puesto que el poder dictatorial debía demostrar su energía urgentemente, el flamante dictador ordenó la inmediata clausura de "La Calle" y su jefe de policía, mayor Saavedra, me avisó muy cortésmente que mi nombre figuraba en la primera lista de confinados al Beni, para caso de reincidencia.

La clausura de "La Calle" y el fusilamiento , por orden telegráfica del dictador, del cura Catorceno, denunciado por presunta violación de una menor en Potosí, constituyeron los dos actos promisorios de la dictadura. Más o menos a los veinte días se autorizó la edición de "La Calle", bajo censura a cargo del Jefe de redacción de "Ultima Hora", director del diario oficial "La Nación", de cuya caja vació hasta el niquel, jefe de la oficina de Propaganda, que desvalijó, y de Radio Illimani, que también desvalijó, llevándose incluso la antena y las lámparas. El ministro Espada le hizo una vez el inventario, cuando dicho censor le atacó en ejecución de un chantaje, al que no quiso someterse Espada. Venía aquél algunas noches a "La Calle". Asomaba su mechón de cabellos despeinados y grasientos, caídos sobre sus anteojos con cristales como asiento de botella, que brillaban menos que su amarillenta nariz hebraica, con su vocecilla irritante

y su abrigo con los bolsillos abultados por papeles y diversos objetos. Venía sólo a evitar que se publicasen denuncias sobre peculados o affaires que encubría desde "La Nación" y "Ultima Hora". Personaje de tal calidad proporcionó la Rosca a Busch para el personal de la dictadura. Con indiferencia contempló el país ese cerco de adobes levantado alrededor de la guarida del puma. La dictadura empezó sin superar la rutina de una mala administración burocrática. En cambio, cumplido el nuevo paso contrarrevolucionario, la relación con las empresas andaba como un reloj, sin otro dictado que el del interés minero y, subsidiariamente, el de los industriales y comerciantes en divisas. Con Busch al centro como único exponente del drama del nuevo tiempo, en el gobierno vacío de contenido político, giraron dos roscas: la grande del capitalismo minero y las pequeñas camarillas de amigos personales, parientes y politicastros a quienes aquélla dejaba las sobras de su festín.

Lo preparativos de la nueva guerra mundial movilizaban otra vez la política del estaño. Los grandes mineros, disputando los cupos de exportación para el pool del estaño, habían entrado en pugna. Aramayo, que jugó a la carta de Toro, cayó con éste, Hochschild incrustó dos ministros de Hacienda, pero, en definitiva, Patiño consiguió mayor control en el gobierno. La Rosca concentrada sobre Busch, giraba a su alrededor, procurando marearle con el halago y mostrándole a cada vuelta los rostros sonrientes de su expertos, capaces de resolver todos sus problemas. Uno de éstos fue antes Alberto Palacios. En la dictadura, Santiago Schultze.

Alcanzó también a colaborarle en el período de la comedia, Alberto Ostria Gutiérrez como ministro de Relaciones Exteriores. Dos funcionarios del Ministerio, Emilio Sarmiento y Alberto Estenssoro Alborta, denunciaron ante Busch haber descubierto una empresa de venta de pasaportes y cartas de nacionalización para semitas en Europa, en conexión con La Paz. La crisis provocada por el asunto motivo la caída del Canciller Diez de Medina y permitió que Ostria fuera nombrado en su reemplazo. Voló desde Río de Janeiro a ponerse al servicio de la dictadura, con un discurso muy modoso, que pronunció vestido de jaquet y corbata plastrón, ante Busch. Por cierto que, para aceptar el ministerio, pidió expresamente que fuera reforzada la censura a "La Calle". Pasado el tiempo, cuando Ostria mencionaba su pureza democrática, le publicábamos en "La Calle" el clisé con jaquet ante el dictador, hasta que nos tomó una aversión enfermiza. En honor suyo, conviene aclarar que, al aceptar el cargo de la dictadura, Ostria no hizo sino sacrificarse en misión del "Pacto Secreto

de Caballeros", cuya función se hacía más urgente que nunca en un período de inesperados cambios, que podían poner en peligro la integridad de la comandita de embajadores y ministros juramentados para ampararse mutuamente.

Ostria fue despedido al poco tiempo, cuando Busch estatizó el Banco Central, donde el millonario Juan Perou, suegro de Ostria, era el tercer mayor accionista. El novel Canciller había aceptado el cargo del dictador, no obstante la agresión en el despacho presidencial al escritor Arguedas, a pesar del fusilamiento del coronel Cárdenas y el más reciente del cura Catorceno y no obstante ser Busch un bárbaro. Pero cuando vio amenazadas las rentas bancarias de su suegro, se opuso como un bayardo y fue un yerno abnegado hasta ponerse en peligro y perder su cargo.

Los agentes de la Rosca plutocrática cumplían cerca de Busch la misión de desviar y desnaturalizar sus intenciones patrióticas con la "técnica" y el fraude. Su proyecto de estatización del Banco Central se desfiguró con la calidad rosquera de directores que controlaron el Banco estatizado. Su indoblegable actitud en la nacionalización fue también torcida cuando se le hizo firmar una instrucción a la Legación en Washington para buscar un arreglo con la Standard Oil, en términos tales que el documento fue acusado de falsedad en el Congreso de 1941. En el juicio contencioso-administrativo planteado por la Standard, la Universidad de Cochabamba tomó a su cargo la defensa del estado, designando abogados ante la Corte Suprema a los jurisconsultos Carlos Salamanca Figueroa, Eduardo Arze Quiroga y José Baldivieso. La Corte dio un fallo inocuo y curialesco, pero rechazó el recurso de la compañía.

El círculo menor, sin más orientación que el pequeño lucro permitido por el Superestado a las "fuerzas vivas" y a los particulares, poseía la composición del acaso. Las pequeñas roscas se disputaban las influencias, aunque no alcanzaban al gran negociado. Busch tenía una inconsciencia infantil respecto al valor del dinero. Su motor era la sangre y no el oro. Militar proletario como fue la modestia de su vivienda y mobiliario casi no cambiaron con la Presidencia. El desdén de Busch por los aspectos prácticos de la vida, trató de ser reemplazado por la habilidad de los viejos y mañudos militares financistas que, para ligar a Busch con ellos, hicieron depositar a su orden un millón de Bs. en el Banco Boston de Buenos Aires. Dichos fondos constituían parte de una remesa de dinero enviada en el gobierno de Toro por el Estado Mayor —donde actuaban las grandes espadas de la democracia: generales Peñaranda, Ichazo, Rivera, etc.— que el socio cruceño del bufete de uno de los altos jefes

liberales se encargó de depositar sin conocimiento de Busch. Cuando el primer ministro de Hacienda de éste, don Federico Gutiérrez, emprendió algunas investigaciones, tuvo que detenerse, porque, comprobó que no sólo los generales de Toro, sino los de Busch, estaban comprometidos en malversaciones de fondos del tesoro de Guerra.

Despojado de responsabilidad política, el gobierno se ahogaba entre las camarillas y favoritos del palacio. La dictadura, forma nueva de la revolución, se manejaba con las herramientas de la decadencia rosquera: el chisme, la intriga y el compadrazgo. Impotentes para romper esa estructura, veíamos que la vitalidad de Busch se enjaulaba en el confusionismo. Yo no volví a hablar a Busch, empezando por no concurrir a un llamamiento que hizo a los exconvencionales para explicarles el paso que había dado, pero supe que en esa ocasión reafirmó su ideal revolucionario e insistió en su propósito de frenar la voracidad minera. Colocado en el centro de la red contrarrevolucionaria, indomesticable por la Rosca y su círculo decadente, algo pervivía desafiante en el camba: su pacto tácito con el pueblo y el patriotismo, diríase, exasperado, al comprobar que la misma dictadura dependía de un poder superior que él no podía agarrar por el cuello. Con todo, la argolla de las fuerzas económicas no logró someter el temperamento de Busch. Dinámico, porque era la revolución misma, su instinto y su breve experiencia de gobernante le señalaban que no había otra revolución que hacer sino aquélla contra el enemigo ya identificado desde la guerra del Chaco, la Gran Minería. Pero no sabía cómo.

Y ocurrió entonces que el sino de la historia fue al encuentro del instinto de Busch, gracias a una jugarreta que le hicieron las grandes compañías mineras.

CAPÍTULO XV

LA TRAGEDIA DE LA DICTADURA Y EL NACIONALISMO UTOPICO

Liberación de Busch.— El decreto del 7 de junio de 1939.— Desafío a los barones del estaño.— Busch con el pueblo.— El drama del Dictador.— Cuasi fusilamiento de Hochschild.— "¡Qué lindo pa muerto!".— Dos balazos en el escritorio del Dictador.— La apoteosis popular.— La prueba lógica del asesinato.— La evidencia ilógica del suicidio.— El Precursor y doña Muerte.

"Amo al que desea la creación de algo superior a sí mismo, y muere en seguida"

Nietzsche

Habituada la Gran Minería a explotar los regímenes de facto con fulminantes, aunque meditados, decretos-leyes, trató de aprovechar la intención del Dictador para reformar el régimen impositivo a la Minería y redactó un proyecto de impuestos sobre exportación de minerales y entrega de divisas. El proyecto, semejante a una central de distribución de agua con múltiples llaves, medidores y conductos para hacer pasar el fraude, fue tranquilamente puesto por el Ministro de Hacienda, a la firma de Busch. Este lo firmó muy contento, sus ministros también, y la prensa oficial y los diarios oligárquicos lo glosaron como ventajosísimo para el país. La opinión pública se mostró satisfecha, ya que la oposición a la Dictadura se basaba únicamente en la ausencia de libertades políticas, sin que nadie acusara el usufructo que la Rosca obtenía de esa ausencia de libertades.

No pudo empero el círculo que rodeaba a Busch evitar que ciudadanos como Carlos Montenegro (que llegaba de Buenos Aires), Paz Estenssoro, Fernando Pou-Mont, Miguel Angel Céspedes, se entrevistaran con el Presidente, uno a uno, analizaran las trampas que aquel decreto contenía y le demostraran que su ignorancia (sin emplear exactamente esa palabra), que su ignorancia en materia hacendaria resultaba utilizada para hacerle

firmar un decreto que imponía lo contrario de lo que él se proponía. Llamados a presencia de Busch el Ministro de Hacienda y el presidente del Consejo Nacional de Economía, confesaron que el decreto había sido redactado en la oficina de la Asociación de Industriales Mineros y corregido en la Patiño Mines, pero que ellos creían que el Presidente estaba de acuerdo con tal procedimiento, como era de costumbre hacía muchísimos años.

La indignación de Busch optó esta vez por un camino que le llevó a las cumbres de la historia nacional. Comprobó objetivamente la audacia de la estrategia rosquera y, simultáneamente, percibió que la verdadera orientación de la Dictadura debía dirigirse en sentido opuesto a aquél por el que le conducía el Superestado. Busch se recuperó a sí mismo. Destituyó en el acto a su Ministro de Hacienda y le buscó substituto entre los hacendistas revolucionarios, mencionando entre sus candidatos a Paz Estenssoro. La sola mención alarmó a la camarilla palaciega que se movilizó contra Paz, combatiéndolo con objeciones pueriles que fácilmente impresionaban al Camba. Busch recordó entonces que había escuchado una conferencia dictada en la logia "Bolivia", a Fernando Pou-Mont, en la que éste planteó la necesidad de controlar el total del valor de las exportaciones mineras como única manera de emancipar al Estado. Busch había dicho a Pou-Mont que algún día realizaría su plan. Le llamó, le preguntó si estaba dispuesto a cumplirlo y en el acto le tomó el juramento, sin ceremonia. "Ahora —le dije—, adelante, sin medir el tamaño del enemigo".

El joven caudillo concentró su fuerza personal al definirse frente al gran adversario. "No asumí la Dictadura para calentar el asiento ni para ser muñeco de nadie —exclamó—. Yo obligaré a Patiño, Aramayo y Hochschild, que obedezca al gobierno". Jamás se había oído en labios de un Presidente admonición igual dirigida a los poderosísimos bandidos. El pueblo percibió que la Dictadura ya tenía un objetivo serio y, de esta manera, por primera vez, se puso el militar en comunión política con el pueblo, y por primera vez pareció que una revolución vendría desde arriba.

El acto dramático de la Dictadura se abrió con el decreto de 7 de junio de 1939, redactado íntegramente por Pou-Mont. Dicho decreto obliga a los exportadores de minerales a concentrar en el Banco Central el ciento por ciento de sus divisas extranjeras, debiendo rendir cuenta de sus gastos en el exterior y vender todo el remanente al Banco. Los saldos de los gastos de realización en el exterior debían ser reimportados. Para el cálculo del impuesto sobre utilidades se consideraría como mínimo el 25% sobre la utilidad bruta. En términos simples, ese decreto era el enunciado de la

reivindicación de los derechos de la Hacienda Nacional usurpados durante 50 años de pillaje internacional anteriormente con la venta de acciones a Patiño.

El sabotaje a esta política podía ser penado hasta con la muerte. En tal forma, Busch lanzó su reto a los amos semiseculares del país a los explotadores sin patria, a los barones del robo, a los filibusteros del estaño. Estaba cierto de que nada debía detenerle.

Así nos lo expresó cuando algunos exconvencionales le visitamos, para reconciliarnos con él y felicitarle. Busch designó en el acto presidente del banco Minero a Paz Estenssoro y director del mismo a Guevara. A mí me quiso emplear en su secretaría, pero yo no acepté porque me disgustaban el ambiente palaciego y sus ministros. Le prometí colaborarle desde "La Calle".

* * *

La nueva actitud de Busch transformó súbitamente la proyección **fascista y minoritaria** de la Dictadura en proyección **nacionalista y popular.** Cual si así lo entendieran las masas despertaron de su indolencia ante la Dictadura. Sin entender el mecanismo del revolucionario decreto y sólo porque se sabía que reivindicaba la autoridad del gobierno sobre los tres piratas de las minas, inesperadas porciones del pueblo: obreros, intelectuales, excombatientes, empleados, expresaron una impresión unánime: "¡Por fin!— ¡Sólo un Busch podía hacerlo!". Un sector universitario expresó su solidaridad con Busch, y Germán Monroy Block la testimonió con un discurso desde el balcón del palacio de Gobierno.

Hizo entonces su aparición en las calles de La Paz una masa nueva, el embrión de la multitud consciente, que años después formaría los grandes mítines del Movimiento Nacionalista Revolucionario, masa con un sentido autónomo de su destino, no sujeta a las normas idiotizantes de la Oligarquía ni a las consignas por los excombatientes se prolongó hasta el anochecer y, por algún accidente de la corriente eléctrica, la plaza Murillo quedó sumida en semioscuridad. Para que Busch leyese su discurso con una linterna y, por un instante, se anticipó un símbolo que se ha repetido en los actos multitudinarios de la Revolución Nacional y su Jefe: una figura elevada en un foco de claridad, resumen de la aspiración de la masa expectante que, abajo parecía lo obscuro y lo unánime de la prehistoria boliviana.

El discruso del Dictador, alquitarado por sus consejeros, estaba lleno de limitaciones. Pero, por la noche, en el banquete que le dimos los oficiales de reserva del Chaco, improvisó una de las más hermosas

oraciones que se hubieran oído jamás a un Presidente boliviano, oración desordenada y calcinante, como protesta inaudita al silencio de las derrotas populares y las humillaciones oficiales.

"Yo no he llegado a la Presidencia para servir a los capitalistas. Ellos deben servir al país y si no lo hacen por su voluntad, lo harán por la fuerza. Les juro a ustedes, camaradas, que yo, Germán Busch, demostraré a esos Patiños, Aramayos, Hochschiles, a todos los explotadores de Bolivia, que aquí hay un Presidente que hará respetar a su país. Eso debían haber hecho mis antecesores, hombres muy sabios, sin duda; pero me toca a mí hacerlo: y lo haré ¡con el corazón! Yo no puedo defraudar a ustedes, a los oficiales, a los excombatientes que han vuelto de la guerra para hacer una patria mejor. Si es necesario dar mi vida, la daré, feliz de que mi vida sirva de algo a esta pobre patria. No tengo miedo a la muerte. Ustedes me conocen...".

* * *

Hasta ahí no más llegó, al nacionalismo utópico. Protagonista proteico de la Dictadura, quiso cambiarle de contenido, pero no pudo hacer la revolución. Sólo disponía de la multitud impotente. Falto de partido político y de teoría, no le restaba siquiera el organismo parlamentario y únicamente tenía cerca de sí el aparato oligárquico. No tomó ni la medida de cambiar gabinete, con el inocente justificativo de que sus ministros habían jurado lealtad a la nueva política. Los mismos ministros firmantes del decreto fraudulento a favor de la Minería, firmaron el decreto contra la Minería y asistían, con las mismas caras que antes, a recibir junto a Busch los homenajes del pueblo. Los reaccionarios, cumpliendo una oscura táctica, conservaron sus puestos, al lado del Decreto. El Ministro de Hacienda destituido pasó a ocupar la gerencia del Banco Minero. Ocurrió la paradoja de que los revolucionarios, como Paz Estenssoro y Guevara, venían a ser los intrusos, con mínimas facultades, y los contrarrevolucionarios seguían dueños de la Administración.

El decreto del 7 de junio no se puso en ejecución ni un momento. Por eso quedó siempre como una bandera. Precisaba llenar previamente ciertas condiciones técnicas, naturalmente que de acuerdo con la Gran Minería...

Unicamente cierta emergencia casi puso un momento en vigor un artículo del decreto, cuando un ministro patiñista, para demostrar que no había que cuidarse de Patiño, sino de Hochschild, mostró a Busch unos papeles remitidos por el prefecto de Oruro, en los que se veía que Hochschild propiciaba un lock-out. Hochschild, financiero ubicuo, judío

de raza, alemán de nacimiento, nacionalizado argentino, administrador de minas y ferrocarriles en Bolivia, presidente de compañías en Chile y **bussinesman** en Estados Unidos, no tiene plata en ninguna parte. Mago de la evasión impositiva, defrauda gobiernos y se apodera no sólo de la **plus valía** de los trabajadores, sino de los medios de producción de los empresarios, como ocurrió con la mina Unificada del Cerro de Potosí. El sabotaje al Decreto estaba penado con la muerte, según un artículo del mismo y, al caer Hochschild en manos de Busch, pocos dudaban que habían terminado sus aventuras.

Apresado el prestigioso cosmopolita se reunió el Consejo de Gabinete, donde Busch hizo leer los antecedentes de la denuncia y opinó que Hochschild debía ser fusilado. Algunos ministros trataron de atenuar la culpa, y consiguientemente la pena, proponiendo una bolsa de 25 millones a cambio de la vida del gigantesco especulador; pero Busch insistió en que el decreto prescribía la pena de muerte y llamó a votación, la cual empezó por la derecha. A ese lado estaba Alfredo Mollinedo que, por mostrarse draconiano y, por consiguiente, merecedor de la confianza de un Dictador, empezó votando por la afirmativa, y como otros ministros no quisieron ser menos, la competencia dio por resultado un empate inesperado. Este caso de emulación mortífera no estaba previsto y menos aún que Busch declarase: "Yo desempato y voto por el fusilamiento". Ipso facto —eran las 9 de la noche— tocó el timbre para el edecán la orden de que haga fusilar a Hochschild, mañana, tempranito, antes de las 6. Puede retirarse".

Al ver que el Dictador cumplía el voto del gabinete, los secretarios de estado fueron acometidos primero por un huracán de espanto y luego por olas de llanto. Arrepentidos de su voto y desesperados a la idea de causar con su ligereza el fusilamiento de un potentado, movilizaron extraordinarios recursos de ingenio. El mejor fue el de **apelar** de la sentencia ante el propio Busch. Algunos, entretanto, llamaron por teléfono a las legaciones, para sugerirles un amparo internacional, grave como siempre, gravísima, y el peligro de provocar un conflicto con la República Argentina. Invocaron, además, uno a uno, en concurso oratorio, la generosidad de Busch, su magnanimidad, sólo propia de los héroes, su grandeza de alma; se acordaron de la Constitución que habían cancelado, para argüir que el Dictador, después de condenar a Hochschild, podía también indultarle, en esa de la facultad presidencial del indulto. Se reiteró la proposición de conmutar su pellejo con la multa de 25 millones y, si era necesario, un poco más. El acta de la graciosa sesión —que publiqué en "La Calle", en 1942— parece que tratara de la muerte de Busch y no de la de Hochschild.

Así le llenaron de elogios y diritambos, hasta que Busch tuvo que ceder, después de tres horas de épica y de lírica ministeriales. El superávit de ternura emitida sirvió para que, además, se renunciase a la multa de 25 millones[1].

Para disimular la comedia se decidió que ese día se diese la noticia de la condena a muerte, y un día después, la del perdón. Cumplida esta ficción cronológica —una especie de plus valía—, Hochschild salió libre y Busch le hizo llamar a su despacho donde, en presencia del vicepresidente Baldivieso, amonestó al robusto **bussinesman** por su incorregible conducta. "Usted, que debe toda su fortuna a Bolivia, en lugar de ayudar a este país, trata de aniquilarlo. Usted que podía hacer tantas cosas buenas...". Escuchó las protestas de inocencia y de bolivianismo progresista que le hizo el millonario y despidiéndole. "Ahora váyase —le dijo—, y no reincida, porque entonces, ya sabe...", apretando con el índice el gatillo de un revólver imaginario. Cuando Hochschild salía, ocupando con su corpulencia el marco de la puerta, Busch hizo aún este comentario: "Míralo, ¡qué lindo pa muerto...!".

El fúnebre chiste seguiría una trayectoria de bumerang. Busch provocaba una movilización imprevisible en el campo adversario con su peligrosidad de guerrillero. Adoptó la única medida realmente sería al enviar a los ministros Foianini y Herrero a Estados Unidos para tratar posibilidades de instalación de fundiciones de estaño en Bolivia. Entretanto, tácitamente la Rosca enervaba el Decreto de 7 de junio. Como en la fábula del tronco y las ranas, después de la primera alarma, éstas se subían encima del Decreto utópico. Se enfangó la política otra vez entre el colaboracionismo y la intriga. Se iniciaron conversaciones con las empresas mineras para que éstas, como Superestado incólume, dijeran su palabra, que no fue otra, sino la consabida, de las dificultades técnicas frente a la buena voluntad y al patriotismo de la Minería. Al mismo tiempo se concentraba el estado mayor minero en París y la Patiño Mines liquidaba todas sus acciones en la General Tin Industries, uno de sus principales **holdings.**

Simultáneamente el plenipotenciario Gabriel Gosálvez dejó al Santo Padre en Roma para viajar a París y entrevistar a Patiño, de quien informó que se mostraba muy comprensible y que en sus momentos de buen humor se acordaba de Cochabamba. Patiño escribió a Busch una carta

---

(1) "La Calle" recordando el fusilamiento del cura Catorceno comentó entonces: "No hubo ministros que aboguen por él, porque no era millonario".

muy triste, contándole su ejemplar historia de pobre minerito que no había hecho más que invertir y reinvertir las ganancias de sus minas en las mismas minas, por patriotismo. Se le escapó así a Patiño la confesión de que el capital de su industria era íntegramente boliviano, desmintiendo las historias de aporte de capital extranjero[1].

Gosálves informó a Busch que Patiño le había invitado una copa de champán, que estaba encantado con el Decreto y además dispuesto a financiar el F.C. Cochabamba-Santa Cruz[2].

¡Había que ganar tiempo! Ganar tiempo, mientras se montase la tercera ofensiva contrarrevolucionaria, esta vez directa contra Busch, y por tanto, más peligrosa. Para decidir al elenco de generales rosqueros que formaban a sus espaldas era previo intensificar el sabotaje desde el exterior, sembrar la duda y la desilusión en el país y estudiar, también, la oportunidad para un accidente fortuito...

En la cabeza de Busch, semejante a un horno, se quemaban planes, proyectos, consejos y chismes. Estadísticas alarmantes e informes confidenciales de áulicos y familiares. En momentos en que Hitler tenía ya sus aviones en apronte para invadir Polonia y el estaño recobraba su alta importancia estratégica, se dijo a Busch que Inglaterra no compraría ni un gramo de estaño a Bolivia y que Estados Unidos confiscaría la reserva oro que Bolivia tenía allá depositada. Y que, luego, el hambre cundiría en las ciudades y en los campos y que, al fin, el Dictador tendría que derogar, con su propia mano, el Decreto de 7 de junio.

Así, solo como un adalid extraviado, el Dictador no obtenía la respuesta armada que esperaba a su reto lanzado contra los barones del estaño, que no eran tales barones sino villanos, incapaces de acudir a la palestra donde el ingenuo caballero les aguardaba, en alto y brillante la desnuda espada. Ellos conjuraban en la sombra, afilaban los puñales y ponían el oído atento a las voces de la noche.

* * *

El barrio de Miraflores no estaba aún totalmente urbanizado. En una calle a medio pavimentar y poco alumbrada, cerca de terrenos baldíos, tenía Busch su pequeña casa (la misma en que hay ahora una clínica para carabineros). Vivía como en una pequeña tribu con sus cuñados, el coronel Carmona y el coronel Gotilla, que eran al mismo tiempo sus

---

(1) Carta publicada en "El Libro Blanco de la Independencia Económica de Bolivia". El original se encuentra en poder de Fernando Pou Mont.

(2) Nota a la Cancillería de 30 de junio de 1939.

edecanes, todos con sus respectivas esposas e hijos. Cerca de allá habitaba el cirujano Guillermo Debbe. En la madrugada del 23 de agosto de 1939, a eso de las 4, dicho cirujano escuchó golpes a su puerta, alternados con gritos de mujer en que se distinguían estas palabras asombrosas: "!El Presidente se ha matado...! ¡Doctor, el Presidente se ha matado!".

Busch no se había matado, pero estaba agonizando. En el instante en que se produjo el sangriento suceso no estaba solo, sino acompañado de sus inseparables edecanes, quienes jamás le abandonaban, siempre celosos de un atentado o de visitas indiscretas. Según la versión que recogí de boca de Carmona esa misma mañana, más o menos a las 8, el suceso se desarrolló en la siguiente forma: el día 22 Busch no concurrió al Palacio. Invitó a almorzar al ministro Pou Mont, con quien se entretuvo hasta las 4. Más tarde le entrevistaron otros ministros y luego Busch salió de su casa para ir a la clínica odontológica del doctor José Rosa Quiroga, quien le curaba un diente que tuvo que extraérselo porque le molestaba, poniéndole de mal humor. Al regresar a su casa, con los últimos rayos del sol, un amigo beniano que le esperaba tuvo aún oportunidad de sacarle una fotografía en el pequeño jardín, de civil y con el sombrero en la mano. Más o menos a las 7 llegaron algunos invitados, a celebrar el cumpleaños de Carmona, a quien Busch apodaba su "suegra", por el control a que le tenía sometido. Más tarde fue llamado el popular compositor y pianista criollo "chapi" Luna. Busch se mantuvo de buen humor bastante rato. Abundaron las copas hasta avanzada hora de la noche, en que los invitados se despidieron, casi todos al mismo tiempo.

Quedó solamente la familia y un soldado que hacía las veces de cocinero y estafeta. Las señoras se retiraron a sus habitaciones del piso alto y el estafeta se entró también a dormir.

Busch permaneció en el escritorio de la planta baja, en coloquio íntimo con sus dos edecanes. Dicho escritorio tenía una puerta hacia el pequeño vestíbulo de la entrada y una ventana ovalada, a metro y medio del suelo, sobre un corredor exterior separado de la calle por un muro. Busch, ya al terminar la fiesta había empezado a mostrar un sombrío desasosiego, según Carmona, y hacía insistente referencia a la carta recibida ese día, escrita por otro cuñado suyo, quien le relataba la soledad en que se habían realizado las exequias fúnebres de la madre del Presidente en Cochabamba. (El padre de Busch había viajado a Alemania un mes antes). Deducía de la carta la ingratitud del pueblo para él. Había también recibido informaciones oficiales pesimistas, que sólo para eso servían sus colaboradores. Es posible que por esos resquicios emotivos le invadiera

aquella aura en que asomaba a veces "un concentrado anhelo de violencia" —con palabras de Joseph Conrad— "chispasos de una latente, sombría furia interior" que le poseían. Sería lo anterior mera retórica si el hecho que se desencadenó —si es que realmente sucedió así— no hubiese adquirido de pronto los misteriosos contornos de una obra de maleficio.

Obsesionábase cada vez más con el **leit-motiv** de ser incomprendido y de no confiar ya en nadie, para llegar a la conclusión de que, por eso, dejaría un ejemplo que jamás olvidaría Bolivia. Habríase sentado en el escritorio, ordenando a Carmona que le presentase el despacho...! Carmona le habría puesto delante un expediente (el mismo que apareció manchado de sangre). Pero Busch, que se sentó para leerlo, cambió de idea y exaltándose más dramáticamente gritó algo así como: "¡Aquí se acabó la presidencia... con esto!", y sacó la pistola Colt que siempre llevaba en el bolsillo. Sus acompañantes se lanzaron sobre él y lo tomaron de los brazos, pero no pudieron impedir que diese un tiro que rompió un vidrio de la ventana ni que, con su sacudón, Busch los apartara violentamente haciéndolos caer. Silencioso, con los ojos saltados, continuó de pie, mientras ambos edecanes lo llamaban a la cama con los más cordiales vocativos. Poco después —prosigue el relato de Carmona— guardó el arma, pareció calmarse, se volvió a sentar en el sillón del escritorio y mirando a sus cuñados les dijo. "Matémonos los tres...". Luego inclinó la frente sobre las manos puestas sobre la mesa, como si quisiera dormir... ¿quién disparó entonces?

Según Carmona, pasado un momento, Busch levantó la cabeza, irguió violentamente el tronco y simultáneamente sacó la pistola, la encañonó con ademán fulminante contra su sien derecha y disparó. Quedó de bruces sobre la mesa.

Por todo servicio de vigilancia no había en la casa sino el soldado cocinero que, ante las voces que salían del escritorio, no se atrevía a entrar. Las señoras que se encontraban arriba, al escuchar el primer disparo, se aproximaron a la escalera, pero —según declararon—, al sucederse una aparente calma, no creyeron prudente ingresar al escritorio.

A las 7 de la mañana recibí en mi casa un papel de Augusto Guzmán que decía: "Busch está a la muerte, herido de bala aquí en el hospital de Miraflores". Guzmán que dormía en el nosocomio para atender a un miembro de su familia habíase despertado con el inusitado movimiento y se encontró con la sorpresa de que ya operaban a Busch para extraerle el proyectil. Cerca de las 8 de la mañana me dirigí allá en automóvil, acompañado del doctor Carlos Valenzuela, mi viejo amigo por cuya casa pasé para llevarlo al hospital El Illimani, como un rey con su corona

tricúspide y su manto de nieve, imperaba sobre la perspectiva de paz matinal de la avenida de Miraflores. Contrariamente a lo que yo esperaba, no había guardia alguna en el hospital, hecho que me expliqué después. La operación principal se desarrollaba ya en el Estado Mayor Busch ya no tenía importancia. En el hospital había pocas personas. En el fondo de un corredor estaban miembros de la familia de Busch y del Vicepresidente Baldivieso. Fue entonces que Carmona me hizo el relato que he tratado de reproducir fielmente más arriba.

Valenzuela, que ingresó a la pieza donde se hallaba el herido, salió a poco diciéndome. "Le quedan unas dos horas de vida". Entonces avancé y me introduje a la pequeña sala donde encontré al Dictador, tendido de espaldas en un catre de fierro, con el cráneo vendado desde la frente y los ojos cerrados. En la cara tenía hinchados los párpados y los pómulos, especialmente del lado derecho, con la piel brillosa y morada, y en la boca angustiosamente entreabierta se veía el hueco del diente extraído. Su respiración llenaba la pieza. El tórax se hinchaba y deprimía en ondas que trasmitían su movimiento a todo el lecho. Busch parecía bombear todo el resto de la vida respirable. Las potencias de aquel ser atlético, como enloquecido por la inesperada desintegración de su ciclo fisiológico, desencadenaban en el pecho del agonizante una tempestad pneumática y un salvaje tumulto circulatorio de sangre que del corazón acudía a la cabeza, y de la cabeza al corazón, en un último esfuerzo por salvarlos.

Le contemplé yo de pie ante el lecho, él tendido. No pensé en su muerte de otro modo que como el maravilloso final de su aventura. ¡Me dieron ganas de felicitarle!... Recordé cómo le había conocido, aquella de la pelea, quince años antes. Le vi definitivamente sumergido en una dimensión ya extraña para mí, lejano, sin retorno posible, y me acometió un raro pensamiento: que Germán nunca había sido ajeno a aquel instante; que lo había preparado durante toda su vida y que estaba, así, satisfecho. "Mueres a bala, como querías", le dije sin palabras.

Murió a las 2 de la tarde y le volví a ver nuevamente a las 3, en la casa donde se había producido la tragedia. Ya estaba sin respiración, tendido en capilla ardiente, con su uniforme azul de gala, casi negro. La espada del desafío a los filibusteros del Estado dormía entre los brazos cruzados sobre el pecho del guerrero yacente.

A la mañana siguiente, a pedido de los excombatientes, le fue extraído el corazón y luego un cortejo de éstos le trasladó a la catedral, entre clamores de gloria, mientras que en la ciudad gente atónita no se explicaba nada. Las dudas sobre las causas de su deceso se disipaban ante el

lecho, que parecía tan natural y previsto, de que Busch hubiese muerto con las botas puestas.

Por la noche subimos al púlpito de la catedral algunos oficiales de reserva de la campaña del Chaco. Yo dije: "Adivinaste que este pueblo, además de tu figura y de tu puño, necesitaba tu sangre... Recojamos nosotros la sangre de nuestro hermano camba, porque redimirá a Bolivia". La multitud oraba o circulaba delante del féretro tapado. No se le permitió ver la cabeza sangrante del héroe.

Al otro día, en las calles de La Paz, la muchedumbre colla tributó a Busch el homenaje digno de los héroes. Al grito de "¡gloria a Busch!" las autoridades oficiales y los epígonos fueron atropellados por la masa que se hizo cargo del ataúd. Cundía en el aire el ritmo luctuoso de los **boleros** de caballería. Bogaba la caja envuelta en la bandera tricolor sobre la inmensa multitud cobriza de donde se alzaban banderas y estandartes como velas en un mar de luto. A ratos en las esquinas o en los dinteles de las puertas, como grupos plásticos, mujeres del Ande y del Oriente seguían con los ojos llorosos el paso del cortejo. Un solo clamor que no enmudecía se formaba con los gritos de "gloria a Busch", "abajo los asesinos", "abajo los corridos del Chaco". Presionado por la masa, aproximándose o alejándose del ataúd a impulsos del oleaje, marchaba nuestro pequeño grupo, el que tomaría como su destino la malograda herencia revolucionaria del Precursor, coreando aquéllos vítores y mueras inauditos en un entierro.

Después de la muerte del Dictador se reunieron los datos para comparar la tesis oficial del suicidio con la popular del asesinato. Se hizo esto porque no hubo ninguna investigación policiaria seria al respecto. La oligarquía no aplicó ninguna de las disposiciones de policía judicial para proceder de inmediato con las medidas de rutina a empezar por la incomunicación de los testigos presenciales del suicidio, o presuntos autores o cómplices del asesinato. Más tarde se levantó un proceso meramente formal que concluyó con su auto judicial que declaraba la causa de la muerte de Busch debida a suicidio, subrayando **"con mano propia".** Los coagulantes rosqueros mostraron una vez más su eficacia para cicatrizar rápidamente las dudas abiertas en la psiquis popular, cuando así conviene a su interés.

Respecto del asesinato se sugirieron dos presunciones. A iniciativa de algunos diputados del Movimiento Nacionalista Revolucionario, se revisó en 1944 el sumario judicial que había aceptado el hecho como suicidio. Uno de esos diputados acusó concretamente al coronel Carmona

como autor de la muerte de Busch, invocando especialmente pruebas a **posteriori**, como una confesión que había hecho Carmona ante algunas personas en estado de exaltación nerviosa, hallándose en Charagua. En tal caso, el hecho podría haber sido causado por factores emotivos violentos a los que Carmona era susceptible cuando se hallaba privado de su voluntad y entendimiento. La relación fraternal con Busch, de quien dependían su autoridad y su suerte, opone un serio reparo a aquel supuesto, del que puede excluirse únicamente el caso de que hubiera obedecido a un complejo de resentimiento, durante una crisis paranoica. Pero Carmona, según testigos que le vieron a poco del suceso, no demostraba hallarse en ese grado. Cuando hablé con él por la mañana, me pareció acongojado, pero sereno, frente al accidente.

Años después una multitud cruceña intentó linchar a Carmona cuando descendía en el aeródromo de Santa Cruz. No es difícil penetrar en el sentido de ese acto si se lo considera desde el punto de vista del sentimiento colectivo. Subjetivamente percibían los cruceños que Carmona, sino autor directo de la muerte de Busch, era de todos modos responsable al no haber evitado esa muerte hallándose a su lado

Descartando las declaraciones testificales de Carmona y Goitia, y en ausencia de una investigación científica que los ministros de Busch y menos la Rosca se ocuparon de ordenar, sólo resta el procedimiento deductivo, de causa a efecto, para resumir la verdad sobre la muerte de Busch, partiendo de la prueba lógica.

La presunción que lleva a la explicación de esa muerte por el asesinato político, es lógicamente irrefutable. La creencia popular llegó hasta señalar en Mauricio Hochschild al instigador y factor de aquella muerte. La Gran Minería habría jugado su carta brava, pagando a asesinos expertos (como pagó después a los asesinos de Villarroel) para conseguir, con la eliminación física de Busch, la desaparición del más grave peligro que se presentó hasta entonces contra sus intereses. Es sabido que Patiño propició reuniones tenebrosas en París para decidir la suerte de Busch, en cuya persona radicaba absolutamente la vida del movimiento antiminero. Yo relaté estas conjuras en forma novelesca en "Metal del Diablo". La segunda guerra mundial aseguraba un extraordinario incremento en el mercado del estaño y, en general, de todos los minerales. La Rosca veía amenazado su gran negocio por el obcecado Dictador. Apoyado por el pueblo a raíz del Decreto de 7 de junio, y temido en el ejército, Busch constituía un caso personalísimo de concentración de poder. La revolución era él, y matarlo, era matar la revolución.

La presunción lógica sobre el asesinato se confirma a posteriori, puesto que con la muerte de Busch la Rosca reconquistó todo aquello que perdía con su vida. En un instante y con un balazo, la oligarquía recuperó el poder, libre ya de un caudillo, la oligarquía recuperó el poder, libre ya de un caudillo indomable, a quien pudo engañar hasta cierto punto, pero cuyo despertar, semejante al del cachorro del tigre, representaba la amenaza de zarpazos como el del 7 de junio. Su impetuosidad, su patriotismo exacerbado, que reemplazaba su falta de cultura, se mecían como una espada pendiente sobre las cabezas de los magnates y sus abogados. El nacionalismo utópico, aunque susceptible de enervamiento, era tan peligroso como una tempestad en manos del joven caudillo.

Las suposiciones sobre el método que habría usado la Rosca para eliminar a Busch carecen de la misma consistencia lógica. Disponen de un marco muy estrecho de realidad, tan estrecho como el lugar donde se produjo el suceso y los pocos datos sospechosos que se obtuvieron. Se habló de soborno a sus cuñados, supuesto que debe ser descartado en la misma medida del interés, aparte del afecto, con que éstos se hallaban vinculados al Presidente. Se mencionó también la posibilidad de disparos desde la ventana del escritorio, practicados por tiradores expertos que se habrían introducido en la casa aprovechando de la absoluta falta de guardia, caso en el que los edecanes habrían asistido imperturbables a la victimación de su jefe.

* * *

Mayormente complicada que la del asesinato es la interpretación suicida, que puede extraerse por pasiva de la del crimen, a partir del siguiente razonamiento: **todas las presunciones lógicas sostienen la tesis del asesinato; pero Busch era ilógico.** Personalidad patética, colocada en el cruce histórico de dos épocas, entre la revolución y la contrarrevolución, debía padecer en sí el drama de la historia naciente. En este punto es necesario aceptar la existencia de un estado sutil en que los grandes cambios históricos buscan un alma individual para hacer su crisis, y encontrar en esa alma, con una especie de dialéctica hegeliana pura, el contacto entre ambas interpretaciones: la del suicidio y la del homicidio.

La muerte de Busch concentra en sí los imponderables del fenómeno histórico de ese momento, gravitantes con tanta intensidad que hacían el ambiente más pesado que el plomo y cargaban las conciencias con la angustia del atentado. El viejo Arano Peredo me contó que un alto personero de la Casa Suárez, mirando junto con otros la antena de la

radio en Riberalta, exclamaba pocos días antes: "Esta antena ha de recibir una noticia tan sensacional que va a saltar en pedazos".

En la ciudad de La Paz habíanse desarrollado larvas mentales, enfocadas psíquicamente sobre el Palacio y la casa privada del Dictador donde se deslizaban entre las alarmas, intrigas y versiones derrotistas. Es evocable al respecto el ambiente creado previamente a la muerte del Presidente Agustín Morales, que a través de ciertas diferencias objetivas, guarda con la de Busch singular coincidencia de aspectos internos. Valerosos soldados ambos, desaparecen trágicamente apenas se enfrentan con lo poderes del dinero. El homicidio de Morales, ejecutado por su sobrino y edecán La-Faye que le dispara seis tiros en el salón rojo del Palacio de Gobierno, se produce en momentos en que Morales se precipita a la dictadura para frenar a los agentes de la oligarquía exasperada. Ese día Morales está excitado a causa de haber recibido, igual que Busch, cartas y anónimos alarmistas. Hay que suponer que La-faye actúa sin premeditación consciente, pero obedeciendo a un designio de clase con el que favorece, al matar a su tío, los planes oligárquicos de restaurar inmediatamente un gobierno a gusto de los explotadores mineros.

Igual necesidad para los intereses de la Gran Minería inviste la desaparición de Busch, obscura y misteriosa a diferencia de la de Morales, pero oportunísima ante la impotencia de aquélla para derribarle con el método golpista, que el temor al caudillo no permitía madurar. Junto a éste, en la atmósfera de la revolución improvisada, actuaban además otras fuerzas misteriosas que predispusieron al suceso, cuya forma externa no es sino un acaso impuesto por el designio histórico.

Las prácticas ocultistas con que círculos subterráneos invirtieron el sentido preclaro del alma de la tierra, contribuyeron a la conjura de fuerzas secretas que actuaron sobre la existencia de Busch la noche del 23 de agosto de 1939. Por eso el pueblo, en el entierro del Dictador, gritaba "abajo los asesinos", aludiendo instintivamente a los ocultos demiurgos que socavaron psicológicamente la mente de Busch hasta destruirlo.

* * *

La historia ha formulado los hechos en Bolivia con una dramática intermitencia de novela. La presunción del suicidio se acomoda a esa trama novelesca. Yo que estuve alejado de Busch y de su círculo, especialmente en sus últimos días, no pude seguir el curso del agotamiento nervioso que después se invocó para explicar su autoeliminación. Carmona me dijo que ya había intentado otras veces atentar contra sí

mismo. Una vez en el Palacio Quemado y otra en su casa de Miraflores[1]. También conocí alguna versión que Busch narró a Carlos Montenegro, sobre una intención frustrada en su exploración al Chaco, en 1931, cuando se le agotó el agua de la caramañola. Después... siempre era posible percibir dentro de él un huésped satánico que fulguraba en sus ojos, el **pathos** que, desde sus raíces bárbaras, ascendía a buscar su personalidad para reintegrarla al caos.

Analizar un suicidio sólo a base de motivaciones lógicas es rebajar esa zambullida espiritual al nivel de una información de comisaría. No es necesario buscar razones al suicidio, que es una forma de concluir la vida más irracional aún que la muerte natural, que es también absurda. Si la lógica bastara para inducirnos a ese acto, nos suicidaríamos todos los días. Menos fácil es encontrar razones cuando el que se autoelimina es un presidente joven, en el apogeo de su gobierno. Chateaubriand, a sus 2 años, intentó matarse "por superabundancia de vida". Busch, a los 35, se habría matado por superabundancia de poder político, circunstancia cenital que es la que precisamente integra su personalidad en el plano supremo de los valores nietzscheanos y la muestra capaz de ese último y arrogante triunfo sobre la Muerte.

Como dijo de él, en el Chaco, el poeta Lira Girón:

Y doña Muerte, señor
sorprendía de tu arte
salió al camino a buscarte,
celosa de tu esplendor,
Caballero decidor,
levantada la cimera,
como a una dama cualquiera
la saludaste galante
y desnudado del guante
le ofrecistes una flor.

---

(1) En marzo de 1938, Busch en estado de ebriedad trató de suicidarse, habiendo el edecán Zaconeta quitado las balas a su revólver. Busch furioso apartó de un golpe a Carmona en Palacio y luego se precipitó en auto a Miraflores a buscar otra arma, habiendo sido contenido allá tras violenta lucha por Zaconeta y el edecán Fernández, el Mayor Goitia y el mozo Francisco Medina. (Declaración del My. Zaconeta ante el Juzgado 2° de Oruro).

Una verificación de datos, realizada por el autor en 1959 y publicada en "La Nación" de 23 de agosto confirma la tesis del suicidio.

Determinantes menores del acto pudieron ser la angustiosa impotencia de la Dictadura, la fatiga mental que en un ser de ascua no se remedia con la proverbial clínica de Chulumani para débiles mentales, sino que, por el contrario, eleva su temperatura hasta el grado de fusión. Firmado el decreto del 7 de junio, un Busch no podía retroceder ¡Tampoco habría retrocedido ninguno de los hombres que murieron después, a lo largo de doce años de lucha por el movimiento nacionalista boliviano!

El desafío que le llevó a clausurar teatralmente su gesta, significó más que ninguna teoría para la fe naciente del nacionalismo utópico. Conscientemente nos legó una bandera imperdible. Busch al morir creaba, inmovilizando su figura, sin posibilidad de mutación ni claudicación futuras, en el momento culminante e inmejorable de su biografía, como petrificado en el recodo de la revolución nacional, a semejanza de ciertas figuras que las rocas dibujan y que originan la toponimia de las grandes perspectivas. Con una decisión de saltar al vacío, en presencia de toda la América, con su muerte necesariamente violenta como había sido su existencia, cumplía el sino de abrir paso con su cabeza ensangrentada a la insurgencia del pueblo boliviano.

Vida de camba boliviano, en la que súbitamente y sólo para morir, se operó la transmigración del alma de un antiguo rey germano que se destruye, antes que rendirse, revestido de orgullo en una noche de fiesta; ante los esclavos estupefactos, los mílites con amor a la vida y los palaciegos embriagados.

* * *

Una última mirada hacia la huella de aquel disparo luminoso, que en la balística del Chaco se llamó trazador, y que tan veloz se elevó para desaparecer en la altura.

Pensando en su aniquilamiento desde el plano político, cabe juzgar que, dada su insipiencia ideológica, su falta de programa y de partidos revolucionarios, Busch murió cuando el ciclo de sus posibilidades de gobernante estaba cerrado. La crisis provocada por el Decreto del 7 de junio demostró que el Dictador era incapaz de superarla, por mucha pasión que tuviese, y que no podía salir ya del remolino de la revolución y la reacción. Fue el representante del nacionalismo utópico, que marchaba con la contrarrevolución a su lado, como sombra nefasta, disfrazada a veces de revolución. Así situado, no podía dar sino expresiones empíricas y personalistas, acaso tiránicas.

Para el pueblo, el paso de Busch por el Gobierno de Bolivia únicamente fue un acento lejanamente escuchado, romántico y un poco

exótico, en la retórica de la iniciación libertadora, el paso de una figura del subconsciente nacional, emergida en el sueño del pueblo, y como de sueño, figura incoherente y fugaz.

Dialécticamente, su función es más clara. Significó la transformación de una dictadura de tendencia fascista y minoritaria, en nacionalista y popular. Históricamente es así Busch, en América, el extraordinario caso militar que, pudiendo ser un tiranuelo al servicio del imperialismo, se libertó de amarras para acaudillar la emancipación de su país. Busch, que dentro de Bolivia no alcanzó esa finalidád, es, en cambio, un ejemplo para la América, que siguió tardiamente Getulio Vargas. Ejemplo de rebeldía, más que para los pueblos, para los jefes de Estado sometidos por el imperialismo extranjero y las oligarquías nacionales.

Dentro de este ser predestinado chocaron las fuerzas de la nación y la antinación hasta quemar sus lámparas, dejando al porvenir la lumbre del estallido. En la historia íntima de la patria, Germán Busch, gesto de afirmación nacional sin otro precedente que el mandato de la tierra, representó algo así como el azar dentro del sino spengleriano. Para Spengler, entre el sino y el azar no hay otra distinción que la que establece la experiencia íntima del alma individual. No importa tanto lo que se es como individuo cuanto lo que se es como historia. De este modo, cabe interpretar la aventura de Busch como hecho del azar que movilizó a Bolivia hacia el cumplimiento de su sino de liberación.

Por eso, después de Busch, surgió el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

QUINTA PARTE

SEGUNDA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA Y FUNDACIÓN DEL M.N.R.

CAPÍTULO XVI

LOS GENERALES EN LA PRIMERA LÍNEA

Conceptos sobre la acefalía y el encéfalo.— La revolución de la maleta.— Tres generales, tres presidentes.— Audiencia, atraco y secuestro en el palacio presidencial.— La Concordancia. — La camperada.— La rosca paupérrima.— El entreguismo desde Quintanilla hasta Peñaranda.

"Su carta de triunfo era la estupidez. y su estupidez era su principal rasgo de astucia"

Arturo Moeller Van Den Bruck

Con la velocidad con que la carpa de un circo se abate al retirar el poste maestro, desapareció, en menos de 24 horas, del panorama nacional la revolución militar-socialista. Arraigada ésta apenas en la existencia física de Busch, reapareció intacta la vieja estructura oligárquica con la vanguardia del comando del ejército. A las 6 de la mañana del suicidio-asesinato, el general Quintanilla acudió al hospital de Miraflores, comprobó que Busch con el cráneo despedazado de un balazo no podría nunca más ponerse en pie, y regresó a toda velocidad al centro de la ciudad, donde con sus camaradas del Estado Mayor ocupó el Palacio, instánlandose de hecho en la presidencia. La grosería de este acto no se destaca tanto por la manera de aprovechar de la trágica situación, sino de aprovecharla para restaurar la oligarquía y liquidar las tentativas libertarias de Busch.

A las 10 de la mañana algunos universitarios simpatizantes del Vicepresidente Baldivieso promovieron una manifestación encabezada por Hernán Siles, a la puerta del Palacio, pero el pueblo se mantuvo indiferente. Los militares expulsaron impunemente del Palacio al Vicepresidente y así, libres del temor a Busch, que estaba agonizante, operaron el golpe que, según la terminología de Lenoir, es el característico "golpe de Estado Mayor". Los autores de ese abuso de la fuerza no adujeron otro título legal revolucionario para asaltar la presidencia que la acefalía del Poder Ejecutivo. Para hacer aceptable tal argumento, habría sido necesario que los generales matasen también al doctor Baldivieso, personaje a quien, hasta la noche anterior, todos ellos rendían acatamiento como a Vicepresidente. Estando éste vivo, resultaba injusto y escandaloso invocar la acefalía, si se tuviera en cuenta, además, su excelente cabeza de intelectual. La acefalía sobrevino más bien, con patentes manifestaciones, al ser Presidente el general Quintanilla. Aparte de esta interpretación encefálica, si se argüía que Baldivieso había renunciado a su derecho legal a la sucesión al comprometerse en el golpe contra el Parlamento, no por eso lo había adquirido Quintanilla, a quien nadie había nombrado ni Vicepresidente ni vicedictador.

Los intentos de movilizar la opinión a favor de un legalismo resucitado para Baldivieso, sólo comprobaron la miseria de los seudopartidos que apoyaban a Busch. Los ministros que en el gabinete daban asiento de preferencia al Excelentísimo señor Vicepresidente Baldivieso, lo abandonaron tranquilamente, pasándose al lado de Quintanilla.

A falta de un movimiento de opinión, los amigos de Baldivieso, en la dulce esperanza de que podrían levantar algún regimiento de carabineros, idearon un plan cuyos autores recordaron entonces al general Peñaranda, puesto en retiro. El plan consistía en que Peñaranda se presentaría con su vestimenta e insignias de general en un cuartel ya preparado, arengaría la tropa y la sacaría consigo para dominar el Palacio. A fin de no despertar sospechas de los agentes de Quintanilla, Peñaranda no debía salir vestido de general, sino de civil. En consecuencia metióse el uniforme en una maleta y colocada ésta, el general, y el doctor Javier Paz Campero en un automóvil, todos tres anduvieron desde las 10 de la mañana hasta las 7 de la noche de un local a otro, por las proximidades de los cuarteles, esperando la contraseña para emplear el uniforme militar. En cierto momento llegó la noticia de que el regimiento Calama estaba listo para ser sublevado, y el general se cambió de traje rápidamente. Por desgracia, a poco llegó el desmentido, y el general tuvo que volver a vestirse de

civil. Total, que a la hora de comer, todos regresaron a sus respectivos domicilios, cansados, decepcionados y con el uniforme en la maleta.

El momento en que Busch expiraba, a las 2 de la tarde, el general Quintanilla se declaró Presidente provisorio, en una proclama difundida por radio, en la que juró que continuaría y cumpliría la obra del malogrado caudillo. Los nuevos ministros, que eran los antiguos, andaban como una tropilla de ganado sin dueño. Su gesto bizarro había desaparecido totalmente de sus rostros y no encontraban otro cobijo que complicarse con el asalto militar. Dóciles a la maniobra, prestaron sus nombres para que el gobierno engañase al pueblo con la fisonomía del anterior. No se libraron, por ello, de ser después desahuciados poco a poco, como los saldos de un régimen indeseable. Uno de tales ministros, Mario Flores, que ocupó la cartera de Propaganda, al juzgar la conducta de sus colegas, años más tarde, los calificó con desenfado de **"gallinas criadas bajo las alas de un águila",** en meritorio acto de expiación pública, porque no se puede suponer que Flores olvidase haber sido una de dichas gallinas.

Cuando el ataúd de Busch ingresaba al sepulcro entre alameda de banderas, Quintanilla reiteró el juramento de proseguir su obra, uniendo al juramento gesticulación y voz enronquecida por la sinceridad.

El provisorato de Quintanilla, sin embargo, constituye uno de los casos históricos más graves de traición a su procedencia inmediata que era el gobierno de Busch, y a su más inmediata que era el movimiento de post-guerra. Quintanilla era el jefe del ejército de Busch a cuyo lado estuvo durante todo su gobierno, solidario en todos sus actos, así fuese la Dictadura o el Decreto del 7 de junio. Su adhesión le llevó hasta ordenar "capture y fusile al general Toro" cuando éste se levantó contra Busch. Sin embargo, al tomar el gobierno, Quintanilla asumió como un deber liquidar los pocos progresos conseguidos en los dos gobiernos militares que había servido, y en oprimir toda tendencia popular, para entregarse con dolmán, botas, espuelas, casco, condecoraciones y entorchados a la Rosca. La aspiración de post-guerra, bien o mal interpretada, era inconfundible: contraria a la oligarquía responsable de la derrota del Chaco. Así lo entendieron Toro y Busch. Pero Quintanilla se banderizó como un campeón de la casta oligárquica, como un adicto del partido liberal insepulto, como un agente de la Gran Minería y de las roscas y subroscas explotadoras, e hizo del provisorato una nueva primavera de la reacción . Más no habría podido hacer si hubiera derribado a Busch con una sangrienta revolución derechista.

* * *

La acción de Quintanilla pudo desenvolverse sin obstáculo ninguno, mostrando el fracaso de la política dictatorial, concentrada en un dictador sin partido y rodeado de saboteadores. La Rosca maniobró libremente desde el mismo instante de la desaparición del dictador. Ejercitó su derecho consuetudinario ya conocido: gobierno provisorio para preparar la elección del Presidente y Parlamento constitucionales, ambos del agrado de las grandes empresas. Para la constitucionalización del país, la Rosca usó su facultad de mimetismo. No mencionó ya el civilismo con el que había hecho campaña a Toro y a Busch, sino que dirigió sus miradas sobre los galones. Después de Quintanilla, solamente otro general podía tomar el poder para dirigir al ejército y, por medio de éste, dominar al pueblo.

Figuraba en primer término del orden de formación, el general Bernardino Bilbao, llegado de Europa hacía pocos meses. En el momento en que el dictador agonizaba, circuló la presidencia entre los generales del estado mayor en mutuos ofrecimientos. Quintanilla, jefe del Estado Mayor, reconoció la jerarquía superior de Bilbao, comandante en jefe.

Prosigo aquí con un método dialogado, en modesta imitación del que emplea Bernard Shaw para explicar el origen del sistema inglés de partidos en su libro "Guía Política de Nuestro Tiempo".

PERSONAJES: generales Quintanilla, Bilbao e Ichazu. Un coronel borracho. Coro de generales y coroneles. **ESCENA:** Oficina del Estado Mayor.

QUINTANILLA.— **Señores generales, señores coroneles; hasta ahora hemos sufrido una especie de arresto impuesto por los subalternos. Ahora se acabaron los capitancitos. Ha llegado el momento de restaurar la jerarquía. La presidencia de la República corresponde al general más antiguo. He dicho.**

CORONEL BORRACHO.— **¡Al más macho!**

BILBAO.— **De acuerdo al estatuto orgánico de generales, le corresponde al comandante en Jefe del Ejército, es decir, al suscrito. He dicho.**

CORO DE GENERALES.— **¡Viva nuestro estatuto!**

CORONEL BORRACHO.— **Lo que quiere el general Quintanilla es hacer valer su estatura sobre el estatuto.**

QUINTANILLA.— **Yo hago valer mi antigüedad. Yo era ya general cuando ustedes no eran ni coroneles.**

CORONEL BORRACHO.— **Por el escalafón es más viejo; pero por el cargo es más joven que Bilbao.**

ICHAZO.— La presidencia le corresponde: primero al jefe del Comando Supremo; segundo, al jefe del Estado Mayor General; tercero, al subjefe del Estado Mayor General; cuarto, al ministro de Defensa; quinto, al comandante de la Caballería; sexto, al comandante de la Artillería; séptimo, (sigue enumerando hasta 100)....

CORONEL BORRACHO.— ¡Basta! El asunto es que sea cualquiera, menos un civil. He dicho (Aplausos en el coro).

QUINTANILLA.— No perdamos tiempo. Hay que salvar la patria.

BILBAO.— Yo estoy listo.

ICHAZO.— Id, id, como dice ese cuento tarijeño.

CORONEL BORRACHO.— Córtela. Ese cuento es conocidísimo.

ICHAZO.— Bueno, ¿qué es lo que usted quiere, mi coronel?

CORONEL BORRACHO.— Lo que queremos todos: ser Presidente.

CORO GENERALES.— Los borrachos siempre dicen la verdad.

QUINTANILLA.— Entonces, decidamos a la suerte...

CORO GENERALES.— ¡A los dados!, ¡a los dados!

BILBAO.— ¡Nada de dados en esta respetable repartición castrense!

ICHAZO.— No olvidar, camaradas, que hay dos presidencias...

CORO DE GENERALES.— ¿Cómo?... ¿Está también borracho?...

ICHAZO.— Los zonzos son ustedes. Hay, primero, la presidencia provisoria por seis meses; segundo, la presidencia constitucional por cuatro años; tercero...

CORO GENERALES.— ¡Basta, basta! Con las dos basta.

ICHAZO.— Por ahora.

QUINTANILLA.— Entonces, pongamos nuestras cartas a la vista.

BILBAO.— ¡Ni dados, ni cartas, he dicho!

QUINTANILLA.— Lo decía por metáfora.

BILBAO.— ¡Tampoco malas palabras!

QUINTANILLA.— Quiero decir que seamos francos: escoja Ud., general Bilbao, como comandante supremo del ejército, cual de las dos presidencias prefiere.

BILBAO.— Yo quiero la presidencia "casada" con la Constitución.

CORONEL BILBAO.— (Tonadeando). Más vale pájaro en mano...

QUINTANILLA.— ¡A ver, dos soldados! ¡Que saquen a ese borracho!

CORONEL BORRACHO.— Al que me saque, lo limpio... (muestra una pistola)

CORO DE GENERALES.— (Unánimemente). Hay que tenerle consideraciones. Está mareado.

ICHAZO.— (Guiñando el ojo a Quintanilla). **Como mi general Quintanilla es sumamente impopular —(yo sé de memoria las coplas que le cantaban en Tarija)— él tomaría la presidencia provisoria, por tres meses.**

CORONEL BORRACHO.— **¡Qué táctica!**

ICHAZO.— **Y como mi general Bilbao es popularismo, iría a la presidencia constitucional, laaarga..., con elecciones.**

CORONEL BORRACHO.— **¡Qué estrategia!**

Los dos soldados que han entrado a sacar al borracho.— **¿Y el pueblo?**

QUINTANILLA.— (Creyendo que la pregunta parte del coro de generales). **Al pueblo le daremos su oportunidad de votar por el candidato militar.**

CORONEL BORRACHO.— **¡Estos son los que se han permitido hablar!** (Expulsa a puntapiés a los dos soldados encargados de expulsarlo).

ICHAZO.— **Muy bien, todo arreglado. No hay más que dar la orden de guarnición, mi comandante supremo.**

QUINTANILLA.— **Ordene, mi comandante en jefe.** (Se cuadra).

BILBAO.— **Como comandante en jefe, ordeno al general Quintanilla que tome a presidencia provisoria. Queda reconocido en tal cargo. Ahora ordene, mi capitán general.** (Se cuadra).

QUINTANILLA.— **Como capitán general del Ejército, ascendido hace un segundo, le ordeno, general Bilbao, que espere la presidencia constitucional. Yo le daré una manito** (guiña el ojo a Ichazo).

CORO GENERALES.— **¿Y nosotros?**

QUINTANILLA.— **¡Caramba, habrá para todos! Ahora, para tomar la provisoria debo correr al Palacio.**

CORONEL BORRACHO.— **Correr, correr... ¡Si no hay enemigo al frente!... Esperemos que Busch muera, por lo menos.**

QUINTANILLA.— **Ya ha entrado en coma.**

UNO DEL CORO.— **¿Coma? ¿Qué es eso?**

ICHAZO.— **Es lo mismito que punto final.**

QUINTANILLA.— **En el saber madrugar está el éxito de la maniobra, dijo Napoleón. Hay que llegar antes que Baldivieso esté sentado en el despacho.**

CORO DE GENERALES.— **¿Baldivieso? ¿Con que derecho? ¡Adelante!**

Se levantan todos —menos el coronel ebrio, que se queda dormido —y avanzan hacia la salida. Gran vocerío y ruido de espadas: "¡Viva el orden! ¡Viva la jerarquía! ¡Heil por el Ejército! ¡Adelante, al asalto, a la bayoneta!". CAE EL TELÓN.

Es presumible que, si no en la forma, en su contenido, el pensamiento militar sobre el mandato presidencial está reflejado en el anterior coloquio. En justicia, debe reconocerse que en 1939 los generales operaban sobre una sucesión discutible. En 1951, el general Huguito Ballivián y sus amigotes crearon artificiosamente la acefalia, o "mamertazo", en complicidad con el Presidente Urriolagoitia para no entregar la presidencia al mandatario electo Paz Estenssoro, y se repartieron el Poder Ejecutivo como botín.

* * *

Los pronósticos militaristas sufrieron una leve modificación, al ser defraudado el general Bilbao y sustituido por el general Peñaranda, mediante una operación que mostró un cauteloso sentido selectivo de la Rosca. Al repartirse el porvenir gubernamental los generales Quintanilla y Bilbao, los demás generales y coroneles que a continuación hacían cola, aceptaron el acuerdo en la esperanza de que también alcanzarían el turno a su debido tiempo, por derecho de post-guerra. Mas una circunstancia del azar determinó que la Rosca, que manejaba toda esa hilera, hiciese saltar puestos al último de la cola, ¡quién diría! A aquel que asomaba modestamente, con el plato de aluminio y el jarro en la mano, contemplando muy lejana la olla del rancho presidencial. Peñaranda, vuelto del Chaco como afortunado generalísimo de un ejército infortunadísimo, quedó como comandante en jefe hasta el gobierno de Busch, cuyas sospechas desperto, motivo por el que fue retirado y recluido en su finca de Sorata. Hallándose en La Paz, al ocurrir la muerte de Busch, compartió en la dulce conspiración de la maleta, cuyo fracaso dejó a Peñaranda en el último lugar del escalafón presidencialista. Pero posteriormente acaeció el súbito deceso político del general Bilbao, que cayó víctima de sus graves errores tácticos.

Bilbao poseía gran autoridad en el ejército; se suponía que no sólo la que le confería su condición de jefe supremo, sino la de su persona de enérgico y abstemio militar. Se le consideraba el líder de la oficialidad joven, de aquella que se educaba en la Escuela de Guerra de Cochabamba y que constituía la flor nata del ejército. Los sectores socialistas, desconcertados por la muerte de Busch, especialmente la Legión de

exCombatientes, deseaban depositar en manos de Bilbao la defensa de sus intereses.

En representación de un grupo de oficiales de reserva, tuve oportunidad de hablar con Bilbao al respecto. Poseía vagas ideas políticas, lastradas por la teoría liberal y por los mitos de los grandes valores oligárquicos. Se debatía en un mar de vacilaciones que creía dominar a bordo de la energía y la disciplina. Sin embargo, parecía susceptible de dejarse llevar por el sentimiento revolucionario, con las sugestiones que sobre él hacían ciertos grupos de izquierda, que así se calificaban los contrarios a la Rosca. Bilbao aspiraba a una reunión de todos los sectores bajo su mando, como en el cuartel. Pero sus relaciones con la izquierda le comprometieron ante la Rosca, la cual trasmitió a Quintanilla su temor de que Bilbao, obedeciendo al estímulo de los revoltosos, se hiciese dueño del gobierno con nada mas que dar la orden. Nos manifestó, a Pepe Cuadros y a mí, que estaba seguro que le bastaría apretar un timbre para que el ejército unánimemente lo colocara en lugar de Quintanilla; pero que no quería hacerlo por su certidumbre de obtener un gran éxito electoral. Sus relaciones con Quintanilla se mantuvieron siempre cordiales, y más aún, cuando Bilbao desautorizó ásperamente a unos oficiales de reserva que encabezados por Raúl Molina, Alberto Mendoza López, Juan Valverde Figueroa, Adrían Barrenechea, Donato Gonzáles y Raúl Bravo, pidieron audiencia al general Quintanilla. Este les recibió cordialmente y cuando esperaba que le prestaran su adhesión... le pidieron la renuncia y que entregase de inmediato la presidencia a Bilbao. Los mismos oficiales desautorizados por Bilbao le pidieron entonces, que, por lo menos, les proporcionase armas para su defensa personal, porque tenían la intuición de que Bilbao sería víctima de un contragolpe. El general ofreció hacerlo y dio orden al arsenal del ejército que enviara a su casa un cajón que contenía 20 pistolas Colt. Esta situación de paz y concordia, el 25 de octubre de 1939 a horas 19:30, el general Bilbao, fue llamado al palacio de gobierno en nombre del Presidente "para asuntos de servicio". Llegado al palacio, pasó ante la guardia que le rindió honores y subió al segundo piso, donde lo esperaba el edecán Brito, quien le dijo que el Presidente le rogaba disculparlo, porque no había calculado bien el tiempo y se encontraba aún en consejo de gabinete, el cual se prolongaría siquiera una hora más. Se retiraba el general Bilbao y otro edecán, acompañándole, le manifestó que el ascensor no funcionaba, para conducirlo engañosamente hacia una estrecha escalera cubierta íntegramente, que se desarrolla en ángulo y que comunica el segundo piso con el primero. Allá, en el extremo inferior de la escalera, aparecieron figuras siniestras

de civiles y militares que cortaron al general el paso. Tratando de replegarse, volvió hacia arriba y en el extremo superior, otras figuras igualmente siniestras le esperaban. Avanzando ambos grupos intimaron al general su rendición, y como éste se resistiera, lo acometieron, acogotaron y golpearon a puñetazos y puntapiés, tratando de privarle del sentido con golpes de laque, provocándole lesiones, roturas y contusiones antes de conseguir su objetivo. El eco de los golpes inferidos al Comandante en Jefe del Ejército e ilustre visitante del Palacio, así como las voces que lanzaba, fueron escuchadas por los ministros que continuaron sesionando imperturbables.

Disuadida en una forma así caballeresca y razonable, de sus propósitos constitucionales, el general Comandante en Jefe del Ejército fue luego introducido en un sótano donde le quitaron el uniforme y le pusieron el traje del ascensorista. Atado de pies y manos, en altas horas de la noche fue extraído por la puerta trasera del Palacio y desterrado en autocarril a Arica. El pasaporte estaba listo desde el día anterior, con conocimiento del Canciller Ostria Gutiérrez cuya presencia en este turbio acontecimiento remata la selecta categoría de personajes que prepararon y cooperaron en el gangsteril atraco.

El día 27 el general Antenor Ichazo colaborador de Bilbao en el Estado Mayor, publicó un **comunicado** admitiendo su entera responsabilidad por la prisión y destierro de su jefe. No hizo mención a las contusiones y heridas, que fueron catalogadas por la víctima en un manifiesto que publicó a poco en Arica. El plan del atraco fue urdido también por civiles, los que pertenecían, todos, a la Augusta Orden Masónica. En casa de Néstor Galindo, abogado de Hochschild, se hizo una reunión de altos rosqueros para medir la presión anímica de Bilbao, la que marcó un índice desfavorable por su rudeza y su engreimiento, en los que se percibió el peligro de una acción subversiva contra Quintanilla. Se conjuró entonces el atraco, encomendando su ejecución a un grupo de oficiales y civiles tarijeños que gozaban de mutua confianza de Quintanilla e Ichazo. Por confusión de apellidos se atribuyó complicidad en el hecho al edecán Heliodoro Galindo, quien estuvo ausente del Palacio cuando Bilbao fue obligado a descender por la escalinata presidencial.

Anoticiados de la desaparición de Bilbao, a las pocas horas, once oficiales de reserva consideramos llegado el momento de iniciar la sublevación contra Quintanilla. No se hallaba por ninguna parte aquel timbre que bastaba apretar para que todo el ejército se pusiese de pie en amparo de su jefe. Los excombatientes tampoco se hicieron visibles. Entre los once acudimos al Colegio Militar, en San Jorge, cuyo director era el

hermano de Bilbao, Sinforiano. Nos armamos allá; los cadetes se colocaron en apronte, y redactamos e imprimimos en mimeógrafos un manifiesto protestando por el atentado contra Bilbao y desconociendo el gobierno de Quintanilla. Pero la población y los regimientos se mantuvieron imperturbables y el Colegio fue rodeado por las fuerzas del gobierno. En función aplacadora apareció el maestro masón Héctor Ormachea Zalles, como parlamentario del gobierno, aduciendo que como Rector de la Universidad cuidaba de la suerte de los cadetes, que consideraba también estudiantes. En realidad, venía a coordinar las cosas masónicamente. Entretanto en Cochabamba la escuela Superior de Guerra, cuya oficialidad era íntegramente partidaria de Bilbao, hizo una demostración de protesta formal. Viajó entonces a aplacarla Ostria, munido de cablegramas fabricados en la Cancillería sobre la situación internacional grave, gravísima. Los oficiales que no esperaban más que esto, enviaron una delegación pacificadora a La Paz, para hablar con Quintanilla y también con los sublevados del Colegio Militar. Fue entonces que ví otra vez a Gualberto Villarroel y hablé con él, dentro del Colegio que todavía continuaba sitiado. Los oficiales de Cochabamba fueron invitados a almorzar con Quintanilla y obtuvieron una capitulación, por la que "las partes" se obligaban mutuamente: el general Quintanilla a restituir en su cargo de Comandante en Jefe del Ejército al general Bilbao (Bernardino) en el término de 10 días; a mantener en la dirección del Colegio Militar a Bilbao (Sinforiano); y a no tomar medidas de sanción contra ninguno de los **elementos** militares que participaron en la sublevación del Colegio. Por su parte, el coronel Bilbao (Sinforiano) deponía las armas.

No obstante que el compromiso se firmó con la garantía de los delegados de la Escuela de Guerra, el general Bilbao (Bernardino) no pudo regresar sino 10 años más tarde y el coronel Bilbao (Sinforiano) fue exonerado de su cargo ese mismo día. Esta fue la afortunada circunstancia que favoreció la actualización del general Peñaranda, cuya autoridad empleó Quintanilla para que se presentase en el Colegio Militar a recibir de Bilbao (Sinforiano) el mando.

Los once civiles para los cuales la capitulación no estableció garantía alguna, quedamos entregados a nuestra propia iniciativa. Los que no pudieron huir, fueron confinados a Apolo. Yo alcancé a llegar a la Legación Argentina, de donde logré salir a Cochabamba y permanecer allá gracias a un salvoconducto que, de ocultas de Quintanilla y de Ostria Gutiérrez, me hizo llegar el general Demetrio Ramos, ministro de Gobierno, a quien me unió siempre una invariable amistad.

El general Bilbao, no curado aún de las contusiones y consiguientes cardenales logrados en el palacio del general Quintanilla, recibió de éste en Arica el nombramiento de Agregado Militar a la Legación en Londres, cargo que aceptó en calidad de indemnización.

* * *

La oligarquía consideró llegado el momento de formar sus filas y hacerse presente en una demostración pública. Galvanizó la "Concordancia" de partidos y organizó un mitín de adhesión a Quintanilla. Al mismo tiempo, la desenfrenada actuación de éste en servicio de la Derecha caldeaba de indignación a los socialistas de Toro y de Busch, a los excombatientes, universitarios y otros sectores populares defraudados.

En perfecta formación la "Concordancia" ingresó a la plaza Murillo, cual un saldo del pasado con su cría de la mano: los fascistoides de la "Estrella de Hierro". A la cabeza de ellos Willy Gutiérrez, en exteriorización freudiana del complejo financiero que reunía a la "Concordancia", exhibía al público —que espontáneamente rechiflaba desde las aceras al desfile— un fajo de billetes de a mil, como quien porta una banderola. En cierto momento se desencadenó un choque que se extendió desde la esquina de la calle Socabaya, donde Paz Estenssoro, Guevara y Pepe Cuadros fomentaban la rechifla , hasta la esquina de la calle Ayacucho, en que un grupo de universitarios dirigidos por Hernán Siles hostilizó también a la "Concordancia", mientras el Presidente Quintanilla vociferaba desde el bancón. Esta gresca fue un ligero tropiezo de la "Corcondancia" en su camino al poder constitucional.

Otro ligero tropiezo, sin consecuencias, tuvo la **Restauración** cuando su débil calidad política y moral hizo suponer a los autores del atraco a Bilbao, que podrían dar un golpe por su cuenta, para hacer Presidente al general Ichazo. Fue Antonio Campero Arce, vuelto de Europa, quien indujo al cuartelazo a algunos audaces militares, parientes suyos, por lo que el golpe se denominó "la camperada", comprometiendo también a un sector socialista. El general Quintanilla, que se levantaba a las 5 de la mañana, sorprendió un movimiento de tropa en la Plaza Murillo y la hizo retirar, frustrando así la operación. Ichazo, al verla fallida, se puso rápidamente de parte del Presidente provisorio, abandonando a los motineros. Más tarde, grupos de concordancistas, de "Estrellas de Hierro", empleados de la Cancillería y algunos antimilitaristas como Hernán Siles y Rafael Otazo, hicieron una demostración antigolpista. Reunida la gente en la plaza, el general Quintanilla pronunció varios discursos y los concordancistas otros tantos, anunciando en cada uno de ellos órdenes de fusilamiento, que

eran entusiastamente aplaudidas por el público. Los aplausos no pasaban de ser manifestaciones inocentes, dedicadas a masacres verbales, porque ambos (Quintanilla y el público) sabían perfectamente que tales órdenes se reducían a conseguir el efecto oratorio. Los socialistas, entre ellos José Tamayo, fueron castigados con el confinamiento. Los militares fueron nombrados Attachés en legaciones del extranjero.

* * *

El gobierno de Quintanilla no constituyó tan sólo un provisorato. Fue el característico régimen de "Restauración". Cumplió una finalidad en sí mismo: la de devolver rápidamente a la oligarquía todo aquello que le había sido restado desde 1936. Restauró el poder supremo de las grandes empresas económicas sobre el gobierno, y aprovechó de su situación de facto para derogar el Decreto del 7 de junio. Inició el empapelamiento del Banco Central con las emisiones inorgánicas, es decir, sin destino útil. Dirigió el sabotaje contra Yacimientos Petrolíferos Fiscales, para llevarlos al fracaso y preparar el retorno de la Standard Oil. La misión de los ministros de Busch —Foianini y Herrero— para conseguir la instalación de fundiciones de estaño en Bolivia, fue cancelada sin explicación ninguna, clausurando de esa manera la posibilidad de que Bolivia ingresara como país autónomo al mercado internacional. El monopolio minero obtuvo todas las bases que le proporcionó Quintanilla para sus planes futuros: la base económica y la organización política. Aunque el decreto derogatorio del 7 de junio no absolvió a la minería de la obligación de entregar sus remanentes, ésta no lo entregó jamás.

Quintanilla puso toda su incapacidad en manos del Superestado para que éste asumiera la dirección política y financiera del gobierno. Presumiendo de aristócrata, no creyó desdoroso rendir ante la Rosca su proverbial altanería de respetado jefe y de arrogante militar, educado en la escuela prusiana. Se publicó en un folleto de Belmonte titulado "las causas de nuestra rebelión", que los abogados Manuel Carrasco y Néstor Galindo, patrocinantes de las empresas mineras y la de Standard Oil, desde el bufete Calvo llamaban por teléfono al Presidente provisorio, diciéndole confianzudamente "oye, loco".

El diario "Pregón", dirigido por Roberto Jordán Cuéllar, que para denunciar el camino rosquero que emprendía el gobierno, tuvo la ocurrencia de reproducir el discurso-juramento en que el general Quintanilla se comprometió a proseguir la obra de Busch, fue clausurado por orden de éste. Quintanilla, anteriormente clarín de la imparcialidad del ejército en la política, fue el generalísimo del asalto, oligárquico al

poder. No es por tanto extraño que, al dejar el provisorato, en el Senado nacional ya organizado, los liberales agradecidos presentaran el proyecto de ascender a Quintanilla al grado de Mariscal. Era el vencedor incruento de la batalla contra el socialismo de post-guerra. El mariscalato no prosperó y sólo produjo algunas chirigotas en prosa y en verso. Prefirió el frustrado mariscal la Embajada ante el Vaticano. Puesto que Gosálvez la ocupaba, para desocuparla envió un cablegrama a éste, dándole a entender que sería su candidato a la presidencia, en lugar de Bilbao. Gosálvez mordió el anzuelo. Renunció la Embajada, regresó a Bolivia y no consiguió nada. Pero entretanto, en su lugar fue nombrado embajador Quintanilla.

* * *

Los partidos democráticos civiles eligieron candidato presidencial al general Enrique Peñaranda. Una vez más demostró la Rosca su habilidad camaleónica: antimilitarista y militarista; constitucional y anticonstitucionalista; poseedora de un elenco torista y otro buchista para los gobiernos revolucionarios, y de una reserva mixta de generales y doctores para la restauración oligárquica. En el gobierno de Busch la Rosca combatió la forma democrática identificada con la Convención, abriendo a Busch el camino de la dictadura. Para la muerte del dictador, la Rosca tenía ya listo a Quintanilla, en su doble papel de militar y de restaurador de la Constitución. Como el predominio militar era opuesto al sentimiento público, la Rosca disimuló su conexión con los militares y se mostró antimilitarista. Pero cuando estuvo en condiciones de controlar el ejército mediante Quintanilla, ya le pareció patriótico tener un Presidente provisorio militar y un Presidente constitucional también militar.

Este continuo cambio de disfraces implicó el abandono de toda dignidad política. Para elegir su candidato al general Peñaranda, la oligarquía abandonó sus últimos escrúpulos, puesto que tal elección se hacía en un militar al que ella estigmatizara, singularizándolo como arquetipo de la inferioridad y de lo grotesco, y quien ni siquiera pertenecía a su clase, como pertenecía Quintanilla.

Si las presidencias de Toro y de Busch habían sido impuestas por la fuerza, ungir por decisión libre de los partidos civilistas al general Peñaranda, suponía un desenfado propio de la decadencia de una casta sin decoro. La Rosca proclamó su desprecio por su propia tradición al imponer ese militar ante la indefensión del pueblo. Su política oficial de escándalo cuando Toro y Busch se hicieron presidente —política que opuso particularmente al segundo la tacha de ignorante—, se tornaba súbitamente comprensiva de las virtudes de un militar de calidad mental

inferior, no sólo a Busch, sino al standard de todos los generales y coroneles. Peñaranda fue el candidato único del civilismo democrático, y aun los salamanquistas, que le habían condenado con los epítetos más ignominiosos desde el "corralito" de Villamontes, le abrieron paso. En un comienzo pasivamente, para después de empinado en el sillón presidencial como en un sillón de lustrabotas, darle adhesión y brillo, junto con los liberales. Le colaboraron Joaquín Espada, Enrique Hertzog y Luis Calvo, como sus ministros, y Demetrio Canelas y Rafael Ugarte como sus amigos y consejeros, olvidados todos de haber sido ministros de Salamanca.

La elección canónica y ecuménica de Peñaranda tuvo por único contendor a José Antonio Arze, que figuró como candidato presidencial de la izquierda comunizante. Esta candidatura de carácter "técnico", se fomuló al solo objeto de mostrar volumen presidencial ante las centrales extranjeras de las que dependía Arze. Conoció sistema de cotización entre comunistas para presentar en el exterior valores falsos. Las masas mineras votaron por Arze, sin conocerlo, atraídas por la propaganda obrerista de su candidatura.

Otra excepción opositora constituyó la autoproclamación de Rafael Otazo a la diputación por La Paz. Joven excombatiente, de sentimientos militaristas y que concebía la política como una motocicleta: hacer ruido y batir records, Otazo atacó de frente la candidatura presidencial de Peñaranda, actitud que le conquistó súbitamente la adhesión del electorado de La Paz. Desconocido hasta ese momento sumó un número de votos jamás alcanzado antes por ningún otro diputado, si bien es cierto que Peñaranda obtuvo también gran mayoría en La Paz como candidato presidencial. Tal era el resultado del caos elaborado por la Rosca para desorientar a la opinión pública.

* * *

Esta desorientación me referí en un manifiesto que publiqué en "La Calle", analizando las causas de la derrota de mi candidatura a diputado por Cochabamba, en marzo de 1940. El fértil argumento con el que se me combatió fue el de ser prácticamente ajeno a Cochabamba, porque vivía en La Paz desde hacía muchos años, objeción de carácter localista decisiva en aquel momento , pero usada solamente contra los enemigos de la Rosca. En mi manifiesto señalé que mientras el argumento era valedero contra quien, como yo, había salido de Cochabamba muy joven a ganar la vida en la capital de la República sin claudicar ante los poderosos, el mismo hecho no restaba capacidad electiva a Manuel

Carrasco, ausente de Cochabamba hacía 30 años, pero abogado de la Standard Oil, abogado de Patiño y abogado de Hochschild y triunfante en la elección.

No habiéndose presentado ninguna otra objeción para que mi ciudad natal me negase sus votos, resultaba evidente que sólo la autoridad moral de quienes la manejaban podía causar efecto en la opinión local. Quienes poseían tal autoridad y la ejercían para distraer sus ocios aldeanos, eran los socios del Club, los intelectuales y ciertos excombatientes que habían resistido ventajosamente las picaduras de mosquitos en el Chaco. Uno de esos señores era un poeta en cuya persona, dialécticamente, la envidia que me tenía le hizo salir un ántrax en el pescuezo. Los excombatientes pertenecían a la pobrísima clase media y, sin embargo, se constituyeron en instrumentos de una campaña política en favor de la oligarquía. No imputé mi derrota al pueblo de Cochabamba, privado en un 90 por ciento del derecho al voto, sino a la aburrida minoría de mediocres y ociosos que empleaban sus energías en hacer al Superestado —que mantenía a Bolivia y consiguientemente a Cochabamba en la miseria— el obsequio de privarle de un adversario en el Parlamento.

Este fenómeno ratificaba los alcances de la influencia del Superestado en la conciencia de los mismos explotados, influencia capaz de ponerlos en contra de sus propios defensores.. Mis años de lucha en defensa del pueblo venían a ser descalificados por las rosquitas locales de Cochabamba, que se creían solidarias con el gran capitalismo, no obstante padecer una pobreza igual a la de toda la llamada pequeña burguesía del país semicolonial. Los patrones invisibles del país (compañías anónimas o sujetos tan fantásticos como Simón Patiño; a quien ni de muerto tuvieron los cochabambinos el honor de verle la cara), dominaban la opinión pública al través de una minoría de pequeños afincados, modestos capitalistas y paupérrimos componentes de la clase media. Muchos de éstos (los intelectuales y excombatientes) no tenían siquiera acceso al reparto de la limosna que la industria minera dejaba en el país.

* * *

Los observadores anteriores conducen al verificativo de la explotación de todas las clases de Bolivia por un poder extraño que, al aniquilarlas económica y conciencialmente, las igualó bajo un régimen de subalternización general.

Los servidores nativos del capitalismo internacional forman en todas partes una oligarquía. Pero el nivel económico de los grupos bolivianos marcó, respecto de las oligarquías de otros países semicoloniales, una

diferencia tan fuerte que de lo cuantitativo trascendió a lo cualitativo. Dejó de ser oligarquía para convertirse en Rosca. La diferencia nació del estrechísimo y humillante margen de participación que la Gran Minería dejaba a sus sirvientes, comprendido el Estado, un margen tan estrecho que Quevedo, si fuera contemporáneo, se habría inspirado en él para describir el trato que daba a sus pensionistas el Licenciado Cabra. En otras naciones, el capitalismo internacional había anudado sus intereses con un sector nacional que se locupletaba con cierta alta participación en las ganacias de aquél. En Bolivia, la retribución del gran capital se reducía, fuera de poquísimos altos sueldos a cuatro abogados y gerentes, a permitir el recojo de las sobras del banquete. La escasez de la ración determinó a la clase dirigente boliviana a cerrarse, a achicarse, a ceñirse en rosca o círculo de bronce, parecido al del salario, sin esperanza de ensanchamiento ni progreso.

El amo no daba para una oligarquía o una plutocracia. Daba, a lo más , para una "rosca". Los líderes de esa Rosca apoyaban la política de entrega y sumisión del Estado a las maniobras de expoliación del país; defendían los fraudes de los millonarios; encubrían su tacañería y calificaban de atentados de la izquierda, posteriormente del nazifascismo, toda demanda de mejoramiento humano o progreso nacional o regional. Dichos líderes creaban una opinión pública adversa a la soberanía y llegaron a predicar el credo de la pobreza como norma de vida nacional, para proteger las ganancias del señor Patiño. Y sus exponentes de media ración, aun conseguían hacer derrotar a los candidatos opuestos al Superestado, como en mi caso, y en el de Carlos Montenegro, tambieen vencido en las elecciones de Cochabamba, no por la presión oficial, el palo o el lockeo, sino por un veredicto libremente expresado por la clase media a favor de los candidatos de la oligarquía.

A Cochabamba, su país natal, Patiño le hizo pleito por 3.000 dólares, cobrándole el valor de los rieles de un tranvía. Sin embargo la clase dirigente de esa ciudad confirió eponimia urbanística a los más ilustres mayordomos de la política explotadora de Bolivia. Hay allá una avenida "Blanco Galindo", una avenida—"Quintanilla", una avenida—"Salamanca" y una plaza "Simón I. Patiño"...

No sólo honores sino sangre exigió, a partir de Peñaranda, el patrón minero, permitiendo, en cambio, a sus agentes, por toda merced, que disfrutaban los puestos de la administración fiscal, que negociaran con las divisas del comercio o con los contratos de obras públicas, todo en modesta escala.

El Superestado minero hacía renumerar a sus servidores con el mismo Estado explotado. No podía rehuir, por cierto, ciertas propinas ocasionales a algunos de sus agentes: periodistas (que a veces, ante la exigua dotación pagada por una campaña que fructificaba en millones para la minería, se alzaban en rebelión chantajista)[1]; ministros a la firma de decretos[1]; ridículos préstamos a militares exilados, etc. Rara vez el Supe restado subvencionó elecciones de Presidente o de diputados[2]. Teniendo en sus manos el gobierno, las subvencionó con fondos del presupuesto fiscal. Con el Banco Central en el bolsillo, permitía conceder préstamos o aceptar descuentos y asignar cambios preferenciales de Hacienda y Economía, canalizaba la entrega de divisas y los contratos industriales y de comercio con el exterior, en dirección de sus servidores. De ese modo, los escasos impuestos que la Gran Minería pagaba al Estado hacían un recorrido circular para pagar a los agentes de la misma minería. Disponiendo de la Cancillería, premiaban a sus dependientes con Embajadas y Legaciones y, a veces, con el simple otorgamiento gracioso de pasaportes diplomáticos, que permitían introducir algunos artículos de contrabando.

Existían, además, otros curiosos medios de retribución que el Superestado concedía a sus agentes nacionales: la propaganda en el "social" de su prensa para asignarles distinción y, para los libertos de menor entidad, pero de buena voluntad, el salvoconducto de acceso a la Masonería o a los clubes de tahures, honor con que dichos libertos se sentían compensados de la no recepción de moneda acuñada.

Dentro de tales limitaciones, el Superestado o Rosca internacional dejaba libre iniciativa a la Rosca nacional, para mejorar su situación. La explotación del indio, la usurpación de propiedades, el negociado con fondos del presupuesto, la especulación, el agio, el chantaje, la coima, la malversación oficial, la evasión fiscal, el fraude aduanero, siempre que

---

(1) En 1943 "Ultima Hora" anunció que su director haría una jira por las minas para revelar al país la situación atroz de los obreros. La Asociación de Industriales Mineros pagó al acucioso diario Bs. 30.000, que "sugirió" para suspender dicha "jira".

(1) Cercada por un chantaje gubernamental, en 1950, la Gran Minería para obtener la derogatoria del decreto de 11 de agosto y su reemplazo por el de 30 de octubre, debió desembolsar una coima de algunos miles de dólares, a fin de que el Ministro de Hacienda quedara con la conciencia tranquila.

(2) Caso excepcioal fue el aguinaldo de 2 millones de Bs. Que los mineros le enviaron en una talega al Dr. Enrique Hertzog, en la Navidad de 1946, para sus gastos electorales. En 1951, Patiño, Hochschild y Aramayo, además de otros pudientes, acuotaron varios millones para la candidatura de Willy Gutiérrez. Este era ya un caso desesperado.

no mellaran los supremos intereses de la Gran Minería. Mas, como esto se realizaba en el standard paupérrimo de una república desnutrida por la misma Minería, el ejercicio de la Rosca permitió a pocos que hicieran fortuna, que unos ahorraran a fuerza de austero servilismo, y que otros tuvieran que seguir trabajando de viejos o dedicarse a vender pasaportes. La explotación de Bolivia le costó baratísimo al Supe restado minero. Sus agentes laboraban casi sólo por la comida, reproduciendo el sistema esclavista que el gamonal boliviano aplicaba sobre sus antepasados los **pongos.**

Toda la nación y todas sus clases fueron jerárquicamente expoliadas. Pero entre ellos, la clase privilegiada llamada "oligarquía" fue la única que jamás se insubordinó ante el patrón para reclamarle un nivel de vida menos humillante. Su defensa consistió en cristalizarse, en renunciar cada vez más a su calidad social y permanecer **enroscada.** No sólo Bolivia y su proletariado —fuente y cobijo de una de las fortunas más grandes del mundo— quedaron atrasados y misérrimos. También su llamada burguesía nacional resultó en comparación a la de otras naciones latinoamericanas, una lastimosa oligarquía de **huayra-levas.**

Educada y alimentada de esa manera, la casta privilegiada boliviana no alcanzó a poseer siquiera la arrogancia y la independencia que proporciona el dinero y, en su función meramente parasitaria, no pudo crear una cultura de clase ni una aristocracia con dignidad patriótica. El ensangrentado y magnificado Presidente Mamerto Urrolagoitia, que momentos antes de renunciar firma una orden de pago para sí mismo por 10.000 dólares, a fin de fugar con ellos en la mañana del día siguiente, es el último líder de esa casta.

* * *

En el declive cada más humillante por el que la Rosca descendía, tuvo que aplicar un método de inversión de valores en la selección de sus mandatarios. Anteriormente había llevado al poder a personalidades de talento: Montes, Gutiérrez Guerra, Salamanca, Tejada Sorzano. Pero a medida que el poder del Superestado avanzó sobre las facultades del gobierno nacional, era preciso que éste tuviera la menor significación posile. La ignorancia rebajada hasta casi el analfabetismo selló de ese modo diplomas para gobernantes. Este género de selección se había anticipado en forma aislada. Carlos Montenegro en "Nacionalismo y Coloniaje", dice, refiriéndose a Córdova:

"Era el primero de los muchos jefes militares cuya incapacidad ha constituido la razón de su ascenso al mando supremo. Era un verdadero precursor de los presidentes —doctores y generales— convertidos en el poder en ejecutores de ajenos designios y en bravos comandantes de gendarmería que desde el gobierno montan guardia celosa a los intereses de casta. No por su cuna humilde sino por la ignorancia de las responsabilidades que corresponden a la función del primer mandatario del país"... esos presidentes "son víctimas del fatal deslumbramiento con que el contacto de la plutocracia perturba el alma del mestizo cuando éste carece de dignidad".

Tal tipo de gobernante se normalizó desde 1939 por la técnica de la decadencia rosquera, como el más adecuado para su servicio. La Rosca escogió nulidades en lo intelectual, político y militares de perdido valimento, para insuflarles volumen de personas y alzarlos a situaciones eminentes desde las cuales le servirían agradecidos. Esa técnica originó el encumbrmiento de Peñaranda, como después el de Monje Gutiérrez, Hertzog, Urriolagoitia, Ballivián y los ministros de éstos, cuando la fabricación se hizo ya en serie.

Peñaranda era un mestizo alto y corpulento, de rostro inexpresivo, lleno, y de rasgos regulares como los de un cántaro, súbitamente deprimido en la parte superior, donde la frente ocupaba un pequeñísimo espacio trapezoidal entre las cejas y el nacimiento de la dura pelambre. Desprovisto de facultades intelectivas, poseía en cambio una tosca astucia, que le guió para exhibir precisamente su ineptitud como un salvoconducto polítco. Peñaranda explotó taimadamente su propia simplicidad, intuyendo que el mérito para ser cotizado por la Rosca era no tener ninguno. Con táctica de inocente provinciano, de general taciturno y simplote, superó con su paso de tortuga a todos sus colegas, presidenciables de carrera, como Bilbao, Rodríguez, Candia, Ichazo y Moscoso.

Peñaranda puso toda su riquísima incapacidad administrativa y política en manos de la Rosca. No obstante haber sido también candidato de los socialistas, empezó por formar su gabinete con los más crudos exponentes de los partidos tradicionales, agentes de la plutocracia internacional, preparados ya para la rifa de las materias primas (el estaño, el wolfrám, el caucho), y entre ellos, precisamente, Joaquín Espada, Ministro de Hacienda de Salamanca. Gustoso de aposentarse entre los saurios de la Rosca, el general dejó que el aparato constitucional que representaba fuese empleado como una bomba de succión de la riqueza boliviana durante la Segunda Guerra Mundial.

Los ministros de Peñaranda se encargaron de aplicar los esterilizantes de la ciencia rosquera para destruir los anticuerpos que la revolución había

creado fatigosamente desde la guerra del Chaco contra el paludismo económico. Un caso característico consistió en desnaturalizar la nacionalización del Banco Central decretada por Busch. Simplemente, Espada designó directores por el Estado a los agentes de la Rosca, de modo que éstos, sumados a la representación de la Minería, el Comercio y la Industria, llegaron a tener no solamente mayoría, sino la unanimidad del directorio. El monopolio estatal mejoraba la situación de la plutocracia. Dentro de la misma táctica, pero con designio saboteador, se nombró el directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, con la misión tácticamente entendida de llevar esa empresa a la quiebra.

El democratizado general que, como abanderado de la propia inocuidad, marchaba en medio de la alegre procesión entreguista cual un elefante sagrado, no pudo prever que en ese camino sería conducido a la pendiente ineludible del atentado contra la oposición nacionalista y de la masacre a los trabajadores mineros. Alguna vez, al fraternizar con exoficiales y exsoldados del Chaco, manifestó que, como hombre nacido del pueblo, no podía sino servir al pueblo. Es de suponer que "pueblo" lo entendió sólo en el sentido de habitado, es decir, como Sorata. Porque su conducta denunció que él deseó siempre evadirse de su afinidad natural de clase, y para lograrlo no halló medio mejor que calificarse ante la oligarquía como su mejor estafeta de órdenes.

Volviendo al símil anterior, Peñaranda, a lo largo de su gobierno, resultó amaestrado como los elefantes que cumplían en ciertos principados de la India la misión de aplastar con sus patas a los menesterosos. Sus tres años y medio de gobierno dejaron en la vida de Bolivia las enormes huellas de un desastre económico irreparble.

CAPÍTULO XVII

EL DEMOENTREGUISMO Y LA RÉPLICA NACIONALISTA

La Unión Defensora del Petróleo.— El Superestado negocia las materias primas de Bolivia.— La Falange Socialista, grupo de choque del genral Julio de la Vega.— El Partido de Izquierda revolucionaria, avanzada de la revolución mundial en Cochabamba.— Incubación del Movimiento Nacionalista Revolucionario.— Calidad, realismo y audacia.— Lo que debe entenderse por una teoría política.— Stanilismo y trostskismo, partidos contrarrevolucionarios.— Los principios del MNR.— "La Calle".— Descubrimiento de la masa minera.— Resumen de un drama.

"Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria. Ya es tiempo de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias"...

Proclama de la Junta Tuitiva de la revolución de La Paz, 1809

En 1940 Bolivia figuraba por segunda vez en lugar prominente del mundo, por la importancia de sus materiales estratégicos, a causa de la segunda guerra mudial.

Con la muerte de Busch habíase puesto la maquinaria oligárquica en condiciones de volver a entregar esas riquezas, tal como había ocurrido 25 años antes, sin beneficio para el país, Podía establecerse entre ambas épocas una diferencia: que en 1940 ya existía en Bolivia una conciencia del valor de las materias primas. Una generación entera había pasado entre ambas guerras,y persistir en la ceguera de la generación de Montes y Salamanca significaba incurrir conscientemente en delito de lesa nacionalidad. Sin embargo, la Gran Minería, por medio de sus gendarmes en el gobierno, imponía nuevamente a la nación el pongueaje gratuito, esta vez en nombre de la **defensa continental".**

Otra diferencia más se acusaba: en la nueva generación se habían salvado unos cuantos hombres jóvenes que aisladamente —algunos desde hacía diez años— luchaban como guerrilleros, atacando sin tregua los baluartes del entreguismo. Abriendose paso entre el malezal político que confundía a la opinión pública con antagonismos ficticios, esos pocos jóvenes formaban la antítesis de todo el régimen demoliberal-socialista que dominaba al país desde principio del siglo. Eran la nación misma en rebeldía contra el Superestado.

Algunos de ellos llevaban ya cicatrices de heridas sufridas en su guerra contra la Rosca y el comunismo. El primero: Carlos Montenegro, que tres años más tarde habría de descubrir la fuerza motriz de nuestra historia a través de la antítesis de "Nacionalismo y Coloniaje", fundando la teoría más original y vital sobre la evolución de las naciones indoemericanas.

Montenegro regresó a Bolivia después de la muerte del dictador. Con su dinamimo y su capacidad dialéctica, que sumaban en él las cualidades leninianas del ideólogo y del hombre de acción, empezo agitando a las élites políticas e intelectuales de la ciudad de La Paz, no implicadas con el entreguismo. En el primer aniversario de la tragedia de Busch, después del homenaje que le rindió el gobierno como a "héroe del Chaco" y no como a precursor de la emancipación nacional, Montenegro le dedicó unas palabras sobre su tumba. Con la chaqueta y el mechón de cabellos batidos por la brisa, lanzó esta sentencia: "El socialismo que no cumple el mandato de Busch, es un socialismo traidor; el Ejército que no resguarda la herencia de Busch, es un ejército traidor".

Se hallaban en plena ejecución las traiciones. La influencia de los abogados de la Standard Oil en el gobierno había logrado llevar al Senado una mayoría de amigos y ahijados de aquella empresa, quienes, en consonancia con la gran prensa y con los agentes saboteadores de Yacimintos Petrolíferos Fiscales Bolivianos confabulaban un "arreglo" con el antiguo concesionario, arreglo que implicaría la revocación del más alto gesto de soberanía que hasta entonces había tenido Bolivia en defensa de su riqueza y de su dignidad. Montenegro tomó a su cargo la campaña de defensa del derecho boliviano y con la mencionada élite fundó la Unión Defensora del Petroleo, entidad que se identifica como la primera aparición política del nacionalismo en la existencia de Bolivia. Dicha Unión, en manifiestos y declaraciones, denunció el sentido de la alcaldada urdida en el Senado Nacional, corporación a la que Franz

Tamayo se empeñó poco después en adjudicar el calificativo de "Senado de prostitutas", por encubrir el affaire de pasaportes para semitas[1].

Como excepción, en aquel alto cuerpo, el doctor Carlos Beltrán Morales realizó una tenaz campaña por mantener la nacionalización del petróleo. Por su parte, la acción de Montenegro neutralizó las maquinarias de la rosca de senadores, ministros y diplomáticos confabulados para devolver las concesiones a la Standard.

A la Cámara de Diputados también llegó el asunto indirectamente, a causa de ciertos actos, mañosamente favorables al "arreglo", que ejecutó el canciller Ostria Gutiérrez. Unos pocos parlamentarios —entre ellos yo, que había ingresado al parlamento por casualidad, o sea como suplente, a causa del reumatismo del diputado propietario— llamamos a Ostria a una información sobre el asunto. Fue en aquella oportunidad que este Canciller lanzó su originalísima tesis de "el imperialismo ya no existe", negando dulcemente una ley económica y dando la impresión de que una súbita parálisis había acometido a los capitales de los países altamente desarrollados.

En otra ocasión, la Cámara de Diputados se ocupó también a petición de los diputados Germán Monroy, Julio Espinoza y Carlos Salamanca, de escrutar el verdadero pensamiento de Alcides Arguedas, quien reapareció en la restauración democrática, esta vez no ya como escritor, sino como hombre de Estado. Arguedas confirmando el vicio boliviano —por él señalado— de aceptar cargos para los que se carece de competencia, había aceptado de Peñaranda el Ministerio de Agricultura, cargo para el que no poseía más técnica que su condición de gamonal. Corolario de tal técnica fue que Arguedas, interpelado por el honorable Félix Eguino Zaballa sobre las pérdidas agrícolas en el Altiplano, explicó: "¡Señor diputado, no hay dinero en el presupuesto de Agricultura y, sobre eso, no llueve! ¿Qué quiere que haga el ministro?", a lo que el diputado aconsejó: "¡Entonces, haga rogativas!".

El minitro-escritor de la Democracia declaró en un reportaje su preferencia por la dictadura, declaración que motivó la interpelación antedicha, sin suscitar mayor alarma entre los diputados demoliberales, quienes ampararon con su voto al ministro. La comedia constitucionalista revelaba su exclusiva finalidad rosquera.

* * *

(1) Franz Tamayo, "Para Siempre", 1941.

La existencia del gobierno Peñaranda se exponía como en todos los gobiernos formados por la Rosca, en dos caras: en el aniversario exhibia la Constitución, el sistema de partidos, el régimen parlamentario, la libertad de prensa. En su reverso, los contratos de venta de minerales, redactados en las oficinas de Patiño, Aramayo y Hochschild.

Bolivia producía como privilegio de su suelo en el hemisferio occidental, el estaño, el tungsteno y la goma, cuyo valor se medía por la necesidad de las Democracias en guerra con Alemania. En términos de necesidad, era lógico que Bolivia recibiese precios retributivos. Pero esta sencilla relación de intereses quedó interferida por el absurdo del Estado boliviano sometido al Superestado. Bolivia semejaba un menor, inhábil e incapaz de contratar sin tutela. Posición tan singular, proveniente de la deformación del Estado boliviano en agencia de empresas internacionalizadas, presentó en objetividad dramática la opisición entre Bolivia y la anti-Bolivia, la soberanía económica y el capital financiero, el nacionalismo y el coloniaje.

Los grandes mineros eran quienes acordaban todas las soluciones y los ministros de Hacienda y Economía y la embajada de Washington refrendaban simbólicamente la entrega, Parlamento, prensa y partido hacían de claque en la galería. Se comprometió así la autoridad del Estado en servicio de la Gran Minería de modo tan obsecuente que, para obligar al país al cumplimiento de centenares de obreros, como ocurrió en Catavi dos años más tarde.

En el aparato de la "restauración democrática" eran visibles sus cables pelados, de maquinaria útil solamente para legalizar las condiciones dictadas a la economía boliviana. Este sistema de organización jurídica al servicio de la especulación extranjera fue bautizado en "La Calle" con el nombre de demo-entreguismo, que se popularizó rápidamente y trascendió hasta el Departamento de Estado, donde se lo reservó como prueba del nazifascismo de "La Calle".

Sin embargo, los mismos excesos del **demoentreguismo** provocaron la réplica y estimularon la organización del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

* * *

La degeneración de los antiguos partidos y del socialismo los había convertido en minorías, aún dentro de la minoría en cuyo nombre gobernaban. Cortados los delgadísimos hilos que alguna vez les unieran con el pueblo, dichos partidos cabían enteros en el bufete de cuaquier personajes rosquero. Al borde de tal vacío surgieron dos partidos nuevos

sobre cuya modernidad se reiteró la antigua gravitación del colonialismo, concretado, en este caso, en las dos corrientes: nazismo y comunismo que se hacían la guerra.

El primer partido que se organizó entre 1937 y 38 fue el de Acción Nacionalista —sobre el que se creó la Falange Socialista Boliviana— bajo la inspiración de Carlos Puente, nativo de Cochabamba, hijo de español y que poseía calidades de un verdadero hidalgo y de líder juvenil. Los falangistas fueron los alumnos egresados de los colegios católicos La Salle y San Calixto. Su credo elemental consistía en el **"Nuevo estado boliviano, organismo eterno y supraindividual que representa totalmente a la nación y cuya suprema misión no es esporádica en el tiempo y la historia, sino que tiene la responsabilidad de eslabonar una continuidad armónica en el destino de las generaciones pasadas, presentes y venideras que excluye la indisciplina social"...**, etc. Poseían un decálogo de buena conducta en el que figuraban los siguientes preceptos: "Cumple el deber por el amor al deber y no a la recompensa"; "supérate cada día porque los obreros de las Grandes causas son primero constructores de sí mismos"; "no retrocedas ni seas cobarde"; "respeta las convicciones religiosas"; "un falangista es ante todo un luchador". Con este arsenal ideológico los falangistas aspiraban a erigirse en la aristocracia política del país, adoctrinándose en una especie de seminario regentado por el padre Burón, donde el principio de jerarquía se cultivaba, más que en las ideas, en el ejercio gimnástico del saludo fascista. En emblemas y fórmulas trataban de initar a la Falange de España, sin reflexionar que allá todos son españoles, mientras que en Bolivia, con excepción de Puente, todos eran mestizos. El ingenio cochabambino traduo la sigla FSB, por "Fusileros sin Bala", nombre de una película de Laurel y Hardy

En 1940 se fundó el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), que desde el nombre exhalaba olor comunista. Pretendía ser el sector local de la gran "izquierda" mundial. Su fundador y jefe. José Antonio Arze, actuó en el partido silista, pero también desde 1928, en la izquierda comunizante de la Universidad. En 1930 avanzó hacia la ciudadanía universal, ingresando al comunismo del Uruguay, donde el Komintern tenía agencia. Al declararse las hostilidades en el Chaco salió de Bolivia, en espera de que la derrota le proporcionara, como a Lenin, la oportunidad de tomar el poder para los soviets. En el interin formuló el plan de "Confederación de Repúblicas Obreras del Pacífico", entre Chile, Bolivia y el Perú, con opción para el Ecuador y Colombia. Era un plan detallado, que incluía Constitución y reglamentos.

Arze poseía una facilidad casi monstruosa para confeccionar planes y desarrollarlos gráficamente, en esquemas minuciosos. Recreaba así su gran cerebro receptivo, totalmente entregado al frenesí de las hipótesis. Dostoiewsky habría dicho de él: "un soñador atiborrado de lecturas, una inteligencia desquiciada por teorías". Cochabambino romántico y abstraído como Salamanca, su afición a las grandes magnitudes descubrió en el marxismo el vasto espacio para trazar sus esquemas. En su aparente debilidad, su portentosa capacidad fisoliógica era paralela a su poder de asimilación intelectual, con la que se tragó todo Marx, todo Engels, todo Lenin y todos los teólogos, ortodoxos, dogmáticos y exegetas del socialismo científico, hasta quedar él mismo convertido en un diccionario marxista. No logró dar el golpe bolchevique después de la guerra del Chaco (según Carlos Montenegro, porque no era el mes de **octubre**), y fundó el 40 el PIR., partido que quedó muy atrás de sus inmensos objetivos. Desquiciado del marco boliviano, se redujo a repetir las veleidades de la política del kremlin (primero, pacto con Hitler y luego alianza con Roosevelt), y concluyó, por determinismo histórico de sus dirigentes, sometiéndose a la Rosca boliviana, la cual convirtió a los piristas en sus sicarios y paniaguados.

Las actividades de ambos partidos empezaron transcribiendo en Bolivia la psicología de sus modelos extranjeros. Al reunirse en Oruro el primer "Pleno" del PIR, los falangistas aprovechando del parentesco de uno de sus afiliados con el general Julio de la Vega, ministro de Peñaranda, consiguieron alguna ayuda financiera y armas del gobierno y emprendieron desde Cochabamba "la marcha a Oruro", donde atacaron con tiros al aire pedradas y garrotazos al bulto el "ampliado" pirista. La vinculación con Peñaranda se mantuvo también en las emergencias de la masacre de Catavi, por obra de otro falangista, pariente de otro ministro de Peñaranda. Cabe advertir que Carlos Puente no actuó en este segundo período de la falange.

* * *

Ajeno a semejantes injertos, el Movimiento Nacionalista Revolucionario se forma como el fruto de la historia de Bolivia. Es la antítesis del árbol y su expresión más elevada.

Entre las causas que contribuyeron a su incubación y, sobre todo, a su vitalidad, intervienen elementos subjetivos y objetivos.

Entre los primeros, la gran presión ocasionada por el ejercicio semisecular de la explotación minera sobre todas las clases de Bolivia, que irrita al grupo de mayor sensibilidad entre estas clases. Dicho grupo recibió el imperativo que surgía de la historia nacional para asumir la responsabilidad de la rebelión contra el Superestado que ahogaba dicha

historia. Igual que el fruto, surgió en la parte más elevada de la organización social.

Los fundadores del MNR, hombres jóvenes que casi todos por su situación económica correspondían a la modesta clase media, por su origen y particularidades intelectuales y espitirуales representaban la más florida élite de la República. Una breve relación sobre los fundadores del MNR así lo demuestra:

Carlos Montenegro, descendiente del Obispo-soldado Yánez de Montenegro, hijo del agudo escritor Rodolfo Montenegro, intelectual multiforme, ensayista, historiador, periodista, humorista y agitador, autor de "Nacionalismo y Coloniaje", que es la síntesis filosófica de la historia de Bolivia; **Víctor Paz Estenssoro**, descendiente del General Paz y de Luis Paz, jefe del partido Conservador; **Hernán Siles Zuazo,** hijo del presidente Hernando Siles, presidente de la Federación Universitaria de La Paz, combatiente de la guerra del Chaco, dos veces herido en acción de armas, periodista; **Walter Guevara Arze**, la más destacada figura de la Universidad de Cochabamba, diputado en la Convención de 1938; **José Cuadros Quiroga,** hijo del austero y notable jurisconsulto Melchor Cuadros, líder universitario, periodista y redactor de las "Bases y Principios" del MNR; **Germán Monroy Block,** presidente de la Federación Universitaria de La Paz y diputado por Viacha; **Fernando Iturralde Chinel,** hijo del patricio paceño Abel Iturralde, parlamentario, escritor y diplomático; **Raúl Molina Gutiérrez,** líder de los oficiales de reserva del Chaco, herido y ascendido en el campo de batalla; **Jorge T. Lavadenz,** promotor de la nacionalización del petróleo; **Alberto Mendoza López,** líder universitario, fundador de la Acción de ExCombatientes Socialistas; **Rafael Otazo,** diputado por La Paz, excombatiente; **Rigoberto Armaza Lopera,** descendiente del general Armaza, de la fundación de la República, universitario y periodista; **Rodolfo Costas**, diputado en la Convención de 1938, fundador de la Radiotelefonía nacional. Son estos los firmantes con más el autor, del acta profundación del MNR, de enero de 1941, y de las bases, de junio de 1942[1].

---

(1) Sería incompleta esta lista sin los nombres de los ciudadanos que hicieron acción en el MNR desde sus primeras campañas: Juan Acuña Murs, Guillemo Alborta, Oscar Altamirano, Julio Manuel Aramayo, Eduardo Arauco, Armando Arce, Gabriel Arze Quiroga, Armando Alvarez, Manuel Barrau, Adrían Barrenechea, Julio Calvo, Israel Camacho, Alfredo Galindo, Antonio Gaspar, Reinaldo Guerra, Alfonso Gumucio, Rafael Gumucio, Juan Luis Gutiérrez, Enrique Mariaca Paz, Roberto Méndez Tejada, Oscar Montaño, Jorge Pabón, Alvaro Pérez del Castillo, Ernesto Ruiz Rada, Emilio Sarmiento, Juan Valverde Figueroa, Gastón Velasco, Raúl Villamil, Ernesto Villarreal, Eduardo, Federico y Julio Zuazo. Pido perdón por las omisiones en que he podido incurrir al formular la anterior nómina, de memoria, después de 14 años. (Posteriormente ésta nómina ha sido ampliada con mayor investigación en la "Historia del MNR" por Luis Peñaloza). N. del A.

El acopio de los anteriores antecedentes no tiende al objeto de asentar como premisa que este grupo, por el solo hecho de pertenecer a una casta letrada y de abolengo blanco en Bolivia, estuviese condicionado para iniciar la Revolución Nacional. Se ha visto que, por el contrario, las castas superiores fueron las que con mayor obsecuencia se entregaron al Superestado. Tiende simplemente a señalar que una cierta posición social permitió a aquellos hombres, venciendo con esfuerzo y denuedo sus dificultades económicas, capacitarse intelectualmente. Pero tal capacitación no habría sido suficiente si, además, los fundadores del MNR no poseyeran innatos y altísimos atributos de arrogancia y de rebeldía que les determinaron a rechazar toda subordinación a la Rosca y a libertarse de la "anticultura del estaño", para asumir en sí la dignidad de una élite insobornable.

Esa misma substancia moral e intelectual les impidió someterse a los aforismos stalinistas o trotskistas, propios para alucinar a los desheredados de sentido crítico y de sentido de patria. Lo que singulariza a los fundadores del MNR es que asumen la función de agentes de la dialéctica histórica de Bolivia, rebelándose contra su propio ambiente social e intelectual para encabezar la rebelión del pueblo. Se opera así en la Revolución Nacional el fenómeno por el que el político supera las clases sociales para asumir la función más elevada del revolucionario nacional.

* * *

Entre los valores subjetivos que concurren a la creación del MNR debe considerarse también su sentido de la realidad. En ese campo el MNR manejó mejor que los "científicos" los datos del materialismo histórico. La realidad nacional, tapiada por los liberales, volvía a ser construída por los comunistas que, con sus dogmas escalonados, a partir de bases económicas ciertas subían a conclusiones tan remotas como la Rusia respecto a Bolivia. Los marxistas poseían, como los liberales, sus verdades "reveladas" para las que el pueblo de Bolivia no era más que un instrumento. O mano de obra para explotarla, o masa táctica para operaciones de la III o la IV internacionales, a gusto del aficionado.

El nacionalismo tuvo, pues, que luchar contra la anticultura demoliberal, al mismo tiempo que contra el mito comunista, que venía a reemplazar a aquélla con fórmulas más novedosas, pero igualmente negadoras del destino histórico de la nación

Frecuentemente los intelectuales de Latinoamérica se inquietan por descubrir cómo el MNR, sin poseer una teoría compacta hubiera podido movilizar al pueblo como ningún partido en el continente. El escritor

peruano Manuel Escorza, en un penetrante estudio sobre la Revolución boliviana[1], dice que las bases del MNR "no tienen rigor doctrinario", que "son consignas emotivas" y que "no señalan caminos realistas".

Una teoría política es un conjunto coordinado que guarda relación lógica entre sus partes y todas ellas con una realidad dada. Cuando carece de estas condiciones, puede ser una hermosa teoría y aún puede llamarse "científica", pero políticamente es como si no existiera. Tal ocurrió con la riquísima tesis del APRA, propagada y glosada por magníficos escritores y pensadores, la cual comprendía hasta conceptos físico-matemáticos como el del relativismo tempo-espacial de Haya de la Torre. Pero en 30 años el APRA no llegó al poder.

Una doctrina política o un programa son fáciles de escribir, y más fáciles aún de transcribir. Pero la creencia de que un esquema importado, por su misma universidad sea suficiente para englobar las urgencias de vida de un país hispano-mestizo e indígena, colonial y capitalista a un mismo tiempo, sin economía propia y dependiente del mercado extranjero, conduce a la quiebra inevitable del esquema. Porque éste, para aposentarse en la realidad, requiere tales enmiendas que al final no lo reconocen ni sus propios progenitores.

De esta suerte se desvertebró el stalinismo importado a Latinoamérica, cuando el hecho de la alianza yanqui-rusa en la guerra mundial le obligó a adjurar rápidamente su antiimperialismo y ponerse al servicio del Departamento de Estado. La misma aberración presenta el comunismo cuando, ante el problema que le ofrecen los países no industrializados, agudiza el ingenio y proyecta postergar la revolución proletaria y tomarse el trabajo de hacer primero la revolución burguesa, para darse después el gusto de destruirla.

Mayores tijeretazos deben dar a su Talmud los trotskistas cuando, ante la evidencia de que las colonias y semicolonias se levantan, reniegan de su internacionalismo y se prenden como parásitos a las revoluciones nacionalistas. Unos y otros, los neoimperialistas de Moscú o los errabundos secuaces de la revolución permanente, disimulan sus apostasías teóricas con el pretextode la táctica. Tanta táctica ha desgarrado y enfangado en tal grado el atuendo marxista que ha convertido la revolución en traición permanente y la desvergüenza en programa. Unas máscaras oportunistas con bigote staliniano o con chivita trotskoide dan brincos y volteretas ante las masas proletarias.

---

(1) M. Escorza, "La Independencia Económica de Bolivia", 1953.

El Carnaval perpetuo a que se han entregado las sectas comunistas en latinoemérica es el actual **opio del pueblo**, cuando no es la vanguardia que manda la oligarquía para derribar gobiernos como el de Villarroel, o cuando no es el agente provocador usado para **guatemalizar** revoluciones nativas, sobrecargándolas hasta hundirlas.

La contradicción entre la práctica comunista y su teoría ha determinado que el comunismo, sin poder resistir al impulso dialéctico de la historia, ingrese al sector de los partidos contrarrevolucionarios en América. Por el mismo impulso, los movimientos nacionalistas ocupan la izquierda del proceso social.

* * *

El 25 de enero de 1941, algunos de los ciudadanos nombrados en párrafo anterior acordaron según acta de esa fecha, formar un partido político que "deberá ser desde un comienzo independiente, sin concomitancias con los comunistas y socialistas extremistas y de tendencias internacionales, ni contacto con los socialistas (que reunirán en Convención el 27 del presente mes), ni tampoco con los partidos tradicionales". El partido sería "defensor de los intereses nacionales".

De este modo, el MNR —para decirlo con palabras de Goethe— empezó por la acción. Fue una acción desarrollada por políticos inteligentes y de gran sensibilidad social que, a partir de los hechos de la explotación sobre Bolivia, establecieron el sistema a que respondían y atacaron el sistema mismo. Las campañas iniciales de los fundadores del MNR en defensa de la economía del Estado y del pueblo les llevaron a denunciar públicamente que la Constitución para uso interno, la "lucha contra el fascismo" y la "solidaridad continental" eran imposturas utilizadas para que algunos especuladores internacionales, en complicidad con la Rosca y el comunismo dictaran bajos precios a la materias primas producidas por los trabajadores de Bolivia.

De estas actitudes nació la tesis del nacionalismo como emancipación económica. En contraste con los partidos que salieron de los troqueles de la Democracia o del trotsko-rosco-stalinismo, el MNR vivió simultáneamente su vida y su pensamiento. No significa esto que adoptara doctrinas al acaso, sino que no las adquirió hechas en los magazines de las grandes marcas políticas mundiales.

Sus principios basilares, publicados en 1942: **1, contra la democracia entreguista; 2, contra el psuedo-socialismo, instrumento de una nueva explotación; 3, con el nacionalismo revolucionario; 4, por la consolidación del Estado y la seguridad de la patria, y 5, para la**

liberación económica y soberanía del pueblo de Bolivia, no son meras declaraciones ocasionales, sino una síntesis de lo que debe ser Bolivia. El potencial revolucionario de esos sencillos principos podía o no desarrollarse, según la moral política de los hombres que los enunciaron

Los sucesos han comprobado que esa declaración doctrinal valió más que todos los grandes programas, porque fue lealmente seguida. De poco habría valido sin duda, sino la sostuvieran políticos que probaron su patriotismo en el Chaco, en la contienda callejera, en la prensa y en su incorruptibilidad ante el dinero; y si no la propagaran con su capacidad de intelectuales con conciencia de la historia, con cultura económica moderna y con experiencia del mecanismo de las empresas.

De esta suerte, el MNR es ante todo el creador de una conciencia nacional, que es más que una teoría porque integra el pensamiento, la intuición y la acción. Sus "consignas emotivas" no se apagaron porque, seguramente, ardían con la verdad. Afirmado en la tierra, el "Movimiento", cual su nombre inspira, asimiló substancia suficiente para robustecer su doctrina en sus bases, progresa hasta el "Nacionalismo y Coloniaje", que es ya la gran teoría para las fuerzas nativas que luchan por su libertad.

Esta conciencia del nacionalismo es la que salvaguarda a la teoría de los excesos a que podía conducirla la acción. Partiendo de los valores nativos la tierra y el pueblo, el MNR se fijó una meta que es la Revolución Nacional, ya que la nación es el límite de la posiblidad, es decir, de la realidad política. El trotsko-rosco-stalinismo desdeña esta realidad, en obsequio a su concepto prefabricado de "clase". El MNR, sin negar la utilidad del método marxista, cree que su aplicación ortodoxa en Latinoemérica puede ser contrarrevolucionaria. En Bolivia, desde luego, el concepto de clase aplicado a la emancipación nacional, es contrarrevolucionario. Surge aquí a propósito un juicio de Carlos Montenegro: **"El empeño de hacer declaraciones clasistas o clasistoides puede resultar al final una provocación comunista o capitalista para destruir el frente revolucionario... Con cantos de sirena marxina se puede conducir a estos aislacionismos de clase y no clase, volviendo a cada sector los suficientemente débil para que sea aplastado". "El movimiento obrero tiene que ser considerado por el MNR como la expresión alta y vigorosa de la nacionalidad boliviana y no como el alumnado marxista que se siente clase en vez de sentirse nación como en realidad se siente"**(1).

El MNR triunfó porque no redujo el problema revolucionario a la noción de **clases explotadas,** ya que ésta debía subordinarse al concepto de **nación explotada,** o **nación proletaria,** en lucha con la plutocracia

---

(1) Carta dirigida al autor, publicada en "Documentos" de C. Montenegro, 1954.

extranjera. En justa coincidencia con aquella concepción, el MNR viene a ser el producto dialéctico de la nación frente al imperialismo. No aparece como un movimiento clasista para sí. Emerge como voluntad de un grupo de hombres decididos que convocan al pueblo para la sublevación. Cuando el grupo fundador del MNR denuncia la rifa de las materias primas y la esclavización de los obreros no cumple una táctica, cumple su misión de defender los valores objetivos de la nacionalidad: la tierra y la raza.

De tal manera, desde su origen el MNR se hace inseparable de la historia porque sus actos prueban más tarde su necesidad para la vida del país. Mientras los comunistas planeaban "repúblicas obreras", los organizadores del MNR defendían la existencia de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos. Aquellos planes se los tragó el abismo, entretanto que Y.P.F.B. es actualmente la fuente de recursos con que el Estado impulsa la Revolución Nacional que liberta al pueblo. Los valores objetivos de la nacionalidad son los bienes que el gobierno revolucionario entrega a manos del pueblo para que éste los engrandezca con su trabajo.

* * *

Los factores objetivos que nutrieron al MNR impidiendo que la Rosca internacional lo matase en el germen, radicaron en las fuerzas que sus fundadores aportaron desde el Parlamento, la prensa y ciertos sectores obreros.

En el Parlamento de 1940 habían logrado bancas Víctor Paz Estenssoro, Hernán Siles, Germán Monroy Block, Fernando Iturralde, Alberto López y Rafael Otazo. Su oposición al entreguismo de Peñaranda (en la que participaban algunos socialistas) superó el ámbito de la ineficacia parlamentaria, porque esos diputados tuvieron un megáfono que fue el diario "La Calle".

Fundada en 1936 por Armando Arce y por mí. "La Calle" constituía un caso único e increíble de independencia, sostenida a fuerza de trabajo y de capacidad periodística.n"La Calle' se instituyó gratuitamente en vocero del pueblo. Su modesta redacción funcionaba como un confesionario o como una comisaria municipal donde concurrían modestos empleados, cholos y cholas, indios e indias, a exponer sus quejas y sus miserias. El acogerlas era tarea menuda, que parecía contrastar con la elevada jerarquía intelectual de los redactores, sin duda los mejores periodistas de Bolivia: Armando Arce, Carlos Montenegro, José Cuadros Quiroga, Nazario Pardo Valle. Fueron precisamente éstos que hicieron de "La Calle" el diario popular típicamente criollo, sin dejar de ser revolucionario. Pequeña de formato, asediada continuamente de riesgos financieros, era,

sin embargo, como una victima para el espíritu público y poseía autoridad intelectual que puso al servicio de la causa nacionalista.

"La Calle" fue el epicentro del MNR. Difundió hasta las masas el acento antes desconocido de la protesta contra Patiño, Aramayo y Hochschild, y denunció el rol de la Rosca en la antinación. En la maraña de la desorientación democrática autenticó los perfiles del **demoentreguismo** y clamó por un gobierno serio, que contrastase la venta de las materias primas a las Democracias Occidentales, en condiciones equitativas. Mas, como el gobierno era instrumento de los grandes mineros (o sea de los gatos despenseros), el imperativo de cambiarlo resultaba lógico. Este razonamiento explica la revolución del MNR contra Peñaranda, que sólo pudo hacerse tres años después, cuando las cadenas de los contratos lesivos ya estaban remachadas.

La intensidad creciente del entreguismo estimuló las campañas de los parlamentarios nacionalistas y de "La Calle", que establecieron en qué medida la asociación de la Rosca minera y cauchera para negociar los materiales estratégicos a espaldas del país perjudicaba al erario fiscal y a la economía de los trabajadores bolivianos.

Con estas actitudes, la expansión del MNR en el pueblo superó el radio hasta entonces limitado de los partidos tradicionales o el comunismo. Los fundadores del MNR no eran propiamente intelectuales, sino políticos. Siendo la mayor parte de ellos escritores, jamás hicieron literatura de la política, sino que sus campañas aludía siempre a cosas y a personas. Varios de ellos habían adquirido en sus luchas aisladas la estimación de sectores populares. La convergencia del MNR con las masas —hasta entonces pasivas o desorientadas por la agitación comunista— se produjo natural y mutuamente.

En 1940, los obreros de la Bolivian Railway se declararon en huelga y sus dirigentes, entre ellos Walker Crespo, me confiaron su representación para las tratativas con la empresa y el gobierno. En acción coordinada con los parlamentarios y "La Calle" obtuvimos el triunfo de la tesis obrera. Se creó de hecho, después, un pacto entre el sindicato ferroviario y el MNR, unidad que se mantuvo hasta el gobierno Villarroel, en que algunos dirigentes, comunistas-masones, como Noel Mariaca, desviaron el sindicato ferroviario hacia la vía muerta del roscopirismo.

Profunda e inalterable fue, en cambio, la comunión del MNR con los trabajadores mineros, a empezar por los de la Patiño Mines. En 1940 la masa minera, apenas conocida como tema literario o como tesis clasista, se me hizo presente en su verdad anímica y de sangre. Al visitar las

minas en busca de datos para mi novela "Metal del Diablo". surgió ante mí una Bolivia escondida, como emanación de la historia. En el proletariado minero ningún efecto había hecho la prédica comunista. Aquellas masas valerosas y altivas, que vivían peligrosamente y que tenían una poderosa intuición de su destino colectivo, aguardaban el mensaje que sincronizase con su ansia de libertad.

Al mismo tiempo, siendo las fuerzas productoras de los minerales que rifaba el demoentreguismo, ensamblaban el problema social con el problema político, tal como los planteaba el MNR. En esta afinidad fue sembrada la semilla de la gran unión revolucionaria que arrancaría diez años más tarde la minas de manos del Superestado. A lo largo de los años, las masas mineras se incorporaron al MNR hasta calificarse como el primer proletariado nacionalista de América Latina y, como tal, también el primer proletariado victorioso.

* * *

Del modo explicado, la calidad, el sentido de la realidad y la audacia de los hombres del MNR difundieron la revolución nacional. Tarea de difusión lenta, de intensos años, porque el MNR para hacer intelegible su mensaje al pueblo hubo de quebrar, a golpe de martillo, siglos de colonia y medio siglo de anticultura semicolonial. Alcanzar a la esencia íntima del pueblo significó para los nacionalistas revolucionarios una pasión de diez años, en los que muchos sacrificaron su juventud y muchos su vida.

Conforme a la técnica usada en esta obra, la síntesis anterior del MNR comprende sucesivas etapas de su existencia. A principios de 1941 —en que concluye cronológicamene el presente relato— nos hallábamos en los dinteles de una época que el partido habría de llenar históricamente, con una batalla cuyos eventos se marcan por las siguientes fechas:

20 de julio de 1941: prisión y destierro de los fundadores del MNR, acusándoles de un **putsch nazi** inventado por el gobierno; clausura de "La Calle", "Busch" e "Inti";

21 de diciembre de 1942: gran masacre de obreros en las minas de Patiño, por fuerzas del Ejército;

20 de diciembre de 1943: deposición del Presidente Peñaranda por el MNR y los oficiales jóvenes del Ejército; Presidencia de Villarroel;

20 de noviembre de 1944: contrarrevolución en Oruro y fusilamiento de altos personajes de la oligarquía;

Enero 1946: publicación del Libro Azul del Departamento de Estado, denunciando al gobierno de Bolivia de concomitancia con el nazismo;

21 de julio de 1946: sublevación de la Rosca y el comunismo contra el gobierno Villarroel y el MNR; asesinato y colgamiento del Presidente.

Los seis años que siguien forman un calendario de sangre. Son el sexenio de la heroica resistencia del MNR; de la absoluta subordinación del Estado a la Gran Minería y de tiranía sobre el pueblo, con matanzas periódicas en las minas, campos y ciudades; destierros confinamientos, cárceles y hambres. Debe señalarse en 1949 (27 de agosto) las matanzas de obreros en Llallagua y Huanuni y la sublevación del MNR en toda la República, con victoria del Ejército después de veinte días de campaña.

6 de mayo de 1951: elecciones presidenciales; asesinato de Ovidio Barbery; triunfo de la fórmula Paz Estenssoro-Siles Zuazo, estando el candidato presidencial desterrado.

16 de mayo de 1951: "Mamertazo" y ocupación del gobierno por el Estado Mayor del Ejército;

9 de abril de 1952: revolución del MNR; asalto de arsenales en La Paz y Oruro y derrota del Ejército oligárquico. Paz Estenssoro toma el Poder.

31 de octubre de 1952: nacionalización de las empresas mineras de Patiño, Aramayo y Hochschild.

3 de agosto de 1953: reforma agraria; entrega de la tierra a los campesinos.

Sino previsible de estos eventos, el camino que se abría ante los fundadores del MNR, en 1941, se presentaba sembrado de dramas, como el campo en vísperas de la batalla. Sin vacilar, fue dado, el primer paso, en marcha al encuentro de lo que habría de venir: la vida, la pasión, acaso la muerte y, también, la resurrección.

ÍNDICE

Guía Autocrítica para el Lector..... 7

PRIMERA PARTE

ANTINACIÓN Y ANTICULTURA

CAPÍTULO I

Las Coordenadas del Liberalismo..... 9

Domingo de elecciones. "Millonarios y beatos". Chilenofilia de conservadores y liberales. Montes monta y manda. Fusilamiento de Martín Lanza. Contrato Speyer. Felicitación de Arce y Batista. Los liberales y las comunidades indígenas. Muerte súbita de Guachalla, presidente electo.

CAPÍTULO II

La Democracia Huayra-Leva..... 29

La alta usura en el Partido Republicano. Montes y Salamanca: dos caras de la moneda liberal. El Rey del Estaño y los cholos pobres. Ua "anomalía financiera". La importancia de Cataldi.

CAPÍTULO III

Doctrina de la Anticultura..... 40

Incultura de la República. La celebridad de Arguedas y el "castellano de Churubamba". El

mensaje indio de Tamayo y "La Prometheida". La anticultura del estaño. Los slogans, mitos y tabús del entreguismo.

CAPÍTULO IV

El Partido Liberal por el Alcohol..... 51

Montes pisa y pasa. Ochenta mil latas de alcohol en el Senado. Tejada Sorzano contra los mulatos. Asesinato de Pando. El drama judicial de Alfredo Jáuregui. Reivindicacionistas y practicistas. Empastelamiento de "La Razón". El patiñismo ultima a Gutiérrez Guerra.

SEGUNDA PARTE

SAAVEDRISMO Y SILISMO, INSURGENCIAS CRIOLLAS

CAPÍTULO V

El Gobierno Plebeyo..... 62

La rama bastarda al poder. Fugura de Saavedra. Las ovejas de Achacachi. Antirrosquismo político. Entreguismo financiero. Masacres y leyes sociales. La diplomacia del dólar. Viscarra contra los Obispos. Villanueva cae del trapecio.

CAPÍTULO VI

Anticaudillismo de Siles..... 73

La generación del Centenario. El nuevo partido. Habilidad criolla versus Plutocracia. Primera agresión del Paraguay. El colaboracionismo rosquero. Allanamiento del Banco de patiño. Regionalismo, Universidad y Masonería.

CAPÍTULO VII

La Insurrección Rosquera..... 87

El principio del fin. El plan de prórroga de Siles y la réplica oligárquica. "Los Amigos de la Ciudad". Mujeres y niños a la vanguardia. Un estudiante muerto. Defección del ejército. Saqueos y asesinatos. Paralelo entre las contrarrevoluciones del 30 y del 46.

TERCERA PARTE

PRIMERA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA

CAPÍTULO VIII

El Himeneo de la "Constituschon"..... 98

La "Junta de gendarmes". Más paralelos. Las revoluciones encanalladas. La prensa purificadora. Seamos pobres (económica e intelectualmente). El príncipe de Gales desea más champagne. Patiño controla Williams Harvey. Reglamentación del tiranicidio. La autonomía universitaria. Salamanca y el pellejo de la Democracia.

CAPÍTULO IX

La Guerra del Chaco..... 111

El belicismo criollo. Maquinaciones de Saavedra Lamas. Salamanca avanza a través del mapa. Boquerón abandonado... Sin objetivo geogreafico ni estratégico. Los zunichos del Apocalipsis. Objetivos políticos y prisioneros de guerra. La guerra de la maraña y de la patraña. Pueblo inagotable. El salamanquismo culmina en el "padre Ivar". El corralito de Villamontes.

CUARTA PARTE

EL MILITARISMO SOCIALISTA

CAPÍTULO X

La Paz de Buenos Aires..... 131

El Incahuasi y el agotamiento pírrico del Paraguay. Saavedra Lamas, guerrista arrepentido. El costo de la guerra. El fermento del Chaco. Grupos políticos (militares y civiles).

CAPÍTULO XI

La Claudicación Socialista..... 136

El único revolucionario: Montenegro. La contrarrevolución en Palacio. El coronel Toro y el millonario Aramayo. Desahucio de la Standard Oil. El "Pacto Secreto de Caballeros". Divisas para el comercio y aguinaldo para los ministros. El socialismo de bolsillo.

CAPÍTULO XII

Busch la Flecha Incendiaria..... 145

Antiguo boche con un cadete. La Asociación de Industriales Mineros en el golpe del Camba. La medalla a la lealtad. El padre de Busch. La encrucijada contrarrevolucionaria. Otra vez Palacios. Gosálvez. La Convención de post-guerra. Emoción revolucionaria y prejuicios liberales. Paz Estenssoro y los nuevos líderes. La prensa contra la Convención.

CAPÍTULO XIII

Los Tratados con el Brasil..... 162

Un recuerdo de Villarroel. La candidez de Ostria Gutiérrez. "Bolivia no se obliga a nada". Un

debate increíble. El partido oriental. El sobrenombre "Satuco" y el subconsciente colectivo. Del progreso y otros mitos.

CAPÍTULO XIV

La Comedia de la Dictadura..... 176

Pongos ncionales y trigo extranjero. Agresión a Arguedas. Peligrosidad de los líderes parlamentarios. Patiño en el Banco Minero. Receso de la Convención. La emboscada de la dictadura. Clausura de "La Calle". Fusilamiento del cura Catorceno. Ostria Gutiérrez, canciller. La comedia rosco-fascista.

CAPÍTULO XV

La Tragedia de la Dictadura y el Nacionalismo Utópico..... 190

Liberación de Busch. El decreto de 7 de junio. Desafío a los barones del estaño. Busch con el pueblo. El drama del Dictador. Cuasi fusilamiento de Hochschild. "¡Qué lindo pa muerto!". Dos balazos en el escritorio del Dictador. La prueba lógica del asesinato. La evidencia ilógica del suicidio. El Precursor y doña Muerte.

QUINTA PARTE

SEGUNDA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA Y FUNDACIÓN DEL M.N.R.

CAPÍTULO XVI

Los Generales en la Primera línea..... 207

Conceptos sobre la acefalía y el encéfalo. La revolución de la maleta. Tres generales: tres presidenciables. Audiencia, atraco y secuestro en el Palacio presidencial. La Concordancia. La

camperada. La Rosca paupérrima. El entreguismo desde Quintanilla hasta Peñaranda.

CAPÍTULO XVII

El Demoentreguismo y la Réplica Nacionalista..... 227

La Unión Defensora del petróleo. El Superestado negocia las materias primas de Bolivia. La Falange Socialista, grupo de choque del general Julio de la Vega. El partido de Izquierda Revolucionaria, avanzada de la revolución mundial en Cochabamba, Incubación del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Calidad, realismo y audacia. Lo que debe entenderse por una teoría política. Stalinismo y trotskismo, partidos contrarrevolucionarios. Los principios del MNR. "La Calle". Descubrimiento de la masa minera. Resumen de un drama.

La presente edición se terminó
de imprimir en los Talleres
Gráficos de **Librería Editorial**
"G.U.M." en la ciudad de
La Paz — Bolivia

Oligarquía, plutocracia, rosca, son términos frecuentemente empleados en el presente relato, como sinónimos.

Pero la palabra clave de rosca, neologismo o americanismo de patente boliviana en el que se clasificó desde 1930 al grupo de nativos y extranjeros que, desde dentro del país, ayudaban al Superestado minero para que lo despojara, a cambio de tener empleos y manejara ciertos negocios.

Sectores en igual función existen en todas partes. La singularidad de la Rosca boliviana consistió en la escasez de disponibilidades financieras y éticas que la cedía el Superestado.

El gran explorador minero redujo la plutocracia nacional, cuantitativamente, a círculo tan pequeño, a tan enana minoría de personas en función rotativa, que le hizo perder también calidad de oligarquía o de burguesía, degradándola a Rosca deprimida de una nación proletaria.

Pocas de las opiniones que hoy aparecen en este libro no son idénticas a otras que, en años pasados, escribí como periodista sobre ciertas ideas o personajes. Quien las lea verá que tampoco son opuestas a aquéllas, sino dichas de un modo más completo, como producto de un juicio madurado con la experiencia, sin desviación del eje vertical en que se apoya toda mi modesta obra de escritor y político revolucionario.

Finalmente: alguna contumelia que aquí figura contra personajes ya ausentes del escenario nacional, se justifica, no tanto en el antecedente de haberlos combatido cuando estaban en el poder del dinero y de la fuerza, sino en la imposibilidad de evitar que entren en mi historia de acuerdo al turno en que cumplieron su destino.

Augusto Céspedes
Roma, 1956

DEPOSITO LEGAL
4-1-916-09